

NEURÓPATA

R. SCOTT BAKKER

*Manipular el cerebro humano
es más fácil de lo que te imaginas*

Lectulandia

¿Qué pasaría si descubrieras que no eres dueño de tus emociones, que el amor y el odio son tan sólo reacciones químicas de tu cerebro que alguien puede manipular? ¿Y si en realidad no fueras la persona que crees ser?

La vida de Tom Bible es un fracaso: un matrimonio roto, una exmujer resentida, unos hijos a los que intenta proteger de un mundo cada vez más caótico y un trabajo como profesor universitario que no le llena. Pero su vida cambia cuando una noche llama a su puerta su antiguo amigo Neil Cassidy y le confiesa que ha pasado los últimos años trabajando para la NSA en la división de neuromanipulación.

Al día siguiente el FBI se presenta en su despacho y le pide que colabore en la búsqueda del quiropráctico, un despiadado psychokiller que mutila y asesina a sus víctimas utilizando técnicas de manipulación mental.

Lectulandia

R. Scott Bakker

Neurópata

ePUB v1.0

NitoStrad 01.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Neuropath*

Autor: R. Scott Bakker

Fecha de publicación del original: mayo 2008

Traducción: Ramón González Ferriz

Editor original: NitoStrad (v1.0)

ePub base v2.0

Aliquam adipiscing libero vitae leo
Mauris aliquet mattis metus

NOTA DEL AUTOR

La historia que sigue está basada en tendencias y descubrimientos reales en el campo de la neurociencia, la psicología y la ciencia cognitiva. A pesar de todas las controversias (y son muchas), un hecho está claro: no somos lo que creemos que somos.

¿De dónde obtuvo Dante el material para su Infierno sino de nuestro mundo real? Y fue capaz de hacer de él un Infierno muy cercano.

SCHOPENHAUER

Deberías haber contado con ello.

A fin de cuentas, lo estás viendo en las noticias. Los coches patrulla aparcados en diagonal, los policías que se arremolinan y miran en tu dirección frunciendo el entrecejo. Ves los cordones, toda esa cinta combada, y sin pensar sabes que allí, al otro lado, hay algo horrible, el residuo de algo demasiado péfido para el consumo general. Ahí, comprendes, está la escena del crimen.

Un lugar en el que el suelo no es firme.

—El Quiropráctico —dice el busto parlante que da las noticias— sigue aterrorizando a los neoyorquinos.

Das un respingo al oír eso porque eres neoyorquina. La imagen cambia a la señora Álvarez, la vecina normal que llora la pérdida de alguien especial, tan hermosa. Parece una buena mujer, de modo que te solidarizas con ella. Haces un rápido cálculo mental, calculas la distancia entre la señora Álvarez y tu casa y piensas en llamar a un amigo. ¿No ibais a un restaurante que está justo a la vuelta de la esquina?

Miras el teléfono que está junto a las llaves, en la pequeña cocina. Quieres llamar a alguien, pero en lugar de eso acurrucas los pies entre las manos, pasas los pulgares por el esmalte de las uñas de los pies.

Pobre chica, piensas. Frunces el entrecejo tratando de imaginar la horrible verdad que hay detrás del portavoz de la policía de Nueva York y su fachada de eufemismos. Múltiples laceraciones. Trauma por impacto de objeto romo. Pero hay más. Siempre tiene que haber otra vuelta de tuerca para hacer las cosas aún más retorcidas. Lo de la espina dorsal, eso va a disparar la audiencia, sin duda. ¿Qué hay de lo otro? Lo del sexo. A fin de cuentas, no es sólo el asesinato, es el motivo.

Pobre chica, piensas, apretando las rodillas con fuerza. Como tú, tenía secretos, dulces secretos, que otros malvados querían conocer. Vislumbras imágenes,

desnudas, rudas y húmedas. Sientes en la boca algo metálico. Hueles el olor a entrepiernas sin lavar. Por un instante, la oyes gritar...

Preocupada, apartas la vista de la pantalla para mirar el pulgar con que acaricias los dedos de tus pies. Decides que tienes unos pies bonitos.

Estoy de acuerdo.

Te preguntas si tiene algo que ver con la especie masculina. No te sorprendería. Tu último novio estaba enfermo —no enfermo enfermo, pero sí lo bastante—, siempre tratando de convencerte para que te tragaras su ya sabes qué. Y el anterior, bueno, mejor no sigamos por ahí.

Parpadeas, te pasas dos dedos por la sien y la mejilla de un modo que a tu padre le recordaría a tu madre. Tus ojos —que son buitres— regresan trazando círculos a las noticias. El detective que está a la izquierda del portavoz, decides, se lleva a casa copias de las fotos de la escena del crimen. Es entrecano.

Está hecho de carne, como tú.

Te ríes entre dientes y suspiras, sintiéndote cálida, segura y sola. «Esto es estúpido», decides. Cambias de canal, te vas a la teletienda, que te hace reír.

Y entonces oyes los golpecitos en la ventana.

Te quedas muy quieta.

No hay ningún código, ni ritmo ni regularidad, sólo la arritmia de las cosas que vuelan al viento.

Sólo yo.

Le quitas el sonido al televisor, tratas de ver al otro lado de tu adorable reflejo, pero acabas revisando tu aspecto. Te pones de pie, bronceada a la luz de la lámpara, sin aliento por la indecisión.

Te acercas al borde de la pecera.

17 de agosto, 6:05

El amor es testarudo. Dos años después de divorciarse y seguía soñando con ella... Nora. Tan esbelta como el aire que se inhala... iluminada por la luz de todos esos ojos que la miran. Había sido el día de Nora —su día, ante todo—, y Thomas se lo había apropiado, dándoselo por entero a ella. La música atronó. La pista rebosaba de sonrisas y gestos grandilocuentes y huecos. El abuelo de Carolina del Norte daba la mano como si estuviera en el musical *Sunday*. Los primos de California cautivaban a las mujeres con sus movimientos de la MTV. La tía de *¿Quiere adelgazar? Pregúnteme cómo* adoptaba alguna que otra pose de la revista *Cosmopolitan*. Los espectadores se reían y aplaudían, miraban incesantemente las pequeñas pantallas que tenían en la palma de la mano. Contemplándolo todo desde el bar, Thomas les observó. Sonrió triunfante cuando su padrino, Neil, emergió de entre el jolgorio para unirse a él. Parecía un actor, pensó Thomas, de ojos oscuros y errático, como Montgomery Clift celebrando el fin del mundo.

—¡Bienvenido! —gritó Neil en un tono pensado para hacerse oír entre tanto júbilo—. ¡Bienvenido a Disneylandia, viejo amigo!

Thomas asintió como hace la gente cuando sus amigos dicen algo inapropiado, una especie de afirmación refleja, la barbilla aquí, los ojos allí. Neil nunca podía dejar las cosas como estaban. Eso era lo que hacía que Neil fuera extraordinario, se dijo Thomas.

—Déjalo ya —dijo.

Neil abrió las manos, como si quisiera señalarlo todo en todas direcciones.

—Venga ya. Lo ves tan claramente como yo. Cortejo. Matrimonio. Reproducción... —Sonrió de un modo que era al mismo tiempo festivo y conspirativo. Ningún hombre del mundo podía tener una sonrisa tan compleja—. Todo esto es parte del programa, profesor Biblia.

¿Qué coño le pasaba?

—Neil...

—¿No tienes una respuesta, eh?

Thomas vio a Nora caminando hacia ellos, riéndose del chiste de un tío, estrechando viejas manos. Siempre había sido hermosa, pero ahora, con toda aquella pompa y atención, parecía inaccesible, etérea, una visión que se desnudaría para él y sólo para él. Se volvió para fruncirle el entrecejo a su amigo, para decirle que ella era su respuesta.

Ésa era su conclusión.

—Ha llegado el momento de crecer, ¿no crees? De dejar atrás la Discusión.

—Claro —dijo Neil—. El momento de echarse a dormir.

Nora bailó entre ellos y asombró a Thomas cuando se colgó de su brazo.

—¡Sois unos friquis! —gritó.

Siempre se daba cuenta de cuándo estaban hablando de trabajo, y siempre sabía cómo arrastrarlos al áspero terreno de las almas más sensatas. Él la abrazó y se tambalearon como amantes borrachos, se reían tanto que él no pudo hablar. Otra sesión de risas de Tom y Nora. En las fiestas, la gente siempre comentaba que sólo ellos parecían entender los chistes del otro. ¿No era eso lo que significaba entenderse con alguien?

Sólo era que tomaban las mismas drogas, habría dicho Neil.

—¿No lo sientes? —gritó Nora volviendo los ojos a la muchedumbre ebria—. ¡Toda esa gente nos quiere, Tommy! Toda esa gente nos quieeeeeere...

El despertador sonó tan despiadadamente como un camión de la basura haciendo rugir su tolva. Thomas Bible le dio un manotazo y entrecerró los ojos ante las lanzas de luz. Se sentía como sacado de un bolsillo olvidado: demasiado arrugado durante demasiado tiempo para volver a alisarse. Tenía resaca. Una de las buenas. Se pasó la lengua por los dientes e hizo una mueca al comprobar su sabor.

Se quedó sentado con la espalda encorvada un rato, tratando de conseguir la paz de estómago que necesitaría en el largo camino hasta el baño. Malditos sueños. ¿Por qué después de todos esos años soñaba con el banquete de su boda? Lo que le molestó no fueron tanto las imágenes como la felicidad.

Era demasiado viejo para esa mierda, especialmente en un día laborable. No, peor aún, laborable y con niños. Todavía oía el reproche de Nora, con la voz malhumorada pero los ojos jubilosos: «¿Qué estoy oyendo...?».

El baño apestaba a whisky, pero al menos la tapa del váter estaba bajada. Tiró de la cadena sin mirar y después se sentó en la bañera y abrió la ducha. El agua fue como un bálsamo, le sentó bien, tanto que se puso de pie para lavarse el pelo.

Después, cogió un albornoz y bajó ruidosamente. Hizo callar a su perro, un afable labrador negro que se llamaba *Bartender*. Recogió los vasos de whisky y las botellas de cerveza al cruzar por la sala de estar y pensó en echar un vistazo al estudio, pero la puerta parcialmente abierta producía un rumor extraño. Justo al otro lado de la puerta, en la alfombra, había un par de vaqueros arrugados y del revés. Pensó cometer algún pequeño acto de venganza —gritar como un sargento de instrucción o saltar sobre el sofá cama—, pero al final decidió no hacerlo.

La caja de analgésicos Advil estaba en la cocina.

Su casa era vieja, una de las granjas que se habían construido antes que el resto del barrio. Suelos de madera que crujían. Techos altos. Habitaciones pequeñas. Sin garaje. Un porche de hormigón más bien mínimo. «Mono», había dicho el vendedor de la inmobiliaria. «Claustrofóbico», se quejaba constantemente Nora.

Con todo, Thomas había acabado queriendo a esa casa. En el transcurso de los años había invertido algo de tiempo y de dinero en reformas, lo suficiente para hacer que el tipo de la inmobiliaria acabara teniendo razón. La cocina, especialmente, con sus acabados de época y las paredes con azulejos, irradiaba carácter y calor de hogar. A la luz de la mañana, todo brillaba. Las sillas proyectaban sombras sobre el suelo de baldosas.

Ojalá Nora no se hubiera llevado las plantas.

Catando conectó la cafetera ya se encontraba mucho mejor, casi como un ser humano. El poder de la rutina, supuso. Incluso medio intoxicado, el viejo cerebro apreciaba la rutina.

La noche anterior había sido una locura, como poco.

Engulló el café con un par de donuts pasados, confiando en calmar su estómago. Después de varios minutos sentado escuchando el zumbido de la nevera, se levantó, fue a la encimera y se puso a preparar el desayuno. Sabía que los niños estarían despiertos antes de que los oyera. *Bart* siempre salía arrastrando las patas de la cocina y se encaminaba al piso de arriba unos momentos antes de que empezara su llanto sordo. Como todos los labradores, adoraba a los que lo atormentaban.

—¡No! —oyó Thomas que gritaba su hija Ripley. Pasos recorriendo los pasillos, después—: ¡No, no, no, no! —escaleras abajo—. ¡Papá! —gritó la niña de ocho años al entrar corriendo en la cocina. Con su pijama estampado con dibujos de Daisy Donald se la veía delgada y ágil, con cara de duendecillo, y el pelo largo y negro de su abuela. Se lanzó a su silla con la rara combinación de concentración y abandono que caracterizaba todo lo que hacía—. ¡Frankie me ha vuelto a enseñar lo que tú ya sabes!

Thomas parpadeó. Siempre había sido partidario de una educación sexual infantil temprana, pero entendía por qué la mayoría de los padres estaban dispuestos a mantener cerrada la caja de Pandora tanto tiempo como fuera posible. En un padre, la vergüenza era una forma perezosa de enseñar discreción. O al menos eso se decía.

Ella hizo una mueca.

—Su cosa, papá. Su... —Deformó la cara como si quisiera darle a la palabra oficial una expresión femenina oficial—... peeeene.

Thomas no pudo más que mirarla horrorizado. «Maldita sea, Tom —oyó que decía Nora—. Necesitan habitaciones separadas. ¿Cuántas veces...?». Dio un grito al piso de arriba, haciendo una mueca ante el volumen de su propia voz:

—¡Frankie! ¿Te acuerdas de lo que dijimos acerca de lo que te pasa por las mañanas...? —Se detuvo y miró con recelo a Ripley—. Eso de las mañanas... Ya sabes a qué me refiero...

El malhumorado «Sí» descendió de las alturas de la casa. Parecía contrariado.

—Guárdate el pajarito en los pantalones, hijo. Por favor.

Por supuesto, Ripley lo había estado observando.

—¿Pajarito, papá? ¡Ecs!

Thomas se apretó el puente de la nariz y suspiró. Nora iba a matarlo.

«No hay de qué avergonzarse», se dijo. El mundo era ya una lección suficiente. Ripley se preocupaba por la ropa que se ponía, comentaba que L'Oréal era mejor que Covergirl, mejor que cualquier otra cosa. Pronto fruncirían el entrecejo ante fotos de sí mismos, ante el sonido de sus voces en el contestador automático, ante los puntos oxidados de los parachoques de sus coches, etcétera, etcétera. Pronto serían pequeños y aplicados consumidores, y comprarían esta o aquella tirita para sus pequeñas e innumerables vergüenzas.

Pero no sería así si él podía impedirlo.

Unos minutos más tarde, el pequeño Frankie, de cuatro años, arrastraba los pies por las baldosas con los ojos entrecerrados. A Thomas le alivió ver que los pantalones de su pijama de Silver Surfer estaban intactos. Frankie se frotó los ojos hinchados mientras aleteaba con los brazos. Travieso y recio, Frankie exageraba todos sus movimientos, incluso sus expresiones faciales. Se despedía moviendo la mano más de lo necesario, daba pasos más largos de lo necesario, incluso se sentaba ocupando más espacio de lo necesario. Ocupaba mucho lugar para ser un niño tan pequeño. Espacial y emocionalmente.

Ripley lo contempló con una expresión de aburrimiento.

—Nadie tiene por qué ver eso —dijo, señalando su entrepierna.

Thomas rompió otro huevo y sonrió con pesar.

—¿Y? —respondió Frankie.

—Y es raro. Enseñarle esa cosa a tu hermana es raro. ¡Aj! Es asqueroso.

—No es asqueroso. Papá dice que es sano. ¿Verdad, papá?

—Sí... —empezó a decir Thomas, después hizo una mueca y negó con la cabeza —. No, no... Y sí.

¿Qué pasaba? ¿No había impartido un seminario de posgrado sobre sexualidad infantil en la Universidad de Columbia? ¿No sabía qué era lo «correcto en aras del desarrollo» que se podía esperar de un niño? Alzó las dos manos y se quedó junto a la mesa, tratando de parecer severo y ecuánime al mismo tiempo. Sus hijos, sin embargo, se habían olvidado de él. Con las bocas llenas de tostadas, discutían en ese tono obstinadamente quejumbroso que caracterizaba casi toda su comunicación.

—Venga. Escuchad, chicos. Por favor...

Ahora los dos parloteaban al mismo tiempo.

—¡No, tú! ¡No, tú!

Cielo santo, la cabeza le dolía.

—Escuchadme, capullos —gritó—. El viejo ha pasado una mala noche.

Ripley se carcajeó.

—¿Te emborrachaste con el tío Cass, verdad?

—¿Podemos despertarlo, papá? —preguntó Frankie—. ¿Podemos despertarlo, por favor?

¿De dónde le venía esa aprensión? «Sólo ha sido una mala noche —se dijo—. Esta tarde me habré olvidado».

—No. Dejadlo en paz. ¡Escuchad! Estaba diciendo que el viejo ha pasado una mala noche. El viejo necesita que sus hijos lo dejen tranquilo.

Ambos se lo quedaron mirando, cansados y divertidos al mismo tiempo. Sabían lo que era, esos renacuajos listos. Era un Padre Impotente. Cuando lo irritaban, se limitaban a simular que él estaba fingiendo hasta que parecía que estaba fingiendo de verdad. Hijos de puta manipuladores.

Thomas respiró hondo.

—He dicho que el viejo necesita que sus hijos lo dejen tranquilo.

Se miraron de soslayo, como si quisieran asegurarse de que ambos estaban pensando en la misma trastada.

—¡Sírvenos el desayuno, puta! —gritó Frankie imitando una película que habían visto hacía no mucho. Se había convertido en su broma habitual en el desayuno.

Aquello acabó con Thomas. Reconoció la derrota acariciándoles el pelo y besándoles la cabeza.

—No digas «puta» —murmuró.

Y volvió al desayuno. Como una buena puta, supuso. Se había olvidado de lo mucho que le gustaban los días laborables con sus hijos.

Aunque tuviera resaca.

Normalmente, sólo veía a Franklin y a Ripley los fines de semana, de conformidad con el acuerdo de custodia. Pero Nora le había pedido que los tuviera durante la semana: no sé qué historia de un viaje a San Francisco. En las circunstancias habituales, quedarse con los niños no habría sido un problema, pero Nora lo había pillado en el peor momento posible: el período previo al nuevo curso escolar, cuando los niños habían llegado al punto más alto de la chifladura de las vacaciones de verano y cuando él estaba hasta arriba de trabajo con el comité y la preparación del semestre siguiente. Gracias a dios que Mia, su vecino, se había ofrecido a ayudarlo.

Mia se llamaba en realidad Emilio, pero todo el mundo le llamaba Mia, fuera porque se apellidaba Farrow o por sus días como *drag queen*. Era un gran tipo. Un marxista amateur y un homosexual profesional, así se describía. Era redactor técnico de JDS Uniphase^[1] y normalmente trabajaba en casa. Aunque constantemente repetía la cantinela de que odiaba a los niños, era todo un sentimental con Frankie y Ripley.

Se quejaba de ellos del mismo modo en que los fanáticos del deporte lo hacían de las rachas de victorias de sus equipos: como si ofrecieran una muestra de humildad a los veleidosos dioses. Thomas sospechaba que su cariño por los niños era paternal, es decir, casi puro orgullo.

Como llegaba tarde, Thomas empujó a sus hijos por el jardín. El vecindario era suficientemente joven como para que todavía se pudieran ver en él senderos serpenteantes y una asombrosa variedad de árboles, pero demasiado viejo como para soportar el aspecto de ser un inmenso Legoland. Encontraron a Mia en su porche, discutiendo con su compañero, Bill Mack. Mia tenía el pelo negro cortado como un marine y una cara que gritaba que en su cuerpo no había un gramo de grasa. Su constitución podría describirse como menuda de no ser por la evidente fuerza de sus hombros y sus brazos. Parecía un acróbata.

—Genial —estaba diciendo Mia—. De puta madre, Bill. —Se volvió y sonrió candorosamente a los Bible, reunidos al pie de los escalones—. Hola, niños. Llegáis justo a tiempo para decirle adiós a este gilipollas.

—Hola William —le dijo Thomas a Bill con precaución. El mes anterior Bill había decidido que quería que lo llamaran William: ese nombre tenía más «capital cultural», había dicho.

—Jooder —bufó Mia con una inflexión que estaba en algún lugar entre un maltratador de mujeres de Alabama y un gay de California—. ¿Por qué no lo llamamos Willy?

—... el del pito pequeñito —gritó Frankie. También lo había oído en alguna película.

Mia soltó una carcajada.

—Hola, Thomas —respondió Bill, risueño—. ¿Cómo están los Bible?

—Papá tiene resaca y Frankie me ha enseñado su pajarito —dijo Ripley.

La sonrisa de Bill era pura Mona Lisa.

—¿El mismo de siempre, eh? —Arrugó la nariz—. Creo que tengo que irme...

Desplazándose entre los Bible, se encaminó hacia su viejo todoterreno, uno de esos Toyota a los que los ecologistas les gustaba cubrir de alquitrán. Con su traje y su chaleco, parecía un modelo del catálogo de Sears. Thomas vio por el rabillo del ojo cómo Mia decía en voz baja «Vete a la mierda y muérete» mientras él iba hacia la calzada.

Desde que Thomas los conocía, Bill y Mia habían hecho todas las cosas que hacen las parejas estadísticamente condenadas. Hacían muecas mientras el otro hablaba, un indicador aterradoramente infalible de la inminente ruptura de la relación. Se describían mutuamente en términos despiadadamente negativos. Hasta llegaban a pegarse de vez en cuando. Y sin embargo no sólo habían sobrevivido, sino durado. Sin duda habían durado más que los Bible.

—¿Algo grave? —dijo Thomas, casi más por rutina que por querer saberlo de veras. A lo largo de los años los había ayudado a solucionar numerosas rupturas de la comunicación casi letales, normalmente hablando con uno de ellos desde el borde del abismo sin que el otro lo supiera. «Terapia de guerrilla», lo llamaba.

—Me recuperaré, profesor. Los gays adoramos a los gilipollas, ¿recuerdas? Con perdón.

—Papá también dice esas cosas —dijo Ripley.

—Sin duda, guapa. —Mia señaló con la cabeza el monovolumen aparcado junto al Acura de Thomas. Alzó las cejas—. ¿Tenemos compañía, profesor? ¿*L'amore*?

Sonriendo, Thomas cerró los ojos y negó con la cabeza. Mia hablaba insoportablemente alto.

—No. Ni mucho menos.

Thomas era un hombre de costumbres.

Desde que Nora y él se habían mudado a las afueras, el viaje de una hora a Manhattan en la línea del metro norte se había convertido en un pequeño alivio. A Thomas le gustaba el apretujado anonimato que implicaba. Los intelectuales podían berrear todo lo que quisieran sobre «la solitaria masa postindustrial», pero algo tenía de bueno ese privado anonimato de caras ausentes e indiferentes. Incontables millones de personas ordenadas en filas, todas poseedoras de vidas de una extraordinaria riqueza, y la mayoría con el juicio suficiente como para no compartirlas con desconocidos.

Parecía un milagro.

Thomas imaginó que algún estudiante universitario habría publicado en alguna parte un estudio sobre el asunto. Algún estudiante universitario había publicado en alguna parte un estudio sobre todo. Ahora que la caza mayor había sido perseguida hasta la extinción, todos los pequeños misterios se hallaban bajo el microscopio de los académicos, todas las cosas que hacían que los humanos fueran humanos.

Normalmente, Thomas leía el *New York Times* —la versión en papel— durante el viaje a Manhattan, pero en ocasiones, como ese día, se quedaba mirando el río Hudson, que discurría perezosamente. Ningún río, sin duda, ha sido objeto de tanta contemplación ausente como el Hudson.

Tenía muchas cosas en que pensar. El exhibicionismo incestuoso de Frankie era la menor de sus preocupaciones.

Miró de soslayo la portada del *Times* de su vecino y vio los titulares que esperaba:

EUROPA AFIRMA QUE EL PAQUETE DE AYUDAS DE ESTADOS UNIDOS NO ES SUFICIENTE.

FUENTES OFICIALES RUSAS AFIRMAN QUE EL NÚMERO DE MUERTOS PODRÍA LLEGAR A LOS 50.000.

Y, por supuesto:

EL QUIROPRÁCTICO GOLPEA DE NUEVO: HALLADO EN BROOKLYN OTRO CADÁVER SIN ESPINA DORSAL.

Se dio cuenta de que estaba entrecerrando los ojos, tratando de leer los confusos cuadrados de texto que había debajo. Las únicas palabras que logró comprender fueron «vértebras» y «destripado». Parpadeó y se frotó los ojos, se maldijo por ceder a esa curiosidad morbosa. Hacía miles de años, cuando la gente aún vivía en pequeñas comunidades, prestar atención a los actos azarosos de violencia daba dividendos reproductivos. Ésa era la razón por la que el cerebro humano estaba diseñado para prestarles atención.

Pero ¿ahora? Era poco más que un vicio. Como caramelos para una mente de la Edad de Piedra.

Pensó en la noche anterior.

«¿Me estaba tomando el pelo, no?».

Thomas emergió de la pegajosa humedad del metro en el cruce de Broadway con la 116. Se apoyó en la barandilla, superado por lo que su padre siempre llamaba «tener el estómago de gelatina». Malditos chupitos. ¿Por qué había aceptado beber chupitos? Por alguna razón, el tráfico y la gente de Nueva York lo calmaron.

Columbia estaba sorprendentemente ajetreada a pesar de que el curso todavía no había empezado. Había docenas de estudiantes sentados en los escalones de Low Plaza, con libros y cafés, y los ubicuos iPaks en las manos. A Thomas siempre le había gustado la caminata hasta Schemerhorn Hall: los patios adoquinados y las jardineras de ladrillo, el contraste de la hierba y las piedras viejas, la humilde grandeza académica. Pasó entre las sombras de la capilla de San Pablo y le pareció percibir el frío matutino que irradiaban sus muros jorobados. Pese a todos sus inconvenientes logísticos, Schemerhorn era la sede ideal para el Departamento de Psicología. Al parecer, los diseñadores de Columbia tenían debilidad por los espacios ¡menores, enclaves dentro de enclaves. Parecía lógico que Schemerhorn permaneciera oculto, del mismo modo que parecía lógico que fuera viejo, que hubiera goteras, que las paredes se sostuvieran en cimientos poco sólidos... Un lugar construido por hombres que todavía podían tomarse en serio la existencia del alma.

Quizá porque tenía resaca, Thomas se paró ante la entrada y se quedó mirando la

segunda mitad de la inscripción que había en lo alto:

HÁBLALE A LA TIERRA Y ÉSTA TE ENSEÑARÁ.

Un mandamiento loable. Pero ¿y si la humanidad no tenía estómago para esa lección?

Agachó la cabeza al entrar en el Departamento de Psicología para leer el correo.

—¡Oh, profesor Bible! —oyó que decía Suzanne, la ayudante administrativa del jefe.

Detenido bajo el umbral de la puerta, le sonrió.

—Rápido, Suzy. Tengo un resacón.

Ella hizo una mueca y señaló con la cabeza a tres personas vestidas con elegancia, dos mujeres y un hombre, que parecían aburrirse junto a la puerta del jefe del departamento. Lo observaban con interés.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó Thomas. El repaso de arriba abajo que le dedicaron le pareció levemente ofensivo.

La mujer de pelo oscuro dio un paso adelante y le tendió la mano.

—¿Profesor Bible? ¿Thomas Bible? —preguntó.

Thomas no respondió, convencido de que la mujer ya sabía quién era. Algo en sus modales decía que llevaba unas fotos en el bolsillo interior de su chaqueta y varios dossieres en su agenda electrónica.

—Soy Shelley Atta —prosiguió tras un momento de incomodidad—. Éstos son Samantha Logan y Dan Gerard.

Logan era alta e increíblemente atractiva. A pesar del rígido aire profesional de su traje chaqueta, algo en su manera de estar hablaba de *piercings* en la lengua y tatuajes en el tobillo. Con ojos azules y pelo castaño corto y peinado hacia delante, Gerard tenía el aspecto de un capitán de equipo de fútbol americano venido a menos: cubierto de músculos debilitados, indiferente a las leves manchas de mostaza en la solapa. La clase de tipo que ponía cara de mono mientras meaba. Parecían una pareja imposible.

—¿Hay algún lugar discreto en el que podamos hablar? —preguntó Atta.

—Preferiblemente un lugar con un reproductor de DVD —añadió Logan.

—¿De qué se trata?

Los ojos de Shelley Atta se entrecerraron de irritación. Tenía una constitución fuerte que podía parecer maternal o imponente, dependiendo de su expresión. Ahora pareció imponente.

—Somos del FBI, profesor Bible... Como acabo de decir, ¿hay algún lugar

discreto en el que podamos hablar?

—Tendrá que ser en mi despacho —dijo Thomas, volviéndose como el hombre ocupado que era.

De camino a su despacho, les pidió la identificación y se la quedó mirando. Después se sintió como un idiota. Sin duda ellos lo miraron como si lo fuera.

Thomas desconfiaba de «la ley y el orden» en todas sus manifestaciones por muchas y pequeñas razones. En el pasado había tenido por vecino a un policía de Nueva York. Un completo imbécil. Puro narcisismo. Al límite del desorden de personalidad. Al límite de todo. Después estaba el timo que había sufrido mientras conducía por los bosques de Georgia unos años atrás. El sheriff local había fotografiado su maltrecho Volkswagen —que podía coger, ¿cuánto? ¿cien? ¿ciento diez?— a ciento cincuenta. Todavía recordaba cómo el hombre había metido la cabeza por su ventanilla: como si tuviera hambre y Thomas tuviera una bolsa del Kentucky Fried Chicken.

Pero la gran razón de su desconfianza era que sabía lo frágil que era esa gente. Era su trabajo: estudiar todas las cosas que la gente no sabía de sí misma. Él sabía lo rápida y completamente que podía transformarlos una posición de poder. Conocía las consecuencias de esa distorsión en su comportamiento y sabía que, a consecuencia de ello, con frecuencia sufrían inocentes.

Thomas abrió la puerta e invitó a los agentes a entrar en el silencioso cubículo atestado de papeles que era su despacho. A diferencia de algunos de sus colegas, no había convertido su oficina en un «hogar». No tenía sillas confortables para admirados estudiantes de posgrado ni pósteres de Nietzsche, Skinner o el Che Guevara, sólo libros y notas autoadhesivas. Los agentes escudriñaron sus estanterías. La rubia atractiva pasó un dedo por el lomo de su primer y único libro publicado. *A través del cerebro oscuro*. La agente Atta parecía estar buscando pruebas de pornografía o drogadicción. Dan Gerard, o bien era un hombre inquieto, o bien estaba angustiado por el caos. ¿Un leve desorden obsesivo compulsivo, quizá?

—¿De qué se trata? —preguntó Thomas de nuevo.

—Debería ver esto antes —dijo Shelley sacando un disco plateado.

A Thomas se le hizo un nudo en el estómago. Le estaban denegando un contexto, algo que pudiera prepararlo para lo que iba a ver. Iban a observarlo con mucho cuidado, lo sabía, en busca de pequeños detalles reveladores en su reacción...

Pero ¿qué diablos estaba pasando?

El FBI estaba allí, en su despacho. De repente se relajó, hasta sonrió al volverse hacia el ordenador. Los niños iban a alucinar cuando se lo contara. «¿El FBI, papi? ¡Imposible!».

Tenía que ser un error.

Esperaron a que el Windows se cargara; a Thomas siempre le parecía un

momento incómodo, aunque estuviera solo.

—Bible... —oyó que decía el agente Gerard a su espalda—. Un apellido extraño.

Estaba tratando de ponerlo nervioso, supuso Thomas, utilizando un enfrentamiento indirecto para que le resultara más difícil ocultar cualquier reacción que pudiera incriminarlo. Pero no tenían ni idea de cómo era la resaca de Thomas. Dudaba que una ráfaga de disparos junto a su oreja le hiciera saltar.

Thomas se volvió en su silla y miró a Gerard a los ojos.

—Cojan esas sillas —dijo, señalando el otro lado de la habitación—. Siéntense.

El agente Gerard miró a la agente Atta y obedeció.

Thomas colocó el disco en la bandeja. Ahora todos estaban sentados.

La pantalla estaba negra.

—¿Están encendidos? —preguntó la agente Atta señalando los altavoces que había en la mesa. Thomas pinchó en un par de ventanas distintas.

—¿TE GUSTA? —bramaron los altavoces.

La voz parecía masculina, pero estaba distorsionada electrónicamente; grave, como si borboteara en una versión de sintetizador del fondo del mar. A Thomas se le puso la piel de gallina. ¿Qué era aquello?

—¿Qué estás haciendo? —Una voz femenina, sin aliento y sin distorsionar. Parecía confundida, como si quisiera estar aterrorizada pero...

—¿TE GUSTA?

—Nnnna... Oh, Dios, síiiii.

Pero estaba demasiado excitada.

Se produjo un estallido de luces en la pantalla y entonces Thomas vio la grabación casera del torso de una mujer. Estaba sentada en una especie de silla de cuero negro y llevaba un camisón con dibujos rosas tan empapado de agua o sudor que se ajustaba a su cuerpo como un condón semitraslúcido. Jadeaba como un perro, tenía la espalda arqueada y los pezones duros. No se le veía la cara.

—SÍ... TE GUSTA —declaró la voz grave. Thomas se dio cuenta de que quien hablaba estaba también sosteniendo la cámara.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—DISCUTIR.

—Oh, Diossss.

La cámara descendió y Thomas vislumbró cómo se mecían sus muslos desnudos. Parecía estar moviendo las caderas, pero nada la tocaba. Nada que él pudiera ver.

—HACER EL AMOR.

—Mmm... mmm... —mugió la mujer sin cara con una voz curiosamente infantil.

—¿MÁS?

La cámara subió bruscamente y Thomas le vio la cara a la mujer. Era rubísima, tenía un mohín en los labios y la belleza de harén de una aspirante a estrella de

Hollywood. Tenía la mejilla derecha pegada al hombro, los ojos vidriosos y la mirada perdida. Su boca formaba una dolorida «O».

—Por favoooooor —dijo jadeando.

Su cuerpo se tensó. Su rostro quedó flácido. Por un momento frunció los labios como lo hacía Elvis. Después empezó a retorcerse de éxtasis. Los jadeos se convirtieron en aullidos, y por un momento enloquecido berreó hasta que la intensidad que le ponía los tendones a flor de piel estranguló toda posibilidad de sonido. Se convulsionó, se agitó como movida por sus resortes internos. Sus arrullos se diluyeron en una respiración irregular y se retorció espasmódicamente, con los ojos estrábicos. La baba le caía de la boca.

De repente volvió a empezar, gimiendo:

—Oh-dios-mío-oh-dios-mío...

—¿OTRA VEZ?

—¡Oh-sí-por-favor. —Tragó saliva. Después—: ¡Sí-sí-sí-sí! —con la respiración acelerada.

Se estaba corriendo otra vez y la cámara se levantó todavía más.

Thomas estalló en su silla.

—¿Me están tomando el pelo? —le gritó a la pantalla.

La mujer tenía el cráneo abierto. Una maraña de agujas y cables formaba un andamiaje sobre el enrevesado tejido neuronal. Los lóbulos resplandecían a la luz.

—Cálmese, señor Bible —dijo la agente Atta.

Thomas se llevó las manos al cuero cabelludo y casi se arranca el pelo.

—¿Se dan cuenta de que podría denunciarles por mostrarme esta... esta...? ¿Qué cojones es esto?

—¿QUIERES LOS MANDOS?

—Este disco llegó por correo a Quantico, Virginia, anteayer.

—¿Ésta es la clase de correo que reciben? ¿Eh? ¿Son miembros del club de la violación del mes o algo parecido?

—Por lo que sabemos —dijo Shelley Atta, dubitativa—, la mujer del vídeo no fue agredida sexualmente.

—ERES LIBRE —graznó la voz oceánica—. ¿LO SABES? PUEDES IRTE CUANDO QUIERAS.

Thomas detuvo el vídeo. En la pantalla quedó congelada la imagen de la mujer mordiendo el labio inferior. Thomas apartó la mirada hacia los claustrofóbicos confines de su despacho. El aire parecía cargado de exhalaciones. Alguien olía a ensalada de col.

—Díganos —dijo la otra mujer, Samantha—. ¿Sabe dónde se encuentra...?

—No —la interrumpió Thomas—. No voy a decir nada hasta que me cuenten de qué va todo esto. Soy psicólogo, ¿recuerdan? Conozco bien las tácticas de

interrogatorio indirecto, y me niego a cooperar hasta que paren de jugar y me digan qué diablos está pasando aquí.

La agente Atta lo miró y frunció el entrecejo. El agente Gerard se quedó con la mirada ausente pegada a la pantalla.

—Le contaré lo que sabemos —dijo Samantha Logan—. De acuerdo con Biométrica, la mujer es Cynthia Powski o Crema, una aspirante a estrella porno de Escondido, California, que fue declarada como desaparecida el mes pasado. Nuestros analistas nos aseguran que las imágenes son reales, y los neurocirujanos que hemos consultado insisten en que el nivel de... manipulación que se aprecia es muy posible. Lo que acaba de ver es real, profesor Bible. Por raro que parezca, alguien está secuestrando gente y manipulando su cerebro.

—¿Gente? —preguntó Thomas. Los oídos le zumbaban—. ¿Quiere decir que esta mujer no es la primera?

La agente Logan asintió.

De repente, Thomas lo comprendió.

—Están buscando a un neurocirujano...

Pensó en la noche anterior.

—De acuerdo con nuestra investigación —dijo Shelley Atta—, usted fue compañero de habitación de Neil Cassidy en Princeton. ¿Es así?

—Por supuesto que sí... ¿Creen que Neil es el responsable de esto?

—Estamos casi seguros de ello.

Thomas abrió los brazos como si quisiera alejar algo con más impulso del que su mundo podía soportar.

—No, no. Miren, no conocen a Neil. Es totalmente imposible que haya hecho esto. Imposible. —Mientras hablaba, vio a Neil sonriendo bajo la luz del porche con los dientes tan perfectos como los de un anuncio dentífrico.

—¿Por qué lo cree así, profesor?

—Porque Neil está cuerdo. Cuando mi vida se convierte en una locura, cuando tengo dificultades para distinguir lo que está arriba de lo que está abajo, llamo a Neil. Por eso sé que está cuerdo. Quienquiera que esté haciendo eso ha sufrido un brote psicótico. Estadísticamente, las posibilidades de que eso le suceda a los hombres de mi edad son casi nulas.

—¿Neil y usted mantienen una relación estrecha? —dijo el agente Gerard.

Un asentimiento mecánico.

—¿Muy estrecha?

—Uña y carne. ¿Qué coño les importa a ustedes? —Thomas se interrumpió. Estaba dejando que su temperamento ocultara lo mejor que había en él. Y permitiendo que los federales manejaran sus resortes. «Concéntrate —se recordó—. Concéntrate y piensa». Pero no podía apartar de su pensamiento las imágenes de

Cynthia Powski retorciéndose. Todavía oía cómo gemía. Hasta podía oler su sudor.

—Miren —prosiguió más calmado—, su principal sospechoso es un íntimo amigo mío. ¿Y saben qué? Si estuviéramos hablando de alguien a quien no conociera, digamos, el jefe de neurocirugía de la universidad John Hopkins, probablemente estaría encantado de jugar a esto con ustedes. Pero sé cómo funcionan estas cosas. Están buscando algo. Podría ser información general o tal vez algo más específico. Lo único cierto es que a mí me resulta imposible saber qué están buscando, lo que significa que no puedo saber si estoy ayudando a mi amigo o cavando aún más su tumba.

—¿No confía en nosotros? —preguntó la agente Logan.

—¿Me toma por tonto?

—Nosotros somos los buenos, profesor Bible —dijo la agente Atta.

—Seguro. ¿Tiene alguna idea de lo mal que se le da a la gente razonar? Es aterrador. Añádanse a eso los intereses contradictorios que siempre generan las jerarquías, como el FBI, donde las decisiones que favorecen la propia carrera con frecuencia son contrarias a las decisiones que responden a la verdad. Añádase a eso la revocación de las disposiciones constitucionales que garantizan un procedimiento adecuado...

—Sería estúpido confiar en nosotros —dijo Atta con tono cansado y molesto—: Irracional.

—Exactamente —dijo Thomas sin énfasis—. Casi podría decirse que una locura.

17 de agosto, 9:38

Con la salvedad de dos chicas de dura mirada y cejas acribilladas a *piercings*, el tren estaba vacío. Cuando vieron que las estaba mirando, Thomas apartó la vista, desconcertado y desdeñoso. Contempló el eterno Hudson tratando de no pensar en el miedo que le revolvió el estómago.

«Quizá cuando muera la siguiente», había dicho la agente Atta antes de salir de su despacho. Thomas había pensado en llamar a Neil, en ese mismo instante, para advertirlo, para interrogarlo, lo que fuera, pero no había llegado a marcar su número. Se dio cuenta de que tenía que verlo. Tenía que ver su reacción.

«Quizá cuando muera la siguiente...».

Era rara la facilidad con que lo obvio escapaba de la atención de la gente en una catarata de acontecimientos. Se veían tantas cosas sin verlas, se comprendían sin comprenderlas. Thomas había tenido una reacción exagerada en su despacho, había ignorado algo que pedía a gritos una reflexión cuidadosa. Pero ¿cómo iba a poder alguien pensar con claridad después de ver ese... ese neuroporno, o lo que fuera?

Además, Neil era su mejor amigo. Tenía con él una relación aún más estrecha que con su hermano, Charlie.

Tenía que ser un error.

A pesar de ello, algo en la mirada de la agente Atta le perseguía. «Otro no», habían dicho sus ojos. Otro íntimo de otro responsable, afirmando la imposibilidad de que su amigo/hijo/marido pudiera hacer algo como eso. Y tenía razón. Por lo general, la gente se juzgaba a sí misma de acuerdo con sus intenciones y a los demás de acuerdo con los resultados. En un estudio tras otro, los individuos se consideraban a sí mismos más caritativos, más solidarios, más concienzudos que los otros, no sólo porque lo fueran en realidad —¿cómo iban a serlo, si eran como los demás?—, sino porque querían ser esas cosas y eran prácticamente ciegos al hecho de que los demás querían lo mismo. Las intenciones eran lo único que importaba cuando se trataba de juzgarse a uno mismo, y eran totalmente irrelevantes cuando se trataba de juzgar a los demás. La única excepción, parecía, eran los seres amados.

Eso era lo que significaba ser «importante» para otro: ser incluido en el círculo de engaños que todo el mundo utilizaba para disculparse a sí mismo.

Y ahí estaba Cynthia Powski, temblando, jadeando, retorciéndose como si se pasara una pelota de squash entre los muslos.

«¿MÁS?

«Por favooooor...».

Pero ¿qué esperaban que dijera? «¿Neil? Oh, sí, menudo psicópata... Sí, anoche

en casa nos pulimos dos botellas de whisky. De hecho, creo que ahora mismo está durmiendo en mi sofá cama». ¿Tenía que decir eso?

No, no se habían ganado su confianza. No iba a traicionar a uno de sus más viejos y cercanos amigos, al menos no sin oír antes su versión.

Todo el mundo tenía su versión.

La noche anterior, el timbre había sonado exactamente a las 19:58. Thomas lo sabía porque Ripley y Frankie le habían estado rogando ver *Austin Powers*, que empezaba a las 20:00, durante toda la cena. Acababa de llenar el lavaplatos y Frankie estaba en el salón, en pleno berrinche, exigiendo una interrupción de la autoridad paterna.

Thomas había abierto la puerta mientras le decía a Frankie que se lo tomara con calma, y allí estaba Neil, dando manotazos a las polillas y los mosquitos que revoloteaban en el porche.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Neil mostró la sonrisa con la que había bajado tantas bragas y le mostró una bolsa de papel marrón. Iba vestido con toda la vulgaridad de la que era capaz: pantalones cortos caquis, sandalias hindúes y una mini camiseta negra con un estampado en el que se reproducía una y otra vez una foto de Marilyn Monroe nadando desnuda en una piscina en blanco y negro. Gracias a su constitución delgada y a sus aires desenvueltos y desenfadados, parecía más un estudiante en busca de un poco de marihuana que un respetado neurocirujano. Sólo su cara mostraba que no era así. Por muy expresiva que fuera, siempre parecía moverse alrededor de lo acostumbrado y lo imperturbable, como si en su vida anterior hubiera sido boxeador o un lama tibetano.

Su monovolumen estaba, inmenso, en el sendero que quedaba a su espalda.

—Me he dado cuenta de que necesito terapia líquida —dijo.

—¡Papá! —gritó Ripley con su voz más llorona—. Es que... ¡ya está empezando!

—*Austin Powers* —dijo Thomas a modo de explicación.

—Genial, tío —dijo Neil dándole una palmada en el hombro.

Una hora más tarde, Thomas se dio cuenta de que estaba bastante borracho. Ripley estaba acurrucada en unos cojines, dormida entre Neil y él. Frankie estaba sentado en el suelo, frente a la pantalla, riéndose mientras Austin esquivaba unas balas disparadas por tetas.

—¿No estás cansado? —le preguntó a su hijo.

—Nooooooo.

Thomas miró a Neil con una expresión de disculpa.

—Les he prometido que la vería con ellos.

Desde el divorcio, los niños se habían mostrado particularmente exigentes con las promesas. A veces se preguntaba cuántas costosas promesas necesitaría hacer para

salir del agujero que Nora y él habían cavado juntos.

Neil se rió y señaló con la cabeza a Frankie, que se mecía como un heroinómano bajo un primer plano de Austin.

—Piensa —dijo Neil—. Ahora mismo el cerebro de tu hijo está siendo reprogramado por señales procedentes del espacio exterior.

Thomas soltó una risotada, aunque no estaba seguro de que el comentario le pareciera divertido. Era una vieja broma que se hacían desde los tiempos de la universidad: describir los acontecimientos cotidianos en términos pseudocientíficos. Dado que la ciencia lo examinaba todo en términos de cantidad y función en lugar de calidad e intención, el mundo que describía podía parecer atterradoramente ajeno. Neil tenía toda la razón, por supuesto: el cerebro de Frankie estaba siendo reprogramado por señales del espacio exterior. Pero también era sólo un niño disfrutando de una tontería que daban en la televisión.

—Y —respondió Thomas— en cualquier momento moléculas procedentes de mi intestino grueso despertarán impulsos nerviosos en el interior de tu nariz.

Neil frunció el entrecejo. Tenía los ojos iluminados por el reflejo de la pantalla. Después tosió y se rió al mismo tiempo, y se cubrió la nariz con la mini camiseta. Una Marilyn en blanco y negro pataleaba junto a una pirámide oblonga.

En la sala retumbó la ráfaga de una metralleta. Frankie se volvió con lo que llamaba su «cara de asco», y gritó:

—¡Qué mal hueles, papá!

—Shhh —le advirtió Thomas—. Ya sabes cómo se enfada Ripley.

—¡Yo también siento un cosquilleo en la nariz! —le dijo Frankie a Neil—. Apestoso.

En lugar de humor, hubo un destello de ira en la mirada de Neil, tan rápido que Thomas estuvo seguro de que lo había imaginado.

Thomas se había encogido de hombros y mirado de soslayo a su hijo y a su amigo con una sonrisa de tonto culpable.

—He comido en el Kentucky Fried Chicken.

Después de acostar a los niños —o los pequeños gedeones, como le gustaba llamarlos a Neil—, Thomas vio que Neil echaba un vistazo a los libros que había en los estantes de la sala de estar. Las luces del techo estaban encendidas y convertían a Marilyn y sus brazadas desnudas en un fantasma en su pecho.

Thomas señaló la camiseta con la cabeza.

—Un poco sexista, ¿no crees?

Neil se volvió y ladeó la cabeza al tiempo que encogía un solo hombro, su gesto característico.

—También lo es la biología.

Thomas hizo una mueca.

—¿Dónde está tu libro? —preguntó Neil pasando los ojos por el paisaje de lomos y títulos. Algunos de ellos estaban gastados y maltrechos, otros relucientes de nuevos.

Thomas puso la cara que ponía siempre que alguien mencionaba su libro.

—En el sótano, con los demás.

Neil sonrió.

—Lo has bajado de categoría, ¿eh?

Thomas volvió al sofá, vio los chupitos de whisky que Neil había servido y decidió tomar un trago de cerveza.

—¿Cómo te va, Neil? ¿Cómo van las cosas en Bethesda?

Pese a lo mucho que le quería, a Thomas siempre le irritaba tener que presionar a Neil para que le contara detalles de su vida. Aquello parecía una parte y un síntoma de una inmensa desigualdad que amenazaba su relación. Neil siempre había sido esquivo, pero no proclive a secretos ni desconfiado. Lo suyo era más aristocrático, como si algo en su linaje le eximiera de tener que contarlo todo.

Neil se volvió. Tenía la cara pálida e inexpresiva bajo aquellas luces.

—En realidad, no sé cómo van las cosas en Bethesda.

Thomas ladeó la cabeza. No estaba muy seguro de si debía creerlo.

—¿Lo has dejado? Neil, deberíamos haber...

—No lo he dejado.

—¿Te han echado?

—Nunca he trabajado allí, profesor Biblia. —Se interrumpió como si le faltara el aliento—. Bethesda ha sido... Oh, no sé cómo decirlo sin parecer cutre. Bethesda ha sido, bueno... sólo una tapadera.

Thomas frunció el entrecejo.

—Me estás tomando el pelo.

Neil negó con la cabeza, riendo.

—No, lo digo en serio. Jamás he estado en Bethesda.

—Pero, entonces...

—¿Qué hacía?

Thomas se puso en pie parpadeando.

—¿Me estás tomando el pelo? Durante todo este tiempo, ¿has estado mintiendo sobre el lugar en el que trabajabas? Neil...

—No es eso, profesor Biblia. En absoluto. Mentir sobre Bethesda era parte de mi trabajo.

—¿Parte de tu trabajo?

—He estado trabajando para la NSA. Cuando te piden que mientas, mientas, a quien sea, y que Dios te ayude si no lo haces.

—¿La NSA? ¿La Agencia de Seguridad Nacional?

Más risas.

—Joder, increíble, ¿verdad? Era espía, profesor Biblia. ¡Un puto espía científico! ¡Contradiñando la tecnología de Dios!

Thomas también se rió, pero como lo hace alguien que se ve obligado a ello. Era raro, pero estar entre íntimos puede hacer que tu locura parezca casi normal. O tal vez no. A fin de cuentas ellos dos eran el punto de referencia, lo que todos utilizamos para distinguir lo loco de lo cuerdo.

—Sabía que esto te pondría los pelos de punta —prosiguió Neil—. Y ésa es la razón por la que... —Cogió la botella de whisky y la golpeó contra la mesilla de café. Thomas se estremeció.

¿Qué tenían las mentiras que hacían que parecieran tan prosaicas? Todo el mundo mentía todo el tiempo: Thomas conocía las estadísticas, sabía que los hombres mentían principalmente para ascender, mientras que las mujeres mentían para no herir los sentimientos de los demás, etcétera. Pero se trataba de algo más que patrones típicos o meras frecuencias. Había algo esencial en las mentiras, algo que hacía que estuvieran en un lugar alarmantemente bajo en la clasificación de desaires e injurias. Una caja de herramientas no era una caja de herramientas a menos que hubiera en ella un par de alicates, algo con que retorcer o doblar las cosas.

—Pero ¿por qué lo hiciste? —había preguntado Thomas—. ¿Por qué empezaste a trabajar... para ellos?

A veces Neil tenía una forma peculiar de sonreír. «Picardía» era una palabra demasiado pequeña para describirla. Incluso «conspirativa» se quedaba corta.

—Por amor a mi país —dijo—. Tengo que proteger la patria.

—Vete a la mierda. ¿Tú eres un patriota? Por favor.

—Eh, tío —se jactó Neil—, mi barrio mola mucho, mucho más que el tuyo.

Thomas se negó a reírse. Era una vieja broma que se gastaban y se refería a que el patriotismo no era más que una forma de provincianismo con palabras más grandilocuentes, un mecanismo utilizado para generar solidaridad, para obtener consenso y conformidad, especialmente en tiempos de crisis o cuando competían distintos intereses sociales.

—¿Por qué lo hiciste?

Neil se dejó caer en el sofá.

—Por la libertad.

—¿La libertad?

—No tienes ni idea, profesor Biblia. Los recursos. La inexistencia de limitaciones. —Se detuvo como si se debatiera sobre la idoneidad de sus siguientes palabras—. Sé más del cerebro que cualquier hombre vivo.

—Y una mierda.

—No. Es así. De veras.

Thomas soltó una risotada.

—Demuéstramelo.

Neil había esbozado esa mismísima sonrisa.

—Paciencia, profesor Biblia. Paciencia.

—¿Y qué hacías?

—No te lo creerías. Era como salido de una clase de Mengele.

Thomas tragó saliva tratando de asimilarlo.

—Ponme a prueba.

—Empecé con tonterías: experimentación con técnicas de interrogación mediante privación de los sentidos. Nos dieron a un terrorista islamista, llamémosle Alí Baba, que creían que podía ser clave para descubrir una serie de células musulmanas en América. Le entrevistamos varias veces por medio de un falso preso, descubrimos cómo creía que iba a ser su ejecución, y lo que es más importante, cómo creía que sería el paraíso. Y entonces preparamos su ejecución...

—¿Qué?

Neil negó con la cabeza.

—Siempre lo interpretas todo literalmente... Preparamos su falsa ejecución, nos aseguramos de que la reconociera introduciendo en ella las cosas que él esperaba. Pero en lugar de matarlo lo dormimos, lo dormimos profundamente. Cuando le hubimos llevado a un tanque preparado para la privación sensorial, le dimos un atracón de variantes de éxtasis y de opiáceos, le dimos a su cuerpo tiempo para aclimatarse y después lo despertamos.

—¿Qué pasó?

—Se despertó en la nada: ningún sonido, ninguna luz, ningún tacto, y más colocado que un puto yonqui. Trató de gritar, de dar patadas, todo eso: un cerebro en un limbo sensorial trata automáticamente de generar estímulos de respuesta, pero le habíamos inducido la parálisis motora para impedir que se percibiera a sí mismo. Además, con el colocón que le habíamos inducido no tenía más opción que sentirse bien. Cuando la resonancia magnética nos mostró que sus centros visuales se encendían espontáneamente, le presentamos a Dios.

—¿Cómo?

—Le presentamos a Dios, ese superhábil especialista en inteligencia de Bahrein. Alí Baba creía que se había muerto e ido al cielo. Y te diré una cosa: cuando Dios pregunta, la gente responde.

El horror tenía que estar grabado en su cara. El horror y la confusión. Neil siempre parecía hablar a diferentes partes de tu cabeza, emitir en múltiples frecuencias. Era una de las cosas que hacía que su compañía fuera al mismo tiempo divertida y exasperante. Pero ¿aquello?

—Y...

—Y nada. El tipo no sabía nada. Pero después de refinar las técnicas, especialmente cuando empezamos a canalizar sus alucinaciones con la realidad virtual, descubrimos muchas cosas, te lo aseguro. Al menos de los terroristas islamistas. Los ecoterroristas eran chalados más duros.

—¿Eso es lo que has estado haciendo todos estos años?

—¡No, por el amor de Dios! Empecé con eso. Después del éxito preliminar del programa PrivSen, me consideraron una figura emergente. Me pasaron de la división de psicomaniplación a la de neuro. Abrieron la caja de Pandora, amigo mío, y me dejaron vagar por el maravilloso mundo de las operaciones secretas.

Thomas bajó la cerveza.

—La NSA tiene una división de neuromanipulación...

—¿Te sorprende? ¿Por qué crees que lugares como Washington o Pekín están infestados de espías? Porque ahí es donde se toman las decisiones. Dondequiera que se tomen decisiones importantes, ahí hay espías. Y en última instancia... —se dio un golpecito en la sien con un dedo—, aquí es donde se toman todas las decisiones. De modo que, ¿por qué no?

Thomas sirvió dos chupitos más y le dio uno a Neil.

—Porque es inmoral —dijo—. Y porque pone los pelos de punta.

—¿Inmoral? ¿Te parece inmoral?

—Joder, claro que sí.

Neil frunció el entrecejo y sonrió.

—¿No eras tú quien decía que la moralidad era una farsa? ¿Que no somos más que marionetas de carne engañadas para creer que vivimos en un mundo moral y con significado?

Thomas había asentido.

—Ah, la Discusión.

La Discusión. Su simple mención había abierto un agujero en su estómago. La prueba de una vieja atrocidad.

—Bueno —había dicho Neil—, estamos hablando de sospechosos de terrorismo.

—Más mierda. Eso es parte del mundo de sueños paleolíticos en el que vive la gente. Juzgan las amenazas como si todavía vivieran en una comunidad de la Edad de Piedra de ciento cincuenta personas y no en un mundo de miles de millones. El terrorismo es teatro, lo sabes. Las bañeras resbaladizas son una amenaza mayor. Cielos, ¡una campaña contra la asfixia masturbatoria salvaría más vidas! Los poderes existentes sólo se aprovechan de nuestras vulnerabilidades psicológicas para conseguir lo que se proponen.

Una mirada desdeñosa.

—¿Y qué hay de Moscú?

—Eso apenas tiene nada que...

—Ya sabes —le interrumpió Neil—. Es difícil no sentir pena por ellos a veces, aunque sepas que han participado en docenas de muertes. Tenemos la cabeza llena de mierda. Los viejos, sobre todo, creen que son el capitán Kirk o algo parecido. Nuestra malvada tecnología de escaneo de mentes no es nada comparada con el espíritu humano. Hace tiempo, un viejo terrorista islamista llegó a decirme que su alma era su ciudadela y que Dios vigilaba a su puerta.

Se detuvo un momento, como si estuviera meditando arrepentido. Estaba ojeroso.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó Thomas sin convicción. Todavía no podía creer que estuviera manteniendo esa conversación.

—Que su espíritu me importaba una mierda. Que era su cerebro lo que me interesaba. Que su voluntad era solamente un mecanismo neuronal más, y que una vez estuviera desconectado, me diría alegremente todo lo que nuestro equipo quería saber. Y tenía razón. Y fuimos mucho más allá de los interrogatorios con privación sensorial. Utilizando todos los datos de proyección de imágenes en las funciones ejecutivas del cerebro, como los famosos experimentos de Roach sobre las diferencias entre individuos de voluntad débil e individuos de voluntad fuerte, aislamos los circuitos causantes y los apagamos. Fue tan fácil como darle a un interruptor. —Su risa fue más bien un bufido—. ¿Quién lo hubiera dicho, eh?

—¿Dicho, el qué?

—Que el maligno equipo de escanear mentes estaría tan ridículamente lejos de la verdad. ¿Por qué diseñar una máquina para leer pensamientos cuando lo único que tienes que hacer es cerrar algunos circuitos y hacer que el individuo te los lea en voz alta?

Estupefacto, Thomas le miró fijamente. Neil, su mejor amigo, estaba diciendo que era de los malos.

¿No lo era?

—Yo... —empezó Thomas con una voz débil—. No sé qué decir... No sé qué pensar.

—¿Jodido, eh?

Thomas contempló el chupito que tenía ante sí, el anillo de luz dura alrededor del borde del vaso.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es, profesor Biblia. El deseo surge de los mecanismos más profundos del cerebro. Es como cirugía plástica. ¿Cuántos canales de cirugía plástica debe haber ahora mismo en la tele? ¿Quizá cinco? La evolución nos ha programado para valorar la aptitud de nuestras posibles parejas en términos de apariencia física. Una vez que nuestras herramientas y nuestras técnicas nos permiten manipular la piel y los huesos,

el deseo hace el resto. Los viejos tabúes están desapareciendo gradualmente, y antes de que te des cuenta la industria cosmética producirá una cuarta parte de los desechos biológicos del país, y el maquillaje requerirá serrar huesos en lugar de elegantes lapicitos y cepillos. Si antes nos pintábamos para adaptarnos al deseo, ahora nos rehacemos. Lo mismo sucede con los bebés de diseño. O el dopaje con genes en el deporte. En todas partes. Neuromanipulación. Cirugía neurocosmética. ¿Me estás diciendo que no te parece inevitable?

Thomas lo miró fijamente, respirando con regularidad.

—No. Te estoy diciendo que no creo que esté bien.

Neil se encogió de hombros.

—Si quieres decir que la mayoría de gente lo rechazaría, tienes razón. —Había apartado la mirada mientras lo decía. Ahora sus ojos refulgían oscuros y amenazadores—. Pero ¿por qué diablos debería importarme eso?

Thomas se bebió otro chupito, pero no porque quisiera hacerlo, sino porque parecía algo más seguro que responder. Era curioso: toda una vida de aprendizaje podía olvidarse, todas las capas de sofisticación podían ser arrancadas, para dejar a un niño herido, un amigo dolido y desconcertado.

—¿Tienes un brazo como el de Dios?^[2] —preguntó repentinamente Neil, evidentemente citando algo. Se rió.

—No te entiendo.

—Es su programa —había dicho Neil—. ¿Por qué no disfrutar con él?

La bebida nunca era buena cuando se mantenían conversaciones como ésa. El contenido se transmitía alto y claro, pero era el significado emocional lo que se filtraba. La bebida hacía que las cosas bien definidas fueran borrosas y las borrosas parecieran bien definidas.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —preguntó Thomas.

—Porque —dijo Neil, esbozando de nuevo su sonrisa traviesa— lo he dejado.

—Pero... —Thomas se detuvo. De repente, se percató de que Neil estaba haciendo mucho más que romper un acuerdo de confidencialidad o incluso cometer un delito grave. Todo eso debía ser material clasificado, lo que significaba que su amigo estaba cometiendo alta traición. Estaban caminando por terreno pantanoso.

Tan pantanoso que conllevaba la pena de muerte.

—¿Eso es todo? —preguntó Thomas.

—Eso es todo.

—No sabía que se os permitiera dejarlo tan fácilmente.

—No, no está permitido.

—Pero contigo están haciendo una excepción.

Otra sonrisa, una segunda capa de travesuras. Pasó el dedo por una hebra oscura del tapizado del sofá.

—No tenían otra opción.

—No tenían otra opción... —repitió Thomas, mirando con pavor el rebosante chupito de whisky que tenía ante él—. ¿Por qué?

—Porque he cubierto mis movimientos —respondió Neil—. He estado planeándolo durante mucho tiempo.

A pesar de la bebida, Thomas se sintió repentinamente alerta. Algo le dijo que tenía que andarse con cuidado.

—Así que crees que está mal... lo que hacías, quiero decir.

Neil se inclinó hacia delante con los codos sobre la rodilla, como un entrenador de baloncesto.

—El mundo está a un paso del abismo, profesor Biblia. Yo sólo he sido el primero en dar el paso.

Thomas sabía de qué estaba hablando, pero por alguna razón simuló no hacerlo.

—Abismo. ¿Qué abismo?

Neil no se lo iba a creer.

—¿Es por los niños?

—¿De qué estás hablando?

—¿Son ellos la razón?

—¿La razón de qué?

—La razón de que hayas vuelto a instalarte en Disneylandia.

La confusión, la desorientación que conducía a una respuesta tardía, se evaporaron, y Thomas se sintió de repente tan alerta como sólo pueden hacerlo el whisky y la ira.

—Estás borracho, Neil. Dejémosles fuera de esto.

Disneylandia era la forma en que llamaban al mundo tal como era comprendido por las masas, un mundo que mantenía las formas por medio de una sucesión de presunciones reconfortantes. Un mundo anclado en la necesidad psicológica más que en el hecho físico. Un mundo con un billón de héroes y finales felices en el que lo desconocido era irrelevante y enfrentarse a la propia debilidad era el desayuno de los fracasados.

—Mira, me resulta difícil recordar cómo es vivir con un pie en cada mundo. Saber, por un lado, que el amor paternal es simplemente la forma que tiene la naturaleza de engañarnos para que perpetuemos nuestros genes...

—No es un engaño... Mira, Neil, estás empezando a tocarme los...

—¿No es un engaño? Mmm. Entonces dime, ¿por qué quieres a tu hijo?

—Porque es mi hijo.

—¿Y eso es una explicación?

Thomas miró a su amigo de soslayo.

—Es la única que necesito.

—La evolución no podría haber funcionado de otro modo —había dicho Neil—. Hace falta mucho compromiso para criar a un hijo hasta su edad reproductiva.

Thomas vació su vaso y apretó los dientes con repugnancia y consternación. ¿Qué diablos estaba pasando?

—Como quieres a tus hijos —prosiguió Neil—, gastas enormes recursos en ellos, los formas, les das de comer, los proteges, hasta morirías por ellos. Haces todo lo que tus genes exigen, y por razones que no tienen nada que ver con las duras realidades de la selección natural. —Neil se recostó en los cojines. Enganchó las punteras de las sandalias en el borde de la mesilla de café—. ¿Y eso no es engañar?

—Son sólo descripciones distintas de lo mismo —dijo Thomas—. Distintos puntos de vista.

Neil se detuvo para beberse el whisky.

—Venga ya —prosiguió con un jadeo—. Estoy repitiendo tus argumentos, profesor Biblia. ¿No te pasabas horas y horas enumerando las formas en que nos embaucamos a nosotros mismos para sentirnos mejor? ¿Y qué hay de tus clases de psicología cognitiva? ¿No me dijiste que te pasaste las dos primeras semanas hablando de la relación entre instinto y socialización? ¿Qué hay de todas esas películas que alientan a la gente a «hacer lo que les diga el corazón»? ¿No son una forma más de la cultura para reforzar el *statu quo*...?

—¡Ya vale! —gritó Thomas—. ¿Qué pretendes, Neil? ¿Convencerme de que deje de querer a mis hijos?

De nuevo el encogimiento de un solo hombro.

—Sólo lo digo —había dicho, con un ademán displicente y espeluznante al mismo tiempo—. Sólo te recuerdo lo que ya sabes.

Sin habla, Thomas hizo lo que hacen la mayoría de los hombres cuando se quedan sin palabras: encendió el televisor. Las luces se atenuaron automáticamente. El silencio parecía zumbiar bajo el estruendo del crepitar del volumen y las imágenes brillantes.

Sintió que Neil, sentado en el sofá a su izquierda, lo miraba. El irritante anuncio de Coca-Cola —ese glu-glu que encantaba a uno de sus hijos— apareció en la pantalla. Un blanco como de hospital parpadeó en la sala. Navegó por las páginas de noticias y dejó que fragmentos de la infocháchara sellaran el duro instante que acababan de experimentar ambos. Una última hora sobre los ecodisturbios en Francia. Una retrospectiva sobre las causas de la crisis económica en China. Una historia de mal gusto sobre la reciente muerte de Ray Kurzweil. Acusaciones de que Wal Mart había instalado equipos de resonancia magnética de bajo campo para controlar a sus

empleados.

Neil extendió el brazo y sirvió dos chupitos de whisky más.

—Supongo que no tienes opción —dijo.

Thomas cogió el vaso con cautela, se lo llevó a la boca y lo vació. Ahora estaba bebiendo mecánicamente, una habilidad que había adquirido en los últimos tiempos de su matrimonio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó simulando mirar la pantalla. Las imágenes de alta definición parecían drenar toda su ira, hacer su mundo tan pequeño y trivial como en realidad era.

—Racionalizar. Instalarte en Disneylandia.

Thomas negó con la cabeza.

—Mira, Neil. Todo esto estuvo muy bien en la universidad. Éramos muuuu radicales, incluso en la clase de Skeat, cuando nos metíamos con los estudiantes de literatura y asustábamos a la gente con nuestros gritos... —Una mueca de dolor—. Pero ¿ahora? Venga ya. Déjalo.

Neil lo estaba observando cuidadosamente.

—Eso no lo hace menos real, profesor Biblia. —Señaló la tele, donde filas de moscovitas que se extendían en una neblina gris compartían pantalla con cabezas parlantes y una cálida iluminación de estudio—. Mira, eso está acabado, como decía que sucedería Skeat. Ninguna epidemia virulenta, ningún colapso ambiental, ningún Apocalipsis termonuclear, sólo masas y masas de gente, homínidos simulando ser ángeles, aferrándose a reglas que no existen, comiendo, peleando, follando.

Thomas soltó un bufido.

—Neil...

—¿Dónde están tus argumentos baratos? Aparte de la amenaza de la coacción, ¿por qué debería la gente seguir el juego? ¿Por qué deberíamos ayudar a la abuelita a cruzar la calle? ¿Porque nos hace sentir bien? Por favor. Cualquiera puede enseñar a un gato a cagar en una caja. ¿Porque lo dicen los filósofos? Por favor, por favor. Podemos parlotear incesantemente, dar con un infinito torrente de estupideces halagadoras, redefinir esto y aquello, y al final lo único que habremos hecho es confirmar a los psicólogos cognitivos como tú y vuestro catálogo de formas en que nos engañamos para sentirnos mejor.

Thomas se rió. Emocionalmente, cuando estaba borracho, era siempre como si se hallara sobre un suelo resbaladizo. Molesto un instante, divertido el siguiente. Equilibrado, desequilibrado.

—¿Y bien? —insistió Neil—. ¿Dónde están tus argumentos baratos?

—Tengo dos —dijo Thomas, alzando el mismo número de dedos entumecidos—. Frankie y Ripley.

Neil negó con la cabeza y sonrió. Ahora era su turno para fingir interés en las

imágenes que se sucedían en la tele. Acunó la cerveza entre las manos. Por primera vez, Thomas vio más allá de su irritación y su incredulidad, y se dio cuenta del estrés que debía estar sufriendo su mejor amigo.

«La NSA... increíble». En la pantalla flotaban sobre el logo de General Electric unas imágenes de hombres armados disparando al cielo: luchadores islámicos en alguna provincia china disidente.

—Neoterroristas —dijo Neil.

—Creo —respondió Thomas— que el término técnico es «insurgentes».

—Como quieras. ¿Sabes cómo los tratábamos en la División de Neuromanipulación?

Marilyn se rió tontamente en un extremo de la piscina de la camiseta.

—¿Cómo?

—Con amor —dijo Neil—. Hacíamos que nos quisieran.

Thomas miraba la tele con una expresión vacía.

—Tan fácil como accionar un interruptor.

Aquella había sido la rutina desde los primeros días en que compartieron habitación en Princeton. Neil con sus preguntas. Neil con sus demandas. Neil con sus respuestas burlonas, sus escandalosas afirmaciones. Todo eso contrapuesto con miradas de «sólo te estoy tomando el pelo» y un tono de «¿qué te pasa?». Del mismo modo en que no hay dos personas exactamente iguales en términos de capacidad, no hay amistades perfectamente mutuas. Neil siempre había sido más rápido, más atractivo, mejor conversador: desigualdades que siempre se habían expresado entre la complicada urdimbre de su relación.

Y Thomas siempre había estado más dispuesto a perdonar.

—Pero, eh... —dijo con voz cansina Neil después de un momento—. He venido aquí a celebrarlo, no a darte el coñazo.

Thomas le dirigió una mirada sin humor. La Marilyn en blanco y negro parecía estar ahogándose en su pecho, pero era sólo un efecto óptico.

—Estaba empezando a pensar que las dos cosas eran indistinguibles.

—Lo siento, tío. Estoy de mal humor. Toma. —Sirvió dos chupitos más de whisky y alzó el suyo para brindar. Después de un instante de duda, Thomas alzó el suyo. Sintió que se balanceaba muy, muy levemente.

—Me he escapado —dijo Neil. Había algo vergonzantemente directo en su mirada de ojos azules—. Me he escapado del todo.

Thomas tuvo miedo de preguntar de dónde...

¿De la NSA o de Disneylandia?

17 de agosto, 11:15

Agobiado por una extraña falta de aliento, Thomas salió de la autopista Norte acompañado de una docena de coches más, la mayoría de ellos conducidos por octogenarios parlanchines. Había perdido la cuenta de las veces que había negado con la cabeza y se había frotado los ojos, pero las imágenes de Cynthia Powski, su deseo vuelto del revés, regresaban cada vez que parpadeaba. Una y otra vez, como el sueño de un adolescente. No empezó a temblar hasta que se dispuso a cruzar el horno que era el asfalto del aparcamiento.

La luz del sol refulgía en un millar de parabrisas.

Todo tenía recovecos, profundidades ocultas que podían ser sondeadas pero nunca conocidas a fondo. Una mirada, un amigo, un rascacielos: no importaba. Todo era más complicado de lo que parecía. Sólo la ignorancia y la estupidez convencían a la gente de lo contrario.

Había algo irreal en su casa, que parecía flotar en la cercanía, a lo largo de la curva. En los últimos días de su matrimonio, había sido la imagen de un contenedor temible, blanco, lleno de gritos y recriminaciones, y esos largos silencios que te provocan un vacío en el estómago. Se le había ocurrido que la verdadera tragedia de una ruptura matrimonial no era tanto la pérdida del amor como la pérdida de tu lugar. «¿Quién eres?», le gritaba a Nora. Era una de las pocas preguntas que repetía creyendo de veras en lo que significaba. Al menos una vez la necesidad de ganar pudo con él. «No. De veras. ¿Quién eres?». Empezó como una súplica, pronto se convirtió en una acusación y después, inevitablemente, se metamorfoseó en su consecuencia más catastrófica: «¿Qué estás haciendo aquí?».

Aquí. En mi casa.

Se había esforzado mucho para construir algo nuevo, otro lugar. En parte, ésa era la razón por la que cosas estúpidas como las plantas o los electrodomésticos podían llenarle de orgullo hasta hacerle asomar lágrimas en los ojos. Había trabajado muchísimo.

Y ahora eso.

Aparcó el coche y salió corriendo al césped.

—¡Neil! —gritó mientras cruzaba la puerta a toda prisa. No esperaba que nadie le contestara. El monovolumen de Neil no estaba allí.

Bartender aulló y bostezó, después se frotó contra él meneando la cola. El saludo de un perro viejo.

—El tío Cass se ha ido, Bart —dijo Thomas en voz baja. Miró la sala de estar en la penumbra, su limpieza de habitación de muestra. El olor del whisky derramado

hería el aire.

—El tío Cass ha huido del escenario del crimen.

Se quedó inmóvil junto al sofá. La electricidad estática rugía en su cabeza, los pensamientos y las imágenes caían en dos cascadas paralelas, como si las fronteras entre tiempos y canales se hubieran venido abajo. Cynthia Powski, con la piel tersa como las focas, gimiendo. La Voz del Océano refiriéndose a una discusión. Neil diciendo: «Tan fácil como darle a un interruptor...».

La Voz del Océano refiriéndose a una discusión...

«No puede ser. Imposible...». Pensó en Neil trabajando en la NSA, alterando el cerebro de personas, mintiendo alegremente durante todos esos años. Pensó en sus días en Princeton, en la profética clase del profesor Skeat a la que ambos asistían. Pensó en cómo discutían sobre el fin del mundo en las fiestas, no el fin que se acercaba, sino el fin que ya había sucedido.

Pensó en la Discusión.

La Voz del Océano. Neil. El FBI. Cynthia Powski.

«No, joder, imposible». Thomas casi gritó cuando sonó el timbre.

Miró entre las cortinas y vio a Mia esperando impacientemente en el porche. Thomas abrió la puerta tratando de parecer normal.

—Hola, Mia.

Vio, por encima del hombro de su vecino, un Ford blanco —un nuevo Mustang híbrido— avanzando lentamente por la calle.

—¿Todo bien? —preguntó Mia—. Los niños han visto el coche aparcado y he pensado que tenía...

—No. Sólo he olvidado un par de cosas importantes para una presentación ante el comité de esta tarde. —Sacó la cabeza por la puerta y vio a Frankie y Ripley en el porche de la casa de Mia.

—¡Papáááá! —gritó Frankie.

Era raro el poder de esa palabra. Casi todos los niños la utilizan, la música en millones de labios inocentes, una y otra vez, y sin embargo parecía irle muy bien con esa universalidad. Podías sentir pena por los Wang y los Smith —¿quién quería ser uno entre millones?—, pero «papá» era algo distinto. Thomas había conocido a colegas cuyos hijos les llamaban por su nombre: «Eh, Janice, ¿puedo cenar en casa de Johnny? ¿Porfa, porfa?». Había algo equivocado en ello, algo que provocaba un intercambio de miradas perezosas, la premonición de una podredumbre en ciernes.

Papá. Un solo nombre entre un billón de nombres, y nada podía acabar con él. Ninguna orden judicial. Ninguna forma de vida. Ningún divorcio.

Thomas parpadeó al sentir una comezón en los ojos, llamó riendo a su hijo y le preguntó si se estaba portando bien con Mia. Frankie agitó la cabeza arriba y abajo

como si lo saludara desde la cima de una montaña distante.

Quizá, después de todo, había héroes.

Pese a lo mucho que quería pasar un momento con su hijo, se disculpó con Mia y volvió a subirse al coche. Entre las salvajes peculiaridades de la sesión alcohólica de la noche anterior había algo que Neil había dicho sobre Nora, un comentario hecho de paso, sobre la posibilidad de que hablara con ella o algo parecido. Pero por supuesto eso era imposible, puesto que Nora estaba en San Francisco, razón por la que Thomas tenía a los niños aquella semana, la más ocupada para él de todo el verano.

¿Qué había dicho? Algo. Algo... Suficiente para merecer el intercambio de un par de palabras.

Gritó el nombre de Nora en su móvil mientras aceleraba, pero no logró pasar del mensaje de su contestador. Se dijo que quizá ella supiera algo. Al menos eso era lo que quería pensar. La preocupación real, la pesadumbre que le tenía el pie pegado al acelerador, no tenía nada que ver.

Quizá Nora estuviera en peligro.

«Concéntrate y piensa».

La Discusión.

La Voz del Océano había dicho que estaba discutiendo al mismo tiempo que hacía el amor. Pero ¿qué discusión? ¿Era la Discusión?

¿Era Neil quien sostenía la cámara? ¿Era la sombra que estaba tras el plano cerrado?

La Discusión, como acabarían llamándolo, se remontaba a sus días de estudiantes en Princeton. Tanto él como Neil eran becarios, lo que significaba que no tenían dinero para nada. Mientras sus amigos más ricos iban de bares y viajaban en avión durante las vacaciones, ellos compraban unas cuantas botellas de viejo licor de malta inglés, o «Chateau Gueto», como lo llamaba Neil, y se ponían hasta el culo en su habitación.

Todo el mundo debatía en la universidad. Era un reflejo del deporte, un intento de recuperar la certidumbre del adoctrinamiento infantil para algunos, una especie de droga experimental para otros. Neil y Thomas pertenecían, sin ningún género de dudas, a los segundos. Mediante preguntas los humanos hacían visible la ignorancia, y ambos se pasaban horas haciendo una pregunta tras otra. Los jardines se convirtieron en meros escenarios. Todo lo que se daba por supuesto se convirtió en un sofisma religioso.

Durante un tiempo pareció que nada sobrevivía. Nada, excepto la Discusión.

Como la mayoría, Thomas había dejado eso atrás. Los humanos estaban programados para la convicción, irreflexiva o no, y tenían que esforzarse para suspender el juicio, esforzarse mucho. Había tomado el camino más fácil y permitido

que lo dado por sentado desplazara a las sospechas. Pasaron los años, los niños crecieron y se dio cuenta de que estaba guardando en un cajón las viejas preguntas, aunque siguiera interpretando al profesor Bible, destructor de mundos, en el aula. Nada mataba las viejas revelaciones con tanta eficacia como la responsabilidad y la rutina.

Pero Neil... Por la razón que fuera, Neil nunca lo había dejado atrás. Thomas le consentía sus desvaríos, por supuesto, como uno consiente las anécdotas de fútbol americano del instituto o cualquier recuerdo de una gloria irrelevante. «Ah, sí, le diste una buena». Incluso le preocupaba si no sería una señal de una distancia oculta entre ellos, una incapacidad para conectar fuera de las residencias del campus y de los bares de fuera.

La noche anterior había sido más de lo mismo, ¿no era así?

«Estaba intentando convencerme de que dejara de querer a mis hijos». La ciudad de Peekskill brillaba al otro lado del parabrisas y viraba en un sentido o el contrario cuando Thomas adelantaba a los coches que lo rodeaban y hacía chirriar los neumáticos en las curvas. Cuando giró por la calle de Nora, miraba por encima del volante con los ojos entrecerrados, como un jubilado. La visión de su Cherokee negro en la entrada de la casa lo dejó entumecido.

¿Y su viaje?

Su corazón se le congeló en el pecho.

—¿San Francisco? Y una mierda...

La agente especial Samantha Logan aparcó su Mustang blanco y lo dejó en punto muerto. Sacudió el cigarrillo por la ventanilla y observó a Thomas Bible a través del parabrisas. Él corrió hasta la puerta de entrada de un bungalow de ladrillos grises. Parecía agitado.

De alguna forma, ella había sabido que iba a casa. Lo había seguido desde Columbia hasta la estación de metro de la calle 116 oeste, luego hacia el norte, para alcanzarlo en Peekskill, ¡a medio camino del puto Poughkeepsie! Intuía que en Thomas Bible había más de lo que se advertía a primera vista.

De no haber sido por Shelley Atta y su insistencia en que Bible viera la grabación, ya tendrían lo que necesitaban. Pero no, la idiota creía que Cynthia Powski lo desconcertaría tanto que lo dejaría en un estado de sumisión. Como si cualquiera con dos dedos de frente pudiera no escandalizarse ante el «clip porno» de Neil Cassidy, como lo había llamado su compañero Danny Gerard con malicia. Cuando Atta explicó su plan, lo primero que Samantha se preguntó fue cómo reaccionaría ella misma. Pero ése era el problema con gilipollas como Shelley Atta: no eran capaces de ponerse en la piel de otro. O no se molestaban en hacerlo.

Samantha Logan había entendido por qué Thomas Bible les había echado a

patadas de su despacho. Incluso lo había aplaudido en secreto por hacerlo. Pero ¿por qué había ido él corriendo a su casa después? ¿Y por qué después había ido hasta allí?

Pero ¿qué era ese «allí»?

Thomas se paró a la sombra del porche. Había estado en la «nueva casa» de Nora más veces de las que era capaz de recordar: recogiendo a los niños, dejando a los niños, y en una ocasión ayudándola a llevar una nevera, algo por lo que se felicitaba y se maldecía alternativamente (habían acabado follando en el sofá hortera de su sala de estar). Y sin embargo, a pesar de la frecuencia de sus visitas, nada allí le parecía familiar. Era un intruso allí, un visitante indeseado. El largo y bajo porche con sus impenetrables ventanas, sus animadas macetas y geranios en lo alto, su barandilla blanca y su puerta de aluminio negro siempre le habían parecido una personificación de Nora.

Y Nora ya no lo quería.

Pero en sus dudas había algo más: estaban también Neil y el FBI. ¿Por qué la había mencionado Neil? ¿Y qué había dicho? Algo. Algo... Thomas se frotó la cara, frustrado.

«Esto no está sucediendo».

Se quedó allí, respirando, mirando como un idiota la puerta cerrada. La casa parecía sobrenaturalmente silenciosa. Cuando parpadeó, dejó de ver a Cynthia Powski, vio el interior.

Señales de pelea... Manchas de sangre sobre el suelo de parquet...

«No puede ser. Joder, es imposible». Una mosca zumbó en la esquina del alféizar de hormigón de una ventana, atrapada en una mortal y confusa tela de araña. Otra rebotó en el cristal opaco, con la rapidez propia del verano. La luz del sol se derramaba entre la barandilla y arrojaba barras rectangulares de brillo sobre el suelo. Una de ellas calentó su zapato izquierdo.

Nora. Incluso después de tanta crudeza, de tanta consternación e incredulidad, seguía preocupándole que viviera sola. Eran preocupaciones condescendientes, lo sabía, pero...

Después de tanto tiempo. Después de tanto intentarlo.

«Esto no puede estar sucediendo». Llamó a la puerta con los nudillos más ligeros que el aire.

Esperó en silencio.

Un perro ladró desde el patio de algún vecino. Unos niños gritaron entre explosiones de agua: Chof... Chof.

Nadie respondió.

Thomas se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, y trató de alejar el dolor. Varias vallas más allá, una voz masculina gritó a lo que debían ser niños

nadando. Thomas casi pudo ver cómo la luz creaba un arco iris en el agua. Casi pudo oler el cloro.

Llamó otra vez, más fuerte y más rápido.

Silencio.

Probablemente Nora estuviera en San Francisco. Probablemente había cogido un taxi hasta la estación de ferrocarril. O quizá fuera con ese... ¿cómo se llamaba?, ese becario de su agencia... ¿no vivía cerca de Peekskill? Probablemente la habría recogido. Quizá Neil no le había dicho nada relacionado con Nora. No había forma...

Thomas cogió el frío pomo, lo giró... y la puerta se alejó de su mano.

—Tommy... —dijo Nora, parpadeando por el resol que venía de más allá de los aleros. Era una morena vivaracha, labios turgentes como los de una modelo y unos ojos grandes de color almendra que prometían sinceridad y una sagaz contabilidad de los favores. Tenía el pelo liso, corto, oscuro, tan irlandés como la palidez de su piel. Mirándola, Thomas recordó de repente el sueño de su banquete de bodas de esa misma mañana, y le pareció que tenía en él el aspecto que tenía ahora, como anhelante, santuario y reproche...

Como la única mujer a la que había amado de veras.

—Puedo explicarlo —dijo.

—¿Has estado llorando? —preguntó Thomas. Más allá de las emociones contradictorias, sintió un alivio que casi le puso a jadear. Al menos estaba bien. Al menos estaba bien.

¿Qué demonios estaba pensando? ¿Era Neil un psicópata?

Sentía picazón en un ojo.

—No —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde están los niños? ¿Va todo bien?

—Los niños están bien. Están con Mia. He venido para... ah...

Ella lo contempló.

—He venido porque Neil pasó por casa anoche. Dijo algo sobre ti. —Thomas sonrió, al fin había recuperado la compostura—. Como me dijiste que te ibas a San Francisco, he pensado pasarme para asegurarme de que todo va bien. ¿Va todo bien?

La pregunta pareció cogerla con la guardia baja, o quizá fuera la intensidad de la preocupación de Thomas.

—Todo va bien —dijo con una amarga sonrisa que preguntaba de-qué-va-todo-esto.

Pasó un raro momento entre ellos cuando él entró en el recibidor: un recuerdo de la intimidad olvidada, quizá. Se miraron a los ojos.

—El viaje a San Francisco era mentira, ¿verdad?

—Sí —dijo ella.

El intercambio de frases había sido completamente involuntario, o así se lo

pareció a Thomas.

—¿Por qué, Nora? —El resentimiento pudo otra vez con él.

«Así no... Venga, sabes hacerlo mejor».

—Porque... —dijo Nora sin convicción.

—Porque... Venga ya, Nora, hasta el maldito Frankie podría hacerlo mejor.

—No digas eso. No digas «maldito Frankie». Ya sabes que no lo soporto.

—¿Y qué me dices del maldito San Francisco? ¿O eso también te irrita?

—Vete a la mierda, Tommy —dijo Nora. Se volvió hacia la cocina. Llevaba un ligero vestido de algodón, de esos que hacían que los hombres desearan que soplaran ráfagas de un viento travieso.

Thomas se miró las manos. Le temblaban muy levemente.

—¿De qué hablasteis Neil y tú? —gritó.

—De no mucho —respondió Nora con amargura. Se volvió hacia la encimera—. No vino a hablar... —Se rió, como si se asombrara de ciertos recuerdos carnales. Después se atrevió a mirar los ojos estupefactos de Thomas con una expresión tensa, de vergüenza y resentimiento, todas esas cosas que la gente utiliza para asimilar sus pecados—. Nunca lo hace.

Thomas entró en la penumbra refrigerada por el aire acondicionado.

Era raro: esas cosas podían parecer naturales, uno podía convencerse fácilmente de que lo sabía desde el principio. Mientras retrocedía ante ese imposible, mientras revisaba frenéticamente las consecuencias que lentamente iban cobrando forma. Una parte de él susurró:

—Por supuesto.

Obligó a las palabras a pasar por el nudo que tenía en la garganta.

—¿Desde cuándo? —No había certeza, ni aire en sus pulmones, así que lo repitió para asegurarse—. ¿Desde cuándo te estás follando a mi mejor amigo?

«Nora y Neil... Neil y Nora...».

Tenía los ojos hinchados. Parpadeó para reprimir las lágrimas y apartó la mirada diciendo:

—No quieras saberlo.

—Mientras estábamos casados —dijo Thomas—. ¿Eh?

Nora le dio la espalda. Su expresión estaba en algún lugar entre la angustia y la furia.

—Yo... lo necesitaba, Tommy. Necesitaba... —Forcejeó con sus labios—. Más. Necesitaba más.

Thomas se volvió hacia la puerta y cogió el pomo.

—¿Lo has visto? —gritó Nora con un deje de pánico en la voz—. Quiero decir... ¿sabes dónde está?

Lo quería. Su ex mujer quería a Neil Cassidy. Su mejor amigo.

Se volvió y la cogió.

—¿Quieres saber dónde está Neil? —gritó.

Le dio una bofetada en la mejilla. Apretó los dientes y la zarandeó. ¡Sería tan fácil hacerle daño! Empezó a empujarla. Pero entonces, procedente de algún raro rincón de la nada, se oyó susurrando: «Esto es una reacción celosa, una antigua adaptación con la que se pretende minimizar el riesgo de pérdidas reproductivas...».

Bajó las manos, estupefacto.

—Neil... —le espetó—. Déjame que te diga algo sobre Neil, Nora. Está loco. Ha empezado a matar gente y a hacer vídeos para mandárselos al FBI. ¿Te lo puedes creer? ¡Sí! Nuestro Neil. El FBI me ha visitado esta mañana y me ha enseñado parte de su obra. ¡Nuestro Neil es un maldito monstruo! ¡Hace que el Quiropráctico o como quiera que llamen a ese hijo de puta parezca un monaguillo!

Se detuvo, sin aliento a causa de la mirada de horror en la cara de Nora. Bajó las manos y retrocedió hacia la puerta.

—Estás loco —dijo ella entre jadeos.

Se volvió a la puerta.

—¡Estás mintiendo! ¡Mintiendo!

Dejó la puerta abierta tras de sí.

El suelo pareció desplomarse bajo sus pies. Caminar hasta su coche le pareció como una caída controlada. Se apoyó contra la puerta para recobrar el aliento. El metal le quemó las palmas y se sorprendió pensando por qué razón todo el mundo era una batería que absorbía el calor y después lo liberaba con una lenta llama. Pasó un descapotable lleno de adolescentes que gritaban por encima de los altavoces. Les miró totalmente ajeno al hecho de estar haciéndolo.

Neil y Nora.

El interior del Acura parecía un útero materno de lo caliente que estaba. Puso las manos temblorosas sobre el volante, acarició el cuero. Después dio cinco puñetazos al salpicadero.

—¡MIERDA! —gritó.

Parecía que el mundo estaba terminando... Que la Discusión...

—¿Profesor Bible? —oyó que gritaba alguien. Una mujer.

Levantó la mirada con los ojos entrecerrados hacia ella.

—Agente Logan —logró responder.

Ella sonrió cautelosamente.

—Profesor Bible, creo que tenemos que hablar.

17 de agosto, 11:46

Esos pensamientos zumbaban en su mente como avispas en la playa, molestando, amenazando, sin picar nunca. Así es como era. Por supuesto que en alguna ocasión se había preocupado por Neil y Nora, pero siempre había decidido confiar en ellos. Confiar.

Y ahora había que verlo: picado hasta ser incapaz de sentir la picadura.

La agente Logan lo siguió de vuelta a su casa, donde él dejó su coche. Ahora estaba sentado junto a ella en su Mustang, estupefacto de más formas de las que hubiera creído posibles. Un niño con el pelo como la lana y una esponja les limpió el parabrisas en un cruce. A Thomas le reconfortó la visión de Logan buscando unas monedas. Incluso sonrió cuando soltó un par de tacos.

—¿Por qué usted? —preguntó él después de que ella le diera al niño unas monedas de diez y veinticinco centavos.

—¿Perdón?

—¿Por qué la han mandado a por mí?

—La jefa ha pensado que soy como usted.

—¿Cómo?

—Sincera —dijo con una sonrisa irónica. Apartó la mirada para girar a la izquierda—. Sincera y confundida.

El bar estaba frecuentado por gente del lugar. Era uno de esos establecimientos que dependía del flujo y el reflujo del día laborable en la misma medida que en la regularidad de acontecimientos deportivos que no se retransmitían en abierto. Un bar para dar las gracias a Dios por la llegada del viernes, pensó Thomas. Se pararon en la entrada para que Sam pudiera introducir un billete de cinco dólares en una burbuja de plástico para donaciones del Ejército de Salvación. Dentro, había una camarera junto a una falsa caja registradora antigua charlando con una mujer que parecía la encargada. Aparte de ellas, no había nada más. Thomas siguió a la agente Logan hasta una mesa junto a la ventana, sintiéndose como un intruso a pesar de todas las señales de denso tráfico humano. Comparado con el soleado clamor de la calle, aquel lugar parecía una cueva con techos falsos. Olía a cerveza y a cojines viejos.

—¿Qué ha pasado antes? —preguntó la agente Logan apoyando los codos sobre la mesa.

A través del cristal tintado que quedaba a su derecha, un desfile de consumidores recorría la acera. Una mamá de barrio residencial. Un comercial con traje marrón. Un fan de los New Jersey Devils de clase obrera. Etcétera. Thomas simuló estar interesado en ellos al hablar.

—Mire, todavía recuerdo lo que Neil me dijo en nuestro banquete de bodas. Me llevó aparte y señaló a Nora, que estaba bailando con su padre, creo. «Tiene un polvazo». —Thomas se pasó una mano por la cara y se quedó mirando el mugriento interior del bar. Su risa era dolorida—. Creo que hablaba por experiencia.

Cuando cerró los ojos los vio juntos. Neil y Nora.

La agente Logan lo contempló un momento con los ojos bien abiertos y llenos de solidaridad.

—Ya lo sabe, profesor Bible, el engaño sistemático de los íntimos es una señal de...

—No —exclamó Thomas—. Por favor, ahórreme la mierda psicológica del FBI. Sabe quién soy, a qué me dedico. No es necesario que me insulte con los apuntes medio olvidados de un curso en Quantico.

La agente Logan volvió la cara hacia la ventana con expresión impertérrita.

Thomas negó con la cabeza.

—Mire, lo siento. De veras. Es sólo que...

—¿Qué, profesor Bible?

—Llámeme Tommy, por favor. —Se interrumpió cuando se acercó la camarera, una rubia de cara rosada que dejó las cervezas sobre unos posavasos.

—¿Sabe lo que son los sueños?

—Creo que me quedé dormida cuando explicaron esa parte en Quantico —respondió ella.

—Nuestros cerebros son redes plásticas. —Se interrumpió. Después añadió—: Plásticas en el sentido de maleables, no que sean de plástico como sus zapatos.

—Buen golpe —dijo Samantha sonriendo.

—Todos los comportamientos generados por nuestros cerebros surgen de distintas configuraciones neuronales. A su vez, esas configuraciones surgen de distintos estímulos de nuestro entorno... Es como una mini evolución: esos comportamientos que nos permiten enfrentarnos con éxito a nuestro entorno se ven reforzados. Reproducidos. Los que no, son descartados, al menos en teoría.

Mientras lo decía, se dio cuenta de que estaba hablando más para sí mismo que para ella. El dolor podía doblar tus palabras hasta convertirlas en círculos. ¿Tenía que ser así? Sentado con una desconocida en un bar de mala muerte... ¿Tan solo estaba?

—¿Qué tiene eso que ver con los sueños?

Thomas se encogió de hombros.

—Algunos dicen que los sueños permiten que nuestras redes neuronales se reconfiguren de acuerdo con circunstancias posibles y no reales. Soñando distintas situaciones, nuestro cerebro se prepara para distintas eventualidades. Los sueños permiten que nuestro cerebro se las arregle.

—¿Cómo simulaciones de entrenamiento?

—Exactamente.

Samantha frunció el entrecejo.

—¿Y qué tiene que ver eso con todo esto?

Thomas se secó furiosamente las lágrimas.

—Nunca, ni una sola vez, he soñado que esto pudiera pasar. —El puño que se llevó a la frente se convirtió en una muñeca apretada contra su sien—. Mierda...

«Neil y Nora».

Thomas se excusó para hacer una llamada desde su móvil. Se volvió para mirar a la agente Logan desde el centro de la pista de baile desierta. Ella estaba mirando por el cristal: era el mismo retrato de la impaciencia y la ambición, y a causa de ello resultaba mucho más imponente. Mientras escuchaba el tono, se preguntó si tenía a una persona que le importara. La gente obsesionada con su carrera solía ser soltera...

—Sip —respondió una voz áspera.

—Hola, Mia —dijo Thomas.

—Tommy, joder. ¡Te he estado llamando!

Un ejército de instintos paternos le asaltó.

—Tenía el teléfono apagado. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada importante. Sólo que Nora ha llamado para decirme que venía a recoger a los niños.

—¿Qué le has dicho?

—Que antes tenía que hablar contigo, y que después la llamaría.

Oyó a Frankie gritando «¡Papi, papi, papi!» al fondo. Imaginó a Ripley sentada junto al ventanal de la casa de Mia, pintando, después una imagen de Cynthia Powski la borró.

—Olvídate de que ha llamado.

—¿Estás seguro? Estaba muy rara. ¿No tenía que estar en San Francisco?

—Tenía. Pero resulta que se estaba follando a un viejo amigo.

Qué fácil de decir.

—Oh...

—Tengo que dejarte, Mia.

—¿Estás bien, Tommy?

—Ahora no puedo hablar, Mia.

Cortó y se metió el móvil en el bolsillo de la americana. Miró hacia la agente Logan, que lo contemplaba con la sonrisa triste de los que están atrapados en el perímetro de unos acontecimientos dolorosos.

—Sólo quería ver cómo estaban los niños —explicó al volver a sentarse.

Samantha sonrió.

—Son preciosos.

Él la miró con aspereza.

—Tiene que tranquilizar un poco esa paranoia, profesor. Lo he seguido desde Columbia, ¿recuerda? Los he visto en el porche de la casa de su vecino. Como he dicho, son unos niños preciosos.

Thomas se rascó la nuca.

—Olvídelo. Pero ¿por qué me ha seguido?

Samantha se encogió de hombros.

—Estaba desesperada. Necesitaba pistas. Quería decirle, por cierto, que me ha encantado cómo se ha enfrentado a nosotros en su despacho. —Se rió—. Mostrarle la grabación así ha sido un error. Le he dicho a Shelley que lo lamentaría.

—La agente Atta me ha parecido ligeramente engreída.

Samanta se encogió de hombros.

—No me sorprende. No es fácil ser una mujer árabe-americana en el FBI... —Se interrumpió para darle un sorbo a la cerveza y después, con una sonrisa culpable, añadió—: Mi padre decía que lo único que hay peor que una zorra, es una mujer enfadada con razón.

Thomas se rió. O Samantha Logan era una persona normal o estaba tratando de presentarse como tal. ¿Era una táctica?

—¿Siempre expresa tan rápidamente sus opiniones, agente Logan?

Sonrisa dolorida.

—Supongo que es inútil tratar de engañar a alguien con un doctorado en engaños.

—Eso es un filósofo —dijo Thomas—. Yo soy sólo un psicólogo.

Thomas se sorprendió riéndose con ella, aturdido por la rapidez con que había logrado cambiar su humor. Había algo en su sonrisa, una especie de sinceridad sin trabas, que evocaba padres irreverentes y cariñosos, y una infancia pasada bromeando alrededor de la mesa. No pudo evitar preguntarse cuánto tenían en común. «La jefa ha pensado que soy como tú».

—Y ésa es la razón —dijo la agente Logan, que inclinó la cabeza y se detuvo en esa palabra, un gesto extraño pero encantador— por la que nos vendría bien su ayuda en este caso.

Él soltó un bufido escéptico.

—Lo que necesitan es un neurólogo.

—¿Un psicólogo no es algo muy parecido?

Thomas hizo una mueca.

—La neurología es la ciencia del cerebro. La psicología es la ciencia de la mente. Parece sencillo, supongo, pero las cosas se complican cuando se trata de comprender la relación que hay entre ambas cosas.

—¿La relación entre la mente y el cerebro?

Thomas asintió con la cerveza en los labios.

—Algunos dicen que la mente y el cerebro son en realidad lo mismo, pero en distintos niveles de descripción. Otros dicen que son cosas completamente distintas. Y todavía hay otros que dicen que sólo el cerebro es real, que la mente, y por lo tanto la psicología, son una bobada.

—¿Y usted qué opina?

—Sinceramente, no lo sé. Para mí lo aterrador es que a medida que pasan los años y la neurociencia madura, la relación entre las dos disciplinas empieza a parecerse cada vez más a la que hay entre la astronomía y la astrología, o entre la química y la alquimia.

—¿Por qué?

Esperó, asombrado por la franqueza desinteresada de su expresión. A lo largo de su incesante esfuerzo para captar la atención de sus estudiantes, había memorizado innumerables pseudohechos relacionados con las preocupaciones de los estudiantes de primer año. En consecuencia, sabía demasiado sobre los mitos y los detalles de la atracción. Sabía, por ejemplo, que Sam tenía todos los rasgos que a los hombres de las culturas occidentales les parecían atractivos: ojos grandes, nariz esbelta, pómulos altos y mandíbula delicada. Sabía que, cualesquiera que fueran las circunstancias, mirarla encendería los centros de gratificación en los cerebros de la mayoría de hombres.

Incluidos los suyos.

—Porque la neurología es una ciencia natural —respondió tras carraspear—. Observa el comportamiento y la conciencia de los humanos como procesos naturales, como cualquier otro proceso del mundo natural. De hecho, da explicaciones causales de lo que somos.

—¿Y la psicología no?

—No, no. La psicología implica algo llamado «explicaciones intencionales», que es algo un poco tramposo desde un punto de vista científico. —Se dio cuenta de que respiraba hondo, como si estuviera cobrando ánimo para una tarea ardua—. Por ejemplo, ¿por qué acaba de darle un trago a su cerveza?

Samantha frunció el entrecejo.

—Porque he querido —dijo con poca convicción.

—¿Lo ve? Eso es una explicación intencional. Una explicación psicológica. Así es como los humanos se explican y se comprenden a sí mismos casi siempre: en términos de intenciones, deseos, objetivos, esperanzas y demás. Utilizamos explicaciones intencionales.

—¿No son científicas?

El pie de Samantha rozó su pierna y una sacudida recorrió el cuerpo de Thomas. Pero comprendió que sólo se estaba quitando los zapatos.

—En primera instancia, no —respondió—, no. Antes de la ciencia, en buena medida comprendíamos el mundo en términos intencionales. Desde los albores de la historia documentada, casi todas nuestras explicaciones del mundo han sido psicológicas. Pero entonces llega la ciencia y *bang*. Si antes las tormentas se comprendían en términos de dioses enfadados y cosas por el estilo, ahora se comprenden en términos de altas presiones y demás. La ciencia casi ha expulsado a la psicología del mundo natural.

El desencantamiento del mundo. En sus clases, Thomas siempre se esforzaba por transmitir lo extraordinaria que era esa transformación. La Grecia homérica, la India védica, el Israel bíblico: en términos de estructura, esos mundos estaban cortados por el mismo patrón que la Tierra Media de Tolkien. Sancionados por la tradición, sí, afianzados por el asentimiento de las masas, sin duda, pero igualmente proyecciones de la presunción humana. Eran mágicos. ¿Qué podía ser más extraordinario? Toda la raza humana había pasado la mayor parte de su existencia viviendo en varios mundos de fantasía, rezando, arrodillándose, asesinando, vengando, todo en nombre de un sueño. Toda la humanidad engañada. Y si Neil tenía razón, poco era lo que había cambiado.

—Hasta la ciencia —prosiguió— los humanos no éramos capaces de distinguir las afirmaciones buenas de las afirmaciones malas, más allá de la tradición y el propio interés. De modo que, ¿por qué no fabular? ¿Inventarse cosas? ¿Por qué no elaborar sistemas de creencias que alimentan nuestra vanidad, nuestra necesidad de tener a todo el mundo en su sitio? No es un accidente que nos hayamos inventado miles de religiones distintas, cada una de ellas distintiva de una cultura.

Sam esperó para beber y reorientarse, supuso Thomas.

—Entonces, ¿por qué siempre había pensado que la psicología era una ciencia?

—Porque, en parte, lo es. Utiliza muchas de sus herramientas y procedimientos. Avanza mediante hipótesis. El problema está sobre todo en su materia.

—La mente.

—Ajá. Para decirlo sin rodeos, la mente es, bueno, alucinante. Las antiguas raíces griegas de *psichos* y *logos* significan literalmente «el discurso del alma». Las raíces de «neurología», por otro lado, son *neuron* y *logos*, o «el discurso de los músculos». Esto resume la diferencia crucial: la neurología se enfrenta a los mecanismos de la carne, mientras que la psicología lo hace con la sintaxis de lo inefable. Tú me dirás qué es más científico.

Se rió.

—Se equivoca, profesor.

—¿En qué?

—Usted es un filósofo.

Se dio cuenta de que se estaba riendo demasiado. Una respuesta fuera de lugar para unas circunstancias fuera de lugar. En cierto sentido, era demasiado absurdo tomárselo en serio: Neil un loco, Nora tirándose, y esa agente del FBI invitando a Thomas a cervezas para tratar de averiguar su paradero. «Ja, ja, Neil se está tirando a Nora. Ja, ja, Neil asesina a inocentes. Ja, ja, ja...». La expresión de la agente Logan le dijo que lo comprendía, si no explícitamente, al menos al nivel de las oscuras señales corporales. De repente Thomas se sintió cercano a esa desconocida, aunque no sabía absolutamente nada de ella.

«Intimidación rebotada —se advirtió—. Ve despacio. Ha sido un día muy largo». Algo en ella despertó ese cosquilleo ansioso, adolescente: ese deseo casi desesperado de gustar. Le pareció que oía a Neil riéndose al fondo.

«¿Tienes un brazo como el de Dios?». Los ojos de Samantha refulgieron al beber otro sorbo.

—Tiene que trabajar conmigo en esto, profesor.

Thomas negó con la cabeza, con los pensamientos inmersos en una neblina de exigencias y confusiones. Estaban sucediendo demasiadas cosas demasiado rápido.

—Como te he dicho, no soy neurólogo. Te diré lo que quieras saber, pero soy sólo un académico anticuado.

—Profesor...

—Tom. Llámame Tom.

—Está bien, Tom. Mira, con todo esto... —Dudó—. ¿Sabías que desde que se alteró la Deriva del Atlántico Norte, el número de ataques ecoterroristas contra objetivos norteamericanos se ha triplicado?

Por casualidad, en el mismo momento en que ella decía eso, Thomas había mirado de soslayo la televisión que había sobre la barra: imágenes de la CNN de la rarísima nevada del norte de Francia. Una nevada antes de septiembre. Naturalmente, todo el mundo le echaba la culpa a América y su pasión por los monovolúmenes.

—Los recursos de la agencia —prosiguió Samantha— ya estaban al límite con la campaña antiterrorista. Y ahora el Quiropráctico anda suelto por la ciudad y es peor incluso que el Hijo de Sam. ¿Cuántos agentes crees que Washington ha destinado para detener a Neil Cassidy?

»Dieciocho, la mayoría de ellos a tiempo parcial. Aquí en Nueva York sólo somos tres: Shelley, Danny y yo, junto a los prestados por la policía de la ciudad. Todos los demás están trabajando en el caso del Quiropráctico. Necesitamos tu ayuda, Tom. De verdad.

Ahí estaba, el motivo de esa cerveza entre colegas. Quería que le hiciera un perfil de su mejor amigo, que le diera un marco que pudieran utilizar para explicar y quizá incluso prever sus movimientos. Thomas estudió su cara, esta vez tratando de ignorar su belleza. Parecía tener veinticinco años pero algo en su manera de desenvolverse

decía que tenía al menos treinta.

—Mira, agente Logan, yo...

—¿Qué hay de la venganza, profesor? —preguntó a bocajarro—. ¿Qué tal joder al hombre que se tiraba a tu mujer?

Ahí estaba. Había tomado el atajo.

Debería haberse ofendido, pero... No parecía tener espacio para más rabia.

—La Discusión —dijo, con los ojos atraídos de nuevo por la televisión.

Ella frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

Las imágenes de quitanieves fueron sustituidas por las de manifestantes en las gélidas calles de París. Caras francesas aullando, con los cuellos subidos, el miedo y el furor condensados en sus exhalaciones. Los climatólogos más pesimistas tenían razón: el calentamiento global había alterado el equilibrio climático, inundado los océanos con agua fría de los casquetes helados, y la Deriva del Atlántico Norte, que había calentado Europa desde Lisboa hasta Moscú —o lo que quedaba de Moscú— había desaparecido. Por su latitud, Europa se estaba convirtiendo lentamente en una versión del Ártico canadiense.

«¿Qué hemos hecho?». —¿Profesor?

Thomas se aclaró la garganta y se pasó una mano sudorosa por la mejilla y el mentón.

—En esa grabación que me habéis mostrado esta mañana. Cuando la chica le pregunta qué está haciendo, la voz, supongo que Neil, dice que está discutiendo.

—¿Y?

—Creo que sé cuál es la Discusión. Creo que conozco los motivos de Neil.

—Tienes que entenderlo: Neil y yo éramos muy amigos en la universidad. Muy amigos.

—No quisiera ofenderte, pero tengo que preguntártelo: ¿erais amantes?

Thomas sonrió.

—Una vez, mientras hacíamos lucha libre borrachos, quiso meterme un dedo por el culo, pero el romanticismo no pasó de ahí.

Samantha se rió.

—He tenido citas peores. Créeme.

—No éramos amantes —dijo— pero sólo porque no había atracción física. Éramos como hermanos, como hermanos gemelos, sabíamos lo que estaba pensando el otro, que... —Thomas negó con la cabeza—. Confiábamos en el otro.

«¿Incluso entonces, Neil? ¿Ya me estabas jodiendo incluso entonces?».

—Que tiene que ver eso con la Discusión.

Dio un sorbo rápido, más para organizar sus pensamientos que para otra cosa.

—Bueno, Neil y yo no estábamos tan fascinados el uno por el otro como

fascinados por las mismas cosas, los mismos temas. Debatíamos incesantemente, sobre las armas nucleares o sobre el Tratado de Libre Comercio. Después nos matriculamos en esa clase de filosofía sobre escatología, sobre todas las cosas apocalípticas, que daba ese profesor quemado, de la era de Vietnam, que estaba obsesionado con el fin del mundo: Skeat, el profesor Walter J. Skeat. —Le habló del curso, le contó que se habló en él del apocalipsis nuclear, el bíblico y el ambiental, y al hacerlo recordó todas las juveniles llamaradas de comprensión que habían convertido la clase en una especie de experiencia religiosa. Todo se llenaba de significado cuando el mundo se hallaba en su lecho de muerte. Cada palabra se convertía en una última palabra—. Pero lo que nos llamó la atención de veras —dijo, con la mirada perdida entre recuerdos— y a lo que el viejo Skeat dedicó la mitad del tiempo, fue algo que llamaba el Apocalipsis Semántico, el apocalipsis del significado.

—¿Por qué os interesaba tanto?

Thomas se refugió en otro trago, consciente de que ella lo estaba observando. ¿Le parecía él tan atractivo a ella como ella se lo parecía a él? Las mujeres eran tan sensibles a la simetría facial como los hombres, pero su preferencia por los rasgos infantiles frente a los masculinos variaba de acuerdo con su ciclo menstrual, es decir, con su fertilidad. Thomas supuso que él era todo un ejemplo de simetría —le gustaba creerse un tipo guapo—, pero sin duda sus rasgos eran más bien juveniles. Una verdadera cara de niño triste.

¿Era ésa la razón por la que Nora lo había traicionado? ¿Acaso Neil la había sorprendido ovulando?

—Porque —dijo, tratando de recuperar su línea de pensamiento anterior— Skeat afirmó que el Apocalipsis Semántico ya había tenido lugar. Así fue como empezó la Discusión.

Samantha frunció el entrecejo.

—¿La Discusión?

—Así lo llamábamos.

—¿Y en qué consistía?

—Tenía muchas formas. ¿Recuerdas que te he dicho que la ciencia había acabado con el mundo de la finalidad? Por alguna razón, cuando la ciencia se topa con la intención o la finalidad, acaba con ellas. Tal como lo describe la ciencia, el mundo es arbitrario y azaroso. Hay innumerables causas para todo, pero no hay razones para nada.

—Por supuesto —dijo Samantha—. A veces las cosas fallan. No hay... —Se detuvo e inclinó la cabeza con aspecto pensativo—. Lo que sucede no tiene significado. Lo que sucede... sucede.

Thomas sonrió, impresionado. Sin duda, ella no estaba de acuerdo con él —la Discusión iba mucho más allá de las ideas preconcebidas sobre la programación y la

socialización—, pero tenía al menos la versatilidad necesaria para tomarse en serio esa idea. Se dio cuenta de por qué sus superiores le daban libertad para hacer algo así, tomarse una cerveza con un posible testigo presencial. Era una verdadera profesional y estaba más predispuesta a comprender que a imponer sus propias ideas. La verdad de la Discusión era allí irrelevante.

¿Lo era?

—Los «designios de Dios» o aquello en lo que creas no son nada más que suerte ciega. Ésa es la razón por la que a las aseguradoras les da igual que reces mucho o poco o a quién lo hagas. Muchas veces parece que no sea así, pero una vez analizas nuestra inclinación a interpretar las cosas de acuerdo con nuestros intereses y a escoger meticulosamente lo que nos tomamos en serio, resulta dolorosamente claro que nos estamos engañando.

—¿Te refieres a la religión?

Thomas se detuvo y cogió su cerveza. La gente era lamentablemente crédula, capaz de creerse cualquier cosa. Y una vez que se lo creían, tenían innumerables estrategias para esquivar y negar al mismo tiempo que seguían convencidas de ser las personas más abiertas de mente e imparciales del mundo. Reescribían los recuerdos. Estudios sobre fueras de juego en el deporte demostraban que sus percepciones estaban distorsionadas. Creaban explicaciones a su medida y después se las creían con convicción religiosa. Cuando no ignoraban del lodo las pruebas de lo contrario que ellos sostenían, las convertían en pruebas de la certeza de sus queridas creencias. El cerebro era un engañoso, lisa y llanamente. Las pruebas experimentales de ello eran evidentes e incontrovertibles, pero gracias a una cultura basada en la falsa atribución de poder a uno mismo, apenas se podía oír un leve murmullo por encima del rugido de la autocomplacencia. Nadie, de conductores de camión a investigadores del cáncer, quería oír que estaba demasiado focalizado en sí mismo y era propenso al error. ¿Por qué molestarse con una reprimenda científica cuando podías tener una paja mundial?

—Todo el mundo cree que ha ganado la lotería de las creencias mágicas, agente Logan.

—¿Qué es eso?

Asintió ante el desfile de peatones que pasaron al otro lado de la ventana.

—Todo el mundo cree que tiene más o menos dominio sobre las cosas, que él, a diferencia de los miles de millones que no están de acuerdo con él, ha tenido la suerte de dar con el único sistema de creencias verdadero.

En su rostro se formó una sonrisa apenada.

—Yo también he visto unos cuantos engaños, créeme. La gente a la que perseguimos se alimenta de ellos.

—No sólo la gente a la que persigues, agente Logan. Todos nosotros.

—¿Todos nosotros? —repitió. Algo en su tono le dijo a Thomas que la distinción entre ella y sus presas le resultaba importante. No era sorprendente, dadas las cosas que debía haber presenciado con los años.

Decidió intentarlo de otra forma.

—No es que estemos engañados sobre puntos claves de la interpretación bíblica, védica o coránica, se trata de la base...

Se echó hacia atrás en su asiento, mirándola a los ojos.

—¿Te das cuenta de que cada pensamiento, cada experiencia, cada elemento de nuestra conciencia, es producto de varios procesos neuronales? Lo sabemos gracias a los casos de daño cerebral. Lo único que tengo que hacer es meterte el gancho de una percha por un ojo, menearla un poco, y estarás totalmente cambiada. —Esta descripción siempre suscitaba expresiones de asco en su clase, pero la agente Logan no parecía impresionada.

—¿Y?

—Tienes razón. En cierto sentido, es una trivialidad. Cada vez que te tomas una aspirina, estás asumiendo que eres un biomecanismo, algo que puede ser retocado con productos químicos. Pero piensa en lo que he dicho. Cada una de tus experiencias es producto de procesos neuronales.

Parecía poder sentir a Neil apoyado en su hombro mientras decía esto, un aura sonriente, perfecta conocedora del destino, pero mórbidamente curioso por el camino que él tomaría. Neil miraba las cabezas del mismo modo en que los niños malhumorados miraban los juguetes: como cosas con las que te joden.

—No te sigo, profesor.

Thomas arqueó los hombros y las palmas de las manos en un gesto profesional de «esto no va a gustarte».

—Bueno, ¿qué pasa con el libre albedrío? Eso es una experiencia, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Lo que significa que el libre albedrío es un producto de procesos neuronales.

Una pausa cansada.

—Debe serlo, supongo.

—Entonces, ¿cómo puede ser libre? Es decir, si es un producto, y lo es... podría enseñarte estudios de pacientes con daños cerebrales que creen que deciden todo lo que sucede, que creen que dominan las nubes en el horizonte, los pájaros en los árboles. Si la voluntad es producto de neuronas en funcionamiento, ¿cómo va a ser libre?

Frunciendo el entrecejo, Sam echó la cabeza hacia atrás y se bebió la cerveza como un camionero. Thomas contempló cómo su esbelto cuello, con el color de la corteza de un árbol joven, se flexionaba mientras bebía.

Jadeó y dijo:

—Yo he decidido beber, ¿no?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

Por primera vez su cara adoptó una expresión abiertamente incrédula.

—Por supuesto. ¿Quién si no?

—Bueno, lo cierto, lamentablemente no una especulación, es que tu cerebro simplemente ha procesado una cadena de percepciones sensoriales, mientras yo parloteaba, y después ha generado una determinada respuesta en tu comportamiento: que bebieras.

—Pero... —se interrumpió.

—No parece así —dijo Thomas, completando su frase—. Está claro que nuestra sensación de desear cosas es... bueno, ilusoria. Llevé a cabo una serie de experimentos que demostraban lo fácil que era engañar a la gente para que pensara que quería hacer cosas sobre las que en realidad no tiene control. Eso fue el trabajo de campo. Después, cuando los costes de la neuroimagen empezaron a caer en picado (¿recuerdas toda esa expectación de hace años con la resonancia magnética en bajo campo?), cada vez más investigadores demostraron que podían determinar las elecciones de sus sujetos antes de que fueran conscientes de que las tomaban. La voluntad es un añadido de alguna clase, algo que nos llega después del hecho.

Ahora ella parecía verdaderamente inquieta. Thomas había visto la misma expresión en miles de caras de estudiantes, la expresión de un cerebro, habría dicho Neil, discrepando consigo mismo, un cerebro que no era capaz de reconciliarse con su experiencia.

El cerebro podía asir casi cualquier cosa excepto a sí mismo. De modo que se inventaba las cosas. Se inventaba mentes... almas.

—Pero eso no puede ser... —empezó Sam—. Quiero decir, si realmente no elegimos, ¿entonces...?

Thomas hizo una mueca de comprensión.

—¿Cómo puede algo ser bueno o malo? ¿Correcto o incorrecto?

—Exactamente. La moralidad. ¿No significa la moral que tenemos que tener libre albedrío?

—¿Quién ha dicho que la moralidad sea real?

Sam movió el labio inferior un momento y después añadió:

—Mierda. Tiene que ser...

Un tráiler morado rugió al otro lado del cristal, transportando quién sabe qué a quién sabe dónde. Su rugido diésel se desvaneció entre el sonido de una multitud que aplaudía entre la cháchara monocorde de los altavoces de la televisión. Los soldados, anunció una voz enlatada, estaban de nuevo de camino a la guerra.

—Pero yo tomo decisiones, constantemente.

Ahora estaba discutiendo, advirtió Thomas, no solamente tomándose en serio

disparates académicos sólo para localizar a Neil. La Discusión le hacía eso a la gente. Recordaba el horror que había engendrado en él, hacía años, en las clases de Skeat. La sensación de que se había cometido alguna clase de atrocidad, aunque sin fecha ni ubicación. En no pocas ocasiones Neil y él habían cometido el error de debatir aquello estando catastróficamente colocados, un error para Thomas, en cualquier caso. Se quedaba sentado rígido, acuciado por paranoias, y sus ojos sondeaban y ponían a prueba el leve tejido que en el pasado habían sido su cimientos inconscientes mientras Neil se reía a carcajadas, recorriendo la habitación como si fuera una jaula. Thomas lo veía ahora, con el pelo ladeado, agachándose para mirar su cara. «Guau, tío... piensa en ello. Eres una máquina. ¡Una máquina que sueña que tienes alma! Nada de esto es real, colega, y podemos demostrarlo». Thomas se frotó los ojos.

—En circunstancias controladas, los investigadores pueden determinar las elecciones que tomamos antes de que seamos conscientes de que las tomamos. Los primeros experimentos fueron poco sofisticados y rebatidos con furor. El pionero fue un tipo llamado Libet. Pero con el transcurso de los años, a medida que las técnicas mejoraran y la fidelidad de las neuroimágenes aumentaba, lo hizo también la capacidad de precisar lo que precede a la toma de decisiones. Ahora bien... — Thomas se interrumpió y encogió los hombros a modo de disculpa—. ¿Qué sé yo? La gente sigue discutiendo, por supuesto... siempre lo hacen cuando se trata de sus queridas creencias.

—El libre albedrío es una ilusión —dijo Sam en un extraño tono de voz—. Incluso ahora, todo lo que digo...

Thomas tragó saliva, aprensivo de repente. Había doblado cuidadosamente la servilleta mientras hablaba y ahora la dejó sobre la mesa, ante sí, como si fuera un librito blanco.

—Sólo una pequeña parte de nuestro cerebro participa en la experiencia consciente, y ésa es la razón por la que mucho de lo que hacemos es inconsciente. La mayor parte de los procesos de tu cerebro están más allá de lo que puedes experimentar, no existen para tu consciencia, simplemente, ni como ausencia. Ésa es la razón por la que tus pensamientos surgen de la nada, aparentemente incontrolados, indeterminados... Tuyos y sólo tuyos.

Samantha alzó las manos en un gesto defensivo y negó con la cabeza.

—Venga, profesor. Eso es una locura.

—Oh, y no acaba aquí, créeme. Todo se viene abajo, agente Logan. Absolutamente todo.

Sam contempló la corriente de burbujas en su cerveza.

—De modo que debe ser un error, ¿verdad?

Thomas se limitó a mirarla.

—¿Verdad? —repitió en un tono que estaba entre el asombro y la irritación.

Él se encogió de hombros de nuevo. Parecía haberlo hecho cien veces.

—El libre albedrío es una ilusión, eso es seguro. Por lo que respecta a otros puntos básicos de la psicología, como el ahora, el yo, la finalidad, etcétera, hay pruebas de que son todos, fundamentalmente, continuos engañosos que se van acumulando. Y si piensas en ello, quizá eso sea lo que cabría esperar. La consciencia es joven en términos evolutivos, una respuesta manipulada a la tormenta perfecta de las circunstancias ambientales. Estamos atrapados en la versión de prueba. Menos todavía. Sólo parece eficaz porque es lo único que conocemos.

—Quieres decir —dijo Sam secamente— que es lo único que sabe la ciencia.

Thomas dio un largo trago y bufó por la nariz. En sus clases con los estudiantes de primer año, atacar la ciencia era con diferencia la respuesta más común a la amenaza planteada por la Discusión. También la más débil.

—La ciencia es un caos, sin duda. Pero es el único caos en la historia que ha tenido cierto éxito generando y decidiendo entre afirmaciones teóricas, por no decir que gracias a ello ha hecho posible todo lo que nos rodea. En términos históricos, eso carece de precedentes. ¿Qué vas a creer? ¿Un documento de hace cuatro mil años dedicado a mayor gloria de la tribu? ¿Tus halagadoras intuiciones sobre la naturaleza fundamental de las cosas? ¿Una interpretación filosófica de invernadero que requiere años de formación especializada para poder ser comprensible? ¿O una institución que hace cosas como ordenadores, explosiones termonucleares y vacunas para la varicela?

Samantha Logan lo miró larga y adorablemente. Alguien subió el volumen de la televisión de pantalla plana que había sobre la barra. Un murmullo sedoso sopló por encima de las mesas propagando las maravillas de Head & Shoulders.

«Porque cuando tu cabello brilla, tú resplandeces...». —Pero hay verdades fuera de la ciencia.

—¿Tú crees? Es cierto, hay muchas afirmaciones no científicas por todas partes, sin duda. Pero ¿verdades? ¿Es la Biblia más cierta que el Corán? ¿Es Platón más cierto que Buda? Quizá sí, quizá no. El hecho es que no tenemos forma de saberlo, aunque miles de millones de nosotros peguen alaridos sosteniendo lo contrario. Y cuanto más nos enseña la ciencia, más parece que nos estamos engañando. Nuestro criterio interno es deshonesto, agente, es un hecho. ¿Por qué deberíamos confiar en ninguno de nuestros viejos juicios?

La mayoría de gente se limitaba a asentir y a desdeñar la Discusión. La mayoría de gente consideraba sus fábulas demasiado halagadoras para ponerlas en duda. Mil sectas, cultos, religiones y filósofos que no se ponían de acuerdo en nada y sin embargo pensaban tener el billete ganador de las creencias. ¿Por qué? Porque lo tenían. De alguna forma, su experiencia personal de hablar en éxtasis, de recordar

vidas pasadas, de ver atendida una oración o la premonición hecha realidad, era la única experiencia que definía, la única que definía la verdad...

Pocos podían penetrar en el corazón de la Discusión y comprender de veras. Lo complicado era salir.

Thomas contempló cómo varias expresiones luchaban por hacerse con la cara de Sam. El ceño fruncido con desdén, la mueca sarcástica, la imploración de tranquilidad. Las vio todas.

—Tengo que decirte, profesor, que ésta es sin duda una de las conversaciones más deprimentes que he mantenido jamás. Tengo ganas de ahogarme en la bañera.

Neil se rió y Nora gimió. A pesar de la pena que le recorría, Thomas simuló una sonrisa triunfante.

—Bienvenida al Apocalipsis Semántico.

Sam exhaló con fuerza, la suficiente para apartarse el mechón de pelo que le había caído sobre la cara.

—¿Y crees que eso es lo que está haciendo Cassidy? ¿Crees que está llevando a cabo la Discusión de la forma más dramática posible?

Thomas esperó, inquieto por el vacío en su estómago.

—Para los antiguos griegos, las marionetas eran *neurospastos*, «movidas por cuerdas». Creo que eso es lo que Neil está haciendo.

—¿Enseñarnos las cuerdas?

—Exactamente. Quiere que todo el mundo conozca su revelación.

Mientras lo decía, Thomas supo que no podía ser cierto, que algo más aterrador estaba en juego. Pero como tantas veces sucede en una conversación, no parecía mala idea coger algún que otro atajo, permitir que lo que era conveniente ocupara el lugar de lo que era verdad. Lo que importaba era lo que ella creyera.

—Piensa en Cynthia Powski —prosiguió—. Piensa en esas imágenes como la primera premisa de una discusión. ¿Qué dice? ¿A qué conclusión señala?

Sam asintió pensativamente.

—Dice que él está al mando. Que puede obligarla a hacer, y lo que es más importante, a sentir, lo que quiera.

—¿Así lo crees? Entonces, ¿por qué le da los controles?

—No lo sé. ¿Para demostrar que puede hacer que ella quiera ser violada? ¿No es ése el credo de los violadores? ¿Que todas las mujeres lo quieren en secreto?

Frunciendo el entrecejo, Thomas dejó que su mirada vagara por el bar. El número de clientes inclinados sobre sus bebidas y sus mesas lo sorprendió. Miró de soslayo a una camarera con un humeante plato de patatas fritas.

—Quizá. Pero ¿recuerdas lo que dijo Atta? Lo que vimos no fue una violación. Neil, suponiendo que fuera Neil, obligó a una mujer a experimentar algo parecido a orgasmos múltiples. Pero no la tocó, al menos de manera sexual. No. Creo que

pretende algo más abstracto. Creo que, para él, su posición es accesoria en las imágenes, en absoluto importante.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pregúntate: si tú estuvieras en esa silla, si tú fueras Cynthia Powski, ¿querrías eso?

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Una pregunta importante. ¿Querrías eso?

—Claro que no.

—Si Cynthia Powski estuviera aquí ahora, ¿qué crees que diría?

Samantha le miró irada.

—Lo mismo.

—Exactamente. Quizá eso es lo que Neil quiere decir. Creemos que somos libres y que no importa cuáles sean las circunstancias, porque podemos decidir libremente hacer las cosas de otro modo. Neil está sosteniendo lo contrario. Simplemente nos está mostrando lo que es el cerebro: una máquina que genera comportamientos que se repiten o no dependiendo de cómo la respuesta ambiental resultante estimule su sistema del placer o del dolor. Cómo puede hacer algo contra su voluntad cuando tal cosa no existe...

Los ojos de Samantha se hundieron en su vaso de cerveza vacío.

—Olvida eso —dijo Thomas—. Está haciendo más que eso. Está demostrando lo contrario. Está cometiendo un crimen que demuestra que tal cosa no existe.

—¿Qué cosa?

Thomas alzó las cejas.

—El crimen.

—Entonces, ¿qué le pasa? En términos psicológicos, ¿qué le pasa?

Mirándola, Thomas se sorprendió preguntándose cómo sería ser ella. Había estudios que demostraban que la gente atractiva era más feliz, y vivía más tiempo y tenía una vida más exitosa. El «efecto halo», lo llamaron los investigadores. Como la belleza generaba una respuesta social positiva, la gente atractiva tendía a desarrollar las actitudes positivas que todo el mundo, desde los gurúes de las ventas hasta los predicadores baptistas, asociaba con la salud, la felicidad y el éxito.

¿Cuántas puertas había abierto la belleza de Samantha Logan?

—Eso es lo que estoy diciendo —respondió Thomas—. Es concebible que no le pase nada.

El ceño fruncido de Sam delataba concentración.

—Ya, pero sólo porque tú conoces esa cosa del Apocalipsis Semántico. Trata de comportarte como un psicólogo normal, alguien que no ha quedado marcado por Skeat. ¿Qué pensarías?

Era una buena pregunta. Thomas respiró hondo y contempló el oscuro interior.

Cada vez llegaba más gente y llenaba el silencio que acechaba en lo más hondo de todos los lugares atestados.

—Bueno —empezó—, obviamente supondría que Neil sufre alguna clase de desorden de la personalidad de carácter antisocial. Sólo un psicópata puede hacer lo que hemos visto esta mañana. Después de recrear su historial, sin embargo, me inquietaría el hecho de que Neil no encaja con el perfil habitual de los antisociales graves.

—Ahí está tu esposa —dijo Samantha abruptamente—. Eso sin duda encaja en el perfil.

—Sólo porque todos los antisociales sean unos hijos de puta no significa que todos los hijos de puta sean antisociales. No. Aunque me encantaría poder atribuir esta traición a alguna clase de déficit neurofisiológico, tiene que haber un patrón de alguna clase...

Se interrumpió y se dio cuenta de que estaba parpadeando para aliviar la comezón de sus ojos. Por un momento, casi se había olvidado.

«Neil y Nora».

—Lo siento —dijo Samantha.

Thomas se puso las manos en el estómago y carraspeó. Sabía que tenía que andarse con cuidado. Lo sentía, merodeando como un álter ego apenas suprimido tras sus palabras, sus pensamientos: la necesidad de probarse a sí mismo ante aquella mujer hermosa. Pero había muchas cosas más ante las que andarse con cautela, muchas más. La gente atribuía las emociones generadas por sus circunstancias a la gente con la que se encontraban. Las parejas que se habían conocido en altos puentes colgantes solían considerar a su cónyuge más excitante y atractivo que las parejas que se habían conocido en un camino rural. Y si algo era esa situación con Neil era precaria.

—También supondría que estaría sufriendo un grave problema de despersonalización, o algo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Samantha.

Thomas se la quedó mirando tratando de ignorar, con toda la fuerza de su voluntad, el zumbido de excitación que parecía rodearla. Samantha Logan tenía algo. Torpe y ambiciosa. Directa e inteligente. Sincera y educada. Trató de parpadear para borrar el brillo de sus ojos, trató de recordar la locura que lo rodeaba. Pero allí estaba ella, delante de él, bullendo de promesas y con toda su atención dedicada a él.

Pero también estaba lo que Neil diría, y lo que Thomas el profesor sabía. Gracias a una potente mezcla de programación y socialización, los hombres eran proclives a advertir invitaciones sexuales donde no las había. Confundían constantemente la atención de las mujeres con el interés sexual. La triste verdad era que los falsos positivos daban mejores dividendos en términos de reproducción. Dar por hecho que

cada mujer del mundo quería echársete encima era otra forma de cubrir tus apuestas en la mesa de dados de la evolución.

—No creo —dijo Thomas al fin— que Neil siga considerándose una persona.

Samantha arrugó la nariz con incredulidad.

—¿Que no se considera una persona? Entonces, ¿qué se considera?

—Un cerebro. Un cerebro entre cerebros.

—No me resulta fácil creermelo.

—Soy un filósofo, ¿recuerdas? Todo es mentira.

—Tiene que serlo.

Thomas bajó la mirada hacia sus pulgares.

—Si encuentras la forma de salir de esto, por favor, dímelo. Quiero a mis hijos. Los quiero de veras. No creo que supiera lo que era el amor hasta que nació Ripley. Y Frankie fue más de lo mismo. Eso tiene que significar algo, ¿no?

«¿O es sólo otra mentira? Como mi matrimonio». Samantha se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas.

—Ah, nada. No me había dado cuenta hasta ahora.

—¿De qué?

—Cuando has contado lo de la Discusión y todo eso... Creo que he supuesto que tenía que haber alguna clase de pestillo, una trampilla por la que no me dejabas entrar. Pero no la hay, ¿verdad? Cuando me has mencionado, hace unos segundos, una forma de salir de esto... realmente me lo pedías, ¿verdad?

—Creo que sí.

Largo silencio.

—¿Y si tiene razón, Tom?

—¿Neil?

—Sí, Neil. ¿Y si gana la Discusión?

Thomas se encogió de hombros. Samantha se parecía a Nora, pensó. Se parecía a Nora cuando tenía miedo.

—Deberíamos irnos —dijo Samantha rebuscando en su bolso. Levantó la mirada y sonrió juvenilmente—. Casi no puedo conducir así. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Cogeré un taxi para ir a casa.

—¿A casa? El día acaba de empezar, profesor. Vas a venir conmigo.

Thomas sonrió más aliviado que molesto. La idea de volver a casa le hacía sentirse vacío.

—¿Eso es lo que crees?

—No lo creo, lo sé —dijo todavía mirando el bolso—. Tienes que contarle a Shelley todo esto.

Samantha se puso de pie repentinamente y Thomas la siguió. Había algo en su comportamiento, una certeza despreocupada, que exigía sumisión.

—Dime —dijo mientras se encaminaban a su Mustang blanco—, ¿cuándo fue la última vez que viste a Neil Cassidy.

Y con eso se rompió el ensalmo. Él era solamente otra herramienta en su *kit* de investigación, un medio para atrapar a su mejor amigo.

—Hace unos seis meses —respondió inexplicablemente.

17 de agosto, 12:54

La mentira le remordía tanto que lo único que podía hacer era mirar por la ventanilla los fugaces brillos de los coches que pasaban. ¿Por qué no le había dicho la verdad?

«Creen que es un asesino en serie, ¡por el amor de Dios!».

Y Nora hacía el amor con él.

—¿Adónde vamos? —preguntó, entumecido.

—De vuelta a la ciudad. A la oficina local del FBI.

—Tendréis un buen lío, imagino —dijo sin convicción.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Un lío?

—Bueno, con el Quiropráctico y todo eso. —En aquellos tiempos de conexiones de banda ancha era raro que algo al margen de la política se alzara por encima del estruendo inconexo de millones de personas persiguiendo millones de intereses distintos. Ese mercado se había convertido en todopoderoso. La noticia del Quiropráctico era en cierto sentido un salto atrás, un *flashback* a los días en que las series o los asesinatos daban a la gente un marco de referencias común, o al menos algo de qué hablar cuando terminaban las preguntas educadas.

—En realidad las cosas estarán tranquilas —respondió Sam—. El Departamento de Policía de Nueva York es el anfitrión del grupo especial que se encarga del Quiropráctico.

Thomas no dijo nada y miró a dos chicos con sudaderas de la Universidad Estatal de Nueva York que esperaban el autobús.

«¡Dile la verdad! ¡Neil se ha vuelto loco! Te diste cuenta anoche. Supiste que algo pasaba». Les vio, a Neil y Nora, haciendo el amor. Pensó en el «truco de yoga» que hacía ella y del que se reían los domingos por la mañana. Siempre había sido tan excitante, tan sincera con su deseo. Casi la oía susurrando en su oído...

«Muy bieeeeeen... Muy bieeeeeen, Neil...».

Le temblaban las manos. Respiró hondo.

«¡Díselo!».

Sam estaba girando a la derecha por una calle que no reconoció.

—¿Estás seguro de que estás bien, profesor?

—Llámame Tom —respondió, ignorando su pregunta—. Alguien, no sé si tú o la agente Atta, ha dicho que estáis seguros de que Neil es el responsable de lo que hemos visto en ese vídeo. ¿Cómo? ¿Cómo lo sabéis?

Su tono había sido más duro de lo que había deseado.

La agente Logan lo miró con aprensión.

—Hace diez semanas la NSA nos informó de que uno de sus investigadores de bajo nivel, un neurólogo, se estaba ausentando sin permiso. Nos dieron su nombre, sus datos biométricos y nos pidieron que le echáramos un vistazo, cosa que hicimos tan bien como pudimos.

—¿Neil? Pero...

—Creías que trabajaba en Bethesda. —Sam negó con la cabeza.

Thomas había estado a punto de decir que Neil era mucho más que un investigador de bajo nivel.

—¿Bethesda era su tapadera?

—Eso es. Así que, como el asunto fue considerado un potencial problema de espionaje, y se le dio una prioridad baja, el caso fue dado a la División de Contrainteligencia. Una semana después, la División de Investigación Criminal encontró una pista en el secuestro de Theodoros Gyges... ¿Has oído algo de eso?

—No mucho. —Thomas sabía quién era Gyges, todo el mundo lo sabía. En sus breves tiempos de activista, Thomas había organizado un boicot contra una de sus tiendas Target en Nueva Jersey—. Sólo el titular del *Post* —dijo—. «Millonario con daños cerebrales» o algo así.

—Exactamente. Desapareció durante dos semanas y después apareció de la nada en Jersey con la cabeza vendada. Aparte de cierta desorientación, parecía perfectamente bien hasta que se reunió con su mujer.

—¿Qué pasó?

—No la reconoce. La recuerda perfectamente, lo recuerda todo, pero no la reconoce. De acuerdo con el informe, le exige que deje de imitar la voz de su mujer, y cuando ella sigue implorándole, porque al fin y al cabo es su mujer, él monta en cólera y la hospitaliza. Un gran lío. A los medios de comunicación les habría encantado si no hubieran tenido ya sus contenidos tan llenos.

»De modo que le hacen algunas pruebas y resulta que Gyges no reconoce ninguna cara, ni siquiera la suya. Pone los pelos de punta.

—Parece un caso de prosopagnosia —dijo Thomas. La ceguera a las caras era conocida desde la antigüedad, pero hasta los años noventa no se descubrió que se debía a un daño en la zona fusiforme de la cara del córtex visual. En sus clases, Thomas solía utilizarlo como un ejemplo de cómo el cerebro era una caja de sorpresas en cuyo interior había dispositivos con finalidades particulares, no la monolítica maquinaria del alma que tantos estudiantes creían que era—. Me gustaría ver ese informe.

Ella lo miró con una sonrisa triunfante.

—Bienvenido al bando de los buenos, profesor.

Como si fuera incapaz de reprimirse, levantó el puño para chocarlo con el de Thomas, pero se abstuvo de hacerle el saludo completo del gueto.

—En cualquier caso —prosiguió Sam—, hace un par de semanas alguien en la División de Contrainteligencia, no tengo ni idea de quién, lee sobre eso en el *New York Times* e inmediatamente establece una relación con el neurólogo ausente, Neil Cassidy. Mandan a alguien de Washington una foto de Cassidy...

—Lo que fue inútil, por supuesto.

Sam sonrió y meneó el índice.

—En absoluto. Como todo el mundo está metido hasta el cuello en la Gran Revolución de la Información... ¿No has leído la revista *Time*? Está revolucionando la medicina forense.

Thomas asintió.

—A ver si lo adivino. Le enseñasteis a Gyges la foto de Neil mientras le hacíais una resonancia magnética de bajo campo. Los circuitos neuronales relacionados con el reconocimiento facial se encendieron.

—Exactamente. El cerebro de Gyges reconoció a Cassidy a la perfección, y de una manera coherente con un encuentro traumático. Pero los circuitos que transmitían esta información a su conciencia habían sido dañados. Resulta que Cassidy no es tan listo después de todo.

Thomas no dijo nada. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de con quién estaban tratando.

«¿Eres tú, Neil?».

—Y entonces —prosiguió Sam— la maquinaria empezó a ponerse en marcha. La investigación del Quiropráctico estaba engullendo recursos en todos los niveles, de modo que a los jefazos del Departamento de Policía de Nueva York les encantó la idea de traspasar la investigación en marcha al FBI, especialmente ahora que llevaba el estigma de la Seguridad Nacional. Shelley, que era la coordinadora del Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento, fue nombrada investigadora en jefe de nuestro exiguo equipo especial. Tal como está ahora, todo parece muy improvisado. Nuestros consejeros en el Departamento de Justicia y la Fiscalía del Estado son poco más que becarios, y, por lo que yo sé, nuestro encargado de prensa es un pluriempleado. Nuestro organigrama parece ahora mismo un espagueti aplastado.

Se detuvo, como si le inquietara su propio cinismo.

—Pero tenemos un sospechoso, un sujeto conocido. Las cosas tienden a resolverse cuando tienes un culpable.

Thomas escuchó el crujido de las ruedas sobre el pavimento y se preguntó cómo podía sonar tan antiguo, tan así-es-como-ha-sido-siempre. El mundo al otro lado de las ventanillas tintadas parecía otoñal, soleado y surrealista. Inconsciente.

Nada de eso podía estar sucediendo.

«Nora y Neil».

—Es él, profesor —dijo Sam con suavidad—. Neil Cassidy es nuestro hombre.

Subieron por la rampa de acceso y se mezclaron en el tráfico. La primera señal de la interestatal I-87 que Thomas vio tenía un agujero de bala oxidado.

—Sólo quiero asegurarme de que los niños están bien —dijo Thomas buscando su móvil en la americana.

Dejó que el teléfono de Mia sonara cinco veces. Colgó sin dejar ningún mensaje. «Probablemente habrán salido».

—¿No ha habido suerte? —preguntó Sam con los ojos fijos en la carretera.

—Parece que todo me va de maravilla.

Le dedicó una mirada traviesa.

—A mí también.

A Thomas no se le ocurrió nada más que decir, así que se quedó mirando sus pulgares inútilmente durante un rato, estudió la uña que se había roto jugando a squash la semana anterior. «Tengo que perfeccionar esos golpes de pared», pensó estúpidamente.

Si a Sam la incomodaba aquel silencio, no lo demostraba. Aceleró por la autopista, trazando zigzags entre el tráfico. Thomas miraba alternativamente el indicador de velocidad digital y los conductores encapsulados que los rodeaban. Sam conducía como quien lleva muchos años haciéndolo, arriesgándose a pequeños márgenes de error para lograr un lento avance. Presionaba a los que disminuían la marcha pegándose a ellos y castigaba a los que se pegaban a ella por detrás frenándolos. También —a Thomas le pareció que a propósito— permanecía en los puntos ciegos de los demás.

—Conduces como mi ex mujer —dijo al final Thomas.

Sam esbozó una sonrisa taimada.

—Era buena.

—Era una gilipollas —se oyó decir—. ¿Puedes ir con un poco más de calma?

Sam le dedicó una mirada inexpresiva. Sin mediar aviso, lanzó el Mustang tras un U-Haul cubierto de óxido que circulaba por el carril de la derecha y después frenó tan fuerte que el cinturón de Thomas se bloqueó. Por un momento, Sam pareció estudiar el adhesivo gigante de 79,95\$ de la furgoneta reflejado en el capó de su coche.

—Mira, profesor —dijo al fin—, he estado conteniéndome porque sé que estás preocupado.

Thomas trató de no mirarla.

—No te reprimas, agente Logan. Soy un chico mayor.

—Hay varias cosas que me tienen perpleja.

Thomas sintió una sacudida en el estómago.

—¿Por ejemplo?

«¿Por qué has mentido?». —¿Por qué esta mañana has vuelto a toda prisa a casa

después de hablar con nosotros?

—Quería hablar con Neil. No, necesitaba llamarlo. Enfrentarme a él. He creído recordar que tenía su número en casa.

—¿Lo tenías?

Thomas se encogió de hombros.

—No lo he encontrado.

—Un amigo íntimo.

—Se mudó hace tres meses —explicó Thomas—. Cuando me llamó para darme su nuevo número lo anoté en un pedazo de papel. ¿Qué quieres que te diga? Supongo que soy un mal amigo.

La parte de la mudanza era cierta. Al menos, era lo que había dicho Neil. ¿Quién podía saber a esas alturas lo que era cierto?

—¿Y por qué has ido corriendo a la casa de tu mujer después de eso?

—Porque cuando la he llamado para pedirle el número, me ha colgado.

«Qué estupidez decir esto», pensó. Ya no necesitaban órdenes judiciales para las listas de llamadas. Desde la sequía, cuando un grupo de extremistas islamistas estadounidenses cruzaron el sudoeste provocando incendios, los norteamericanos habían renunciado escrupulosamente a sus escrúpulos constitucionales. Thomas había seguido con atención los acontecimientos y cada noche veía el desfile de paisajes infernales y las fotos por satélite, en las que parecía que el mapa de Norteamérica estaba siendo quemado. El humo había llegado a la alta atmósfera y había convertido varios días en noches moradas en lugares tan lejanos como Nueva York. Era demasiado joven para darse cuenta de lo que significaba el 11 de septiembre, pero Colinas Ardientes... Eso había alterado algo profundo.

—¿Ha colgado?

Thomas miró con intensidad su precioso perfil y comprendió que se había convertido de nuevo en la agente Logan. La gente era como el cristal polarizado, transparente y opaca por turnos. Cooperadora un instante, competidora el siguiente.

—Nora ha creído que me lo estaba inventando. Vuestra visita. Las imágenes. Me ha acusado de estar llevando a cabo otro sádico juego mental.

Sam frunció el entrecejo.

—¿Por qué ha pensado eso? Neil es tu mejor amigo, ¿no es así? ¿Por qué ha podido pensar que te inventabas algo así?

—Es lo mismo que me he preguntado yo. Estaba estupefacto. Por eso he ido a su casa.

¿Cómo podía ser tan fácil? ¿Cómo podía mirarla a los ojos e inventarse todo eso? Con una especie de asombro entumecido, se dio cuenta de que se le daba bien. La mirada vacía, como si estuviera solamente leyendo el guión de su memoria. La cabeza inclinada, como para decir: «Suena raro, lo sé, pero ¿qué quieres que haga?».

Durante toda su vida, Thomas siempre se había tenido por alguien que se asfixiaba en las situaciones de crisis.

Que se asfixiaba por conocer la verdad.

Sam lo miró con un aire de disculpa. «Sólo estoy haciendo mi trabajo —decían sus ojos—. Negocios...».

—Cuando he llegado —prosiguió—, ella estaba más asustada que enfadada. Creía que me lo estaba inventando porque había descubierto que ellos dos habían... habían... Cuando me lo ha dicho... entonces, bueno, el ventilador ha empezado a esparcir la mierda.

Sabía que sonaba convincente. A pesar de ello, su pecho se tensó, sus pensamientos zumbaron. Más pronto o más tarde interrogarían a Nora. Después de todo, se estaba follando a su sospechoso.

«Me estoy jodiendo solo».

—Lo siento, profesor —dijo Sam. Le miró inquisitivamente, como si tuviera miedo de haberse perdido algo—. Tom.

Él asintió como si quisiera tranquilizarla.

¿Cuándo había desarrollado esa facilidad para mentir?

«Todo el mundo se está jodiendo».

Sam pasó el resto del viaje a Manhattan contándole a Thomas los detalles de los secuestros de Gyges y Powski. Gyges, un magnate del comercio, no había vuelto de correr a primera hora de la mañana por el Central Park. Los testigos declararon haberlo visto hablando con alguien en un BMW plateado, nada más. Cuando Thomas preguntó por qué un millonario como Gyges daba un paso sin seguridad, ella contestó: —Era uno de esos tíos.

—¿Qué tíos?

—De esos que mean a dos pasos del lavabo.

Thomas se rió.

—¿Porque tienen la polla larga?

—No. Exactamente lo contrario. Porque tienen la polla pequeña.

—No estoy seguro de entenderlo.

La sonrisa de Sam era deslumbrante a la luz del sol.

—Tener la polla pequeña es una cosa. Que te dé lo mismo es otra. Publicita tus debilidades y la gente creerá que eres fuerte.

—O —añadió Thomas— que sufres delirios de grandeza.

Sam soltó una carcajada.

—Eso describe a la mayoría de los hombres que conozco.

Cynthia Powski, Crema, de impactante fama digital, había desaparecido en el aparcamiento de su lujosa urbanización después de visitar a unos «amigos». No hubo

testigos. Las cámaras de seguridad de la zona habían sido inutilizadas por supuestos gamberros la noche anterior. Sabían que entró en el aparcamiento, o al menos creían que lo sabían, porque su Porsche estaba aparcado como siempre lo dejaba, cruzado sobre dos plazas. Sabían que no llegó a su piso por su novio, al que las autoridades de Escondido habían considerado el principal sospechoso hasta la llegada del vídeo a Quantico.

Aunque Thomas escuchó pacientemente, e incluso hizo algunas preguntas mordaces, entre sus pensamientos borboteaban docenas de preocupaciones y recriminaciones. Después de tantos años dando clase, había descubierto que podía escuchar, e incluso responder, las preguntas de sus alumnos sin dejar por ello de estar totalmente distraído. Nunca se había dado cuenta de lo muy distraído que podía estar hasta su divorcio. ¿Cuántos comentarios antiNora había ideado mientras explicaba algún elemento básico de la psicología en clase?

La agente especial Samantha Logan hablaba y él escuchaba mientras se estrujaba los sesos.

¿Por qué mentir?

¿Para proteger a Neil?

Pero ¿por qué? No sólo se había vuelto majara, sino que además se había estado tirando a Nora. Y jodiéndolo a él. ¿Por qué proteger ahora a Neil?

En Princeton, Neil y él habían alquilado una vez *El exorcista* como broma, esperando divertirse. Pero la película les había dado un miedo atroz, aunque ninguno de los dos creyera en Dios, demonios o ni siquiera sacerdotes. Después de fumarse varias pipas considerando la contradicción, llegaron a lo que llamaron el Efecto Exorcista, la desconexión entre saber y condicionar. Sabían que la posesión demoníaca era una gran trola, pero habían sido condicionados para tener miedo, habían sido habituados. Era mucha la psicología terapéutica, descubriría más tarde Thomas, necesaria para resistirse al Efecto Exorcista.

Era mucho lo que significaba ser humano.

«Mi mejor amigo...».

Protegia a Neil por hábito. Por el maldito hábito.

Y sin embargo, incluso después de darse cuenta, siguió escuchando cómo Sam exponía un hecho tras otro. Amable. Atento. En una ocasión, cuando un percance del tráfico la obligó a guardar silencio, él casi se gritó a sí mismo que se desdijera. «¡Díselo —gritó en su interior—. Dile: «Samantha, te he mentado... Vuestro sospechoso estuvo en casa anoche.»». En lugar de eso dijo:

—El tráfico es un asco.

Al fin habían llegado a la autopista West Side. Mientras avanzaban junto al río Hudson, Thomas se quedó mirando la orilla más lejana y contempló cómo Jersey se

enfurrñaba bajo un sol mortecino. Parecía imposible que hiciera sólo unos siglos esa orilla marcar el límite de la civilización alfabetizada. El límite del conocimiento. Los veía, los holandeses y después los ingleses, vagando por las profundidades esmeralda, entre árboles como pilares de un templo, en un Karnak continental.

¿Cuántos se habían vuelto locos? ¿Cuántos, como Neil, habían repudiado todo lo que habían conocido, habían adoptado las formas y después los horrores de lo que había más allá del conocimiento?

«Neil como Kurtz —pensó con ironía—. Yo como Marlow».

¿Era eso muy halagador?

No mucho, pensó un momento después. En absoluto.

—Sólo pudisteis identificar a Neil —se sorprendió diciendo Thomas— porque él quiso que lo hicierais.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sam.

—Lo que has dicho antes, que el cerebro de Gyges reconoció a Neil aunque Gyges no lo hiciera. No soy neurocirujano, pero diría que es mucho más fácil eliminar el reconocimiento facial del todo que selectivamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que Gyges es parte de la Discusión de Neil. Está diciendo algo.

—¿Diciendo algo? ¿Qué?

—Supongo que has leído la declaración de Gyges.

—Sólo unas cincuenta putas veces.

Por alguna razón, le entusiasmaba que soltara tacos. Probablemente porque se había pasado la adolescencia persiguiendo a tías que decían tacos. O al menos tratando de hacerlo.

Pese a lo mal que se le daba a la gente tener unas primeras impresiones inconscientes acertadas, algunos estudios demostraban que era asombrosamente precisa cuando se detenía a pensar de veras en el desconocido que tenía ante sí. La agente especial Logan, sabía Thomas, había crecido en un hogar de clase trabajadora. No religioso. Estable. Había cobrado conciencia de su sexualidad muy joven, probablemente había perdido la virginidad con un chico del barrio con poco más de quince años. Como él, era parte de la llamada «generación *webporn*», esa cosecha de chicos insensibles al sexo que consideraban las relaciones disipadas un atajo irresistible al estatus y la madurez, aumentando con ello la promiscuidad recreativa —que el padre de Thomas, miembro de la Generación X, había envidiado abiertamente—, y destruyendo lo que venían siendo sólidas generalizaciones psicológicas sobre la actividad sexual adolescente.

Ella era una noctámbula reformada, decidió Thomas, orientada a conseguir objetivos, reacia a las reglas, cínica y sin obsesiones, que utilizaría las herramientas que Dios le dio y al cuerno con la tradición. Ése era el papel que había escogido de la

serie de identidades que ofrecía la sociedad moderna. Sin embargo, había una reserva en su forma de comportarse, una sincera ansiedad que contradecía su descarada cháchara. Un indicio de idealismo ingenuo. Por alguna razón, ser informal y concienzuda no parecía nunca una combinación cómoda. Como los diseñadores de vaqueros y una imagen corporal sana.

—¿Recuerda Gyges alguna mención a la Discusión? —preguntó Thomas.

—No. Pero no se lo preguntamos.

—De modo que hay una posibilidad...

Los ojos de Sam comprobaron los retrovisores y puso el intermitente.

—Hay una forma de descubrirlo —dijo.

Resultó que Gyges vivía en el Beresford, en el Upper West Side, junto a Central Park. Thomas se sorprendió estirando el cuello como un idiota cuando entraron en la recepción, intrigado por el incómodo matrimonio entre dimensiones industriales y motivos del renacimiento italiano. Cuando Sam mostró su placa del FBI, el portero se limitó a encogerse de hombros como si fuera un adivino que leyera las palmas de la mano y se hubiera topado con otra extraordinaria inevitabilidad. Era difícil sorprender a la gente.

—¿Te dan millas de avión con eso? —bromeó Thomas mientras cruzaban el pijo recibidor.

Sam sonrió mientras, de nuevo, rebuscaba en su monedero en busca de unas caritativas monedas: en una mesa situada entre los ascensores había una caja de UNICEF.

—Sólo me dan millas —respondió al mismo tiempo que apretaba el botón del ascensor con los centavos en la mano.

El aire olía a perfume de esposas ricas, saliendo y entrando a comprar, imaginó Thomas. Contempló su reflejo distorsionado en las puertas metálicas del ascensor y se preguntó si el lema grabado en el escudo ornamental, *Fronta Nulla Fides*, no era una especie de broma a los residentes. Una pantalla en el interior del ascensor mostraba las noticias más importantes en CNNet, desde el caos en Europa, la guerra civil en Irak, hasta los últimos detalles de las actividades del Quiropráctico. Al parecer, se había hallado otro cuerpo sin espina dorsal, esta vez en Queens. Estaban en directo. Era como ver un asesinato a través de una pecera, pensó Thomas.

El hombre que les dio la bienvenida a la puerta del dúplex era bajo, de pecho amplio, y tenía una de esas barbas oscuras y densas que a Thomas siempre le hacían pensar en espaldas velludas. Tenía los ojos rojos. Llevaba los vaqueros demasiado subidos, por encima de la cadera. Thomas supo al instante que era uno de esos tipos que se pasaban demasiado tiempo delante del espejo metiendo barriga y que tienen la costumbre de llevar siempre la camisa por dentro.

—Gracias, señor Gyges. Sé que...

—Hola, agente Logan.

Thomas alzó las cejas. No sabía qué esperar... pero sin duda no un reconocimiento tan decidido.

—Nunca olvido una voz —dijo Gyges leyendo su mente—. Por lo demás, no la he visto en mi vida.

—Sí lo ha hecho —dijo Sam.

Gyges se encogió de hombros.

—Si usted lo dice... ¿Y usted? ¿Lo he visto antes?

—No, señor Gyges. Soy Thomas Bible.

Gyges asintió con cautela.

—El doctor Bible es profesor de psicología en Columbia, señor Gyges. Le gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿Ahora? ¿Forenses o terapéuticas?

—A veces pueden ser las dos cosas al mismo tiempo. Pero no soy un consejero para momentos de depresión, si es eso a lo que se refiere. —Thomas se interrumpió y se lamió los labios—. Soy amigo de Neil Cassidy.

Gyges empalideció.

—Por favor, pasen —dijo.

Lo siguieron a través de un recibidor de mármol hasta una palaciega sala de estar diseñada y decorada en el «estilo archipiélago» que hacía estragos entre los ricos y los famosos: habitaciones monumentales divididas en varias «zonas de socialización íntima». Pero el efecto —fuera cual fuera— quedaba anulado por la basura que había esparcida sobre los muebles. A ese hombre le gustaba la tienda de bocadillos Subway de su barrio.

—Disculpen mi hospitalidad espartana —dijo, señalando un sofá en forma de «U»—. He despedido a todo mi personal. Me resultaban... irreconocibles.

Thomas se sentó junto a Sam frente al debilitado millonario. Hubo algo anticlimático en ese momento, como si el millonario y su entorno no hubieran estado a la altura de sus expectativas. Demasiadas películas, sin duda. Nadie estaba a la altura de las expectativas ahora que las imágenes generadas por ordenador eran la vara de medir en el cine. Ni los super-ricos podían estar a la altura.

—¿Algo de beber? —preguntó Gyges—. Me temo que sólo tengo whisky.

Sam hizo un gesto negativo con la mano. Thomas pidió uno con hielo.

—Muy bien —dijo Gyges de camino al bar—, ¿qué preguntas puede tener para mí un amigo del señor Cassidy?

Thomas respiró hondo. Tras la descripción que le había hecho Sam en el coche, había decidido empezar con un gesto conciliador, algo que hiciera que Gyges se relajara.

—Muchas. Pero supongo que usted también debe tener las suyas.

Gyges sonrió amargamente. «De modo que sí es una terapia», decía su mirada.

—¿Cuáles?

Thomas se encogió de hombros.

—Para empezar: ¿no quiere saber por qué le hizo eso?

El hombre se volvió de nuevo a las bebidas.

—Oh, sé por qué lo hizo.

—¿De veras?

—Por supuesto. Es un castigo.

Thomas asintió con cuidado. Por alguna razón dijo:

—Por sus pecados...

—Sí. Por mis pecados.

—¿Y cuáles son esos pecados?

Gyges le dio vueltas al whisky de una manera rara, como si quisiera empapar los cubitos de hielo.

—¿Es usted sacerdote? —le preguntó a Thomas mientras le daba la bebida. Por primera vez, Thomas se dio cuenta de la frecuencia con que el hombre evitaba mirar sus caras.

—No —respondió Thomas.

—Entonces no tiene nada que hacer con mis pecados. —Se volvió abruptamente, no hacia Sam, sino vagamente en su dirección. Sus gestos estaban empezando a recordar a Thomas los de un hombre ciego—. Psicólogos —dijo, con desprecio—. Quieren que tus pecados sean síntomas, ¿verdad?

—Le pido disculpas, señor Gyges —dijo Thomas, dejando su copa—. ¿Preferiría...?

—El profesor Bible cree que Cassidy está entablando una discusión —arriesgó Sam—. Necesitamos su ayuda, señor Gyges.

El millonario la miró al fin a la cara. Sus ojos reflejaban un horror peculiar.

—¿Una discusión? ¿Qué clase de discusión?

Sam miró a Thomas de soslayo.

—Afirma que nada tiene sentido —dijo ella—. Puede parecer difícil de creer, pero Neil Cassidy cree que no existe la... la...

—Gente —terminó Thomas por ella—. Cree que todo aquello en lo que creemos, cosas como los objetivos, el significado, el bien y el mal, son simples ilusiones generadas por nuestros cerebros.

Los ojos de Gyges refulgieron llenos de lágrimas.

—Bueno, pues en eso se equivoca, ¿verdad?

—¿En qué? —preguntó Thomas.

—En que nada tiene significado.

—No estoy seguro de entenderlo.

—Por supuesto que no —le espetó sin más explicaciones. Negó con la cabeza—. ¿Qué quieren?

Thomas y Sam intercambiaron una mirada nerviosa. El hombre tenía una presencia peculiar, temible y patética al mismo tiempo. Thomas pensó que al fin comprendía lo que Sam había dicho antes sobre los hombres que mean a dos pasos del lavabo.

—¿Le dijo Neil algo acerca de... de una premisa?

—Neil.

—Cassidy. ¿Le dijo algo?

—Quiero decir que sí —dijo al fin Gyges—. Pero la verdad es que no lo recuerdo.

—¿Está seguro? —preguntó Sam.

Gyges frunció el entrecejo.

—¿Sabe cuál es mi lugar preferido, agente Logan?

Thomas le puso una mano en la rodilla a Sam. No supo si quería advertirla o tranquilizarla.

—No —dijo—. ¿Cuál?

—El metro —respondió el hombre con una sonrisa dolorida—. El puto metro, ahí es donde me siento más en casa. El lugar más... normal. Al principio era sólo un... un alivio, ¿saben? Pero se ha convertido en algo más. Mucho más. Ahora es como la Navidad con familiares muertos o algo así. Sentarme ahí, meciéndome con desconocidos.

Se volvió para llenar su vaso.

—¿Patético, eh? —gritó por encima de su hombro.

—¿Sería mejor —dijo Thomas— si hiciéramos esto por teléfono?

—Oh, ahora me sigue la corriente —dijo Gyges al techo abovedado. Se volvió, dudó y después los miró como si fuera un duelo. Sonrió cálidamente—. Váyanse a la mierda.

Thomas y Sam sólo pudieron quedarse mirándolo.

—¿Qué palabra no entienden? —preguntó Gyges—. ¿Váyanse? ¿Mierda?

Ambos se pusieron de pie rápidamente.

—¿Podemos llamarlo, señor Gyges? —preguntó Sam—. Lo que queremos...

—¡Dioooooossss! —gritó el hombre corpulento—. ¡Váyanse! ¡A la mierda! —Con cada palabra dio un paso adelante, como un gorila adulto anunciando una inminente embestida.

Thomas se tropezó con el borde doblado de una alfombra persa. Sam lo sostuvo. Con los brazos extendidos, Gyges los arreó hasta el recibidor. Se detuvieron ante la puerta.

Thomas levantó la mirada y vio a los tres reflejados en un pesado espejo con

marco rococó.

—Tres desconocidos —dijo Gyges con una calma que pareció aterradora después de la ira de unos momentos antes—. ¿Sabe cómo es, doctor Bible, vivir en ninguna parte? ¿Mirar y mirar y no encontrarte en ninguna parte?

En cierto sentido, Thomas lo sabía, pero no iba a decirlo.

—Usted está aquí, señor Gyges.

—¿Sí? No estoy seguro. —El ceño fruncido, contemplativo—. Pero no se da cuenta de cómo es, ¿verdad? Cree que lo veo, que lo conozco, que el problema es que cada vez que aparto la mirada me olvido de quién es. Pero no es así. En absoluto. Cuando lo miro, así, como lo estoy mirando ahora, no lo reconozco del segundo anterior. Y no es que su cara se convierta en algo nuevo a cada momento, algo que no he visto antes. Es solo algo desconocido. Inconocible...

Gyges apartó la mirada de Gyges y se volvió hacia Thomas.

—Cuando miro el espejo, doctor Bible, no estoy en él. Pero tampoco usted. Para mí no hay un otro. Sólo una voz. Una voz procedente de la oscuridad.

Por un momento, Thomas sólo pudo quedarse mirándolo.

—Sufre un daño cerebral —dijo sin convicción—. Tiene que entender...

—¿Un daño cerebral? —respondió el hombre barbudo—. ¿Un daño cerebral? ¿Cree que es eso? —Negando con la cabeza, caminó junto a ellos y abrió una de las puertas barnizadas en roble.

Thomas se volvió al cruzar el umbral.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Usted no es sacerdote —espetó Gyges.

La puerta se cerró con un estruendo y se tragó el mundo que había ante el rostro de Thomas.

Ninguno de ellos dijo nada hasta que se cerraron las puertas del ascensor.

—¿Qué piensas? —preguntó al fin Sam.

—No lo sé. Estaba borracho, eso seguro. Pero ¿aparte de eso? Podría ser que sufriera estrés postraumático... —Se detuvo tratando de hallarle el sentido a lo que acababa de suceder—. Una cosa es indudable.

—¿El qué?

—¿Te has dado cuenta de cómo se movía a nuestro alrededor. La completa ausencia de contacto visual. Su lenguaje corporal. Nuestra presencia hacía que casi se encogiera.

—¿Y?

Thomas se sorprendió mirándose la mano, el anillo de casado ausente de su índice, y pensó en toda la maquinaria neuronal que se revolvía debajo, haciendo posible su experiencia. Ahí era donde estaba golpeando Neil. No en el corazón, sino

en el alma.

—Theodoros Gyges vive en un mundo de hombres del saco.

A menos que fuera en el asiento trasero de un taxi, Thomas cruzaba tan raramente Manhattan en coche que el viaje hasta Federal Plaza, en el centro, le pareció vagamente desconcertante. Manhattan siempre lo había dejado (y no había otra palabra para expresarlo) boquiabierto. Su magnitud era poco menos que geológica, como si las calles y las avenidas fueran lechos de ríos, profundos como cañones en alguna antigua llanura de Marte. Pero la sensación... Al mismo tiempo arqueológica, como una vasta inscripción con Central Park como la marca del sello de un Dios-Rey, y al mismo tiempo estadística, como un gran gráfico de barras en tres dimensiones que mostrara la suma de las esperanzas humanas en relación con el producto interior bruto de las naciones, una presentación Powerpoint inmóvil en piedra monumental.

Nueva York, le había dicho en una ocasión Neil, era braille para un Dios ciego: el único lugar en el que las muestras del ingenio humano eran suficientemente altas para que los dedos divinos pudieran leerlas. Cuando Thomas le preguntó qué decía ese braille, Neil le respondió: «Vete a la mierda tú también».

—¿Qué opinas, profesor? —preguntó Sam—. Si Gyges es la primera premisa de Cassidy, ¿qué es?

—No estoy seguro del todo —dijo Thomas con aire ausente.

Nada tenía sentido. Ésa era la descorazonadora verdad. Nora follándose a Neil. Neil asesinando a inocentes. Sam persiguiéndolo, un perro de caza profesional. Europa congelándose al borde de la muerte. Moscú desaparecido, o al menos una buena parte de él. Hasta un idiota podía darse cuenta de que no había ningún plan, ningún autor oculto. Todo gritaba indiferencia. Todo. Y los que podían pensar de otro modo, que abrazaban su debilidad innata por la simplicidad, la certidumbre y los halagos, no hacían más que empeorarlo. Votando por la retórica de línea dura. Matando en el nombre de X, Y o Z.

¿Por qué no se limitaban a hacer su papel en el juego y dejar que el mundo se muriera?

Las palabras de Neil... de la noche anterior.

—Bueno, tenemos que pensar algo —dijo Sam—. Algo que cautive a Shelley. No vamos a atrapar a ese tipo sin tu ayuda, profesor.

¿Era eso lo que él quería? ¿Atrapar a Neil?

«Está haciendo daño a gente». ¿Qué importaba?

—¿Me oyes, profesor? ¿Profesor Bible? ¿Eooo...?

—Llámame Tom —dijo.

«Concéntrate y piensa». Ya había decidido que estaba sufriendo una respuesta en forma de estrés disociativo. La triste sensación de estar desubicado. La percepción de

estar distanciado de sí mismo, como si fingiera cada sonrisa, cada palabra, cada respiración. Características clásicas de la «fase crisis» del estrés por un incidente crítico.

El mundo de Thomas Bible había quedado patas arriba. Como el personal de Gyges, se había vuelto irreconocible.

—Reconocimiento —dijo abruptamente, viendo de repente la respuesta a la pregunta de Sam.

—Despacio, Tom. Ha sido un día largo. Miró a Sam y sonrió.

—Estaré bien. A diferencia de la mayoría, tengo un cerebro muy maleable, como si estuviera hecho de plástico.

—Como mis zapatos —respondió Sam.

El repiqueteo de los tacones de Sam tenía un eco aceitoso. Caminaban rápidamente por el aparcamiento subterráneo del Edificio Federal.

—Neil está diciendo algo sobre el reconocimiento —explicó—. Está diciendo que el reconocimiento, de uno mismo o de los demás, es simplemente una cuestión de programación.

Sam frunció el entrecejo en la sucia penumbra.

—No lo entiendo.

—Piensa. Sin reconocimiento, no hay nadie, como ha dicho Gyges. No hay gente, sólo cerebros zumbando que chocan con otros cerebros zumbando.

Sam pensó en ello durante varios repiqueteos más.

—Entonces, ¿qué significa Powski? —preguntó mientras se acercaban al ascensor—. ¿Que el placer es simple cuestión de programación.

—¿Por qué no?

Sam frunció el entrecejo, como si le sorprendiera algo que hubiera pensado antes.

—Casi parece que esté discutiendo contigo. Contigo en concreto, no con el mundo.

A Thomas se le encogió el estómago.

—¿Por qué lo dices?

Tenía la mirada penetrante, casi maníaca en su intensidad.

—Porque tú eres la única persona que puede descifrar su mensaje. Sin ti, estaría diciendo cosas que nadie podría entender, ¿no crees?

¿Por qué Neil había ido a su casa la noche anterior? ¿Por qué la confesión? Se había follado a Nora poco antes, su falso viaje a San Francisco lo dejaba claro. ¿Y qué? Se tira a Nora y después se pasa sin avisar por la casa de su amigo para tomar una copa y charlar un rato. Entre dos asesinatos, nada menos. Y la noche antes de que el FBI se ponga a buscar a sus viejos contactos.

Neil Cassidy era probablemente el hombre más brillante, más calculador que

Thomas había conocido jamás. Sam tenía razón. Neil estaba llevando a cabo un juego que sólo Thomas conocía, lo que significaba que él tendría que jugar con él. Pero ¿por qué? ¿Lo necesitaba solamente para que enseñara a jugar a sus verdaderos oponentes, el FBI? ¿Para darles un empujón? ¿O lo estaba haciendo sólo por Thomas?

«¿Tanto me odia?».

Sintió una punzada en el pecho. Por un momento, se sintió como un niño, solo, abandonado por su único amigo. «Se ha estado follando a Nora todo este tiempo...». Y sonriendo, dándole palmadas en la espalda después. ¿No revelaba eso alguna clase de fijación, un odio patológico?

No necesariamente, tuvo que reconocer el profesor Thomas. Los amigos se tiraban a las mujeres de sus amigos todo el tiempo, incluso amigos a los que querían y respetaban de verdad. Si se odiaban, normalmente era para racionalizar su traición. «Parece un verdadero gilipollas» o «Se lo merece». Con todo, esos pequeños pecados tenían un impacto sorprendentemente pequeño en las expectativas y actitudes que conformaban la amistad. Era como si los dos comportamientos tuvieran lugar en una frecuencia diferente.

—Podría ser... —dijo Thomas apartando la mirada de Sam.

«¡Tiene que saberlo! ¡Díselo!».

—¿Qué pasa, profesor? —preguntó Sam. Justo entonces, el ascensor se abrió con un tintineo.

—Cynthia Powski —dijo al tiempo que las puertas se cerraban—. ¿Crees que puede seguir viva?

«¿Qué he hecho?».

—Podría ser... Pero lo dudo.

—¿Por qué? No mató a Gyges.

—Creo que en cierto sentido lo hizo, es un muerto en vida. Pero esta mañana no has visto el resto de la actuación de Cynthia Powski.

Thomas tragó saliva. No se le había ocurrido que pudiera haber más.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa?

Sam dudó, su cara pareció aún más bella con esa concentración.

—Hay una pausa, y cuando empieza a grabar de nuevo Cynthia sigue en un apasionado trance, pero algo ha cambiado. Los neurólogos que hemos consultado creen que Cassidy le colocó un transmisor en las rutas del dolor primario a su cerebro...

—¿Las rutas espinotalámica y espinoreticular?

—Exactamente, y las utilizó para sustituir el panel de control del placer o lo que diablos utilice al principio de la grabación.

Thomas sólo pudo quedarse mirándola.

—Entonces le da un trozo de cristal roto.

Imágenes de Cynthia —recuerdos de esa mañana— cruzaron su mente, sus convulsiones ahora empapadas de sangre y cruzadas por una herida abierta tras otra.

Sam prosiguió.

—La percepción del dolor generado por el daño al tejido, nos dijeron, probablemente se detenía antes de que llegara a su cerebro, y se traducía a una señal que estimulaba directamente sus centros de placer. La reconfiguró como un salón de recreo, profesor, y después observó cómo se mutilaba para alcanzar el éxtasis.

—Dios mío —susurró Thomas.

Sus labios una «O» bostezada mientras gritaba, clímax tras clímax.

«Hizo que se cortara a sí misma. Hizo que quisiera cortarse...».

Sam parpadeó rápidamente.

—Espera a verlo, Tom. Dios no existe, créeme.

Cortándose los intestinos.

«¿Qué diablos está pasando? Despierta... ¡Despierta!». —Pero eso es lo que Cassidy trata de decir, ¿verdad?

Thomas se cogió las manos para impedir que le temblaran.

La oficina del FBI era más pequeña de lo que Thomas esperaba y, excepto por la presencia del equipo de limpieza, parecía abandonada.

—Es difícil de creer que yo dirija el FBI, ¿verdad? —dijo Sam al mismo tiempo que señalaba su cubículo.

Thomas sonrió mientras catalogaba —por pura costumbre— las señales identitarias y los comportamientos que revelaba cada lugar de trabajo. Las cosas que decían: «Esto es mío, esto es lo que hago». Nada le sorprendió excepto, quizá, las agujas con la cabeza en forma de corazón azul en su tablón.

Thomas señaló con la cabeza una gorra de los New York Rangers que colgaba de una chincheta.

—¿Eres aficionada?

—Fanática —dijo Sam, sentándose en su silla. Se crujió los nudillos y se puso a teclear en su ordenador—. ¿Y tú?

—Demasiadas decepciones.

—¿Ah, eres de éstos?

—¿De cuáles?

Sam avanzó por una sucesión de ventanas brillantes en su pantalla plana.

—Uno de esos que creen que el deporte es cuestión de ganar.

—Creo que...

—Aquí está —le interrumpió Sam—. El cerebro de Neil Cassidy.

La pantalla estaba llena de secciones transversales de neuronas coloreadas con

pigmento y con forma de castaña. Por un momento pareció imposible que esas imágenes pudieran tener alguna relación con su mejor amigo, por no hablar de lo que había visto esa mañana. Parecía demasiado abstracto, demasiado clínico, para ser el motor de los acontecimientos de ese día.

Pero ahí estaba.

—Según valoraciones externas —dijo Sam—, nada señala que a Cassidy le falten los circuitos de la pena o la culpa. Sin duda, no es un psicópata común.

Pero Thomas ya lo sabía. Neil carecía del comportamiento básico de la psicopatía o, en términos más generales, del desorden de personalidad antisocial. Neil y él eran íntimos desde hacía mucho tiempo, y aunque los psicópatas sabían cómo engañar a la conciencia en el corto plazo, siempre, más tarde o más temprano, mostraban crueldad.

—Pero es tan listo que da miedo —añadió Sam—. ¿Quieres que te imprima esos archivos?

—Por favor —dijo Thomas. Se sentía desconcertado. Conocer a agentes del FBI era una cosa, pero ir allí, caminar por los pasillos de la agencia, era algo totalmente distinto. Le recordó que estaba tratando con una organización, con todos los peligros y obstáculos que eso representaba. Normalmente se podía confiar en que los individuos fueran razonables, pero ¿una organización? Especialmente una tan enorme como el FBI. No importaba lo razonables que fueran las decisiones tomadas en una difícil coyuntura u otra, el triste hecho era que no se podía confiar en ellos para obtener algo cuerdo.

—¿Cómo has conseguido esto? —le preguntó cuando las primeras páginas empezaron a salir de la impresora láser.

—De la NSA.

Hablando de instituciones monstruosas.

—¿Y ellos cómo lo consiguieron?

—Las resonancias de bajo campo son parte de toda exploración biométrica del gobierno, especialmente en lugares sensibles. —Le dedicó una sonrisa torcida, extraña pero simpática—. ¿Quieres ver la tuya?

—Me estás tomando el pelo.

—No. Compruébalo. —Recorrió una serie de ventanas, introdujo un código y buscó entre lo que parecían datos y horarios. Otro gráfico de un cerebro, este tridimensional, apareció en la pantalla animado por colores cambiantes, como los contornos de temperatura en un mapa del tiempo.

—Cuando introduje tu nombre, me apareció esta foto de tu coco.

Thomas maldijo entre dientes.

—¿Da miedo, eh?

—Pero eso es inútil sin un análisis —dijo Thomas—. ¿Qué te dice a ti?

Una sonrisa dolorida.

—El análisis está incluido en el paquete. Mira.

Se abrió una pequeña ventana de texto en la esquina inferior izquierda. Thomas tragó saliva.

—Veamos —dijo Sam—. «El sujeto es inquieto: miedo y ansiedad, sobre todo, poca agresividad y ninguna intención asesina». Bueno, es un alivio. «El sujeto también presenta señales de pena y desorientación...». Oh, esto es interesante: «con una fuerte capacidad para el engaño». —Sam se echó hacia atrás y levantó la mirada hacia él—. ¿Me estás ocultando algo, profesor?

«¡Díselo!». Thomas se rió.

—No, conscientemente, no.

Sam sonrió.

—Es lo que pasa con estas cosas. Todo pistas y probabilidades. Pero me han dicho que el software mejora año a año.

—Seguro —dijo Thomas adustamente—. Parece ser que los de mi oficio ya sólo hacemos mapas de contextos... eso y pruebas de comportamiento paralelo. Ahí es donde está el dinero.

—¿Mapas de contexto?

—Sí. En ellos se establece una correlación entre distintos comportamientos, emociones, tareas mentales y cosas así para crear varios resultados en forma de imagen para las distintas poblaciones. Después se señala lo que esas manchas de color significan en términos de experiencia en el mundo real.

—Se leen las mentes... —dijo Sam.

—Peor.

—¿Y por qué el dinero está en... cómo se llama?

—Pruebas de comportamiento paralelo. —Thomas se rascó la nuca tratando de aparentar aburrimiento—. ¿Recuerdas que hace un par de años el gobierno prohibió a las empresas utilizar resonancias magnéticas de bajo campo con sus clientes y empleados? Desde entonces, las grandes empresas han invertido mucho dinero para convertir los resultados de varias pruebas de comportamiento (escritas, verbales, orientadas a la producción, cosas así) en varias clases de resonancia magnética. Es decir: si respondes de esta y esa manera a esta prueba y aquélla, pueden más o menos intuir tu bajo campo, y en consecuencia qué clase de cliente o empleado serás. Eso les ha dado una forma burda de eludir la ley. Y significa un montón de pasta para muchos psicólogos mediocres.

Toda la gente a la que le explicaba esto se quedaba estupefacta. Pero ¿qué esperaban? Vivían en un sistema social dedicado a la búsqueda de ventajas competitivas. La misma estructura de la sociedad que tanto apreciaban, a la que

adoraban, estaba dedicada a conseguir de ellos que hicieran lo que los demás querían, incluso empleando la coerción.

Tú sólo podías apretar los botones que la gente no podía ver.

—¿Funciona? —preguntó Sam. Al parecer ella era más pragmática.

—Bueno —dijo Thomas, encogiéndose de hombros—. Menos de lo que querrían, más de lo que reconocen. No te creerías la cantidad de trolas que se tragan.

—Trabajo en el FBI.

—Incluso así.

Sam sonrió.

—Pero ya basta de diversión —dijo, recogiendo las páginas impresas y dándoselas a Thomas—. Tenemos que ver si la jefa sigue por aquí.

Sam sonrió con triunfalismo, como calculando ya los puntos que iba a ganar.

Sam lo guió por un laberinto enmoquetado de cubículos de trabajo, algunos completamente a oscuras, otros iluminados por caprichosos salvapantallas. Algo como un estremecimiento lo recorrió cuando vio por segunda vez a la agente Atta. Estaba en una zona de reuniones, enmarcada en cristal, hablando a un negro muy alto vestido con un traje elegante. Parecía difícil creer que justo aquella mañana había entrado en su despacho llevando consigo la locura. La agente especial en jefe, Shelley Atta, destructora de mundos...

Thomas se detuvo en la oscuridad.

—Logan todavía no ha llamado —estaba diciendo Atta—. No tiene ni idea de lo que está pasando.

Un estremecimiento acompañaba siempre a lo oído por azar, como si las palabras fueran dormitorios. Sam y él se quedaron quietos, absortos en la conversación con que se habían topado.

—¿Cuál es su historia? —preguntó el hombre negro—. ¿A quién se ha follado para ascender tan rápido?

—¿No has oído...?

Un aspirador cobró vida con un zumbido en el fondo de la oficina. El personal de limpieza.

Thomas se volvió y vio a Sam con el rostro lívido e inmóvil a su lado. Siempre era así. Por mucho que se recordara que las vidas que lo rodeaban recibían exactamente los mismos impactos que él, siempre se sentía ligeramente estupefacto cuando se enfrentaba a esa complejidad. Claro que ella había tomado una decisión precipitada de más. Todo el mundo estaba en el mismo barco. Sólo que ellos carecían de ojos para ver más allá de sí mismos.

—Joder —susurró ella.

—No le des demasiada importancia.

—¿A qué? —Su voz se rasgó—. ¿A que arrastren mi reputación por el fango?

Thomas tiró de ella hacia un lado.

—La gente chismorreaba. Es parte de ser humano. Algunos creen que es la clave evolucionaría de nuestra inteligencia. —Se calló, ligeramente avergonzado. Nora siempre se reía de esa costumbre de creer que el conocimiento podía ayudar a la gente en momentos difíciles. Reflexionó un momento—. ¿Con quién está hablando Atta?

—Dean Heaney. Nuestro asesor del Departamento de Justicia.

—¿Se conocen? ¿Son viejos amigos?

—No.

Sabía que lo estaba haciendo de nuevo, pero no podía parar.

—Mejor todavía. Cuanto más superficial es el conocimiento, más probable es que la persona que oye las acusaciones de esos defectos los atribuya al acusador.

—¿En serio? —preguntó Sam en un tono raro.

—En serio —respondió Thomas, aunque sabía que había hecho más mal que bien. ¿Por qué? ¿Por qué eran los hechos tan impotentes ante el dolor?—. Lo llaman transferencia de rasgos.

Sam lo miró airada. Le caía una lágrima por la mejilla izquierda.

—¿Y si son ciertas? —preguntó.

—¿El qué?

—Las acusaciones —dijo ella, volviéndose.

—¡Sam! —gritó, siguiéndola—. Sam, no pretendía...

—¿Bible? —preguntó alguien con incredulidad. La agente Atta. Sam se detuvo y se volvió—. ¡Bible! —gritó Atta a su espalda—. ¡No se mueva, gilipollas!

Thomas se detuvo en seco.

—Arriba las manos. Por encima de la cabeza.

Thomas obedeció, demasiado asombrado para decir o pensar nada.

—Ahora vuélvase lentamente.

—¿Shelley? —gritó Sam—. ¡Está aquí para ayudar!

—¿Ayudar? No lo creo.

Thomas se había dado la vuelta mientras ella lo decía, pero su protesta se sofocó cuando vio la pistola de la agente Atta apuntando contra su pecho. Un punto rojo oscilaba en la pechera de su cazadora. Una oleada de calor le recorrió. Terror.

—Est... esto es una locura —gruñó.

—Me temo que su opinión profesional sirve de poco aquí, profesor. Está sufriendo una crisis de credibilidad.

—¡Shelley! —gritó Sam.

En la oscuridad, el rostro de la agente Atta era duro y atractivo como lo son las mujeres sólidas. Algo en sus ojos le dijo a Thomas que le estaba gustando apuntarle

con la pistola.

—Tu amigo el profesor —le dijo a Sam— ha sido lo que podríamos llamar «poco comunicativo». Parece que mientras lo estábamos interrogando esta mañana en su despacho, nuestro sospechoso estaba durmiendo la resaca en su casa. —Se detuvo un instante para dejar que el significado de sus palabras hiciera su efecto—. Gerard está allí. Los de la científica están de camino.

Sam se acercó a su jefa con cautela, dedicando una mirada interrogadora a Thomas al mismo tiempo. El asesor del Departamento de Justicia, Dean Heaney, se sentó en una esquina de un escritorio desocupado, justo detrás de la agente Atta. Sonreía como si estuviera viendo una pelea entre dos familiares a los que despreciara por igual.

—Pregúntaselo —le dijo a su subordinada.

—¿Es cierto? —dijo Sam rígidamente, con una expresión entre asombrada y desolada. Muy poco profesional.

Por alguna razón estúpida, Thomas lo supo: «Se está enamorando de mí».

—Sí —dijo.

O se había estado enamorando.

—Por eso esta mañana has salido corriendo a tu casa.

—Quería decírtelo, pero...

De repente, su porte se volvió duro y cínico, profesional. Por alguna razón, a Thomas eso le pareció tan desconcertante como la pistola de la agente Atta.

—¿Querías? —dijo—. Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

«¿Adónde te has ido, Sam?». —No estoy seguro.

—¿Este tipo es profesor de psicología? —dijo con una carcajada Dean Heaney—. Recordadme que no lleve a mis hijos a Columbia.

Entre la pistola, las acusaciones y Sam, Thomas se sentía como si tuviera un ataque al corazón.

—Ha sido mi mejor amigo durante dieciocho años —dijo con vehemencia—. ¡Dieciocho años! ¿Qué esperabais que hiciera?

—Lo correcto —dijo la agente Atta.

—¿Y entregarlo a los federales es siempre lo correcto, verdad? Hablando de malditas crisis de credibilidad... No. Tenía que estar seguro.

La agente Atta sacó unas esposas.

—Dígame honestamente, agente Atta —dijo Thomas rápidamente—. Si los federales estuvieran buscando a alguien a quien usted amara, ¿lo entregaría rápidamente?

La pregunta pareció cogerla con la guardia baja. Miró nerviosamente a Sam.

—Cuidado —dijo Heaney—. Podría ser un truco mental de jedi.

—¿Qué opinas, Samantha? —preguntó Atta.

El miedo repentino e irracional de que la agente Atta iba a ejecutarlo se apoderó de Thomas. «¡Una pistola de verdad!», la idea corrió entre sus pensamientos presa del pánico.

—Creo que lo necesitamos —dijo Sam precipitadamente—. Sabe lo que Cassidy está haciendo, Shelley. Y creo que sabe por qué. Nos ha dado un motivo, un motivo real, por el amor de Dios.

—Un motivo.

—Mejor que cualquier cosa con la que hayan dado esos bromistas del Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento. Mucho mejor.

Los grandes ojos de chocolate de Atta se detuvieron en Thomas un momento.

—Hable —dijo.

—Es una larga historia.

Atta enfundó su Glock.

—Entonces se viene conmigo —dijo.

17 de agosto, 19:01

Thomas sintió una llamarada de vergüenza cuando vio los vehículos congregados delante de su casa: dos patrulleros de Peekskill, un par de coches de incógnito y una furgoneta negra que probablemente pertenecía a los de la científica. Las sirenas salpicaban unas luces de colores como de cómic sobre el sendero blanco. Nubes de humo salido de los coches se alzaban hacia el cielo y se desvanecían en abanicos morados a medida que la noche iba ganando terreno. Habían llegado con el último suspiro de luz solar.

Shelley cruzó el césped y dejó el coche en el aparcamiento.

—Mire, profesor, todavía no se ha salido con la suya —dijo, mirándolo intensamente—. Diría que podemos acusarlo de obstrucción, de dar refugio a un fugitivo e incluso de complicidad después del delito. Es demasiado listo para creer que vamos a empaparlo, pero también es demasiado listo para no saber cómo funcionan estas cosas. Todo puede suceder.

—No se moleste con...

—Escúcheme bien —lo interrumpió Atta—. Se ha hecho responsable de su estupidez, lo cual no es frecuente en estos casos. He tratado con tantos gilipollas que a veces me siento más una niñera que una agente especial. Usted no es gilipollas... Me doy cuenta.

—¿Así que me cree?

Thomas se había pasado la mayor parte del viaje proporcionándole una versión abreviada de lo que le había contado a Sam antes: la clase de Skeat en Princeton, la Discusión, y por supuesto Nora. Durante todo el tiempo Atta se había limitado a contemplar la carretera y a mirarlo de soslayo muy de vez en cuando para mostrarle que lo escuchaba. Por lo demás, Thomas tenía la sensación de estar exponiéndole las virtudes del agua a una piedra.

—Creo que la suya es la interpretación más lógica de esta locura que he oído. No me malinterprete. Creo que todo ese rollo sobre el Apocalipsis Semántico es pura mierda, por decirlo claramente. Pero la cuestión es si Cassidy se lo cree.

—Sería una buena psicóloga, agente Atta.

Atta llegó a sonreír.

—Los hombres tienden a asustarse en mi presencia —bromeó. Empujó la puerta abierta con el hombro al tiempo que decía—: Ahora veamos qué tal sería usted como investigador.

Había algo maternal y algo más que un poco de aire de superioridad en su manera de desenvolverse, pero Thomas decidió que le gustaba. Irradiaba estabilidad, algo que

él necesitaba desesperadamente después de todo lo que había pasado. No importaba el hecho de que fuera a ayudar a las autoridades a saquear su casa... su hogar.

¿Podía parecerse más ese día a una pesadilla?

—¡Tommy! —oyó que alguien gritaba mientras cruzaba el césped. Mia. Thomas lo vio en un rincón del porche de su casa, apoyado en la barandilla. Ripley y Frankie estaban a su lado, aferrándose a él, Ripley ya suficientemente alta para imitar la postura de Mia, Frankie cogido a las barras de hierro forjado con una resignación de preso. Ambos parecían aterrorizados.

Ignorando el grito enfadado de la agente Atta, corrió hacia ellos esforzándose por parecer más avergonzado que aturdido. El hecho de que ninguno de los dos dijera nada le puso el corazón en un puño.

—¿Qué habéis cenado? —preguntó con poca convicción.

—¿Estás detenido? —preguntó Frankie con los ojos abiertos de par en par. Su cara parecía imposiblemente redonda bajo las luces intermitentes. E indefensa, completamente indefensa.

—No lleva esposas —dijo Ripley con su tono de hermana regañona, tan falso como el de Thomas—. Te he dicho que no llevaría esposas.

Como para confirmar el hecho, Thomas levantó las manos a la altura de la cara. Hizo lo que pudo para bromear y sonreír.

—¿Emocionante, eh? —dijo mirando atrás de reojo. Logró resistirse a una mirada de disculpa a Mia.

—Tienen pistolas —dijo Frankie.

—¿No van a disparar a *Bart*, verdad? —espetó Ripley.

—Ellos son los buenos —explicó Thomas. Sintió cómo se agitaba su instinto paternal, cómo bullía con la necesidad de proteger, engañar, tranquilizar. Un padre debía ser un baluarte, algo que repelía los peligros del mundo, y sin embargo ahí estaba, dando pábulo a las débiles disculpas de sus hijos—. Como en las películas...

—¿Y dónde están los malos? —preguntó Ripley.

—Lejos —dijo Thomas—. Papá sólo está ayudando a encontrarlos.

La voz de la agente Atta rompió la quietud del anochecer.

—¡Profesor!

Frankie dio un respingo.

—Mirad —dijo Thomas acariciándoles las mejillas con los pulgares—. No tardaré mucho. Esperadme un momento y estaré aquí enseguida. ¿De acuerdo?

Ambos estaban observando a la mujer entre sombras que había tras él.

—¿Por qué te grita, papá? —preguntó Frankie con una voccecita. Sus ojos tenían el aspecto de haber visto el primero de muchos hechos temibles. Su casa había sido abierta por la fuerza. ¿Había algo en aquel mundo tan grande que no pudiera ser destrozado?

En lugar de responder, miró a Mia.

—¿Te importa? Al menos hasta que... —Señaló, impotente, la conmoción que los rodeaba. Miró de soslayo a la agente Atta, que esperaba impacientemente junto a los arbustos que flanqueaban su porche.

—Por supuesto —dijo Mia guiñando un ojo—. Venga, niños. Vamos a ver si vuestra casa sale en las noticias. ¡Quizá os hagáis famosos!

En el momento en que entró, Thomas se sintió abrumado por un sentimiento de invasión. Había desconocidos dondequiera que mirara, desconocidos escudriñando los rincones de su casa. Dos policías uniformados estaban en su cocina, apoyados en la encimera. Parecían hablar despreocupadamente. Sam, Gerard y Dean Heaney estaban reunidos, expectantes, en la sala de estar. Tras ellos, dos mujeres con chaquetas del equipo científico parecían estar estudiando su alfombra.

—¿Y bien, Gerard? —preguntó Atta.

El agente miró a Thomas con gesto agrio.

—Todavía registrando —dijo a su agente especial en jefe—, pero aparte de porno infantil en el ordenador —dedicó a Thomas un guiño de desprecio— no creo que encontremos nada.

Thomas esbozó su mejor sonrisa de «vete a la mierda». Raramente pasaba un mes sin la noticia de que una figura política defensora de la moralidad era detenida por pornografía infantil. La semana anterior Thomas había encontrado un folleto en el buzón de su departamento que acusaba al gobierno de «introducir porno en ordenadores por motivos políticos».

—¿Por qué vino aquí Cassidy? —preguntó Sam, frunciendo el entrecejo—. Tenía que saber que apareceríamos tarde o temprano.

—Quizá sólo estuviera sociable —respondió Atta, estudiando todos los rincones de la sala de estar, mirándolo todo como un decorador de interiores enfadado—. Quizá no... —Se volvió hacia Thomas—. ¿Dice que anoche se durmió alrededor de las dos y media o más tarde?

Thomas se encogió de hombros.

—Creo que sí...

—De modo que tuvo a su disposición la casa durante cinco horas.

—Podría haber hecho cualquier cosa —dijo Gerard. «A usted o a sus hijos», añadió su expresión.

Thomas sintió que iba a desmayarse. Aquélla no era su casa. Aquella gente no estaba persiguiendo a su mejor amigo.

—Quiero que se dé un paseo por la casa, profesor —dijo Atta—, que mire si falta algo, o si algo no está en su lugar. No sabemos a qué está jugando Cassidy, pero parece que usted es un jugador importante. Gerard, Logan, echadle una mano.

Aseguraos de que busca a conciencia.

—Tiene un buen basurero aquí —dijo Gerard al entrar en el estudio, la que fuera la habitación en la que hacía gimnasia Nora—. Aquí hay una copia de la orden judicial, por cierto. —Le apretó el documento contra el pecho.

Thomas se lo quedó mirando y trató de decidir si su hostilidad era real o la propia de la situación.

—No está firmada —dijo, mirando el documento.

—Nuestro conserje la firmará mañana.

Thomas miró a Sam, que se limitó a encogerse de hombros. «Tú te has metido solo en esto», decía su mirada.

Se dio cuenta de que estaba cogiendo el papel como si fuera el único objeto que lo podía sacar de aquello. Allí estaba, en su estudio, ayudando a unos desconocidos a poner su vida patas arriba. La habitación parecía más pequeña, el techo más sucio. En las esquinas colgaban telarañas como campanas. Una rara vergüenza lo inundó, no por los secretos expuestos, sino por el reconocimiento: su casa era solamente una entre millones, poco más que un cascarón disfrazado para dar la patética ilusión de individualidad.

«Sólo otro mono —habría dicho Neil— escondido en su madriguera».

—Aficionado al hockey, ¿eh? —dijo Gerard contemplando la vieja camiseta de los Bruins que había clavado con alfileres en la pared.

—¿Usted no?

—Demasiado canadiense.

—¿Qué pasa con los canadienses?

—Son norteamericanos que se creen mejores que los norteamericanos.

Thomas soltó una risotada.

—¿Y quién no? Los norteamericanos que se creen...

—He estado a punto de disparar a su perro —le interrumpió Gerard señalando a *Bart*, que estaba en el sofá cama. Thomas no estaba seguro de haber conocido jamás a alguien que rezumara tanto desprecio. Todo era simulado, por supuesto, la señal de alguien preocupado por las jerarquías de dominación. Una compensación freudiana clásica. Gerard comunicaba su poder con tanta frecuencia porque no estaba seguro de él.

—¿Por qué iba a disparar a mi perro? —preguntó.

—Demasiado simpático. Nunca me fío de nada demasiado simpático.

—¿Qué? ¿Se ha montado en su pierna o algo así?

Sólo Sam se rió.

—Es un perro grande, Gerard. Habrías tenido que llevar pañales durante semanas. Thomas se dio cuenta de que la miraba para darle las gracias, después contempló

con tristeza a su viejo y triste perro. *Bart* bostezó y después, como para demostrar que Sam tenía razón, se dio la vuelta y enseñó la barriga... y otras cosas.

—*Bart* —dijo Thomas.

—Joder —dijo Gerard con una mirada evaluadora—. Ese perro merece una página web.

—Ignóralo —dijo Sam, negando con la cabeza—. ¿Ves algo, profesor? ¿Algo fuera de lugar?

—www —dijo Gerard riéndose— perrodoto.com. —Le divertía su propio chiste.

—Ni siquiera sé qué estamos buscando —reconoció Thomas—. ¿Lo sabes tú?

—¿O qué tal —prosiguió Gerard— www.perroveinte.com? ¿Lo pillas, Logan? Veinte. Mira, ¡eso debe ser el equivalente perruno a veinte centímetros!

—¿Has estado fumando crack? —preguntó Sam, sin perder la sonrisa—. El equivalente perruno a veinte centímetros —le repitió a Thomas. Después, como si todos ellos estuvieran conectados a los mismos cables de tensión, se echaron a reír.

«Una locura», se sorprendió pensando. La vida cotidiana era una locura.

—¡*Bart*! —gritó Thomas—. ¡Estás distraendo al agente especial!

Como si finalmente su risa lo avergonzara, *Bart* gimio y saltó del sofá. Salió de la habitación trotando.

Thomas se secó las lágrimas de los ojos.

—Es bueno reír un poco —dijo Sam a su lado—. Especialmente después de un día como hoy.

—Menudo animal —dijo Gerard, meneando la cabeza.

—Venga —gritó Sam, siguiendo a *Bart* por la puerta—, al menos simulemos estar buscando algo.

Thomas se quedó un momento más echando un último vistazo. Un raro vértigo rondaba la habitación, como la reacción posterior tras haber estado a punto de cometer un error en la autopista. Tenía un recuerdo étlico de Neil desapareciendo por la puerta. No su amigo Neil, sino el Neil que rondaba tras el encuadre de la última película porno de Cynthia Powski. Neil la sombra. Neil el cuchillo.

«Así que tuvo la casa para él...».

Thomas encontró a los agentes Logan y Gerard en su despacho. Sam estaba estudiando un póster gigante de la Tierra vista desde un satélite que había en la pared más lejana. Sam sonrió al verlo, entre espirales y masas terrestres continentales a alta resolución.

—¿Aficionado al espacio? —preguntó.

Thomas sintió de repente vergüenza por lo juvenil que parecía aquello.

—Cuando era niño —explicó—, lo puse más para tapar un papel de pared muy hortera que por otra cosa.

—Pero es una foto bonita —dijo Sam, como si comprendiera el milagro de las cosas como ésa.

—No hay tetas —dijo Gerard con voz campanuda al tiempo que se inclinaba para mirar detrás de una estantería de libros.

A pesar de sus risas anteriores, algo en su actitud despreocupada aguzó el resentimiento de Thomas. Entonces se dio cuenta: cuando perdías un rastro, seguías un patrón de búsqueda que era poco más que un intento sistemático de arrancar un poco de suerte tonta a un mundo indiferente. Para la mente humana poca era la diferencia entre buscar algo desconocido y no buscar nada.

Así que se estaban limitando a cumplir un ritual. Como él.

Se acercó a la mesa de roble que Nora y él se habían pasado un verano restaurando. Todo parecía estar donde lo había dejado. Un montón de borradores para el curso. Notas adhesivas con recordatorios sin significado. Encendió la luz del escritorio, una lámpara de cristal verde que Neil le había regalado en Navidad hacía muchos años, en la universidad. Lo que vio le vació los pulmones de aire.

—Sam... —dijo desconcertado.

—El equivalente perruno a veinte centímetros... —estaba diciendo con un tono de «ahí le has dado».

—Sam —repitió—. Ven.

Señaló la lámpara.

—¿Qué pasa?

—Eso no estaba ahí antes.

—¡Shelley! —gritó Sam—. ¡Aquí hay algo que deberías ver!

En rotulador azul, pero invisible en el cristal verde cuando la luz estaba apagada, alguien había escrito:

www.apocalipsissemántico.com

Alguien no. Neil.

No había ninguna duda, pensó Thomas, horrorizado.

Él era parte del juego.

Se quedó de pie, rígido, mientras Sam se sentaba en su escritorio y encendía su ordenador.

«Ya tienes a Nora —era lo único que podía pensar—. Déjame en paz». Al cabo de un momento, su despacho estaba lleno de gente y Thomas explicaba mecánicamente cómo había encontrado la dirección de la página web. Atta hizo que Gerard echara de la habitación a todos los recién llegados, excepto a Dean Heaney y después llamó a

alguien llamado Lamar.

—Y dile que no diga ni pío —espetó Atta. Gerard asintió con el ceño fruncido de concentración.

—¡Lo tengo! —gritó Sam.

Todos se apiñaron ante la pantalla plana. Gerard susurraba algo en su móvil detrás de ellos.

En el centro de la pantalla se abrió una pequeña ventana negra. No, no completamente negra. Formas grises, en movimiento. Piernas abriéndose y cerrando en...

—Video de baja resolución —dijo Sam.

—¿A tiempo real? —preguntó la agente Atta.

—Imposible saberlo.

Vieron unos pies enfundados en botas pateando algo.

—¿Es eso una mano? —preguntó Dean Heaney—. ¿Alguien muerto?

Un brillante estallido, como si una lámpara de pie se hubiera caído. El vislumbre de un cuerpo postrado. ¿Sangre reluciente? Después...

—Joder —murmuró Sam.

Terminó. Fuera lo que fuese lo que Neil había colgado, había terminado.

La agente especial al mando Shelley Atta se volvió hacia Thomas con los ojos hoscos. «Es culpa tuya», decía su cara.

—Esperad un segundo —dijo Sam—. Empieza de nuevo. Probablemente ha estado reproduciéndose todo el día.

Tenía razón. La ventana todavía estaba negra, pero algo había cambiado en la apariencia de la oscuridad. Una pálida mancha cerca del centro parecía estar ganando resolución.

Una cara, como la de un ahogado alzándose entre las aguas negras. Después, de repente, la imagen era brillante: se había producido algún corte. Era un clip de un programa de entrevistas, algo como el programa del viejo Charlie Rose, en el que aparecía un atractivo latino de mediana edad con traje, sentado bajo la iluminación de un estudio. Parecía estar escuchando.

—¿Es quien creo que es? —preguntó Sam.

—Zarba —susurró la agente Atta. Al principio Thomas creyó que ése era el nombre del tipo, pero después recordó que *zarba* significaba «mierda» en árabe.

—¿Quién es? —preguntó Gerard.

Sam puso los ojos en blanco.

—Es Peter Halasz. El congresista que desapareció hace dos días.

Thomas se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Es él, sin duda —dijo. Nora y él lo habían votado en una ocasión, cuando se presentó al ayuntamiento, en la época en que todavía vivían en Brooklyn. Se oyó

diciendo—: ¿Qué coño tramas ahora, Neil?

—Nada bueno —dijo Atta sombríamente. Alzó una mano y se puso a chasquear los dedos—. ¿Alguien? Dean...

—Ya estoy en ello —dijo él, alzando su móvil—. Siento molestarte, Jeff, pero no vas a creer lo que estoy...

—Mirad —dijo Sam—. Está diciendo algo.

—¡Sonido! —exclamó la agente Atta—. ¿Esta cosa no tiene sonido?

Thomas se agachó y apartó con poca delicadeza las piernas desnudas de Sam. Conectó el ordenador a un viejo altavoz que tenía debajo del escritorio. Subió el volumen.

—... Por lo que respecta a las implicaciones de la llamada Revolución *Wetware* —retronó la voz de Halasz en los altavoces—, creo que es una tormenta en un vaso de agua.

Thomas bajó un poco el volumen. Sam se lo agradeció con una rápida sonrisa nerviosa mientras él se ponía en pie.

—Dios ha dado a cada hombre un alma libre —estaba diciendo Halasz—, y es esa alma libre lo que hace a cada hombre... Disculpa, Felice, quería decir persona... Es esa alma libre lo que hace a cada persona responsable, responsable de su buena o mala suerte, y lo que es más importante, responsable de sus crímenes.

—Sin duda... —empezó a decir la voz femenina, pero estaba cortada. La escena quedó inmóvil. Pasó un instante y la ventana quedó en negro.

—Vi esa entrevista —dijo Heaney sosteniendo su móvil—. Es de esta primavera, creo, cuando Halasz estaba haciendo campaña contra los acuerdos judiciales de carácter neurológico.

—Lo grabó —dijo Thomas, pensando en Cynthia Powski—. Es una parte... Una parte de su Discusión.

¿Por qué la palabra «su» sonaba tan mal?

De repente la ventana se iluminó y vieron de nuevo a Halasz, esta vez agachado en el suelo en lo que parecía una jaula, con la cabeza envuelta en vendas. Sostenía en brazos a una niña pequeña con el pelo rubio enmarañado. Parecía llevar una versión maltrecha del mismo traje que lucía en la entrevista. La niña llevaba una falda plisada y calcetines blancos, un uniforme escolar. No era mucho más pequeña que Ripley. Ambos miraban la cámara con un terror abyecto.

—¿Está viendo esto Lamar? —le ladró Atta a Gerard.

—Fuerte y claro —dijo Gerard con su móvil pegado a la oreja—. Está analizando los datos biométricos de la niña.

—¡Esto es una afrenta! —gritó Halasz a la cámara—. ¡Una afrenta!

La niña empezó a hacer gorgoritos, un sonido que hizo que Thomas se estremeciera, horrorizado. Era como ver una pesadilla psicótica a través de un tubo.

De repente Thomas quiso correr, estar en cualquier parte menos allí.

—Roberta Sawyer —dijo Gerard, repitiendo una voz inaudible—. Conocida como Bobbie. Declarada ausente la semana pasada en Virginia Occidental.

—Nuestro chico viaja —susurró Atta.

—Shhh —le estaba diciendo Halasz a la niña—. Shhh... —Apretó su mejilla contra su cabello apelmazado. Lágrimas a baja resolución surgieron de sus ojos cuando los cerró. Después se abrieron de repente y parecieron escudriñar la negrura que había detrás de la cámara—. Shhh —susurró.

Después le mordió la mejilla como si fuera una manzana.

El grito de la niña fue inhumano.

—¡Hay límites! —gimoteó Halasz—. ¡Límites!

La niña se dejó caer en sus brazos como un pez. La gente luchaba, pensó Thomas confusamente, con la misma desesperación y crueldad de un animal salvaje.

—NO, CONGRESISTA —dijo la Voz del Océano—. SOLO CIRCUITOS Y RESPUESTAS EN EL COMPORTAMIENTO. ¿QUÉ IMPORTA SI LOS ESTÍMULOS PROCEDEN DE MÍ O DEL MUNDO?

Halasz negó con la cabeza, como un perro desgarrando los tendones de un hueso.

—¡Los circuitos de Dios! —gritó escupiendo sangre como si fuera saliva—. ¡Tu perversión! —gimoteó y volvió a inclinarse sobre la niña que no dejaba de retorcerse—. ¡Éste no soy yo! ¡A mí me hizo Dios!

—PERO LO SIENTES. ELIGES.

Empapado en sangre caliente, Halasz dejó a la niña ante él, en el suelo de cemento, llorando.

—¡Por favooooor! —dijo entre dientes, y empezó a desnudarse—. ¡Por favooooor!

—DESEAS ESTO. LO QUIERES.

Thomas se dio la vuelta y salió de la habitación. Podía oír a Halasz susurrando: «Pero... pero...». Fue al baño y se arrodilló delante de la taza. Se quedó mirando la capa de polvo que cubría la rejilla de ventilación de bronce falso y se preguntó por los gérmenes. «¡No! Sólo un poco más, por favor...», se oyó, flotando por el pasillo, seguido de ruidos demasiado humanos... demasiado humanos para ser animales.

No vomitó.

—Taaaan bien...

No podía pensar. No podía sentir.

—Taaaan...

Cuando regresó a su despacho, todo eran mudas y pálidas caras. El ordenador estaba apagado.

Sam empezó a llorar en silencio.

—Esta mierda es falsa —estaba diciendo Gerard.

Los cuatro, Thomas, Sam, Gerard y Dean Heaney daban vueltas por la sala de estar. La agente Atta estaba en la cocina, hablando por su móvil después de haber expulsado a los policías locales y los de la científica.

—¿Lo hipnotizó? —preguntó Gerard.

Thomas se pasó la mano lentamente por la cabeza.

—No, la hipnosis no funciona así. La idea de un hipnotizador omnipotente y un hipnotizado totalmente sometido es un mito.

Un fruncimiento recorrió la cara mofletuda y atractiva del agente.

—Pero en la universidad vi un espectáculo...

—Mitad cierto, mitad falso —lo interrumpió Thomas exhalando ruidosamente—. Los investigadores han descubierto que muchos participantes siguen las instrucciones del hipnotizador sólo para complacer al público, no al hipnotizador.

Gerard negó con la cabeza. Tenía los ojos enfebrecidos y escépticos.

—Sé lo que vi.

—Pero eres idiota —dijo Sam—. ¿No has visto las vendas?

El hombretón puso cara de desprecio.

—Me refería a la universidad.

—¿Cree que es otra cosa cerebral?, profesor —preguntó Dean Heaney.

Thomas se frotó la nuca. Cada vez que parpadeaba veía... demasiado.

—Tiene que serlo —dijo al cabo de un momento—. Una intervención quirúrgica, probablemente en el cingulate gyrus anterior y el córtex dorsolateral prefrontal... Pero tendría que preguntárselo a un neurólogo.

—¿El anterior qué? —preguntó Gerard.

—Las partes del cerebro donde se albergan las funciones ejecutivas.

—Ya.

—Para que lo sepas —dijo Sam—, se refiere a la voluntad, las partes del cerebro que tienen que ver con la voluntad.

Había veneno en el aire —Thomas lo percibía— y sólo tenían a los demás como objetivos.

—Me alegro de que me lo hayas aclarado, Logan, creía que hablaba del presidente.

—Lo siento, Ger —dijo Sam, fingiendo arrepentimiento—. No quería parecer condescendiente, ya sabes, infravalorarte...

Todavía al teléfono, la agente Atta salió de la cocina.

—Lo tengo, lo tengo, lo tengo —dijo con tono irritado—. Vale. Adiós. —Cerró su móvil y los miró uno por uno—. Bueno, he hablado con algunos de los peces gordos de Washington. —Dedicó a Thomas una mirada dura—. Sólo para que lo sepa, profesor: de ahora en adelante no va a hablar de nada de lo que ha sucedido aquí, ¿de acuerdo?

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué?

—Seguridad Nacional.

Thomas parpadeó. Era divertido cómo algunas palabras podían llegar a cargarse de significado. El padre de Thomas soltaba un taco cada vez que oía esa expresión en la tele. Durante la Guerra Fría, explicaba, cuando nada menos que el destino de la humanidad estaba en juego, no habían exigido ni una parte de las medidas supuestamente necesarias para la Guerra contra el Terror. «Siempre hay locos —vociferaba—. ¡Es como declararle la guerra a hacerse pajas!».

—Oh —dijo Thomas—. Lo entiendo.

—No estoy muy segura.

—Oh, sí, agente Atta. Neil me dijo que estaba en la NSA.

—Entonces lo entiende. Estamos tratando con un asunto altamente clasificado.

—Importantes armas en esta inacabable Guerra contra el Terror, supongo.

Atta frunció el entrecejo.

—Más o menos.

Tenía el aspecto acorralado de alguien obligado a agarrarse a una explicación precaria, a ser honesta con palabras que ya nadie se tomaba en serio. Era necesario un cierto fanatismo terco para actuar en contra de lo evidente, una determinación para dar forma a la verdad.

—Y una mierda —dijo Thomas—. El terrorismo es teatro, y si el gobierno estuviera realmente interesado en ayudar a los ciudadanos en lugar de manipularlos, echaría abajo el escenario, le recordaría a la gente que estadísticamente tener un arma es un peligro mayor que el terrorismo. De lo que aquí estamos hablando es de meteduras de pata políticas. De proyectos canallas e ilegales. De una falta de vigilancia judici...

—Eso no es lo que mi...

—¡Los que os manejan os dicen lo que queréis oír! ¡Nada más y nada menos!

La agente Atta se acercó a él y le puso un dedo índice en el pecho.

—¿Quiere que juguemos a quién jode más al otro? ¿Eh? ¿Quiere saber hasta qué punto puedo complicarle la vida?

Thomas bajó la mirada hacia ella con aprensión. De repente, la broma de Gerard sobre la pornografía infantil parecía más premeditada que otra cosa. De mal agüero.

—Ahí fuera hay un loco —dijo él, encontrando coraje en la tranquilidad de su voz— que secuestra y mata a inocentes...

—Debe estar hablando del Quiropráctico —dijo Atta—, porque el mundo no sabe de la existencia de Neil Cassidy.

—Esto es un disparate. Totalmente...

—Siga —dijo Atta golpeándole el pecho con el dedo—. Póngame a prueba.

—Es suficiente, Shelley —oyó Thomas que decía Sam.

—Tú —le espetó Atta a su subordinada— cierra esa boquita de Barbie.

Thomas se volvió y se encaminó hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Atta con dureza.

—A casa del vecino, a por mis hijos. —Se detuvo y dedicó a Sam una mirada de disculpa—. Para que lo sepa, agente, espero que cuando regrese hayan vuelto a dejarlo todo en su lugar.

La puerta dio un golpe tras él.

Thomas vio los faros desde la ventana de la cocina.

Los niños estaban durmiendo en su dormitorio, probablemente ni recordaran que los había llevado allí desde la casa de Mia. También él debería haber estado durmiendo, pero por alguna razón estaba sentado en la mesa de la cocina, mirando las frías baldosas del suelo, escuchando el zumbido de la nevera.

Estaba caminando hacia la puerta cuando oyó un leve golpe. Por un momento se le aceleró el pulso. Se dio cuenta de que podía ser Neil, pero ese día había sido demasiado largo y demasiado traumático para él como para que pudiera sentir alguna clase de alarma.

Medio dormido, abrió la puerta y vio a Sam en el porche, a oscuras. Estaba demacrada y tenía la cara enmarcada por el pelo de un día en el que han sucedido demasiadas cosas.

—Qué día tan loco —dijo, sonriendo nerviosamente.

Thomas asintió.

—Sí.

—¿Puedo pasar? ¿Estás ocupado?

—Mira, siento mucho haber ment...

—La gente hace locuras —dijo despreocupadamente—. Eso es lo que hace que un día loco sea un día loco.

Thomas sonrió y se apartó para que pudiera pasar.

—Además —prosiguió mientras Thomas cerraba la puerta—, quería disculparme por Shelley.

Thomas se volvió y la contempló durante un momento. Parecía cansada, a la manera de los maníacos, como alguien que se aventura en territorio desconocido. Estaba preciosa.

—A éste le tienes ganas, ¿eh?

Ella sonrió y le miró interrogativamente.

—¿A este qué?

—A este caso. Quieres desentrañarlo.

Un fruncimiento juguetón del entrecejo.

—¿Se nota, eh?

—¿Quieres un café? —preguntó Thomas.

—Gracias. Descafeinado, si tienes. Tengo los nervios de punta.

Él sonrió y asintió.

—Un día loco.

Sam inclinó la cabeza.

—Loco, loco...

—Una mierda, ¿no? —dijo mientras se encaminaba a la cocina. Le encantaba poder soltar tacos libremente en su presencia. Cogió la jarra de cristal de la cafetera pero se detuvo cuando se dio cuenta de que ella no respondía. Se volvió. Estaba apoyada contra el marco de la puerta, observándolo, con la punta del zapato izquierdo apoyada tras el tacón del derecho.

—Mira —dijo—. Esto... esto no está bien.

Thomas asintió. De repente se sintió pálido y desnudo a la luz de la cocina.

—Ya.

—Por qué estoy aquí... En realidad, quiero decir... —Sonrió, después se rió nerviosamente—. Tengo que decírtelo.

—¿Por qué estás aquí?

—Mañana tengo que interrogar a ese tipo, el doctor Mackenzie. Trabajó con Neil.

Neil. Se volviera a donde se volviera, Neil era el nuevo centro de gravedad de su vida. De repente se sintió un idiota. Por un momento había pensado que Sam había regresado... bueno, por él.

—¿Y? —Hizo una mueca ante la impaciencia de su tono.

—Bueno... —Tragó saliva—. Me han informado de que ese tipo no puede mencionar el trabajo de Neil bajo ningún concepto, todo es clasificado, así que lo máximo que puede darnos son sus impresiones personales.

—¿Y?

—Me vendría muy bien tu ayuda.

—¿Qué hay de Shelley o Gerard?

—Como ya te he dicho, estamos al límite de tensión.

Thomas frunció el entrecejo.

—¿Por qué? ¿Qué puedo hacer?

La cara de Sam se tornó inexpresiva. Thomas sabía que el FBI recibía formación intensa en comunicación táctica, o «judo verbal», como lo llamaban en los medios de comunicación. Los cursos utilizaban siempre palabras como «gestionar», «redirigir» y «alcanzar», pero en realidad todo se resumía en «manipulación». Un aspecto de impersonal profesionalidad era por lo general la mejor táctica para que los defensores de la ley obtuvieran lo que necesitaban, fuera de inocentes o de sospechosos. La mejor forma de ganar un concurso de a ver quien mea más lejos era no sacar la polla.

—La interpretación requiere contexto, profesor. Nadie conoce a Neil mejor que

tú.

Thomas la escudriñó durante un momento de confusión.

—¿Has sido siempre tan ambiciosa, agente Logan?

—Venga ya... no es tan sencillo. Lo sabes.

No, no lo era. Había vidas en juego. Gente real, gente de carne y hueso.

—Supongo que no.

—Entonces, ¿vendrás?

Le parecía mal. Lo sabía en lo más hondo de sí. Le parecía muy mal.

Pero ella lo necesitaba.

—Llámame por la mañana, agente.

Ella estaba tan bien...

Tuvo que buscar un poco, pero al final encontró un colchón de aire en el sótano. Se sentó en el sofá con la mirada fija en la tele, mientras lo hinchaba. Varios bustos parlantes daban noticias con el volumen bajo. Al parecer, habían encontrado una vértebra ensangrentada en un buzón de Long Island, en algún lugar lejos de la red de cámaras de vigilancia.

Después de haber hinchado el colchón de aire, fue al piso de arriba y cogió de un tirón las sábanas y el edredón de la cama. Con ellos y el colchón de aire agitándose hacia delante y hacia atrás, fue a la habitación de los niños. Frankie y Ripley estaban dormidos profundamente. Se detuvo junto a la puerta para saborear la magia de los niños acurrucados bajo las mantas: calientes, limpios y seguros. Después colocó el colchón de aire entre sus camas y preparó su cama improvisada. Se colocó cerca de la luz nocturna de color rosa como si pensara leer. Se quedó mirando un lápiz roto y la sombra que proyectaba sobre la alfombra. Trató de intuir su color.

La pequeña burbuja que tenía en el estómago repentinamente se volvió inmensa, llena de miedo y remordimiento, y autocompasión. Se abrazó los hombros, apretó los dientes. Se sentía como un macaco acurrucándose desolado en la esquina de una gran jaula, contemplando al resto del grupo con los ojos abiertos de par en par e incapaces de comprender.

«Neil y Nora...».

Pero sus hijos. Tenía a sus hijos. Eran su tótem, su ensalmo. Algo que era suyo y no lo era —eran de sí mismos—, que era lo que hacía que tenerlos fuera tan importante. Algo por lo que morir en una vida, en un mundo, donde los sacrificios se habían evaporado para convertirse en cháchara de anuncio.

Arriba, Frankie movió las piernas y se volvió, dormido. La cola de *Bart* golpeó el colchón cuatro veces. Thomas sonrió pensando en sus caras exultantes cuando lo encontraran por la mañana. Allí. Entre ellos.

«¡Papi!».

Mientras los tuviera, nunca estaría solo.

Dos desconocidos en el sendero de entrada de una casa. Sólo uno simula ser humano.

—Mi madre... —dices.

—¿Qué pasa con ella?

—Siempre me dice que no haga cosas como ésta.

La gente como tú no cree en la gente como yo. Al menos a este lado del cristal.

—Entonces me quedaré aquí. De verdad, no es problema.

—¿Y qué, sangrar en la acera? Venga ya, no seas tonto.

Sonrío, no te digo que la sangre no es mía.

En lugar de eso digo:

—Me siento muy estúpido.

Cuando te vuelves para mostrarme el camino, mis ojos ya prevén lo que viene. Incluso me sostienes la puerta abierta, como una arpía entusiasta e inteligente.

—Deberías saber —digo en un tono amigable y despreocupado— que sólo me folio la carne.

Y ahora te miro.

¿Cómo lo describo?

Te odio, sí, y al mismo tiempo me da lo mismo. Pienso en Dahmer^[3] abriendo su nevera, ordenando el bicarbonato de soda. Ahora ya no es un misterio para mí cómo se sentía, qué pensaba, catalogando sus trofeos en forma de batido. Sé que veía el horror, como yo. Te veía, al igual que yo, y una parte de él retrocedía, se acurrucaba con las rodillas contra el pecho de arrepentimiento. Parte de él gritaba, qué-he-hecho-qué-he-hecho...

Pero ya ves, le daba igual.

Tú lo eras todo. Retorciéndote, gritando, el corte humano del animal, el animal azotado hasta ser un muñeco. Tú eras todo lo que importaba. La saliva del gusto, el hormigueo del tacto, la chispa de la vista, curvada, caliente, contra su estómago. La única cosa verdadera.

Y le daba igual.

18 de agosto, 8:39

Debe de ser raro conocer a la gente como la conoces tú. Estaban saliendo por el sendero de la casa de Thomas y eran las primeras palabras de Sam. Había llegado en mitad del pandemónium de la mañana. Frankie estaba de mal humor, antojadizo, desagradable, y sus incesantes «¡No!» adquirían dimensiones shakesperianas. Uno podía pensar que le estaba gritando al mismo Dios. Thomas casi lo arrastró entre lágrimas hasta casa de Mia mientras Sam lo observaba, apoyada en su Mustang. «Sólo será un segundo», gritó Thomas mirándola con una expresión de disculpa exasperada. Ripley, por supuesto, estaba con su mejor humor angelical. Ella no era Frankie y quería asegurarse de que Sam se diera cuenta saludándola con un: «¡Oh, hola!» mientras su hermano gimoteaba. Mia sacó la cabeza por la puerta mosquitera, impávido ante el berrinche de Frankie. No disimuló su interés por Sam mientras los niños pasaban junto a él.

—Frankie tiene una mala mañana —dijo Thomas, aunque Mia todavía no lo había mirado—. Mala, mala. Creo que tendré que cortarte el césped o algo así.

—Soy yo el que tiene ganas de cortarte el césped —dijo Mia escudriñando a Sam como lo haría un camionero cachondo. Sonrió y saludó con la mano.

—Oh, creo que es de la acera de enfrente, ¿no crees?

Mia se rió.

—Todavía me emborracho de vez en cuando. Venga, ve a que te investiguen.

Thomas negó con la cabeza, sonriendo.

—Es toda una tía, ¿eh?

Frankie le estaba gritando a Ripley en algún lugar de la casa.

—No, no. Es una loba.

—Entonces, qué bien que yo sea un pollito, ¿no?

Mia lo ignoró y llamó a Sam.

—¡Será mejor que cojas la I-87!

Thomas se giró a tiempo para ver a Sam sonriendo y asintiendo dubitativamente en señal de agradecimiento.

Ahora, sentado en el asiento del copiloto, reflexionó sobre su pregunta tratando de ignorar lo atractiva que era Sam. La luz del sol corría sobre ella, despojada de su brillo por el parabrisas. Arrugadas a la altura de la cintura y la cadera, su falda y su chaqueta color carbón parecían cálidas al tacto. Ella parecía fresca y rejuvenecida, y su olor de tela tendida al sol le provocó a Thomas una cierta sensación de novedad.

—No estoy seguro de «conocer a la gente» —dijo, mirando por su ventanilla una casita de ladrillos. Una madre con un peto hacía gestos bruscos. Estaba regañando a

una niña que lloraba y sostenía una flor con el tallo roto—. Ya no.

Y así, de repente, se sintió deprimido.

Había arrepentimiento en la sonrisa de Sam. Todos los caminos verbales llevaban a Neil. Tenía que saberlo.

—Bueno —dijo ella sin mucha convicción—, una cosa es conocer y otra «conocer».

Lo bueno de ser un psicólogo cognitivo era que podías eludir las preguntas que la gente normalmente te hacía en situaciones difíciles, especialmente todas las versiones de: «¿Cómo pude ser tan estúpido?». Thomas sabía exactamente cómo: era humano, y los humanos se manejaban especialmente mal cuando lo que estaba en juego eran las creencias relacionadas con la estima. La tendencia a creer afirmaciones halagadoras —que uno sabía todo lo que se podía saber, que uno era por lo general más inteligente que los demás, más moral, más talentoso, etcétera— era universal.

Thomas nunca había sospechado de Neil porque siempre había creído que iba un paso por delante de él. Todo el mundo creía que iba un paso por delante de los demás, y tendía a ponerse nervioso cuando las cosas parecían indicar lo contrario. Por mucho que quisiera a Neil, Thomas siempre había sentido por él ¡pena! Neil parecía desventurado con esa confianza en sí mismo fuera de lugar, su escasa concentración en su carrera, su incapacidad para crecer. Como todos los demás, Thomas se había convertido en una vara de medir andante y parlante de lo que era bueno y verdadero, y Neil, el pobre Neil, no daba la talla.

Qué puta broma.

Peekskill pasó al otro lado de sus ventanillas, un panorama tubular de alquitrán y hormigón, carteles publicitarios como matamoscas contra el cielo. Un salvaje impulso de gritar asaltó a Thomas. Aquello era una locura, arrojar a un torbellino como aquél. No podía parpadear sin ver a Cynthia Powski, o incluso peor, a Peter Halasz y Bobbie Sawyer. ¿Qué podías hacer cuando el mundo se salía de quicio? ¿Qué hacía cualquier persona juiciosa? Te batías en retirada, te escondías allí donde estuvieras seguro —en casa—, con las escasas almas en las que sabías que podías confiar y que confiaban en ti.

¿Qué estaba él haciendo allí? ¿Persiguiendo unas faldas? ¿Era tan ridículo como eso?

¿Tan estúpido como eso?

—¿Hoooola? —estaba diciendo Sam—. ¿Profesor?

Thomas carraspeó y se pasó una mano por la cara. Estudió el perfil de Sam durante lo que pareció un largo e inmóvil latido de su corazón. Sus grandes ojos azules contemplaban la carretera, inexpresivos por la concentración. A la luz del sol, sus mechones de pelo brillaban como filamentos de fibra óptica sobre su nariz ligeramente chata.

Thomas respiró. Sam olía a cerezas.

—Lo siento, agente.

«Tendría que haberme quedado con los niños».

—Me temo que voy a tener que hacerte más preguntas —dijo Sam contemplando el soleado paisaje que tenían ante sí. La radio vía satélite estaba a bajo volumen. Una voz de programa de entretenimiento revoleteaba por encima del ruido del tráfico, alguien hablaba de la caída de la economía china.

—... los sistemas autorregulados exigen transparencia y flexibilidad.

—Es decir, democracia.

—Bueno... quizá antes de que las tecnologías de la informa...

Thomas contempló ociosamente la gasolinera Exxon-Mobil junto a la que pasaron, brillante y lustrosa como el juguete de un niño bajo una oscura multitud de coníferas. En lugar de responder, se puso a pensar en combustibles fósiles, dinosaurios, en arqueólogos vagando por el polvo del desierto de Gobi.

—¿Quieres unos Fritos? —preguntó Sam. Había sacado una pequeña y crujiente bolsa de su inmenso bolso y la sostenía como si Thomas fuera un niño de diez años enfurruñado.

Los Fritos de toda la vida.

—No, gracias —dijo Thomas.

—¿Estás seguro?

Thomas negó con la cabeza y soltó una risotada.

—¿Qué quieres saber, agente?

Sam dejó la bolsa a un lado y se encogió de hombros.

—Cosas de Neil, de Neil y más cosas de Neil, me temo. Lo que los loqueros llamáis «obsesión», los federales lo llamamos «pagar el alquiler». —Se interrumpió, como si se diera cuenta de que su tono de guasa no hacía más que empeorar las cosas—. Quiero conocer el mundo en el que vive —prosiguió más en serio—, quiero meterme en su cabeza.

—No será fácil —dijo Thomas. Después de un momento de duda, añadió—: Entiendes la Discusión, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Sam pensativamente—. Pero no entiendo cómo alguien podría... podría...

—Crear en ella.

Sam asintió.

—Según lo que me contaste ayer, Neil se ve a sí mismo como una especie de misionero resuelto a divulgar la Mala Nueva. Por eso estaba tan entusiasmada. Aunque los motivos sean muy importantes para los psicólogos, lo son todo para los investigadores. Sin un motivo, nada tiene sentido.

—¿Y?

—Anoche estaba pensando... Neil no puede ser un misionero, ¿no? Eso significaría que está en posesión de la verdad. ¿Y acaso vuestra Discusión no versa sobre el hecho de que la verdad no existe?

Thomas la contempló un momento, divertido, debatiéndose sobre la futilidad de lo que iba a decir. La gente estaba programada no sólo para ser subjetiva y cerrada, sino para pensar que era la gente más objetiva y abierta del mundo. Los humanos estaban diseñados para ser programados de manera fácil e irrevocable. Saberlo no servía de mucho. No importaba cuántos datos les mostraran, seguían criticando al otro tipo, la otra afirmación, el otro libro, lo que fuera, con la regularidad que cabría esperar de una máquina.

Quería pensar que Sam era distinta, tanto como quería pensar que él mismo era distinto.

—Como te he dicho, meterse en la cabeza de Neil no será fácil.

—Nunca lo es.

Thomas hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas. La voz en sordina de la radio dijo:

—... y eso alimentó la crisis de reservas extranjeras.

—¿Recuerdas lo que te dije en el bar —empezó a decir, con tono reflexivo— sobre el cerebro y la evolución?

—¿Que debemos esperar que la conciencia sea un caos engañoso? ¿A causa de su juventud, verdad?

—Exactamente. La evolución es un proceso caótico y oportunista que requiere una eternidad para resolver sus fallos. Como adaptación relativamente reciente, cabría esperar que la experiencia consciente, o lo que sea que compartamos tú y yo en este momento, fuera algo relativamente burdo y de baja resolución. Y nos guste o no, eso es exactamente lo que está descubriendo la ciencia cognitiva.

Thomas se detuvo, revolviendo mentalmente el saco de trampas que utilizaba para hacer entender esto a sus estudiantes.

—Por ejemplo, dime qué parte de tu campo visual es en color.

Sam frunció el entrecejo y se encogió de hombros.

—Todo. ¿Por qué?

Thomas sacó unos de los bolígrafos que llevaba en el bolsillo de la americana.

—No mires —dijo—, sigue con la vista fija en la carretera y dime de qué color es mi boli. —Lo sostuvo en el límite de su campo visual, era un Bic hecho en la India.

Sam sonrió mirando concentradamente por el rabillo del ojo.

—Es difícil —dijo—, pero estoy casi segura de que es azul... Sí, es azul. Tiene que ser azul.

Thomas se lo dio. Era rojo brillante.

—En realidad, vivimos en un mundo básicamente en blanco y negro, con un estrecho anillo de color a nuestro alrededor. Nuestro cerebro llena el resto. —Se pasó varios minutos explicando cómo el descubrimiento de cosas como la ceguera por falta de atención, la ceguera al cambio, el enmascaramiento, la asincronía perceptual, las lagunas en los procesos, etcétera, habían echado por tierra milenios de especulaciones en apenas dos décadas—. Podrías dedicar una vida entera a catalogar todas las formas en que la conciencia se muestra estrecha de miras o directamente engañosa —dijo—. La diferencia entre la información ambiente que creemos asimilar y la información real a la que accedemos es asombrosa. Es una pena que la mayoría de los científicos cognitivos se refieran a la experiencia que estás teniendo ahora como Gran Ilusión, aunque suelen hablar de «sensorium».

Justo entonces un tráiler entró en la carretera a poca distancia por delante de ellos y Sam se vio obligada a dar un frenazo. El polvo cubrió el coche.

—Si es tan malo como lo pintas —dijo, obviamente irritada—, ¿por qué no lo parece?

—¿Cómo iba a ser de otro modo? Es el único marco de referencia que tienes.

Supo por su expresión que no estaba mirando la inmensa parte trasera del tráiler, sino mirando cómo la miraba. Thomas recordaba su reacción a estos hechos en la clase de psicología de primero. Siempre había sido un chico reflexivo, pero por primera vez se sorprendió observando su experiencia en lugar de las cosas que había en ella. Recordaba haber puesto a prueba su campo visual y tratado de comprender cómo se «agotaba» sin tener extremos visibles. De repente, todo parecía al mismo tiempo ficticio e imposible, como pintura manchando algo monstruoso. Y rápido, atterradoramente rápido. Los psicólogos llamaban a esos episodios «desrealización». La ironía es que utilizaron ese término para describir un trastorno cuando era todo lo preciso que cualquier experiencia consciente puede ser.

Aquello le había puesto los pelos de punta, tanto que juró no fumar porros durante tres meses.

—La consciencia es el usuario final —dijo Thomas—, y bastante malo. De toda la información que nuestros cerebros devoran cada segundo, sólo un pequeño pedazo llega a nuestra experiencia consciente, menos de una millonésima parte, según algunas estimaciones.

Sam, con la mirada todavía inexpresiva, negó con la cabeza.

—Pero no se siente así. Aquí estoy yo, en el mundo real, viendo todo lo que necesito ver, conduciendo para reunirme con Mackenzie, escuchando tus locuras...

—¿Alguna vez has oído hablar de la visión de los ciegos?

Le dedicó una rápida sonrisa que quería decir: «Sí-soy-idiota».

—Lo vi en una película de kung fu, creo. Gente ciega que puede ver, ¿verdad?

—Es un fenómeno real, sufrido por gente con daños en el córtex visual primario.

Algunos pueden moverse por habitaciones a pesar de la completa ausencia de experiencia visual, o agacharse si les tiran cojines. Hay incluso casos de gente que puede hacer dibujos que no puede ver.

Thomas se refería a esos ejemplos con tanta frecuencia que habían llegado a parecerle lugares comunes. Pero de vez en cuando —como entonces— algo profundo en su interior se plantaba. ¿Cómo era posible dibujar algo que no puedes ver, o escribir algo que no puedes leer? La disciplina estaba llena de ejemplos como éstos: patologías singulares que contradecían nuestras asunciones más profundas sobre el yo y la experiencia.

—¿Estás diciendo que sus cerebros pueden ver aunque ellos no puedan? —Una nota lastimera se había introducido en su voz—. Del mismo modo en que el cerebro de Gyges reconocía la cara de Neil aunque Gyges no podía.

—Exactamente.

—Eso es demasiado raro.

—Hay también otras formas. Gente que da golpecitos con los pies aunque la música le resulta ininteligible. Gente que hace muecas de agonía aunque no siente dolor.

Thomas miró por la ventanilla y vio que unos niños desaparecían tras el muro de los árboles que convertían la carretera en una especie de cañón. Estiró el cuello para mirar entre los troncos, pero la pista —o lo que quiera que siguieran— se desvaneció demasiado rápidamente.

—En el cerebro no hay un lugar en el que esté la conciencia —prosiguió—, pero la información a la que puede acceder está muy localizada. A los norteamericanos nos resulta especialmente difícil asimilarlo porque nos han adoctrinado falazmente con que somos capaces de todo, pero si realmente prestas atención a las decisiones que tomas, incluso cosas como levantar el culo del sofá, ves claramente que la experiencia consciente es posterior al hecho. Quieres levantarte del sofá, de repente ya no estás en el sofá y te haces responsable de ello después del hecho. Así que buena parte de lo que hacemos, o en realidad todo, solamente aparece en la experiencia consciente, donde nos hacemos responsables de ello.

—No puede ser tan horrible —dijo Sam—. No puede ser. Quiero decir: pienso, luego existo, ¿no? Me siento estúpida diciéndolo, pero ¿no tiene que existir la verdad?

—Reconozco que, sin duda, así lo parece. Pero es una afirmación filosófica, y la investigación científica sugiere lo contrario. Algo como «eso piensa, luego yo fui» sería más preciso.

Sam pareció fruncir el entrecejo a cámara lenta.

—Volvemos al yo, ¿no es así?

Había una cierta irritación en su voz.

Avanzaron en silencio un rato.

—Piénsalo —prosiguió Thomas—. Todo en tu vida, todo lo que ves y tocas, y oyes y pruebas, todo lo que piensas, está en ese pequeño pedazo de masa blanda, esa pequeña cuña en tu cerebro llamada sistema tálamocortical. Para ti, la carretera es todo lo ancha que debe serlo una carretera rural, el cielo es todo lo ancho que puede ser. Pero en realidad tu conexión visual con esas cosas es más pequeña que la uña de tu meñique. Cuando te cojo de la mano, tu experiencia llega casi medio segundo después del hecho. Y todos los procesos neuronales que hacen posibles esas experiencias, estamos hablando de la maquinaria más complicada del universo, son completamente invisibles. Así es como estamos en el gran circuito que nos rodea: faltos de sincronización, engañados, frágiles como telas de araña, encerrados en una jaula programada. Impotentes. Tu experiencia expansiva, de gran alcance, no es más que una mota, un resplandor precipitándose entre un negro imposible. Estás conduciendo por un sueño, Sam, entre humo y espe...

De repente estaban frenando, acercándose al arcén. La gravilla crujió y salió disparada. La hierba alta del verano rozó el lateral del coche.

—Muy bien —dijo Sam mientras aparcaba el coche—. Eso ha sido ya demasiado raro.

—Has dicho que querías saber lo que piensa Neil.

—Puede que mi cerebro haya dicho eso —dijo, frunciendo el entrecejo—. No estoy segura de que en realidad yo quisiera decirlo.

Thomas se rió.

Sam se recostó en su asiento y se llevó una mano a la frente. La luz del sol refulgió en las uñas de sus dedos, pintadas en un tono claro.

—De modo que todo esto, la autopista, los árboles, mi corazón que late, ¿está sólo en mi cabeza?

—Me temo que así es.

—Pero... ¿no significa eso que mi cabeza está también en mi cabeza?

—Aja.

Sam se quedó con la mirada perdida.

—Nada de esto tiene sentido.

—¿Por qué iba a tenerlo? ¿Por qué deberíamos experimentar la experiencia tal como es? Dada su complejidad y la juventud evolutiva de la conciencia, deberíamos esperar lo contrario. Como te he dicho, deberíamos esperar que la experiencia fuera profundamente engañosa. Por lo que respecta a la naturaleza, cualquier mierda sirve, siempre y cuando los comportamientos resultantes sean efectivos.

—Y por «mierda» te refieres a cosas como significado y finalidad y moralidad. Esa mierda.

Thomas arqueó las cejas en un gesto de dolor y sonrió.

—Bueno, eso sin duda explica por qué los humanos estamos congénitamente perplejos ante esas cosas. Piensa en ello. Miles de años estrujándonos los sesos para comprender nuestras almas, tanto la social como la personal, y estamos tan desconcertados como siempre. Exactamente lo que cabría esperar... Exactamente.

No podía creer que estuviera discutiendo de nuevo sobre eso tantos años después. El retorno del combate mano a mano. Incluso sentía esa aura de incertidumbre, ese hormigueo surgido de las profundidades que hicieron esos días tan emocionantes, tan jóvenes.

Y de alguna forma sabía que eso era exactamente lo que Neil quería.

Sam estaba negando con la cabeza, con los labios apretados formando una línea fría.

—¿Estás diciendo que la consciencia no existe?

Thomas se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Sin duda no como se comprende intuitivamente a sí misma.

El coche todavía estaba en marcha y emitía un ronroneo inaudible. Las voces de la radio habían dado paso a un inane anuncio de la radio pública. El intermitente hacía tictac como una bomba de dibujos animados.

—Todo es un sueño —dijo ella, más para sí misma que para Thomas—. Todo, desde las pirámides hasta Shakespeare y...

Thomas no supo qué decir.

Había algo auténticamente triste en la sonrisa de Sam.

—¿Y tú, profesor? ¿Eres real?

Los ojos de Sam lo miraron fijamente, húmedos y abiertos.

—Sólo si quieres que lo sea, Sam.

Otro de sus ceños fruncidos amistosamente, escépticos. Se dispuso a volver a la carretera. El tráiler se había convertido en un juguete en la distancia.

«No más mentiras», se prometió Thomas.

Siguieron en silencio un rato. Sam miraba fijamente por el parabrisas y Thomas se abrazaba los hombros.

—Así que Neil... —dijo Sam.

—Es distinto de cualquier otro a quien hayas perseguido jamás, Sam.

Su mirada era puro y-tú-me-lo-dices.

—Eso es lo que querías decirme en el restaurante, ¿verdad? Cuando me dijiste que Neil piensa en sí mismo más como un cerebro que como una persona.

—Creo que sí. No lo había pensado hasta ahora.

—¿Así que estamos hablando de un hombre sin motivos? ¿Es eso?

—No. Motivos, objetivos, razones... Eso son sólo formas de darnos sentido a nosotros mismos y dárselo a los demás. Aunque sean engañosos, funcionan, lo que

significa que también él debe tenerlos, probablemente. La diferencia es que él ya no piensa en esos términos.

—Entonces, ¿cómo piensa?

—Creo que se ve a sí mismo... haciendo cosas. Está experimentando una despersonalización extrema.

—Despersonalización —repitió ella—. Lo dices como si fuera una enfermedad, pero no lo es, ¿verdad? Es más bien algo así como... una revelación o algo parecido.

—Supongo que sí.

—¿Y? ¿Deberíamos pensar en él como una máquina que ejecuta un programa aberrante?

—Quizá.

—Ayúdame, Tom. Cada vez que pienso que ya tengo una pista para enfrentarme a ese hijo de puta loco, tú te cierras en banda.

Sam estaba siendo demasiado insistente, estaba tratando de descubrir cómo avanzar con unos hechos paralizantes.

—Me has preguntado cómo es el mundo de Neil. Estoy tratando de decirte que ha cruzado la línea, que cree que ha visto su camino entre las ilusiones de la conciencia. Como yo estoy tan atrapado en la Mentira como tú, lo único que puedo hacer es especular sobre lo que Neil no es.

Sam frunció el entrecejo, sus ojos estaban fijos en la carretera.

—Venga, profesor. La especulación sólo se convierte en un problema cuando la confundes con un hecho. Tú deberías saber eso mejor que nadie.

Thomas exhaló y se apretó el puente de la nariz.

—Piensa en estos términos. Para él, esto es probablemente como una de esas películas en que todo el mundo está atrapado en una mansión con paredes huecas y él tiene completa libertad de movimientos, aunque nosotros pensemos que todas las puertas están cerradas con llave...

—¿Estás diciendo que deberíamos hacerle salir?

—No —respondió—. Lo que digo es que él nos ve a todos como engañados de manera innata por una conciencia que es al mismo tiempo turbia, embustera y diseñada para ser así. Nos ve paralizados por nuestra herencia evolutiva, nuestra confianza en yoes, reglas y finalidades. Cree que estamos librando la guerra desde un mundo de sueños.

Disneylandia.

Pensar en ello lo llenaba de un pesar vago, como esa punzada de hombría insuficiente que se siente al encajar una mano con más duricias que la tuya.

—¿De modo que nos está subestimando? ¿Crees que podríamos aprovecharnos de eso?

Thomas se frotó la cara y agitó una mano.

—No. Mira, agente, soy consciente de que tu trabajo te obliga a extraer algo práctico de todo lo que digo, pero estoy sobre todo pensando en voz alta. Limitémonos a hacer un poco de tormenta de ideas, ¿de acuerdo?

A juzgar por su expresión, Thomas esperó algún comentario airado, pero Sam pareció contenerse.

—Lo siento. Pero este caso...

—Es importante para ti, lo entiendo.

Ella frunció los labios.

—Iba a decir que es distinto de todos los casos en los que he trabajado antes. Nunca había estado tan... asustada. Tu amiguito sabe cómo poner la carne de gallina.

Thomas se rascó la cabeza.

—Probablemente eso es lo que pretenda. Es una obviedad decir que la mayoría de los psicópatas tienen su propia lógica, algo que les motiva, algo que podemos tratar de desentrañar.

Observó cómo el paisaje pasaba al otro lado de su reflejo en la ventanilla. Se pasó un momento imaginándose a Neil «motivándose» con Nora en su cama.

—¿Y en el caso de Neil? —preguntó Sam Thomas la miró de soslayo.

—Lo que está matando es la razón misma.

Como psicólogo, Thomas conocía bien los acuerdos tácitos que gobernaban casi todo lo que sucedía entre las personas. En cierto momento, ambos dejaron de hablar de Neil. Las razones de Thomas eran evidentes: ¿quién quería hablar de que tu mejor amigo se tira a tu mujer? Pero para Sam, Neil era la única razón por la que hablar: la razón por la que ella recibiría un cheque al final de la semana. Y sin embargo, ahí estaban intercambiando bromas y anécdotas de infancia, hablando de todo excepto de Neil.

Ella le habló de un caso particularmente inquietante en el que había trabajado hacía unos años, en Atlanta: un asesino en serie que arrojaba a sus víctimas —sobre todo prostitutas y adictas al cristal— por toda la zona centro sur de Georgia. A algunas les faltaba la cabeza, a otras los brazos o las piernas o incluso los genitales. Ella había sido clave para desentrañar el caso, pero sólo porque lo había puesto en relación con otra investigación de carácter local, la de la desaparición de perros en Conyers. Resultó que su sospechoso había estado creando sus propias criaturas mitológicas en un imaginativo pero delirante intento de crear el Anticristo. Y a pesar de que Sam necesitó pastillas para dormir y varios meses de terapia, la fuente de su persistente ira no se debió tanto a lo que ella y su compañero descubrieron en el caso de las prostitutas, sino a los perros desaparecidos, que dominaron en los medios de comunicación locales durante la investigación.

—¿Puedes explicarme eso, profesor? ¿Eh? —preguntó, tratando de sonreír ante

un hecho odioso—. ¿Por qué los animales merecen más atención mediática que las mujeres mutiladas?

—Es un reflejo más —respondió, sabiendo perfectamente lo poco convincente que podía llegar a ser—. Los animales de compañía acaban siendo como nuestros hijos porque nuestro cerebro utiliza los mismos sistemas de deducción para comprenderlos. Si piensas en ello en estos términos, hijos desaparecidos frente a drogadictas desaparecidas, tiene más sentido.

—Por supuesto —respondió ella, con un tono frío y cuidadoso. Se pasó los dedos por la comisura de los ojos y maldijo entre dientes. Deseaba ser más fuerte, advirtió Thomas, como casi todos en el mundo desarrollado. Algunos papeles sociales exigían mucho más que otros, y Thomas imaginaba pocos más exigentes que pertenecer al FBI. La única diferencia entre ella y un soldado, supuso, era que ella defendía la decencia en lugar de la geografía, defendía a inocentes en lugar de objetivos cínicos.

Lo tranquilizó, sin embargo, verla desde esa perspectiva más general. Había visto cosas, había sobrevivido a cosas, más de las necesarias para gozar de su respeto y su admiración. Pero en lo que decía había una sinceridad emocional, casi un aire de confesión, que lo convertía en algo más que una ordinaria anécdota a-esto-es-a-lo-que-me-dedico. Hizo que una parte de él se preguntara si en realidad él le «gustaba».

Desde que Nora y él se habían separado, sólo había salido con un par de mujeres, ambas profesoras en otros departamentos de la facultad, ambas previsiblemente intelectuales —lo justo para impedir que se produjera la menor comunicación real—, y ambas citas se consumaron y terminaron al mismo tiempo con un acceso de sexo rápido y frío. Fueron suficiente para que se diera cuenta de que no era un mujeriego, aunque se diría que en la universidad había follado lo suyo.

A causa de Neil, por supuesto. La idea golpeó a Thomas: Neil había participado de alguna forma en todos aquellos polvos. Metafóricamente y no.

Incluso se convirtió en una especie de broma: Neil le preguntaba a Thomas si le gustaría otro «polvo patrocinado por Neil». Éste coleccionaba viejas novias del mismo modo en que otros guardan cosas para reciclar. Si todo el mundo hablaba de «enrollarse», Neil decía «conectarla», insistiendo en que el sexo era el único circuito que importaba. Según Neil, los hombres eran balas disparadas de coños a coños. «¡Ha llegado el momento de que conozcas a tu creador!», gritaba en el bar empujando a Thomas hacia alguna nueva presa. ¿Cómo no iba a ser Thomas un ávido cómplice? Inseguro. Borracho de testosterona. Hasta de vez en cuando se felicitaba por «retener» el lujoso surtido de Neil.

Una de sus amigas, Marilyn Kogawa, los reprendía duramente por sus costumbres y actitudes sexuales. Aunque se trataba de «ellos», Thomas siempre comprendió que el verdadero objetivo era Neil, que Marilyn diluía entre ambos la culpa para evitar que su ataque pareciera demasiado personal. Neil también se había acostado con ella,

varias veces, y jugaba en los márgenes emocionales de esa frase maravillosamente ambigua: «amiga con derecho a roce».

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Thomas en una ocasión (probablemente porque a él también había empezado a gustarle. Marilyn resultaría ser otro «polvo patrocinado por Neil»)—. ¿No ves que te quiere?

—Yo no he hecho las reglas —respondió—. Yo sólo juego. —Al parecer lo de «amigos con derecho a roce» había sido idea de Marilyn.

—Pero le estás haciendo daño.

Neil le guiñó un ojo.

—Bueno, pues no se queja mucho.

En ese momento, Thomas había atribuido esa insensibilidad a lo que llamaba la «rara inconsciencia de Neil». Pero ahora se daba cuenta de que aquello era lo que Neil había hecho siempre en todos los aspectos de su vida: utilizar las reglas en beneficio propio. Cosas como la vergüenza, el dolor o el miedo a la confrontación eran simples herramientas para él. Si podías sorprenderlo en una violación técnica se disculpaba rápidamente de un modo que te hacía sentir un intransigente por señalárselo. Pero era completamente sordo a cualquier cosa que apelara al espíritu del juego. Si los amigos o los amantes se sentían dolidos, debían achacarlo a las putas reglas.

Cuanto más pensaba en ello Thomas, más se daba cuenta de que probablemente Sam estuviera en lo cierto. Neil era ya entonces un psicópata funcional.

Y ahora, ni siquiera las reglas importaban.

Sam y Thomas se sumieron en el silencio al llegar a las afueras de Washington, más que nada porque ya estaban cansados de hablar. Thomas imaginaba que Sam, como él, estaba ocupada, penetrando en las ironías de la clase baja de la capital de la nación. Se dio cuenta de que no sabía nada de sus ideas políticas, pero decidió que no le importaban. Todo eso parecía ya solo un reflejo estéril. Recordaba haber leído en alguna parte que Martin Luther King Jr. fue el último ciudadano de verdad que visitó Washington, que desde entonces no había habido más que turistas y hombres de negocios. Thomas imaginó que él no era una excepción.

El bar en el que debían encontrarse con el doctor Mackenzie estaba junto a la calle K, no lejos de la Universidad de Georgetown, en un barrio que los urbanistas habrían calificado «de densidad media, residencial y comercial». Thomas olía el río Potomac royendo el metal y el granito cuando bajó a la acera.

Sam le puso rápidamente en antecedentes de camino al bar. Thomas se dio cuenta de que estaba enfadada consigo misma por no haberlo hecho antes. Percibió ese cambio general en su actitud hacia él, como si estuviera recordando alguna promesa que se hubiera hecho a sí misma. De repente, era expeditiva y profesional, acaso un poco irritada. Sin embargo, se tomó la molestia de responder a la mano extendida de

un pedigüeño, uno de esos vagabundos salidos de las películas viejas, con bigotes manchados y ropa cubierta de mugre. Una vez más, Thomas esperó en un culpable segundo plano mientras ella buscaba en su monedero. Acabó dándole al hombre un billete de cinco que sostuvo por una esquina como si le estuviera dando de comer a algo con dientes muy afilados.

El doctor Mackenzie, explicó con intensidad mnemotécnica, tenía sesenta y ocho años, era empleado de la NSA desde hacía dieciséis años y se había quedado viudo hacía ocho. Tenía la reputación de ser brillante, pero, aunque pareciera raro, no había publicado nada. Sam miró a Thomas detenidamente mientras subían los escalones para asegurarse, supuso él, de que había comprendido la trascendencia de este último hecho.

—Recuerda —dijo ella—, intenta leer entre líneas.

Thomas sonrió a pesar del nudo que tenía en la garganta. ¿Por qué de repente estaba preocupado? Casi se sentía como una de las amantes abandonadas de Neil a punto de conocer a su primera ex mujer. Neil, se percató Thomas, probablemente hubiera traicionado a Mackenzie tan profundamente como lo había traicionado a él.

Thomas reconoció al hombre en el mismo momento en que entraron en el establecimiento, alargado como un pub. El lugar tenía una pintoresca ambientación de salón de té que no sólo no desmentía su nombre, El Fanfarrón, sino que delataba el paso de la típica muchedumbre de bar: paneles de cristal resquebrajados, iniciales grabadas que deterioraban una decoración ya deteriorada, el olor de alcohol derramado y —por raro que pareciera— humo de cigarro. Hablando en términos teóricos, habría dicho que sus signos de identidad contradecían las huellas de la conducta de sus clientes. En términos normales, habría dicho que parecía un lugar en el que los elevados y poderosos se comportaban como bajos y sucios.

Mackenzie estaba sentado en un taburete de respaldo alto, a su derecha, y estaba manipulando su ordenador de bolsillo. Parecía un diminuto abuelete calvo, alguien que vestiría un mono en lugar del impecable atuendo de un personaje influyente de la calle K, un Armani negro de raya diplomática, con un corte de chaqueta que recordaba a las de 1940. Cuando les vio, su cara prácticamente explotó de afable buen humor.

—¡Hola, hola! —gritó—. Estaba empezando a pensar que me había equivocado de hora.

Parecía una divorciada muy feliz.

Después de las obligatorias presentaciones, Sam se deslizó junto a la pared y Thomas se sentó junto a ella. Sam puso las yemas de los dedos en el sobre de papel manila que había dejado ante ella. A Thomas le pareció pintoresco, como algo salido de las innumerables películas policíacas que había visto de niño.

«Soy parte de una investigación... ¡El FBI, por el amor de Dios!».

—Eres —dijo Mackenzie inclinando la cabeza en dirección a Sam— una mujer preciosa.

Normalmente, una afirmación como ésa habría parecido sexista, pero por alguna razón su edad y su vena festiva lo disculparon. Era como si tuviera una licencia de viejo verde o algo parecido.

En lugar de sonrojarse, Sam sonrió y bajó la mirada. Con una expresión afable, Mackenzie sacó un paquete de Winston del bolsillo interior de su chaqueta. El encendedor pareció surgir de la nada.

—Un feo vicio que nunca he logrado dejar —explicó en mitad de una nube de humo—. Por suerte para mí, en este lugar hacen la vista gorda.

—Un refugio para fumadores —dijo Thomas sintiéndose, a pesar de todas sus aflicciones anteriores, totalmente desarmado. Mackenzie, se percató, era un tipo clásico, alguien que utilizaba su encanto y su travieso buen humor para pisotear las cortesías sociales más rigurosas.

—Te aseguro que, por cada prohibición —dijo el viejo—, hay mil personas dispuestas a mirar hacia otro lado.

Sam alzó las cejas y frunció sus labios de mujer objeto.

—Yo soy una representante de la ley, doctor Mackenzie.

—Claro —respondió el viejo pícaro—. Pero usted me necesita más a mí que yo a usted, agente Logan. —Miró a Thomas y le guiñó un ojo—. El curso de teoría de juegos —dijo—. Ataca o te atacarán.

Sam se alejó de las volutas de humo azul, claramente irritada. Sonriendo, Thomas se recordó que no debía dejarse engatusar por el viejo seductor. Visto cómo se ganaba la vida ese hombre —pirateando cerebros— no podía haber dudas de que él, como Neil, era un sociópata. Sin el sistema de circuitos para las ansiedades sociales que atormentaba a todos los demás, no le costaba ningún esfuerzo hacer que la gente se sintiera cómoda. Una vieja colega de Thomas se había pasado la mayor parte de su carrera estudiando la psicopatía. El mayor reto, había dicho en más de una ocasión, era inmunizar a los investigadores contra sus encantos.

Sam atacó.

—¿En qué consiste exactamente su trabajo, doctor Mackenzie?

—Me temo que es un asunto clasificado.

La respuesta esperable. Sam prosiguió sin perder comba.

—Aquí dice que usted era subordinado del doctor Cassidy, su mano derecha, en realidad. ¿Es cierto?

Una mirada de disculpa, sensiblera gracias a la agilidad de su cara.

—Me temo que eso también es clasificado.

Thomas frunció el entrecejo y se preguntó cómo podía ser clasificado y estar al mismo tiempo en el dossier del FBI que tenía Sam. Iba a decirlo, pero le frenó un

pequeño destello de intuición.

—Dígame, doctor. ¿Le habló alguna vez Neil de la Discusión?

Los ojos brillantes del abuelete se desplomaron sobre la mesa. Por un momento pareció un híbrido entre un Buda sonriente y un irlandés borracho.

—Ah, eso.

Thomas sintió que Sam se ponía tensa.

—Así que le habló de eso —dijo ella.

—Alguna vez.

—¿Le importaría contarme qué sucedió esas veces? —insistió ella.

—Me temo que es clasificado.

Thomas frunció el entrecejo.

—¿Incluso ahora?

Mackenzie alzó sus pequeñas manos como si se rindiera. Su sonrisa era contagiosa. Sus ojos irradiaban alegría.

—Bueno, debería serlo.

—¿Por qué, doctor Mackenzie?

—Porque es verdad y porque pone los pelos de punta. ¿Para qué cree que son los secretos, profesor Bible?

—A juzgar por mi experiencia —dijo Thomas— la verdad raramente es tan peligrosa como la gente cree.

—Ah —dijo Mackenzie con una sonrisa satisfecha—, así que es un psicólogo cognitivo. —Mirando el entrecejo fruncido de Sam, explicó—: el profesor Bible no cree que la Discusión sea peligrosa porque no cree que la mayor parte de la humanidad sea capaz de creer en ella.

—Tiene razón —dijo Thomas en respuesta a la mirada interrogativa de Sam—. Pero no por las razones que cree. No es porque la gente sea estúpida...

—Bueno —le interrumpió Mackenzie—, al menos no toda...

Thomas hizo una mueca y sonrió.

—Es sólo que tenemos demasiados prejuicios. Nos gusta que las cosas sean sencillas. No tenemos estómago para la incertidumbre, piensa sólo en el modo en que la gente lanza juicios tajantes en la tele. Somos adictos al elogio. Buscamos las pruebas que confirmen nuestras creencias e ignoramos selectivamente las pruebas inquietantes...

—Racionalizamos —le interrumpió Mackenzie de nuevo, como si quisiera simplificar las cosas para el pobre cerebro femenino de Sam—. ¿Por qué cree que la ciencia fue tan difícil de aceptar por nuestros antepasados? Porque ponía patas arriba la psicología humana, ¿no es así, profesor Bible?

El alma, quiso responderle Thomas. Ponía el alma patas arriba. Pero en lugar de eso siguió como si Mackenzie no hubiera hablado, un pequeño castigo por haber

hablado sin tener la palabra.

—Lo hacemos constantemente, todos. Pero lo más importante, con diferencia, es que confundimos el acuerdo con la fortaleza argumentativa, o lo que es peor, con la inteligencia. Como sólo podemos juzgar las cosas en relación con nuestros juicios anteriores, convertimos lo que ya creemos en la vara de medir lo que está bien o lo que está mal.

Mackenzie se rió alegremente.

—Eso sin duda explica la situación política actual, ¿no cree, agente?

Obviamente el presidente del momento era del Partido Demócrata.

La cara de Sam se quebró en una sonrisa invertida.

—No estoy segura de...

—Oh, claro —le interrumpió Mackenzie volviéndose hacia Thomas—. Le encantaría saber en qué estamos trabajando, ¿verdad? ¿Un psicólogo cognitivo? Nos hemos visto obligados a abandonar todas las folclóricas asunciones psicológicas.

¡Los viejos eliminativistas tenían razón! Ninguna de las categorías tradicionales era adecuada, ¡las cosas son mucho más raras de lo que se podría imaginar! Por ejemplo, el lenguaje, ¡ajá! No experimentamos más que humo, ¡sólo humo!

El doctor Mackenzie, se percató Thomas, tenía verdadera pasión por su trabajo. Simplemente había supuesto que Thomas sentía lo mismo. Ese resultaba ser otro habitual prejuicio humano, a veces llamado «falacia del consenso».

—Hemos aislado completamente el módulo de racionalización en el hemisferio izquierdo.

—¿El módulo de racionalización? —repitió Sam.

—Si anulas el circuito de la prudencia —prosiguió Mackenzie—, no te creerías las confabulaciones que se generan. Mentiras, mentiras, un sinnúmero de mentiras, cada una de ellas completamente ciertas para el sujeto. ¡Es como si cada uno de nosotros tuviera incrustado a un psicópata mentiroso en la cabeza! ¿Puede imaginarlo? La racionalización evolutiva es sencilla: el éxito reproductivo está ligado al estatus social, que está ligado a la competición verbal, etcétera, etcétera. —Con estas últimas palabras, ladeó la cabeza a uno y otro lado.

—¿Así que Ramachandran estaba equivocado? —preguntó Thomas.

—¿Ramachandran? —exclamó Mackenzie—. ¿Equivocado? Por favor, es como decir que la antigua medicina griega estaba equivocada. No importa si estaba «equivocado», al menos en este momento. Hemos dejado eso ya muy atrás...

Se detuvo de repente, y sus ojos abiertos de par en par por el entusiasmo se estrecharon para convertirse en algo sagaz y taimado al mismo tiempo. Más que reírse, sonrió para sí.

—Usted es digna de elogio —le dijo a Sam meneando un dedo—. Traer a otro académico... Sabía que yo me abriría más si podíamos hablar de trabajo, ¿verdad?

Me temo que los empollones somos predeciblemente vanidosos, ¿no es así?

Apagó su cigarrillo con el pulgar.

Sam sonrió y negó con la cabeza. Pareció esforzarse por evitar la mirada de Thomas.

«Por supuesto», pensó Thomas. ¿Para qué, si no, lo había llevado? ¿Por su legendario poder de observación?

Sabía que el resentimiento que sentía era más una consecuencia de los dos últimos días que de cualquier otra cosa. ¿No le había dicho que leyera entre líneas? Y lo que era más importante, ¿no tenía ella la obligación de utilizar todos los medios al alcance de su mano para impedir que sucedieran más casos como los de Cynthia Powski o Peter Halasz? Mimar a Thomas no debía estar en los primeros puestos de su lista de prioridades por la simple razón de que no podía estar allí.

—Dígame —le preguntó Sam con una voz rara—, ¿alguna vez intervino a Neil, profesor Mackenzie? —Era una pregunta que sólo pareció obvia una vez que la hubo formulado. Algo tenía que explicar el giro de Neil hacia lo impensable.

Las cosas se movían demasiado deprisa.

—Nunca —dijo Mackenzie—. ¿Por qué lo pregunta?

Thomas se lo quedó mirando.

—Ésa es la respuesta que tiene que dar, ¿eh?

—Por favor... Usted y yo sabemos cómo funciona esto.

—Cojamos un atajo, pues —dijo Thomas. Sabía que estaba hablando movido por la ira, que tenía que cerrar la boca, pero las palabras le ganaron la mano a su sentido común—. ¿Qué es lo que puede decirnos, doctor Mackenzie?

Mackenzie se recostó en su silla. Su mirada evaluadora resultaba sorprendente por su repentina seriedad. Extendió el brazo y sacó otro cigarrillo. Para el camino de vuelta, quizá.

—¿Sabe qué? —dijo entrecerrando los ojos mientras lo encendía—. Ahora que lo pienso, muy poco.

—Déjeme adivinarlo —dijo Sam—. Todo es clasificado.

Un acceso de risa contagiosa entre nubes de humo fue la respuesta.

—No todo, agente Logan, no todo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Bueno, agente, aquí está el problema. Neil Cassidy me cae realmente bien. Es el hombre más brillante que he conocido. —Sus ojos se redondearon a causa de su sorpresa por la disculpa, como si se acabara de topar con un hecho desconcertante—. Y he decidido que usted no me cae tan bien...

—Pero ¿no se siente traicionado? —le espetó Thomas. ¿Por qué las cosas se habían torcido tan rápidamente?

—Exactamente —añadió Sam—. Si algo de esto se sabe, usted podría quedarse

sin carrera o algo peor.

—Quizá eso no fuera tan malo —respondió Mackenzie de inmediato—. Pero creo que tanto ustedes como yo sabemos que las posibilidades son escasas.

Thomas miró a Sam. No sabía cómo interpretar ese último comentario. ¿Quién estaba hablando de trabajo con quién? Pero ella solamente miraba al hombre, como si sopesara una terrible decisión.

Sin mediar aviso, el doctor Mackenzie se puso en pie, con el cigarrillo colgando de los labios. Guardó su cajetilla de Winston en la chaqueta del traje.

—Bueno, me voy —dijo, hablando como si acabaran de compartir un plato de *fish and chips*. Se volvió y se encaminó hacia la puerta.

Thomas estaba estupefacto.

—¡Mackenzie! —gritó. No prestó atención a las otras caras del bar, aunque estaba seguro de que todas se volvieron hacia él. Mackenzie se dio la vuelta, echó la cara hacia delante, con atención, a la espera de lo que dijera—. ¿Sabe —Thomas miró nerviosamente a los otros clientes— que personas, personas reales, pueden sufrir si usted se va de aquí?

Lento parpadeo. Sonrisa triste. Y una respuesta que evadía completamente su pregunta.

—Pregúntese a sí mismo, profesor, si está tan seguro de que las masas son incapaces de comprender la Discusión, entonces, ¿por qué nuestro amigo Neil la está llevando a cabo? Nunca me pareció alguien especialmente optimista.

El viejo se volvió para salir por la puerta, pero se detuvo y movió un dedo.

—Ah, profesor Bible...

—¿Sí?

—Debe saber que en realidad, a mi modo, le envidio.

—¿Y eso?

Los ojos traviosos miraron a Sam y volvieron a Thomas.

—Todo el mundo sabe que los psicólogos no son más que locos vueltos del revés. Todo ese glamour... Nosotros los neurocientíficos no somos más que técnicos.

Thomas supo que se trataba de otra mentira halagadora.

—¿Me envidia?

Otra calada a su cigarrillo, tan profunda que le iluminó con luz naranja las ojeras. El brillo se reflejó en sus iris.

—A mi manera.

Y se fue.

18 de agosto, 14:58

Haber ido allí había sido un error, pensó Thomas mientras volvían al Mustang de Sam. Él estaba demasiado cerca de lo que estaba en juego como para poder aportar algo más que una cierta vehemencia hostil. ¿Y Mackenzie? Obviamente, ese hombre era un jugador desde hacía mucho tiempo, y además bien relacionado. A juzgar por el respeto que había mostrado por ella, Sam podría haber sido una empleada de Correos.

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo Sam mientras encendía el coche. El modo en que mantenía los ojos fijos en la calle le dijeron que estaba pensando lo mismo que él.

—Ha sido una demostración narcisista de su posición —respondió Thomas.

—¿Y eso qué significa?

—Que nos ha mandado a la mierda para demostrarse que podía mandarnos a la mierda. Mostrándonos que no nos necesita, ha afirmado su reconfortante imagen de sí mismo.

—Bueno, tendría que cortarse los pelos de la nariz antes de verse con tan buenos ojos. ¿Has visto lo naranjas que eran?

Thomas no se había dado cuenta.

—Me ha parecido muy pulcro.

—Parecían de caramelo o algo así —prosiguió en un tono de monólogo mordaz—, pero con nicotina. —Thomas imaginó que así hablaba ella cuando conducía con Gerard al lado. Ésa era Sam en estado puro, pensó—. ¡Dios mío! —exclamó—. Odio a los putos fumadores. —Tras una rápida mirada a los retrovisores, aceleró hacia la calle K—. ¿Y de qué iba esa mierda sobre lo-envidia-a-mi-manera?

Thomas carraspeó.

—De... ti, me temo.

—¿De mí?

Un rubor hormigueante le cubrió la cara.

—Creo que ha creído que yo... ya sabes.

Sam lo miró sorprendida y después se echó a reír. Mucho más de lo necesario, pensó Thomas.

—Lo siento, profesor —dijo con un aire de vergüenza—. Me gustas, pero...

—Pero ¿qué? —gritó Thomas.

—Amo mi trabajo.

—Sí, yo también tengo mis ratos.

Sam frenó en el cruce. Con el telón de fondo de un centro comercial sitiado, el tráfico avanzaba bajo el refulgir del sol, destellando como si surgiera de un proyector.

Thomas se sorprendió mirando el arbolado aparcamiento del Wal Mart y se replegó sobre sí ante la ausencia de una respuesta.

—¿Cuál es el plan? —preguntó cuando se hizo evidente que Sam no tenía nada que decir.

—No estoy segura —reconoció después de pensar un momento—. Tengo que hablar con Shelley para ver si hay alguna forma de ejercer presión.

—Sobre Mackenzie, quieres decir.

—El hombre sabe más de lo que dice, ¿no crees?

Por azar, Thomas vislumbró la cúpula del Capitolio sobre el paisaje urbano. Parecía imposible que el culebrón de las noticias de la noche se estuviera interpretando en ese momento, allí, con gente de verdad que tenía pellejos junto a las uñas y a la que le picaba el culo como a los demás.

Era como había dicho Neil. Fuera Washington, Pekín o el cerebro humano, los espías se sentían atraídos por el olor de las decisiones.

—Los hombres como él siempre saben más de lo que dicen —dijo Thomas.

El viaje de vuelta pareció mucho más largo. Avanzaron lentamente por la autopista entre una cohorte de vehículos. Durante los silencios en la conversación, Thomas miraba por la ventanilla y se preguntaba si realmente había metido la pata, y pensaba en Nora... en el anestésico impacto que había tenido su confusión, en la mecánica insinceridad de su rabia. Las revelaciones eran cosas raras. Reescribían las consecuencias, por supuesto, pero lo que las distinguía de la simple comprensión era que revisaban el pasado. Las verdaderas revelaciones nunca llegaban de golpe. No, carcomían y carcomían, y se abrían paso por los tejidos blandos de la memoria, volviendo a digerir todo lo relevante. No pasaba ni una hora, parecía, sin que se le apareciera un recuerdo de Nora, como una vieja pieza de maquinaria que requiriera una nueva revisión a la luz de los últimos avances técnicos.

Tras la estela de Neil, todo en su relación se había transformado. Nora siempre había sido crítica. Después de su divorcio muchos de los amigos y amigas de Thomas le habían confesado que la consideraban una zorra. Pero por alguna razón, a él nunca le habían molestado especialmente sus quejas, quizá se engañó para pensar que sabía de dónde procedían. No había nada parecido a la «comprensión» cuando se trataba de ocultar los defectos del carácter para recuperar la estabilidad emocional más conveniente.

En su relación no se había producido ningún giro catastrófico. Parecía haberse desmoronado poco a poco en lugar de desplomarse. Pero incluso antes del divorcio, en uno de esos raros y sinceros ensueños que puntúan toda ruptura matrimonial, Thomas había advertido un cambio crucial en el carácter de las quejas de Nora. En algún momento, sus críticas habían dejado de referirse a cosas que hacía para versar

sobre cómo era. Y ahora que Thomas sabía que estaba utilizando a Neil como cinta métrica, el inventario de sus acusaciones, que en aquel momento lo había dejado perplejo, se volvió siniestro por sus implicaciones. Por supuesto que no podía «hacer que se sintiera deseada»... Por supuesto que era «incapaz de satisfacer sus necesidades emocionales»...

¿Cómo iba a hacerlo cuando estaba buscando consuelo en los pantalones de su mejor amigo?

Era lo que había dicho Mackenzie: todo el mundo tenía un pequeño racionalizador en su cabeza, un fragmento de maquinaria neuronal dedicado a salvarle el pellejo. Un dispensador de culpas. Si Nora se sentía atraída por Neil, bueno, eso significaba que algo andaba mal en su matrimonio. Después de todo, las mujeres felizmente casadas nunca se descarriaban. Y si su matrimonio no era feliz, tenía que ser por culpa de Thomas, porque Dios sabía lo mucho que ella intentaba que funcionara.

La polla de otro hombre... Eso sí era una revelación.

—¿Cómo estás, profesor? —preguntó Sam cuando llegaron a la autopista de Jersey—. Estás terriblemente callado.

—Neil... —dijo, sabiendo que sería suficiente.

Era sorprendente que a veces los nombres se convirtieran en explicaciones.

Thomas pensó en lo extraño que era el modo en que la atracción sexual lo había arrastrado tan lejos, para dejarlo caer como una piedra cuando ella había dejado clara su falta de interés. Todo parecía borrosamente irrelevante.

Siguieron en silencio un rato más. Al principio era el silencio de la mesa de la cocina después de una noche de pesadillas, un silencio deliberado. Sam sintonizó en la radio varias emisoras por satélite, pero lo dejó después de probar con media docena de géneros distintos, del *bluegrass* al *death metal*. Nada, parecía, podía superar el rugido de la autopista. El sonido de la naturaleza. Hasta que el sol se hinchó al oeste, proyectando sombras a ciento veinte kilómetros por hora sobre los carriles, el miedo, o lo que quiera que fuera que les había transmitido Mackenzie, no desapareció.

Mirando hacia delante, Sam metió lentamente el brazo entre los asientos.

—¿Quieres unos Fritos? —canturreó, una vez más sosteniendo la pequeña bolsa brillante entre ambos. Lo miró de soslayo, poniendo los ojos como platos.

Thomas soltó una risotada.

—Estás como una cabra, ¿lo sabías?

—¿Es ésa tu opinión profesional?

Y así, todo volvió a ser normal. Ensayaron la Discusión *a la* Neil una vez más, tratando de imaginar sus posibles motivaciones. Pero sólo lograron parafrasear sus conclusiones del día anterior: Gyges tenía algo que ver con el reconocimiento,

Powski tenía algo que ver con el placer y/o el deseo, y Halasz tenía algo que ver con el libre albedrío. Neil estaba arrancando las ilusiones, tratando de dejar a la vista la marioneta de carne que había debajo de ellas.

—¿Qué hay de tu libro? —preguntó Sam al fin.

—¿Mi libro?

—*A través del cerebro oscuro.*

—¿Me has estado investigando, agente?

Ella ladeó la cabeza como una adolescente.

—Oh, bueno, es mi trabajo.

Thomas sonrió y miró por la ventanilla. Se había hecho de noche. Un tráiler se abalanzó sobre ellos y Thomas se sorprendió mirando al otro lado de las luces en movimiento que surgían de los faros manchados de grasa: las rugientes ruedas, altas como la puerta de su casa, los mecanismos de metal negro que crepitaban con cada rebote y desplazamiento de una carga imposible; el pavimento, que corría como un río morado bajo las luces traseras. Apartó la mirada, abrumado por una peculiar sensación de vulnerabilidad, como si se hubiera acercado demasiado a la barandilla de un balcón. Sólo tenía que extender la mano y tirarían de él, hiera del mundo, sumiéndolo en un torbellino hacia un lento olvido.

—No sé qué decir —respondió, rascándose una ceja—. El libro me dio el puesto fijo en la universidad, pero fue una de esas cosas que sólo parecen impresionar a la gente que ya te conoce. Tenía muchas esperanzas. Las reseñas fueron duras. Se descatalogó. Ahora es poco más que una broma transmitida de una generación de estudiantes a otra.

—La Biblia de Bible —dijo Sam.

Thomas se habría reído, pero había una nota de verdadero pesar en su tono.

—¿Qué quieres decir?

—Así lo llaman los estudiantes de Columbia.

—¿Has estado interrogando a la gente sobre mí?

Sam lo miró durante lo que pareció un tiempo peligrosamente largo, dado que iban a ciento veinte por hora. Una conspiración de luces procedentes del parabrisas y el salpicadero hicieron que pareciera sobrenaturalmente hermosa. Labios brillantes. Reflejos azules y amarillos en su mejilla y su cuello. De repente, los faros del camión refulgieron por el cristal trasero, borrando toda la incitante ternura de su aspecto. Por un instante, pareció más una estatua que una persona, con húmedos pedazos de mármol por ojos.

—Esto va en serio, profesor. ¿Lo entiendes?

—Estoy empezando a asimilarlo —respondió Thomas.

Volvió a mirar el pasillo flotante de luces de posición que tenían ante ellos. Pasó un rato en ese silencio hermético.

—¿Por qué ese interés repentino en mi libro? —preguntó Thomas.

Sam se encogió de hombros.

—Porque me parece curioso.

—¿Qué te parece curioso?

—Bueno, la Discusión es en realidad tuya, no de Neil.

Thomas soltó un bufido.

—Ya no.

—¿Por qué?

Thomas frunció el entrecejo y sonrió.

—Quizá algún día tengas hijos...

Sam se rió y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —prosiguió—. Una mamá con pistola. Para un padre divorciado como yo, las cosas no son mucho más emocionantes que eso.

Ella sonrió satisfecha, pero siguió negando con la cabeza.

—¿Qué te ha parecido la pregunta de Mackenzie? —preguntó ella, tratando de manera evidente de cambiar de tema.

Thomas la estudió durante un momento travieso, irónico.

—¿Qué pregunta?

—Sobre la Discusión. Quiero decir, tiene razón, ¿no? ¿Por qué se molesta Neil en entablar esa Discusión si es imposible convencer a nadie?

—Sí...

—No pareces muy sorprendido.

Thomas se encogió de hombros.

—Es una pregunta perfectamente razonable.

—¿Y eso es un problema?

Thomas suspiró, decepcionado por su repentino regreso a la seriedad.

—Estamos ante algo que no somos capaces de entender, Sam. ¿Quién coño sabe qué pretende Neil? Trabajaba para la NSA, por el amor de Dios, un científico espía, que reprogramaba cerebros en nombre de la Seguridad Nacional. Eso es ya una locura... —Estaban adelantando a otro tráiler que llevaba la frase iluminada JESÚS SALVA a modo de decoración navideña. Se resistió a una extraña necesidad de quedarse mirando una vez más las rugientes ruedas—. Ahora se ha salido de nuestros mapas y está recorriendo un territorio que probablemente no somos capaces ni de imaginar.

—Como un explorador —dijo Sam, poniendo el intermitente.

Poco después decidieron parar en un Flying-J para repostar y cenar.

—Mi padre era camionero —explicó Sam cuando tomaron la salida de la autopista—. Además, soy adicta a los dónuts Krispy Kreme. —Una vez dentro del local, Sam sucumbió a la llamada de otra caja petitoria, esta vez para alguna

desconocida organización medioambiental. Un famoso cuyo nombre Thomas no podía recordar los miraba desde los paneles de cartón y con la ranura para el dinero en la frente.

—Quería preguntarte —dijo mientras se encaminaban hacia una mesa—, ¿a qué viene toda esa caridad impulsiva?

Ella se encogió de hombros y pareció esforzarse por evitar su mirada.

—Cuando tienes un trabajo como el mío, los errores tienen consecuencias.

Algo en su tono le advirtió a Thomas que no siguiera con el tema.

Ambos se pasaron unos treinta minutos con sus móviles, Thomas con Mia y los niños, que parecían haberse recuperado completamente del caos de la mañana, y Sam con la agente Atta, que parecía muy contrariada porque Mackenzie se hubiera convertido en un callejón sin salida.

—He tratado de echarle la culpa a ti —dijo Sam con una mueca de la-cosa-no-ha-ido-muy-bien—. Pero la jefa no se lo cree.

Con los codos sobre la mesa color lima, Thomas se frotó las sienes.

—Pero ha sido culpa mía, ¿no?

Sam frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, he dado por hecho que era culpa mía.

—¿Lo de Mackenzie? Por favor, si ese capullo fuera estúpido, diría que ha sido más bien culpa mía, no tuya. Pero el hecho es que es listo, terriblemente listo, como tú, y con gente como ésa o hay un riesgo inmenso o el resultado es predecible. Créeme.

Thomas bajó la mirada hacia la mesa y se puso a contar las migas. Sam tenía razón. El encuentro con Mackenzie había tenido un resultado inevitable, casi como si la entrevista hubiera respondido a un guión escrito. Estaba llegando a un compromiso con sus miedos, se dio cuenta, una «escritura negativa», como lo llamaban algunos terapeutas. Oyó que Sam suspiraba afectuosamente.

—No estamos muy contentos con nosotros mismos, ¿eh?

Thomas sonrió.

—No, gracias. No necesito Fritos, agente Logan.

Ella lo contempló con una impaciencia afable.

—Eres un buen hombre, profesor. Un buen hombre en un mundo que no tiene sentido.

A Thomas le ardían los ojos. Parpadeó y se esforzó por no levantar la mirada.

—Llámame Tom.

—De acuerdo —dijo ella, pero a regañadientes, como si esa idea la asustara.

Thomas se atrevió a mirarla a los ojos. La sinceridad de la sonrisa de Sam avergonzó a ambos, que se sumieron en el silencio.

Algo cambió después de eso. Sam empezó a llamarlo Tom, aunque de vez en cuando regresaba al «profesor». Pero había algo más: un aire de familiaridad, sin duda ambiguo, pero al mismo tiempo maravillosamente relajado. Su diálogo adoptó un tono entusiasta, exploratorio. En ocasiones parecía una carrera para decir: «¡Claro! ¡Exactamente!».

Sam no sólo tenía un pasado similar al de Tom —él lo había intuido y confirmado a esas alturas—, sino que compartía muchos de sus rasgos. Era escéptica por inclinación y optimista a fuerza de trabajo. Se culpaba a sí misma con más frecuencia que a los demás. Creía en el trabajo duro. Nunca había votado a los republicanos, y nunca lo haría, pero no soportaba a los demócratas.

A Thomas no le sorprendió. El hecho de que se sintiera atraído por ella no decía mucho: era una loba, a fin de cuentas, y él estaba en el episodio emocionalmente más confuso de su vida. Pero ella también se sentía atraída por él —ahora él estaba seguro de ello—, aunque ella era una investigadora del FBI y él un testigo relevante, o al menos eso suponía él. Ella se sentía atraída por él a pesar de sus circunstancias. El viejo dicho de que «los opuestos se atraen» es en buena medida falso. La inmensa mayoría de la gente tiende a enamorarse de una versión de sí mismo. La gente es como los campos gravitatorios: tarde o temprano todo acababa cayendo a la tierra del yo, sea a causa de alucinaciones o no.

Y ése era precisamente el problema. Se percató de que sólo se estaba medicando, utilizándola para suturar la herida que le habían infligido Neil y Nora. Estaba siendo un egoísta, un cabrón desconsiderado. La estaba utilizando para demostrar que todavía tenía lo que hay que tener, que sólo habían podido ponerle los cuernos por un golpe de suerte. Sam, por su parte, sólo estaba alejándose del camino trillado, paso a paso, con la esperanza de acabar hallándose demasiado lejos para volver a él.

Thomas se dio cuenta de que aquello no era una broma. Se estaba jugando su carrera profesional.

En todo caso, cuando aparcaron en el sendero de entrada de la casa de Thomas y ella se ofreció a ayudarlo a recoger a los niños de casa de Mia, él se sorprendió respondiendo que sí. Arrastrado por un sexto sentido vecinal, Mia los recibió en la puerta. Sin aliento, Thomas le presentó formalmente a Sam.

—Hola —dijo él con una contención admirable mientras entraban en la cocina. Normalmente, Mia hablaba como si hiciera gorgoritos—. Un largo viaje, ¿eh?

—Sí.

—¿El profesor no ha parado de hablar? ¿Te ha llenado la cabeza de datos que dan miedo?

La sonrisa de Sam era asombrosa bajo la luz de la lámpara.

—Oh, sí...

Los niños estaban tendidos en el sofá con sus pijamas, bañados por una luz de dibujos animados. Thomas levantó a Frankie de entre los cojines y se lo dio a Sam. Aunque estaba maravillosa sosteniéndolo, Thomas se dio cuenta de que sus hijos eran sólo una carga más del trabajo de Sam. Ni una sola vez en el transcurso de sus conversaciones había dicho nada sobre la maternidad, y naturalmente tampoco sobre la maternidad postiza. No hablaban sobre tener hijos, y cuando lo hacía Thomas, siempre llevaba la conversación a otra cosa.

Aquello no iba a funcionar.

Pero después de llevar a los niños a casa de Tom y acostarlos, después de compartir muchas miradas de esto-es-demasiado-matrimonial, Sam le pidió una taza de café.

—Todavía falla mucho hasta Nueva York, —explicó.

Maldiciéndose y felicitándose al mismo tiempo, Thomas la dejó frotándose los pies en el sofá de la sala de estar. Llenó la tetera para calentar agua y le sorprendió el sonido de la televisión cuando abrió el grifo. Oyó el zumbido monocorde de la voz de un presentador comentando el Nasdaq. La voz desapareció y oyó cómo se reía Sam mientras él buscaba en el armario el descafeinado instantáneo.

—¿Qué es tan divertido? —gritó, sintiéndose de repente como si estuviera de nuevo con Nora. Sintióse repentinamente bien.

—Una peli en el canal porno —le llegó la voz de Sam— que se titula *Armas de destrucción anal 14*.

Thomas se rió. Encontró el café.

—¿Protagonizada por el agente Gerard?

—Eso sería *Capullo con armas de destrucción masiva* —dijo Sam con una seriedad fingida—. ¿Cuál es tu código?

Le gritó los números uno a uno mientras le preparaba el café. El corazón le latía a toda prisa, pensaba en su última y enigmática mirada. Era un cretino astuto, Thomas debía reconocérselo.

Sam estaba acurrucada en el sofá cuando él salió con los cafés, cambiando canales. En la mayoría aparecían penetraciones completas y diversas variaciones.

—Lo único que dan son fantasías sexuales —se quejó ella.

—Oh, una chica de la vieja escuela —dijo Thomas, sintiéndose agarrotado. Cualquier cosa servía, supuso, después de un día como ése—. ¿Sabías que el porno empezó en los años veinte con esas fantasías tan historiadadas? Breves escenas a cambio de dinero y todo el rollo. Las llamaban «bucles».

Sam se rió con cierta ansiedad, como si aquello no pudiera estar sucediendo, y Thomas acurrucó los pies junto a ella.

—Cuando tenía catorce años mi novio y yo nos escondíamos para ver las películas porno de mi padre. Poca cosa comparada con éstas... van de esclavas de la

polla. Míralo.

Thomas sonrió, el corazón le iba a la carrera. La escena destelló con un gráfico primer plano.

—¿No tenías Internet? —preguntó. Thomas se estremeció al pensar en todas las *cookies* guarras que su ordenador había acumulado cuando tenía catorce años.

—Éramos demasiado pobres —dijo ella, frunciendo la nariz al contemplar la pantalla. Puso los pies en el suelo y se inclinó hacia delante con el ceño fruncido por el escepticismo—. Eso parece tan sexy como rellenar un pavo.

—Sí, pero enseña las cucharas. Muy sexy.

—¿Las cucharas?

—Sí, donde el culo se junta con... —Tragó saliva y dijo—: Sería más fácil enseñártelo.

Sus rodillas se separaron un dedo.

—Enséñamelo —dijo, con voz susurrante, los ojos reluciendo con una mirada de oh-Dios-mío-lo-estoy-haciendo.

Thomas apartó la mesilla de café y se arrodilló delante de ella.

Un fóllame-fóllame-fóllame-fóllame a bajo volumen flotó en la sala de estar.

Le puso las manos en las rodillas. Ella suspiró. Abriéndole las piernas, introdujo lentamente las manos bajo su falda y le pasó los pulgares por las rodillas, por la piel desnuda, hasta el hueco del interior de sus muslos.

—Aquí —susurró, colocando los pulgares en las cavidades a ambos lados de sus bragas—. La parte más sexy de la anatomía femenina —dijo—. Las cucharas.

La expresión de Sam era ebria, juguetona y aterrorizada al mismo tiempo. Se retorció como si buscara los pulgares de Thomas.

Thomas deslizó los pulgares bajo sus bragas y lentamente se las bajó por las piernas.

«Esto no puede estar sucediendo». Miró de soslayo la pantalla de televisión. La escena había cambiado. Ahora, un hombre de inmensos músculos vestido de sacerdote estaba desabrochando la blusa de una viuda con velo. Bajo la gasa negra, la mujer frunció los labios morados con turbación sexual. Sus pechos parecían asombrosamente blancos contra la seda negra, sus pezones, de color rosa pubescente.

—¿Has hecho alguna vez farsas sexuales? —preguntó Thomas, con más ánimo de burla que esperanzas. Le ardía la cara.

—¿Sexo en grupo? —respondió Sam, uniéndose a él en la alfombra—. Cuando era niña, todos los niños a los que conocía eran fanáticos del porno.

Thomas se rió y la atrajo hacia sí, quizá con más fuerza de la que pretendía. Le abrió la blusa imitando al sacerdote.

Sam rió tanto como gimió durante los prolegómenos, y Thomas se sintió relajado. Ella era tan sincera en su humor como en su deseo, y parecía totalmente desinhibida.

Estaban allí para jugar.

Finalmente, el sacerdote levantó a la viuda hasta su escritorio, con las piernas abiertas, y Thomas penetró con fuerza a la agente Logan. Era como hundirse en luz húmeda. Era perfecta.

—Mmm, Dios —gimió Sam.

—Ahora, fólleme, padre —dijo entre jadeos la viuda bajo su velo negro—. Fólleme...

Thomas dudó. Todo su cuerpo temblaba.

—Hacía mucho tiempo... —dijo.

—¿Y esas animadas estudiantes? —murmuró Sam.

—No les gusta mi forma de control de natalidad.

—¿Cuál es esa forma?

—Los escrúpulos.

Le pasó un dedo reluciente por la mejilla, como si siguiera el rastro de una lágrima.

—Es el fin del mundo, profesor. Los escrúpulos ya no venden.

Se besaron por primera vez.

Después de que Thomas descubriera los pechos de Sam, la cámara se concentró en la viuda. Se frotó la perlas contra los pezones y se alzó el velo para lamerse las puntas de los dedos. Tenía los rasgos tensos de una puta y a la vez la suavidad de una adolescente. Hermosa, pero poco atractiva, como los niños objeto de abusos sexuales...

—Dios mío —susurró Thomas.

—¿Qué?

—Es ella... Joder, es increíble.

—¿Quién?

—Crema —respondió con una voz muerta—. Cynthia Powski.

Thomas se despertó sobresaltado, el corazón le latía a martillazos. Todavía era de noche. Sam estaba, esbelta y cálida, a su lado. Le dolía la oreja derecha. Su cojín era como el regazo de una vieja.

Buscó con los oídos, por los espacios oscuros de su casa, un sonido. No oyó más que el silencio de la madera.

Cerró los ojos y vio a Cynthia Powski con la lengua desbordante de semen.

Sintió un peso, como si tuviera a un niño sentado en el pecho.

Vergüenza.

Vergüenza por la debilidad. Vergüenza por las mentiras estúpidas. Vergüenza por follarse a una desconocida mientras sus hijos dormían.

Vergüenza por Cynthia Powski, por mirarla mientras él...

Con los dedos bloqueó las lágrimas de sus ojos.
Vergüenza por todos esos años. ¡Todos esos años!
Todos esos años jodiendo. Mientras lo jodían.
«Neil y Nora».

Por un momento, le pareció que no podía respirar.

Gimiendo, Thomas bajo las piernas por el lateral de la cama. Se quedó sentado un momento, frotándose lentamente el pecho.

Era psicólogo. Conocía la vergüenza. Sabía que era una de las llamadas «emociones sociales», que, a diferencia de la culpa, tenía que ver con el yo más que con los actos. La vergüenza era global, la culpa local. Esa era la razón por la que la vergüenza solía ser injustificada, una respuesta desproporcionada a lo que la había causado. La vergüenza siempre tenía causas, pero raramente razones. ¿A cuántos estudiantes esqueléticos y ansiosos de terapia les había dicho eso?

El conocimiento, ése era el corazón de la psicología humanista. La fe en que conocerse a uno mismo era trascendental. En que saber podía curar...

Quizá también eso fuera una trola.

Se puso de pie en la oscuridad. La piel se le erizó con el frío. Se encaminó hacia la puerta, se cogió al marco y se inclinó hacia fuera, como si estuviera en un balcón. El peso que sentía en su pecho no disminuía.

«Tengo plomo en el corazón», pensó inanemente. Como le ocurre a todo el mundo, pesaba más muerto que vivo.

La fuente de la vergüenza —la vergüenza real— era evidente. Era un cornudo. Se había hecho pocas ilusiones acerca de su matrimonio con Nora, pero la fidelidad era una de ellas. En sus quince años juntos nunca la había engañado, y había asumido simplemente que eso, que había sido motivo de orgullo tácito para él, había sido debidamente advertido y correspondido por ella. A diferencia de tantos hombres, él se merecía la fidelidad de su mujer. ¿No era así?

¿Qué había hecho?

La traición era algo curioso. En las pruebas, los sujetos consideraban mayoritariamente las amenazas relacionadas con la traición más peligrosas que las amenazas relacionadas con la casualidad, independientemente del grado de «riesgo objetivo». Ésa era la razón por la que la gente le tenía más miedo a los psicópatas que a coger el coche para ir a la tienda de la esquina, aunque era mil veces más probable morir a causa de lo segundo. La traición golpeaba más que las estadísticas. Quizá porque sus pérdidas no podían medirse. Quizá porque la gente es totalmente idiota.

Pero Neil y Nora. ¿Por qué debería avergonzarse de la traición de otros? ¿Era la indignación de los justos? ¿Dónde estaba la ira que ennegrecía la mirada y apretaba gatillos? ¿Eran ellos los que debían sentirse avergonzados! ¿No?

«¿Cómo pudieron?», gritó a nadie. ¿Cómo pudieron, a menos que, de alguna

manera, él lo mereciera? ¿Se trataba de eso?

Todavía colgando del marco de la puerta, lloró un rato. «¿Qué hice?». Después recobró la compostura, sin pensarlo, como lo hacen los supervivientes a un accidente de tren, y echó a andar por el pasillo.

Entumecido, se quedó mirando a sus hijos en la penumbra. *Bartender*, que ahora siempre dormía con Frankie, lo observó con sus ojos castaños de una sabiduría infinita. Su cola golpeaba el colchón.

Frankie había apartado las sábanas con las piernas y dormía, como de costumbre, con una mano metida en la parte delantera de los pantalones de su pijama. Ningún niño en el mundo era tan protector con sus pelotas. Ripley estaba a su lado, con las manos juntas, como si fuera a rezar. Parecía atterradoramente vieja con el pelo desgredado sobre la mejilla y la almohada. Como su madre.

Sonriendo, Thomas cerró los ojos y el pensamiento —no la calidez— de sus hijos lo embargó.

Los oía respirar. Realmente, verdaderamente.

¿Podía haber algo más milagroso?

Nuevas lágrimas descendieron por sus mejillas.

—¿A quién he traicionado? —susurró audiblemente. A nadie. A ellos no, los únicos que importaban. Había sido un idiota, sin duda. Pero nada más.

Llegas tarde.

Mientras espero, echo un vistazo a los libros que hay en tus estanterías. Freud y Nietzsche. Sedgewick e Irigaray. Me gusta que seas culta. ¿Habrás tiempo para el análisis?, me pregunto. ¿Seré algo más de lo que soy? ¿Un principio? ¿Una metáfora?

Estoy roto, mutilado... ¿o solamente soy sincero?

Encuentro una foto metida entre un libro de Updike y otro de DeLillo.

Eres tú. Lo sé porque estás en todas partes: en la lele, felizmente ignorante del agujero en tus bragas, en los estantes de revistas, un jugueteón pulgar metido en el interior de la braga del bikini. En las vallas publicitarias, tu lengua lame tus dientes. Eres el centro de todas las miradas. La solución universal.

Blanca. Mujer. Delgada como un raíl.

Me escondo al oír el sonido de las llaves. Me encanta el tacto de tu alfombra entre los dedos de los pies. Esbozo la sonrisa de los niños ocultos en una emboscada.

¿Me abrumarás con conceptos? ¿Me declararás un síntoma o una enfermedad?

Veo cómo te desnudas desde la penumbra de tu armario. Me pregunto qué piensan tus teorías de tu tanga, de las cuchillas que llevas al último rincón de tu piel. ¿Qué harían ellas con tu maravillosa piel tersa, piel de veintiocho años que quiere regresar a los catorce?

Te rascas las nalgas con tus uñas con esmalte claro y maldices tu falda de lana. Aguanto la respiración cuando te vuelves hacia mi escondite y caminas con un candor inconsciente...

En el pasado me preguntaba por qué la gente era capaz de maltratar a sus animales de compañía. Ahora lo entiendo.

Los convierten en pequeñas personas.

19 de agosto, 7:20

Thomas arrastró una mejilla dolorida por la almohada, se sorbió los mocos y gimió. Fieles a su costumbre, Frankie y Ripley estaban discutiendo en el baño. ¿Qué hora era? Antes de que sonara el despertador, seguro. Pequeños cabrones.

—¡Ripley! —se quejaba Frankie—. Cuando es pis, no hay que tirar de la cadena.

—Eres un guarrete.

—... y cuando es caca sí hay que tirar. ¡Lo ha dicho Mia!

Tan. Jodidamente. Cansado. ¿Por qué no podían dormir hasta tarde por una vez? Sólo una vez.

Oyó un gruñido entrecortado. Una mano cálida le acarició la espalda.

«Está bien... Sam».

—Buenos días —dijo ella dando un traspié, desnuda, buscando su ropa. Thomas la miró con sus ojos adormilados y se maravilló ante su perfecto culo de patinadora artística. La luz del día entraba por las cortinas traslúcidas y convertía en mármol su piel, iluminando su vello invisible. Parecía que la forma de Sam se hubiera quedado grabada en su interior; un millón de años, toda una vida de condicionamiento social..., esa mujer perfecta. Había algo glorioso en ello.

En el titular diario de su vida, pensó, el de hoy diría:

EXUBERANTE AGENTE FEDERAL SE TIRA A ACADÉMICO DEPRIMIDO.

Demasiado bonito.

Todavía estaba adormilado cuando ella volvió con su falda y su blusa. Contempló cómo estiraba el cuello hacia un lado y otro ante su espejo de cuerpo entero, frunciendo el entrecejo al tratar de alisar una arruga a la altura de su barriga, primero pasando una mano por encima de ella, después recolocándose una y otra vez la cintura. Murmuró «Mierda...» repetidamente, cada vez con el desdén de por-qué-yo que las mujeres reservan para la ropa no cooperativa y las partes del cuerpo rebeldes.

Si parpadeaba lentamente, se quedaría dormido.

Pero mientras se adormilaba, el pesar liberó una corriente de asociaciones y después, como el cordón de los pantalones de un pijama, empezó a sostener las cosas en su sitio. Vio a Neil metiendo la mano por las profundidades de la falda de Nora, como si fuera a encajarle la mano a otro hombre. Vio a Frankie encorvado entre sombras en la cima de las escaleras, observando a Sam y a él en una agitación de imágenes pornográficas. Después todo empezó a diluirse, parpadear... Gyges

frunciendo el entrecejo ante su reflejo. Mackenzie riéndose como un gnomo. Cynthia Powski berreando, arrullando, sangrando...

Sonó el despertador.

Se sintió clavado a la almohada por las sienes. Moviéndose tan poco como pudo, cogió el teléfono y graznó: «Trabajo». La grabación digital de Suzanne le hizo cosquillas en la oreja. «Día de la salud mental», dijo después del tono.

Levantando trabajosamente el culo de la cama, vio que las escaleras estaban desiertas. Esperaba que Ripley y Frankie estuvieran jugando alegremente con la nueva amiga de papá. Se dirigió al baño arrastrando los pies, ansioso, con un cuerpo que aunque despierto todavía daba bandazos.

Era obsceno lo bien que podía sentar una ducha caliente. Su cuerpo se regocijó bajo el aguacero cargado de vapor, aunque sus pensamientos seguían pinchándolo con recriminaciones.

Frankie y Ripley. Ellos eran lo único importante.

Sam lo entendería. ¿Verdad?

Bajó los escalones corriendo, todavía secándose el pelo con la toalla. Sam, casi tan elegante como el día anterior, salió del estudio con Ripley, que iba cogida de su mano. Aunque algo incómodas, parecían estar bien juntas.

—¿Qué tramáis? —preguntó.

Sam le dedicó una sonrisa desconcertada.

—Creo que estamos buscando algo llamado... —Hizo una mueca—. Bebé-piel.

—No encuentro el bebé-piel por ninguna parte, papá.

—¿Has mirado en el rincón de *Bart*? —*Bartender* tenía su rincón en el sótano, donde le gustaba acumular cosas.

—No.

—Ve a mirar allí. Probablemente *Bart* ha estado mordiéndolo, o mordiéndola, lo que sea.

—¡*Bart*! —gritó Ripley con el gesto autoritario de las niñas pequeñas que juegan a ser madres airadas—. ¿Has cogido el bebé-piel, *Bart*?

Era raro el modo en que los momentos más naturales podían parecer incómodos en presencia de alguien nuevo. En las cosas de la rutina diaria, nada parecía objeto de reflexión, todas las estridencias estaban amortiguadas por la familiaridad. Pero añádase un desconocido a la mezcla y todo cambia. Con un recién llegado aparece el espectro del juicio.

Una vez que Ripley hubo desaparecido, Sam dijo:

—¿Bebé-piel, eh?

—¡*Bart*! ¡Chucho sarnoso! —exclamó una voz procedente de las escaleras del sótano.

—Una de esas espeluznantes muñecas que parecen de verdad —explicó Sam—.

Empezaron a llamarla Bebé-piel cuando perdieron su ropa. A ojos de todo el mundo, es un bebé cálido y rosado... —Frunció los labios para formar una línea agria—. Pero muerto.

Como Sam no respondió, Thomas añadió:

—Mis hijos son raros.

—Así que han salido al padre.

—Algunos días creo que tiene más que ver con la educación que con los genes.

Ella lo miró pensativamente.

—¿Qué pasa? —preguntó él, aunque ya lo sabía. La locura de los dos últimos días había creado una intimidad entre ambos. Ahora, en la calma de telaraña de la mañana, esa intimidad parecía algo sorprendente, como despertarse misteriosamente sin ropa interior. Ella estaba confundida, quizá incluso más que él, puesto que estaba poniendo en riesgo su carrera.

Y la gente confundida solía retirarse rápidamente.

—Tengo que...

—Mira —lo interrumpió él—. Desayuna un poco conmigo y los niños. Observa al animal Thomas Bible en su ambiente. Investiga un poco antes de tomar una decisión.

Ella se lo quedó mirando con el rostro aún más adorable por los pequeños signos de lo sucedido la noche anterior. Ojos hinchados y vulnerables. El pelo ligeramente desgreñado. Maquillaje de bolso. Pensó en el corazón azul que había en el tablón de su cubículo. «No...».

—¿Te parece justo? —preguntó él.

Ella asintió nerviosamente.

—Me parece justo.

Thomas se maldijo por ser un idiota mientras se dirigían a la cocina. ¿Qué diablos estaba haciendo? Ella lo deseaba, lo veía. Pero no podía ahuyentar la sensación de que, más que eso, ella necesitaba su ayuda. Por alguna razón, ese caso le había clavado las garras hasta lo más hondo.

Y él no estaba interesado en un acuerdo global.

«Mis hijos son lo único que importa».

El desayuno en las mañanas de verano siempre le recordaba a Thomas cuánto adoraba su casa pese a todos los calamitosos y catastróficos recuerdos del divorcio. Era trivial, lo sabía, pero parecía tener la calma de una película. Había algo poético en las cosas: la luz del sol refulgiendo en los cristales, los niños inundados del brillo del despertar, los rayos veteando los electrodomésticos, proyectándose por encima del estrépito de cuchillos, cucharas y tenedores. La sombra del vapor de la tetera.

Si Nora no se hubiera llevado todas las putas plantas...

—Ah —le dijo Frankie a Sam con el mejor tono cinematográfico que puede poner un niño de cuatro años—, eres la que está al mando aquí.

Sam dedicó a Thomas una mirada que decía ¿de-qué-planeta-es? El sol iluminó su sonrisa.

Thomas volvió a llenarse la taza y preguntó que quién quería el último trozo de beicon antes —como siempre hacía— de metérselo en la boca. Los niños rieron, como siempre.

—Oh, ¿lo querías tú? —le gritó a Frankie con una sorpresa burlona—. ¡Haberlo dicho!

El móvil de Sam sonó en su bolso. Maldijo entre dientes después de mirar el identificador de llamada y después salió a la sala de estar. Thomas volvió a quedarse admirando su culo, esta vez a través de la falda.

—¿Le enseñaste tu cosa anoche, papá? —preguntó Ripley.

Thomas casi tosió los pedazos de beicon que tenía en la boca.

—¿Si le enseñé el qué?

—¿Tiras de la cadena cuando haces pis, papá? —preguntó Frankie. Estaba claro que era la Cruel Hora de las Preguntas Vergonzantes.

—Chicos, ya está bien de hablar de esas cosas. No es gracioso. Seguid así y conseguiréis que me detengan. Es suficiente. Basta de hablar de esas cosas, ¿de acuerdo?

—¿Por eso estaba aquí el FBI? —preguntó Frankie.

Se temía esa pregunta.

—No —empezó con cuidado—, no es por...

—Estaban aquí —interrumpió Ripley— porque el tío Cass es un psicópata.

—No es divertido, Ripley.

—¿Qué es un psicópata, papá? —preguntó Frankie.

Thomas sonrió.

—Es como un psicólogo, hijo, como yo. Ayudo a ponerse bien la gente a la que se le rompen los pensamientos.

Ésa era la idea, en cualquier caso. Aparte de ejercer de mentor de algún que otro alumno, lo único que hacía era pontificar delante de estudiantes y sostener raras ideas en revistas y conferencias. Pero técnicamente seguía siendo un sanador. Sólo que estaba a varios niveles de distancia de los que necesitaban ser curados.

Hasta hacía poco, naturalmente.

—¿Cómo se sabe que están rotos? ¿Les sale sangre?

—No —respondió. «Sangra otra gente».

—Se portan como locos —dijo Ripley—. No hacen lo que en teoría tienen que hacer. Como tirar de la cadena.

—Pero es pis —gritó con la ferocidad de un niño pequeño—, y no hace falta.

—¡Basta! —gritó Thomas dando un puñetazo en la mesa. Todo saltó: los cuencos de cereales, los cubiertos y los niños.

Con un susto de muerte, Frankie se echó a llorar. Ripley le lanzó una mirada de odio.

Thomas negó con la cabeza y cogió un trapo para limpiar la leche y los Cheerios que se habían derramado.

—Lo siento. Lo siento. Papá está un poco estresado, eso es todo. —En algún momento, se dijo a sí mismo, terminaría esa locura. Daría carpetazo a aquel asunto y lo envolvería con racionalizaciones halagadoras y después lo almacenaría en la sección «No Examinar» de su cerebro. Se arrodilló delante de Frankie, que saltó a sus brazos como un pequeño mono—. Shh, cariño. No estoy enfadado contigo.

—¿Estás enfadado con Ripley? —dijo sorbiéndose los mocos.

—Está enfadado con el tío Cass —dijo Ripley—. ¿Verdad, papá?

Thomas se volvió hacia su hija y le acarició la mejilla. Dios, sería una mujer extraordinaria. ¿Cómo podía ser que formara parte de un milagro como ése?

—Sí —reconoció—. Estoy enfadado con el tío Cass. Creía que era mi amigo. Creía que me quería, a mí y a ti, a Frankie...

—¿Y a mamá? —preguntó Frankie.

Thomas tragó saliva. Esos cabrones no ponían las cosas fáciles.

—Y a mamá —dijo—. Creía que nos quería a todos, pero no nos quería. Escuchadme bien, los dos. Esto es muy importante. Tenéis que prometerme que si veis al tío Cass...

Justo entonces Sam apareció caminando hacia su bolso, que estaba en la encimera. Los miró socarronamente.

—Cielos, chicos, estaba aquí al lado.

—Te hemos echado de menos, nena —dijo Frankie entre risas. Thomas le hizo cosquillas y él berreó alegremente. Soltó el cuello de su padre y retrocedió bailando, con las manos hacia delante y los codos apretados contra el cuerpo.

—¿Tienes que irte? —le preguntó Thomas a Sam.

—Sí. Era Shelley. El deber me llama.

Un instante después estaban todos en la puerta, Thomas rascándose la cabeza, Frankie y Ripley como pequeños actorcillos cómicos. Sam parecía aturdida por tanta atención. Levantó una pierna hacia atrás y se inclinó para ponerse el zapato izquierdo.

—Eh, Sam —dijo Frankie.

—Dime, guapo.

—¿Dónde están tus bragas?

Sam se quedó helada.

—¡Frankie! —gritó Thomas entre toses.

—El niño es bajito —susurró Sam—. ¿Cómo he podido olvidar que un niño es

bajito?

—¿Dónde están? —insistió Frankie.

—Buena pregunta. —Sonrisa incómoda—. Pregúntaselo a tu padre...

—¿Yo? —exclamó Thomas. Casi le preguntó si había mirado entre los cojines, pero lo pensó mejor.

Entonces se le ocurrió.

—*Bart* —dijo, sonrojado.

—Mm, muy bien —dijo Sam—. Dile al viejo *Bart* que puede quedárselas.

—Te acompañaré al coche —dijo Thomas—. Y vosotros dos, bocazas, id y terminaos el desayuno.

Sam y Thomas intercambiaron una mirada llena de significado. La gente siempre pone a prueba su rol ante las circunstancias. Era un importante reflejo social. Ella estaba estupefacta —Thomas lo sabía—, no por lo que los niños hubieran dicho o hecho, sino por estar allí, sugiriendo roles y posibilidades completamente desproporcionados para una sola noche de sexo enloquecido.

—Así que eso —dijo Sam cuando salieron al frío matutino del porche— era el animal Thomas Bible en su entorno natural, ¿eh?

Se rió mientras él buscaba las palabras.

—Está bien, Tom. Me lo he pasado bien. Me alegro de haberme quedado.

Thomas sólo pudo menear la cabeza. Se cogió los hombros como si la mañana fuera gélida, aunque no lo era. Miró al otro lado de la calle, asombrado por cómo los planos iluminados y las complejas sombras podían delatar la posición de un sol invisible.

—Ni un segundo de aburrimiento —dijo con poca convicción.

—No.

—Siento lo de *Bart* —añadió, todavía avergonzado y estupefacto—. Debe de haberse quedado sin orejas de cerdo o algo así.

—¿Profesor?

«¡Llámame Tom!». —Déjalo mientras vaya bien.

Thomas suspiró y se rió al mismo tiempo.

—Buen consejo.

Sin mediar aviso, Sam lo besó en los labios. Su lengua rebuscó en su boca.

Se separaron después de un momento ansioso. Sam miró a la calle visiblemente preocupada por si alguien los había visto. Habían roto las reglas, y antes de que la noche anterior terminara, Thomas estaba seguro de que serían la comidilla del barrio. Lo último que quería ahora era fama.

—¿Cuándo puedes pasarte por la oficina? —preguntó, como quien no quiere la cosa. «¡Esto es una locura!», gritaron sus ojos.

Thomas dudó.

—Precisamente quería hablarte de eso.

La sonrisa de Sam titubeó.

—¿De qué?

—De lo que dijiste la otra noche. De que Neil parecía estar haciendo todo esto por mí.

—Ésa es exactamente la razón por la que necesitamos tu ayuda.

Thomas se rascó la frente.

—Quizá. —La miró intensamente—. Pero tengo más cosas en que pensar aparte de mí.

Sam lo miró a los ojos.

—Tienes miedo de que...

—¿No lo tendrías tú?

Ella esperó.

—Supongo que sí. Pero podemos tomar medidas. Le podríamos impedir que te encontrara. —Vaciló y después dijo—: Y a tus hijos.

Thomas se percató de que también ella la sentía, la paranoia supersticiosa de que con sólo mencionarlas, las horribles posibilidades podían convertirse en hechos horribles. Los humanos estaban programados para ver desenlaces que no existían. El héroe tenía que sufrir... eso lo sabía todo el mundo.

—No lo conoces —dijo Thomas—. Neil es... brillante. Tiene una asombrosa capacidad para sortear los obstáculos.

—Bueno, por fin tiene a alguien a su altura, ¿no?

—¿En el FBI?

—Estaba pensando en ti, Tom.

Con las cejas arqueadas, Thomas negó con la cabeza.

—Respuesta equivocada, agente Logan. Desde que lo conozco, ese tipo me ha ganado en todo, desde el Risk hasta el tenis.

—Pero esta vez no estarás jugando solo.

Había algo en su mirada que lo inquietó y lo entusiasmó hasta el punto de dejarlo sin respiración. Casi podía sentir la dopamina fluyendo por su núcleo caudado. Se estaba enamorando de ella, enamorándose de veras. Y eso era un problema. Como diría Neil, el perfil neuroquímico del amor se diferencia poco del de un desorden compulsivo obsesivo. Y ahora, más que en ningún otro momento de su vida, tenía que ser racional.

—Me gustaría decir que me tranquiliza. De veras. Pero el FBI...

Sam parpadeó, ostensiblemente herida. Se apartó de la mejilla un mechón de cabello, suave como la seda.

—Estaba pensando en mí —dijo, volviéndose hacia el coche.

—¿Sam? —gritó Thomas, siguiéndola—. Sam.

—Está bien, profesor —dijo ella abriendo de un tirón la puerta del Mustang. A juzgar por su expresión, había vuelto a convertirse en la agente Logan—. Conoces a Neil mejor que nadie, tienes que proteger a los tuyos. Lo entiendo. Créeme. —Le apretó la mano.

—Lo siento, Sam.

—Lo sé.

Pasaron unos segundos incómodos. Sam entró en el coche y después, con la mirada perdida, lo encendió. El sonido de su coche tenía dientes.

Frankie y Ripley estaban discutiendo en la mesa cuando Thomas volvió. Algo relacionado con la ropa interior de Sam, por supuesto. Thomas iba a intervenir, pero el teléfono los sobresaltó a todos y los dejó en silencio. Miró el identificador de llamadas. Cerró los ojos para recobrar la compostura y cogió el teléfono.

—¿Nora?

—Hola, Tommy. Escucha, ¿puedes hacerme un favor?

Por un momento no supo qué decir. ¿Un favor? ¿Después de los dos últimos días?

Dejó a los niños en la cocina. Oía a Ripley diciendo: «El tío Cass... es un psicópata» con su voz de pinchadiscos de la radio.

—Me estás tomando el pelo —le dijo a su ex mujer.

—¡Papá! —gritó Frankie—. ¡Ripley ha dicho psicópata!

—Papá está hablando con mamá —gritó, sabiendo que eso les haría callar. Se callaron.

—Necesito que te quedes con los niños un tiempo más —dijo Nora.

Thomas esperó, frenado por el temblor en la voz de Nora. Lo sorprendió lo poco que había pensado en ella desde la noche anterior con Sam, y se preguntó sin querer si aquello era un clásico de la psicología masculina, algo «programado para maximizar las posibilidades reproductivas». Más vale pájaro en mano, dicen...

—¿Desde dónde llamas?

—Ha sido horrible, Tommy —susurró, como hacía siempre antes de llorar.

El terror le ardió en las extremidades, la cara y el pecho.

—¿Qué ha sido horrible, Nora? —Dio la espalda a los niños—. ¿De qué estás hablando? —Al decirlo le dolió la garganta, como si hubiera forzado las palabras a dar satisfacción al deseo primario de gritar.

Ahora veía a Neil en todas partes.

«Por favor, no, no...».

—El FBI... —dijo, con un nudo en la garganta. Con un torrente de alivio, Thomas se dio cuenta de que debían haberla retenido, probablemente la habrían asustado para que cooperara—. Les hablaste de Neil y yo, ¿verdad?

—¿Qué esperabas que hiciera, Nora?

«Quien la hace, la paga, zorra». —Mira, Tommy, no sé por qué te lo dije. No tendría que habértelo dicho. Lo último que quiero es hacerte daño...

Increíble. Se estaba disculpando por decirle que se estaba follando a su mejor amigo, como si la sinceridad fuera el único pecado real.

—Sí, me quedé de piedra —dijo con una ligera crueldad—. Imagínate. Descubrir que toda tu vida ha sido... —Una repentina punzada le silenció la voz. Contuvo unas lágrimas ardientes en los ojos. Se maldijo por idiota—. Imagínate —prosiguió con la voz quebrada— descubrir que toda tu vida ha sido una puta farsa.

«¿Cómo has podido hacerme esto, Nora? ¡Por favor!».

—Estás enfadado —dijo, como si hablara de una inevitable fase adolescente.

«¡Maldita zorra! ¡Maldita, puta!».

Logró obligarse a decir:
—Seguro que se me pasará.

Siguió un largo e incómodo silencio. Thomas se dio cuenta de que estaba llorando.

—Eh... —dijo en voz baja.

—¿Qué voy a hacer, Tommy?

«Lo quiere. Quiere a Neil».

Su suspiro fue tan producto del asco como del pesar.

—Escucha. Búscate un abogado, Nora. No te despistes. Puedes estar segura de que ellos no lo harán.

—¿Quién?

—Necesitas a alguien implacable. Con sed de sangre y listo. ¿Qué tal ese tal Kim que utilizaste para lo nuestro?

—Es un abogado de divorcios, Tom.

—Exacto —dijo, colgando.

Recostó un momento la cabeza contra la pared. Tenía miedo de ponerse a vomitar. Ser cruel no estaba en su naturaleza, por mucho que lo intentara.

«Estúpido. ¡Maldito estúpido!».

¿Qué estaba haciendo? ¿Sintiendo vergüenza? Era lo que se merecía.

Además, probablemente sólo la estaban intimidando.

—¡Quería saludarla! —gritó Frankie desde la cocina. Ripley estaba mirando su cuenco de cereales vacío.

Thomas saltó cuando sonó el timbre. Se le cayó el teléfono.

—Mierda-mierda-mierda-mierda-mierda —dijo entre dientes.

—¿Dónde está mamá? —gritó Frankie.

Thomas se asomó a la ventana y vio a Mia en el porche, con unos pantalones cortados, una camiseta y unas mullidas zapatillas deportivas blancas. «Gilipollas entrometido», pensó, incapaz de reprimir una sonrisa.

Abrió la puerta a regañadientes.

—¿No trabajas hoy? —preguntó Mia inclinándose contra el marco.

—He llamado diciendo que estoy enfermo. Quería darte un respiro con los niños.

Mia asintió con una mirada de escepticismo de dibujos animados.

—Así que —dijo amablemente— el FBI ha estado aquí...

—Varios —dijo Thomas.

—¿Te han interrogado toda la noche?

Thomas cerró los ojos, sonrió y se rindió a lo inevitable.

—Venga, Mia —dijo—. Te lo contaré todo. —No pudo resistirse a añadir—. Eres transparente como un salto de cama, ¿lo sabías?

Con las cejas alzadas, Mia lo señaló con el índice al entrar.

—¡Mia! —gritaron al unísono Frankie y Ripley.

Mientras Thomas cambiaba su albornoz y sus calzoncillos por unos vaqueros, una camisa y una americana, Mia consiguió poner a los niños delante de la tele. Thomas preparó café y se unió a su Vecino Número Uno en la mesa de la cocina. Se pasaron alrededor de una hora comentando los dos días anteriores. Aunque en muchos sentidos Mia se había convertido en su mejor amigo desde el divorcio, Thomas evitó cualquier mención a la relación de Nora con Neil, o a su noche con Sam. Primero tenía que ordenar esas cosas por sí mismo, o al menos eso creía.

Al fin, Mia respiró hondo.

—Guau.

—¿Intenso, eh?

—¿Tú crees? —Se manoseó la cara como si tratara de arrancarse la locura—. Bueno, ya sabes lo que dice Marx.

—¿Crees que lo sé? —preguntó Thomas. Mia citaba a Marx del mismo modo en que otros citaban a un guía espiritual de moda en la tele.

—«Con el hombre, la raíz de la materia siempre es el propio hombre». —Soltó una risotada como si se le ocurriera algo medio divertido—. Aunque no creo que se refiriera a la materia gris.

—Neil está enfermo —dijo Thomas amargamente.

—No pareces convencido.

Algo en ese comentario le puso la piel de gallina.

—¿Cómo voy a estarlo? Neil se está limitando a hacer lo que predica, ¿no crees? Las desgracias ocurren. Los tornados se llevan coches. Estallan bombas en cafeterías. El cáncer se extiende. Las arterias se bloquean. Cada respiración, cada latido, es un riesgo más. Así funciona el mundo. Sólo nuestros circuitos mentales permiten que nos parezca de otro modo. Lo único que Neil está diciendo es que lo mismo le sucede a nuestras neuronas. Que todos nuestros pensamientos, todas nuestras experiencias, son otro golpe sináptico de dados. Estadístico, sin significado.

—Sin duda, no parece así.

—¿Por qué iba a hacerlo? Nuestros cerebros evolucionaron para procesar información, percepciones, y dar respuestas efectivas, las cosas que hacemos. Vemos los coches que se acercan y los semáforos, y nuestro pie aprieta el freno. No vemos todos los procesos neurofisiológicos implicados. Nuestro cerebro es ciego a sí mismo, está más centrado en los acontecimientos exteriores que en los interiores.

Mia jugueteó con un mechón de pelo, con la mirada perdida.

—¿Y?

Thomas respiró hondo, olió el sol sobre el polvo y el recuerdo del beicon del desayuno.

—Y, cuando decidimos, escogemos, o esperamos, o tememos, o lo que sea, es lo mismo que cuando vemos u oímos: el cerebro no es autoconsciente. No percibimos lo que hace posible la experiencia. Toda la maquinaria neurofisiológica que genera la elección, la esperanza, el oído, etcétera, lo procesa sin procesarse a sí misma. Para nosotros, cada pensamiento procede de la nada, constituye una especie de... inicio absoluto, así que parecemos estar fuera de las redes de causa y efecto que rodean todo lo que somos, incluido el cerebro. La consciencia es como la rueda de un hámster, siempre se mueve, pero al mismo tiempo es también inmóvil. Para nosotros, siempre es ahora y aquí. Siempre sentimos que podríamos haber obrado de otro modo porque nuestras elecciones siempre parecen estar al principio de los acontecimientos y no en mitad de ellos.

—De acueeeerdo —dijo Mia con recelo.

—Mira —dijo Thomas, alargando el brazo y cogiendo una moneda de veinticinco centavos de la encimera—. Mira. —Abrió las manos para enseñarle a Mia que las tenía vacías y después las cerró. Cuando volvió a abrirlas, la moneda brillaba débilmente en el centro de la palma de su mano derecha.

Mia se rió.

—Eso está muy bien —dijo.

—Parece magia, ¿verdad?

Mia asintió con una expresión repentinamente pensativa.

—Como si la hubieras sacado de la nada.

—Ahora mira —dijo Thomas repitiendo el truco, esta vez con un ángulo que permitía a Mia seguir la moneda todo el tiempo—. Nuestros pensamientos no son distintos. Parecen surgir de la nada, pero sólo por un juego de manos neurofisiológico, porque el cerebro se engaña con sus propios trucos. Parecen magia. Especial. Sobrenatural. Espiritual. Aparta la cortina de huesos y esa magia se evapora.

—Pero hay una diferencia —dijo Mia—. Nosotros somos nuestros pensamientos. Thomas asintió.

—Exactamente. Eso es lo que somos. Cerebros entreviéndose a sí mismos por una mirilla, viendo magia donde no la hay.

Mia pareció mirar más allá de él, como si pusiera a prueba sus palabras con la inmediatez de su propia experiencia.

—Así que tú y yo, aquí sentados...

—Sólo somos dos biomecanismos que se convierten en más percepciones. Todas las razones, las finalidades, los significados no son más que el resultado del hecho de que la maquinaria neuronal responsable de la consciencia tiene acceso a una pequeña parte de lo que nuestro cerebro procesa, una pequeña parte que confunde constantemente. Fuera de esa parte, no hay razón, no hay fin, no hay significado. Sólo... —se encogió de hombros—. Sólo cosas que suceden.

Frunciendo el entrecejo, Mia lo contempló largamente.

—Así que cuando voy al centro comercial, estoy rodeado por hordas de... ¿biomecanismos? Sólo parecen gente.

Thomas se preguntó qué diría Neil. ¿Contaría que había jugado con algún que otro supuesto terrorista como si fuera una marioneta, y sin que tuviera la menor idea?

¿O cogería a Mia y le haría una demostración de primera mano?

Thomas se apretó el puente de la nariz.

—Sólo parecen personas porque no puedes acceder a los procesos que les hacen funcionar. Así que se convierten en motivadores flotantes, cosas que sólo pueden seguirse, y cuyo comportamiento sólo puede predecirse, por medio de nuestros sistemas neuronales. Nuestros cerebros están exquisitamente en sintonía entre ellos, hasta el extremo de que todo lo que haces o dices pone en marcha en mi cerebro los mismos patrones neuronales que en el tuyo. Se interrelacionan reflejando continuamente los procesos de los demás. Pero como la conciencia no puede acceder a esos procesos, sólo «nos damos cuenta». —Thomas frunció los labios en una falsa sonrisa—. La gente se parece a los demás por la misma razón que parecemos seres que piensan libremente y que toman iniciativas.

—Porque nuestros cerebros —dijo Mia lentamente— no ven lo que pasa en su interior. Porque constantemente confundimos el medio con el principio.

Thomas asintió.

—De ahí la ilusión de que estamos fuera de la flecha del tiempo. De que de alguna manera trascendemos la maquinaria estadística que nos rodea. —Contempló cómo su pulgar recorría el borde de su taza de café y volvió a levantar la mirada hacia su Vecino Número Uno—. De que poseemos almas.

Mia ya no estaba mirándolo, ni más allá de él, ni a ninguna parte. Se había recostado en su silla con las manos colocadas en un gesto que estaba entre la protección y el enfado.

—Así que todo esto... esto que está aquí ahora... ¿es una especie de truco de

magia? ¿Un sueño?

Thomas bajó la mirada hacia sus calcetines y se maldijo por preguntarse, de nuevo, qué diría Neil.

—¿Tommy? ¿Esto no es verdad?

—Eso cree Neil —respondió sin levantar la mirada—. Y nadie sabe más de ciencia que él.

—No es más que cháchara científica reduccionista —declaró Mia con un tono de airada resolución. Como todos los marxistas, tenía una inquietante capacidad para tomarse las abstracciones de un modo personal—. Ni siquiera son capaces de saber qué alimentos son saludables.

Thomas se lo quedó mirando un momento, reprimiendo la necesidad de discutir, de insistir y dejar sin argumentos. Podía decirle a Mia que lo que estaba en cuestión allí no era qué resultaba más fundamental, sino qué afirmaciones podía la gente tomarse en serio. Podía recordarle Hiroshima o cualquier otro de los horrores y maravillas que hicieron progresar la ciencia. Podía recordarle que otras instituciones que iban por ahí haciendo afirmaciones, incluidas las que reducían lo científico a meras «construcciones sociales», «juegos de palabras», o a la obra de falsos dioses, no eran capaces de juzgar sus propias aseveraciones.

Pero en lugar de eso le preguntó.

—¿Cómo está tu café?

—No —exclamó Mia—. Conozco esa mirada...

—¡Papá, papá! —gritó Frankie desde la sala de estar.

Thomas se volvió para ver cómo su hijo entraba a la carrera en la cocina.

—¡He encontrado las bragas de Sam! —declaró orgullosamente. Agitó las bragas blancas de Samantha por encima de la cabeza, con su salvaslip y todo.

—¡Herr Doktor! —dijo Mia arrastrando la voz con un asombro fingido.

Thomas le arrancó a Frankie las bragas de las manos y se las metió en el bolsillo de la americana. Dedicó a Mia una sonrisa lúgubre.

—Dime —preguntó su vecino maliciosamente. Mia siempre marcaba más su acento de Alabama cuando, como él decía, el diablo se apoderaba de él—. ¿Cómo es?

—¿Cómo es el qué?

—Follarte a la ley.

Mia se marchó poco después explicando que, en contra de lo que parecía, tenía un trabajo. El resto del día pasó sin incidentes, con la excepción de que Frankie se abrió la cabeza contra la barbacoa. Los tres estaban jugando a tirarse la pelota en el jardín de atrás. El muy cabroncete se había agachado bajo el quemador lateral para recuperar la pelota y se puso de pie. ¡Bam! Thomas había visto cómo sucedía todo, y aunque sabía que no era nada importante, se había producido un instante de puro

horror... Frankie agachado, con las manos en la cabeza, una línea de sangre cayendo entre su pelo negro. El jardín había retumbado con el sonido de derrumbes invisibles, de grandes torres o embarcaderos cayendo, como si el mundo no fuera más que el suelo donde se estampa un edificio desmoronado.

¿Cómo se había vuelto todo tan frágil?

Aunque Frankie insistió en que tenía que ir al hospital, al «Urgenciero». (Thomas no tenía ni idea de dónde había sacado eso), les llevó a los dos al parque y recorrió con ellos la hondonada. A pesar de su confusión, las vertiginosas oscilaciones entre el horror (la idea de que Neil regresara), el entusiasmo (la idea de Sam quitándose las bragas) y la ira (la idea de Nora jadeando contra la mejilla de Neil), logró divertirse con los niños. Recogieron una docena de latas de cerveza aplastadas que encontraron entre los helechos. En el frío de la gruta, contaron los bichos que se deslizaban por la superficie rizada del río y él les explicó qué era la tensión superficial.

—Como Jesús —dijo Ripley con la certeza de un contertulio radiofónico. (Thomas tampoco tenía ni idea de dónde había sacado eso). No era sorprendente que los padres tuvieran tendencia a proteger a sus hijos. A Thomas le aterrorizaba imaginar a sus dos hijos buscando oro con un cedazo en las aguas del río cultural de Norteamérica. Había demasiados conductos de aguas residuales, demasiadas sombras de Neil. Pero con un mundo cada vez más fragmentado y deseoso de adhesiones inquebrantables y pelotilleras, mandarlos a escuelas privadas parecía una contribución a un futuro aún más engañoso y clasista. Tenía que haber un espacio común, por muy jodido que fuera. La gente tenía que relacionarse.

Después de meter a esos dos cabroncetes en la cama y besar la «pupa» de Frankie una docena de veces, Thomas puso las piernas sobre el sofá y vio un viejo episodio de *Seinfeld* en Nickelodeon. Pero le resultó imposible reír. Navegó por distintos canales personales, o «miradores», como los llamaban, en buena medida para asegurarse de su cordura. Un billón de personas perplejas, todas agitando los puños en el simulacro de certidumbre, cada una de ellas con su parte de chivo expiatorio. Después navegó por las páginas de noticias, saltando entre anuncios que complacían los prejuicios mayoritarios (la información, como cualquier otra mercancía, estaba enfocada principalmente a satisfacer al cliente) y baratos programas de la televisión pública. Las imágenes refulgían y la sala de estar brillaba, se oscurecía y cambiaba de color como un contrapunto en tres dimensiones.

No importaba cuántas veces se pasara las palmas de las manos por los muslos, siempre se sorprendía retorciéndoselas.

Sam no llamaba.

No se hizo ninguna mención, ni nacional ni local, de Neil y sus crímenes. A Thomas no le sorprendió. El Quiropráctico había vuelto a actuar, esta vez con una críptica carta al *New York Times*. Varios senadores habían cambiado de bando en el

asunto de los subsidios a la gasolina. La economía rusa, bajo mínimos después de la destrucción del sur de Moscú, parecía estar jugando una especie de yo-yo petrolero. Por supuesto, se habían producido más eco-disturbios en Europa, pobres cabrones congelados. Y alguna que otra «buena» noticia aquí y allá: cosechas récord en Texas, más lluvia milagrosa en el Sahara, aumento de la asistencia a las iglesias en todo el mundo.

«El mundo termina aquí, empieza aquí». Pero nunca era, pensó Thomas, el mismo.

Oyó un ruido en la cocina, levantó la cabeza por encima del respaldo del sofá. La cocina estaba a oscuras. Un azul pálido danzaba en las paredes. El corazón le martilleaba. Oyó pasos. Un clic.

«¿Qué cojones pasa?».

En el transcurso del día, sus innumerables miedos habían perturbado todo lo que hacía. Ahora que se concentraron en esa única cosa, se volvieron muy intensos. Con el corazón a toda prisa, parpadeó y se quedó mirando las negras fauces de la cocina y no vio nada. Sabía, por la disposición de líneas y conos en su retina, que el centro de su campo visual era menos sensible a la luz que su periferia inmediata, así que trató de mirar un poco a su derecha.

Pero lo único que vio fue a Cynthia Powski engañándose a sí misma con cristales rotos.

Casi gritó de terror cuando *Bart* emergió de la oscuridad. La gente podía olvidar que los perros eran depredadores, pero los primates nunca lo hacían.

—Joder, *Bart*. Casi me cago encima.

Bartender trotó hasta el sofá y colocó la barbilla sobre la tela, con los ojos límpidos e implorantes.

Thomas se recostó en las almohadas y le dio un fuerte abrazo a su perro, grandote e inofensivo.

—Esta noche no vas con Frankie, ¿eh, *Bart*? —murmuró entre el pelo frío y húmedo—. ¿Creías que ibas a engatusar al viejo?

La cola de *Bart* golpeó la mesilla de café una vez, dos, después tiró al suelo la cerveza de Thomas.

Maldiciendo, Thomas alejó a su perro agitando los brazos. La cerveza estaba casi vacía, pero la mancha era tan grande que merecía un viaje a la cocina. Se detuvo ante la entrada negra, y por primera vez se dio cuenta de que la luz fluorescente que había sobre la pila estaba apagada. ¿No se suponía que esas cosas duraban toda la vida? A esa hora de la noche, la cocina solía ser un rincón iluminado en una casa a oscuras. Brillo plateado de luz estéril.

Se produjo un golpe seco en la puerta, a su derecha.

Esta vez gritó.

Se llevó la mano al pecho y miró por la ventana.

Era Sam.

Abrió la puerta de un tirón y ella se lanzó sobre él. Besos apasionados. Alientos desesperados.

—Me has decepcionado —jadeó ella—. Me has decepcionado dos veces.

—Lo siento —dijo él.

—Nada de disculpas —dijo ella, deteniéndose para contemplarlo. Sonrió con picardía—. Quiero que me compenses.

Estas son las reglas.

Dejas la compra, buscas en tu bolso las llaves.

Un hombre en bicicleta contempla el ruedo de tu falda mientras pedalea calle abajo. Le gustan tus piernas, largas y pálidas.

Un pájaro canta con la confianza de un cliente.

Las hojas se agitan en su verde oscuro, lentas como si estuvieran debajo del agua. Una cae al suelo girando como un billete de dólar.

Tu puerta se abre hacia la negrura de espacios con aire acondicionado.

El sol pica en los ojos de los niños que juegan en la casa de al lado.

Empujas la compra por el espacio oscuro. El plástico reciclado chirría contra el marco.

Te sigo.

Más cerca que tu sombra.

Más lejos que tus huesos.

Ahora estás tendida ahí, viendo cómo mi sombra gruñe a tu espalda, escuchando todo mi poderío animal. La sangre se te encharca alrededor de los labios, tus fosas nasales, cálidas como un lubricante. La hueles, tu vida, tan acre como cualquier excremento, e igual de resbaladiza. Sientes que tus lágrimas se desbordan por tus mejillas. Se desbordan.

Estás ahí moribunda, sin darte cuenta, sin resolución.

El cuello roto. Lloras sin que tu cuerpo te pertenezca ya.

La carne.

Éstas. Éstas son las reglas.

24 de agosto, 20:55

¿Por qué tenía que irse papá?

El colchón de aire que había debajo de él estaba frío y tembloroso, inseguro como su vientre.

—¿Por qué tenía que irse papá? —le preguntó a Ripley.

—Ya te lo he dicho —fue su respuesta, haciendo pucheros—. No hay sitio, Frankie. Papá es demasiado grande para la tienda.

—Hay sitio —dijo Frankie con una vocecita.

—Decías que querías dormir aquí solo.

—No.

Ripley golpeó los brazos contra el saco de dormir, frustrada.

—Síiii, te he oído, Frankie. Ahora duerme.

—Pero he cambiado de opinión, Ripley.

—¡Frankie!

—¿Por qué?

Como Ripley se negó a responder, se alejó de su hermana dándose la vuelta, con los ojos como platos, fijos en las sombras arrojadas por las luces que bailoteaban en el techo. El aire olía al frescor de finales de verano. Pronto iría a la guardería. Pero el exterior era oscuro, grande y hueco, lleno de grandes nada y de cosas terribles. Oyó a un perro ladrando en la distancia. Parecía enfadado.

—¿Dónde está *Bart*?

—Dentro —respondió Ripley con un tono peligroso en la voz.

Ripley se creía muy mayor. Pero pronto sería más mayor, y nadie le diría lo que tenía que hacer, y rescataría a niños pequeños de maizales peligrosos y balas trampa y dinosaurios. Hasta los psicópatas le tendrían miedo. La semana anterior, Mia se había quedado dormido mientras esperaba que papá fuera a recogerlos, y Ripley y él habían visto un programa sobre psicópatas, un programa muy chulo. Hasta habían visto fotografías de la escena del crimen, con sangre colgando como espaguetis de las paredes. «Psicos», los había llamado Ripley. Eran hombres malos, muy malos, como el tío Cass.

Frankie se rió para sí y dijo:

—¡Psicos! —Le gustaba esa palabra, decidió—. ¡Psicos! —dijo de nuevo entre dientes—. ¡Psicos!

Le pareció oír un tintineo al otro lado del nailon y tuvo miedo de nuevo. ¿Y si era un psico? Tragó saliva pensando en lo grande y vacío y oscuro que era el exterior. Podía haber un psico en cualquier parte, y Frankie no podía saberlo. ¿Cómo iba a

saberlo si no se veía nada? Quizá era eso lo que provocaba los ladridos del perro, un psico escondido en el agujero que había entre edificios, esperando a convertir a alguien en un espagueti.

—Quiero ver a *Bart* —dijo. Papá decía que *Bart* tenía sentidos sobrenaturales.

—¡Deja de lloriquear! —dijo Ripley como una pequeña mamá.

—No eres mi mamá —murmuró él.

Entonces lo oyó. El sonido de pies deslizándose por la hierba cubierta de rocío. Shhhh, shhhh...

—¡Ripley! —dijo él entre dientes.

—Lo oigo —dijo ella, con una vocecita tan pequeña como la de él.

Shhhh, shhhh...

Se volvió hacia la cara horrorizada de su hermana. La linterna estaba entre ellos, iluminando su cara desde abajo. Antes, Ripley se había puesto la linterna debajo de la barbilla y había intentado poner caras que dieran miedo. Frankie sólo se había reído. Ahora ella parecía tener más miedo que cualquier cara del mundo.

—No quiero ser un espagueti —murmuró Frankie—. Ripleeeeeey...

Oyeron un ruido procedente de la parte superior de su tienda de campaña. Ripley cogió la linterna con las dos manos y apuntó hacia el sonido.

Algo puntiagudo estaba penetrando en el nailon naranja.

Frankie no podía respirar. Quería gritar, pero algo le mantenía la boca cerrada.

Otro ruido. Ripley tiró la linterna hacia la entrada.

Al otro lado de la pantalla mosquitera todo estaba negro. La cremallera empezó a bajar, un diente reluciente tras otro.

Clic, clic...

Ripley gritó. La cremallera llegó abajo.

Algo oscuro explotó a la luz. Frankie sintió una mano de hierro cogiéndole el estómago.

—¡SOY UN OSO! —clamó una voz, y la cara sonriente de papá apareció a la luz. Sus dedos despiadados hacían cosquillas y más cosquillas. Tanto Frankie como Ripley gritaron de placer entre risas.

Pese a sus numerosas preocupaciones, Thomas estuvo con sus hijos, bromeando y jugando, hasta que se quedaron dormidos. Después, encendió la linterna en lo alto para que hubiera un poco más que un anillo de luz en el suelo y cuidadosamente salió de la tienda.

—Aaaaar —gruñó en voz baja cuando hubo bajado la cremallera, haciendo una mueca que le pareció divertida porque supo que sus hijos se habrían reído de haberla visto. Se encaminó hacia el jardín de atrás y se sentó.

Sacó una cerveza de la neverita, la abrió y después contempló la oscura extensión

de su jardín: la débil verja, el arce solitario, el columpio de los niños, el espacio en el que Nora y él habían planeado poner una piscina. Se sentía triste y orgulloso al mismo tiempo, como imaginaba que les sucedía a los hombres cuando evalúan los recursos de sus modestos reinos.

Era raro: esa palabra, «mío», con mucha frecuencia despertaba vergüenza al unirla a las cosas.

«Ese cobertizo es mío —pensó, dando un sorbo—. Cobertizo de perdedor... mío». El significado de los pequeños traumas de infancia había sido casi descartado en los círculos psicológicos. Los niños eran unos pequeños cabrones valientes, creían ahora quienes sabían del tema, casi totalmente a prueba de padres idiotas. Sólo los genes, los caprichos de la socialización con otros niños o la extrema incompetencia de sus padres podía acabar con ello. Todo lo demás, sostenían los expertos, se les olvidaba al día siguiente.

Thomas no estaba de acuerdo. Los pequeños traumas vivían como arañas en las grietas emocionales de la madurez, apoderándose de lo que podían y dejando el resto a los depredadores más grandes. Sus padres eran pobres y alcohólicos, pero sus amigos en la escuela procedían de hogares relativamente acomodados. Había crecido avergonzado de su fiambarrera promocional de una película del año anterior, de su ropa de Wal Mart, de su manzana golpeada en lugar de un bollo Twinkie. Había crecido callando durante la hora de comer.

Ahora la vergüenza manchaba todo lo que poseía. Todo lo «mío».

Pero, como diría Mia, en eso consistía la libertad económica. En la vergüenza.

«Pero esos niños...», pensó. Eran otra historia.

Sentía un orgullo que rompía el corazón.

Se frotó los ojos y saltó cuando vislumbró la sombra que flotaba en la parte trasera de su casa.

—¿Quién coño...?

—Soy yo —gritó Mia alzando una cerveza—. Quería tomar una copa contigo.

—Joder, Mia —dijo Thomas con un jadeo.

—¿Nos asustamos fácilmente, eh?

—Shhh —dijo Thomas, señalando la tienda de campaña que había en mitad del jardín—. Los niños se acaban de dormir.

Mia asintió y se rió.

—Llevan días sin parar de hablar de esta gran expedición.

—Se lo prometí antes de que todo se fuera a la mierda la semana pasada. —Parte de él todavía lamentaba haber cedido ante su incesante presión. Gracias al divorcio, se trataba de una paradoja de la condición de padre que Thomas conocía bien: era complicado no ser indulgente en tiempos de crisis familiar, y todavía más complicado no ser severo—. He pensado que con toda esta locura sería una buena distracción.

Mia asintió.

—¿Sabes algo nuevo de Nora?

Thomas hizo una mueca.

—Se niega a hablar. Sigue entre barrotes.

La pesadilla puesta en marcha por la visita de Neil había experimentado un par de giros surrealistas en los días siguientes, y el encarcelamiento de Nora había sido el más duro de ellos. Pensar en ello le despertaba una sensación de incredulidad similar a la que había sentido cuando cayeron las Iones Gemelas, la sensación de que alguien había cambiado el rollo de película en la Gran Sala de Proyección y que ahora las imágenes generadas por ordenador y las correcciones del productor se habían desbocado en el mundo real.

Nora se negaba a creer que Neil tuviera algo que ver con lo que estaba sucediendo.

Lo quería.

«Neil y Nora».

—Pobre muchacha —dijo Mia imitando el tono cinematográfico de Frankie. Había estado totalmente del lado de Thomas desde que éste le había hablado de lo de ella con Neil.

—Siento pena por ella —reconoció Thomas.

—No deberías. Es una zorra que te clavó un puñal por la espalda.

Thomas sonrió recordando una vieja diatriba de Mia sobre los «epitafios honestos».

—Creía que querías que grabaran algo parecido a eso en tu lápida...

—¿Y?

—No tires piedras...

—Aunque vivas en Israel... Ya, ya, soy un hipócrita. De todos modos, he cambiado de opinión sobre mi epitafio.

—¿Ahora cuál quieres?

Con las manos dibujó un marco.

—«No ha sido tan divertido».

Thomas se rió, aunque algo en esa broma lo repelió levemente, como ver bastoncillos para las orejas en la basura del vecino.

—Eres un capullo.

Una sonrisa resquebrajó la mirada inexpresiva de Mia.

—Hablando de follar —dijo—, ¿qué tal con la agente especial Samantha Logan?

Thomas soltó una risotada. Oír su nombre le hacía cosquillas.

—Acaba de volver de Nashville. Al parecer, un telepredicador llamado Jackie Forrest desapareció hace unos días.

Al tener noticia del secuestro de Jackie Forrest, Thomas había bajado al sótano

para buscar en sus cajas de libros, donde guardaba todos los aspirantes a libros de texto que le mandaban las editoriales académicas y todo lo que había sido demasiado vago para tirar. Encontró el libro con relativa rapidez: era difícil de pasar por alto, no sólo por su lomo estridente y repujado en oro, sino porque por azar había acabado al lado de un ejemplar de su propio libro, *A través del cerebro oscuro*. Las coincidencias podían ser muy crueles.

Se titulaba *El nuevo héroe: por qué el humanismo es un pecado*, de Jackie Forrest, una vieja reliquia del breve flirteo de Nora con el fundamentalismo. Todavía recordaba la oleada de alivio cuando ella le anunció su regreso al agnosticismo. En ese momento, Thomas había creído que le había mostrado lo débil que era la luz de Jesús al lado de la luz de la razón, pero ahora imaginaba que su relación con Neil había sido el factor decisivo. Por lo que respectaba a su alma inmortal, Nora había decidido pecar follando.

—¿Creen que tiene algo que ver con Neil? —preguntó Mia.

—Parece que sí. Jackie Forrest encaja en el perfil. Un capullo medio famoso.

Mia negó con la cabeza. En el momento de silencio que siguió, Thomas imaginó que estaba pensando o en el predicador gritando en algún lúgubre sótano o que, como él, trataba de no hacerlo. A pesar de la orden judicial de la agente Atta, Thomas había seguido contándole los detalles a medida que se conocían. Mia no era simplemente entrometido, era incansablemente entrometido, y con esa curiosidad de sólo-quiero-lo-mejor-para-ti era totalmente irresistible. Thomas le contaba invariablemente todo sobre todo, y se sentía mejor después de hacerlo. Mia era perspicaz y, lo que quizá fuera más importante, no le importaba dar su opinión sincera.

Pero esa cosa del Apocalipsis Semántico de Neil... A veces hasta Mia parecía lamentarlo. «Cuando me dijiste que se había convertido en un psicópata —había reconocido dos días antes—, pensé en sangre, cuchillos y tetas en la ducha. No en esto. Esto está más allá de la diferencia entre cordura y locura». Su Vecino Número Uno se había adentrado en el territorio en el que la curiosidad mató al gato, y lo sabía.

Mia se aclaró la voz.

—¿Le has regalado ya a Sam una peluca pelirroja? —Una manera patosa de cambiar de tema, pensó Thomas, pero bienvenida.

—¿Cómo?

—Sí... Para que sea como la agente Scully.

—A ti también te pone, ¿eh?

—Mucho —dijo Mia, más cómodo hablando de eso—. Si no fuera por Fox Mulder, podría ser hetero. Tú y yo estaríamos aquí hablando de tías y fútbol.

Thomas se rió.

—¿Acaso no estamos hablando de tías?

—Es un privilegio crecer en una casa bilingüe.

—Bueno, para responder a tu pregunta, no, todavía no le he comprado una peluca pelirroja. Lleva pistola, imagínate.

—Probablemente sea lo mejor. De todos modos, no está tan buena como la agente Scully.

—Disculpa...

—No tiene ese aire de mi-vida-es-triste-échame-un-polvo.

Thomas se rió a carcajadas, después se contuvo al recordar a los niños.

—Shhh —dijo Mia riéndose.

—A veces —dijo Thomas entre risas— hablar contigo es como fumarse un porro.

Mia lo había hecho muchas veces antes, especialmente durante los días más sombríos de su divorcio: distraerlo de sus preocupaciones, recordarle cómo era reír. Thomas sacó dos cervezas más de su neverita y le dio una a su Vecino Número Uno.

—Así que te ponía el tipo ese... El que interpretaba a Fox. ¿David Duchovny?

—¿A quién no? —respondió Mia—. ¿Por qué lo preguntas?

—Todas las chicas de Princeton babeaban con Neil porque creían que se parecía a él.

«¿No parabas de follar, eh, Neil?». Mia dudó, no quería entrar en un terreno potencialmente doloroso. O al menos eso imaginó Thomas.

—Odio decirlo, pero el viejo Fox no le llega a Neil a la suela de los zapatos. ¿Recuerdas que Bill y yo siempre te pedíamos que lo invitaras a nadar?

Thomas sonrió.

—No tenéis piscina.

—A eso voy. Ese hombre tenía algo olímpico... —Mia se detuvo. Después, rápidamente, añadió—: Razón por la cual es un puto zumbado. Los tíos perfectos siempre lo son.

Era un terreno doloroso, pensó Thomas. Apartó la mirada al no hallar palabras.

Como siempre, Mia rellenó el vacío.

—Así que Sam está buena —dijo, simulando estar poniendo orden en su conversación—. A ambos os quema el vello púbico... No quiero que creas que soy un entrometido, pero su coche pasa más tiempo aparcado aquí que fuera. ¿La cosa va en serio?

Thomas contempló la tienda de campaña en la oscuridad e imaginó a sus hijos acurrucados como pequeñas larvas en el interior. Calientes. Seguros. Según Sam, la información recibida de la NSA indicaba que Neil estaba en algún lugar de Florida. Información incuestionable: algo sobre patrones de compra e imágenes de cámaras de seguridad. Atta y Gerard estaban en Florida, poniendo al día a las autoridades locales, mientras Sam seguía peinando Nueva Inglaterra en busca de pistas, entrevistando a la familia, viejos amigos, cosas así. Los datos biométricos de Neil habían sido introducidos en casi todas las redes de vídeo digital a tiempo real del país:

aeropuertos, estaciones de tren, metros, incluso en peajes y sistemas de vigilancia de intersecciones urbanas. Lo que el FBI no tenía sobre el terreno quedaba más que compensado por los ojos que tenía en el cielo, o en el techo. No había nada de qué preocuparse, le había asegurado Sam.

Aunque podía imaginar a Neil haciendo cualquier cosa. Y aunque estuviera haciendo todo eso por sí mismo, Thomas era su espectador...

Y el espectador siempre se tenía que ocultar en la oscuridad, ¿no era así?

«Relájate». Se dio cuenta de que se había volcado más en los niños para demostrar que todo volvía a ser normal.

—No —dijo, incómodo de repente—. No va en serio.

Mia lo miró pensativamente.

—¿Por qué estás tan cohibido, Tom? Sé que no es por mí. Después de tantos años de hablar sobre nuestras relaciones, ¿qué hay que no hayamos comentado?

Mia tenía razón. ¿Dónde estaba el problema?

—Es sólo que... —Thomas dudó—. Es solo que todo parece tan... mierda, tan frágil.

Mia asintió.

—Como si mencionándolo lo volvieras real, y al volverlo real...

Thomas sonrió al reconocer su propio consejo.

—Es real —dijo—, no es perfecto, pero es real. —Thomas dio un trago nervioso—. Quiere que sea una parte activa del caso, no tienes ni idea. Lo discuto con ella, le doy los puntos de vista que puedo, pero sé que está muy decepcionada. A veces me preocupa que crea que soy un cobarde. Parece estúpido, ¿verdad? Pero ahí está Neil con esa furia asesina mutilando y torturando a gente inocente, hasta a niños, por el amor de Dios, y en lo único que pienso es... es...

«Nora».

Thomas se había quedado con la mirada fija en la cerveza. Se enfrentó a la mirada amistosa de Mia.

—Nunca antes me había sentido tan... derrotado, Mia. Durante todo este tiempo se ha estado follando a Nora, a mis espaldas. Durante todo este tiempo, me ha convertido en un idiota. Y en lugar de odiarlo, lo único que quiero es acurrucarme y convertirme en una pelotita. —Parpadeó, vio a Cynthia Powski, cubierta de sudor y jadeando entre orgasmos—. Pero a decir verdad, estoy aterrorizado. Más asustado de lo que lo he estado en mi vida.

—Yo también —dijo Mia—. Y sólo soy el vecino.

Thomas se dio cuenta de que no bromeaba. Los psicópatas eran cosa de películas, salaces noticias bomba y estudios clínicos, no de los barrios de Peekskill. La sociedad tenía un código para otras clases de amenazas, argumentos que daban a los vecinos una idea de su confort. Los hombres mataban a su ex mujer y a sus hijos, pero

respetaban la propiedad privada. Los gánsteres fugitivos huían de la ciudad a medianoche. Los terroristas se afeitaban la barba, se olvidaban de regar el césped, pero por lo demás trataban de pasar desapercibidos.

Los psicópatas eran algo totalmente distinto.

—Una verdadera mierda, ¿eh, Mia?

—Una mierda, amigo mío.

Thomas respiró hondo y rodeó la cerveza con los dedos.

—Mira, sé que no tengo ninguna razón para decirlo, pero no puedes contarle esto a nadie.

—¿Te refieres a lo tuyo con Sam? ¿O a Neil?

—Ninguna de las dos cosas.

Mia soltó una risotada.

—Me he preguntado por qué nada de esto ha salido en las noticias. Sólo el Quiropráctico, el Quiropráctico y más Quiropráctico.

—Neil estaba en la NSA. Ya te lo dije.

—¿Y por qué lo persigue el FBI?

—Porque es un asunto nacional.

Mia asintió desdeñosamente.

—Con toda esta locura, supongo que lo están buscando por todas partes.

Tiró la chapa de cerveza, que tintineó sobre las piedras del jardín.

—Eso me dicen.

Thomas siempre había medido sus amistades por los silencios que podían aceptar. Como compañeros de habitación, Neil y él se habían pasado horas juntos sin decir una palabra. Con Mia, los silencios entre bromas o preguntas u observaciones nunca eran tan largos, pero parecían más profundos, más indicativos, producto del aprecio común más que del aburrimiento o la distracción.

—¿Te he dicho alguna vez —dijo Mia después de dos o tres tragos contemplativos— que trabajé para el Departamento de Seguridad de la Patria?

Thomas casi se atragantó con la cerveza.

—Me estás tomando el pelo —dijo, pasándose la manga por la boca. Ese hombre guardaba más sorpresas que el bolsillo de un mago.

—Sólo contratos técnicos —dijo Mia contemplando la noche—. Cosas distintas, para la NSA, la CIA, incluso ayudé al FBI con algunos problemas.

Thomas se lo quedó mirando boquiabierto.

—Un marxista trabajando para la CIA.

—No olvides que también soy una vieja reinona —dijo Mia, arrastrando las palabras con coquetería—. Me he pasado la mayor parte de mi vida disimulando.

Risas, después otro largo pero cómodo silencio. Un millón de preguntas atestaban los pensamientos de Thomas, entre ellas por qué Mia nunca le había dicho que había

trabajado para el Departamento de Seguridad Nacional. Pero conocía la respuesta. Adondequiera que miraras, la gente renunciaba a su derecho a decir esto o lo otro, especialmente si firmaba contratos con la empresa más poderosa de todas, el gobierno de Estados Unidos. Era una de esas cosas sobre las que los contertulios berreaban de vez en cuando, la Comercialización de la Libertad de Expresión, lo llamaban en ocasiones.

Cosas como ésa preocupaban de veras a Thomas, pero en el mismo sentido que las guerras con países que no había visitado. Era como la cuestión de la «Expresión Biométrica» con los empleados de los grandes almacenes: sí, la idea de tener ordenadores vigilando para que los dependientes y las cajeras sonrieran constantemente daba un poco de miedo, pero era agradable desde el punto de vista del consumidor. Hasta Thomas tenía que reconocer que comprar en Wal Mart era más agradable que hacerlo en Target.

Y, a decir verdad, era bonito vivir en un mundo en el que la gente mantenía la boca cerrada.

—Hasta ahora sólo hemos hablado de mí —dijo al fin Thomas—. ¿Qué me cuentas de Mia?

Era una vieja broma suya.

—Muy bien —dijo el Vecino Número Uno encogiéndose de hombros—. Bill y yo estamos muy bien. A los Bible les han pasado demasiadas cosas como para que lo nuestro parezca importante. —Se detuvo y frunció el entrecejo como si hubiera recordado algo triste y humorístico al mismo tiempo—. No me gusta reconocerlo, pero cuando tú y Nora os peleabais continuamente... —Se interrumpió con una expresión culpable.

Thomas negó con la cabeza riéndose entre dientes.

—Deberías sentirte fatal con más frecuencia —prosiguió Mia.

—¿Tan bien os iba?

—No, pero el sexo era genial.

Thomas gruñó. Aunque Mia le quitaba importancia al hecho de ser gay, la frecuencia con que se refería a ello le indicaba a Thomas que seguía habiendo cuestiones pendientes. No por primera vez, Thomas se preguntó hasta qué punto era sincero Mia. Sin duda, era bochornosamente franco sobre su relación con Bill, pero casi nunca mencionaba su pasado, su vida antes de mudarse a Nueva York. La audacia de sus revelaciones personales, parecía a veces, no era más que una sutil forma de despistar, como los gestos de la mano de un mago.

Quizá era eso lo que hizo que el silencio siguiente fuera quebradizo.

—Supongo que la semana que viene necesitarás que me quede con los niños —dijo Mia al fin.

Thomas suspiró.

—Ya encontraré una solución, Mia. Es sólo que...

—No te preocupes. La escuela empieza pronto. Además...

—¿Además, qué?

—Nunca creí que fuera a decir esto, pero... me encanta. —Apartó la mirada con una vergüenza poco propia de él—. Los quiero. Nunca me había visto como una figura paterna, ya sabes, me vestía de niña y todo eso, pero...

Miró a Thomas con una expresión de disculpa. A veces parecía que Mia se estuviera disculpando continuamente.

—Se acaban haciendo un hueco en tu corazón —dijo Thomas.

—En el corazón.

Thomas levantó su cerveza.

—Por ellos —dijo en voz baja, señalando con la cabeza la tienda de campaña en sombras.

El tintineo de las cervezas calentó la noche.

Cuando Mia se hubo marchado, Thomas sacó el colchón de aire y el saco de dormir al jardín. Había aceptado dejar que los niños durmieran en la tienda después de ceder ante una presión incesante. Pero, por supuesto, no iba a dejarlos solos, aunque el FBI hubiera localizado a Neil en Florida. Además, hacía muchísimo tiempo que no dormía bajo las estrellas. Y le gustaba la idea de hacer guardia junto a sus hijos.

Se quitó los zapatos de una patada y se metió en el saco con vaqueros y camisa. Se acurrucó para conservar el calor y se quedó mirando el gran cuenco del cielo nocturno. Las cosas parecían claras, el negro se abría entre puntos blancos, tanto que era difícil creer que estaban clausurando todos los telescopios terrestres porque los motores de los aviones cubrían de neblina la atmósfera superior. Parecía haber muchas estrellas.

Contempló y respiró. Pero por mucho que fijara la mirada en los cavernosos años luz, la sensación de asombro que buscaba lo eludía. En lugar de eso, todas las extrañas imágenes de la semana anterior se apiñaban en su cerebro. Vislumbres de Cynthia Powski se desvanecían en imágenes de la viuda Crema retorciéndose sobre la polla del reverendo del porno. Dedos toqueteando pezones. Cristal abriéndole la piel. Y más, y más... por mucho que parpadeara.

Abismo sobre abismo. La propagación psicológica estaba por encima de la cosmológica.

Gimió audiblemente, se frotó la cara con furia. ¿Qué le pasaba?

La respuesta fácil era que sufría alguna clase de suave desorden postraumático. El cerebro tenía dos formas de dejar de lado recuerdos de largo plazo: una vía de alta resolución y llena de detalles los procesaba por el córtex, y una vía de baja

resolución, llena de emociones, los procesaba por la amígdala. Los acontecimientos traumáticos solían producir recuerdos de la segunda clase: era uno de los mecanismos de respuesta rápida del cerebro. El problema era que el sistema podía ser engañado fácilmente para que generara intensas reacciones emocionales ante situaciones inofensivas, razón por la que muchos veteranos de la guerra de Irak oían disparos en lugar de petardos, coches bomba en lugar de truenos. Por el bien del tiempo de reacción, sus cerebros no estaban asumiendo riesgos.

Pero ¿por qué le rondaba Cynthia Powski en los momentos más inesperados del día y no el horror de Peter Halasz comiéndose a una niña pequeña?

¿Era sólo porque era una estrella del porno?

La idea, sabía Thomas, no era tan ridícula como parecía. Para los hombres heterosexuales, el solo hecho de ver a una mujer atractiva encendía los sistemas de recompensa del cerebro. Las empresas de neuromárketing habían financiado cientos de estudios sobre los llamados «opiáceos endógenos», tratando de desenmarañar la alquimia de imágenes y la erección masculina, añadiendo una capa tras otra de refuerzo cultural a lo que era, en los mejores casos, una tendencia básica. Después estaba el desconcertante descubrimiento de los mecanismos neuronales dedicados a evaluar la vulnerabilidad sexual de las mujeres. O el famoso estudio que trazaba el mapa de los cerebros de hombres mientras veían la escena de la violación de Jodie Foster en *Acusados*, que sugería que les parecía aún más excitante que la pornografía normal. El ahora célebre titular de la revista *Time*, «¿SON TODOS LOS HOMBRES VIOLADORES?» todavía aparecía de vez en cuando en la prensa.

¿Era la imagen de una actriz porno cortándose con cristales para alcanzar el éxtasis una especie de narcótico visual? ¿Podía serlo? ¿Le había excitado de una forma oscura y primaria? El odio y el deseo, después de todo, eran varios cientos de millones de años más viejos que el amor mamífero.

Thomas maldijo y volvió a frotarse los ojos. Qué jodido animal era el ser humano. De arriba abajo.

El animal Thomas Bible en particular.

«Las estrellas —se reprendió—. Has salido aquí para disfrutar de las putas estrellas».

Eran preciosas, como motas en la luz de la mañana, cayendo para siempre en vastas agrupaciones gravitacionales.

«Mira las putas estrellas. Absorbe el asombro y la belleza...». «Respira».

«Absorbe...». Casi dio un salto cuando oyó que la puerta del patio tintineaba. Se maldijo cuando se dio cuenta de que se había olvidado de dejar salir a *Bart*.

Mia tenía razón. Era más que asustadizo. Era muy asustadizo.

—¿Por qué no podías recordarme que soy idiota antes de que entrara en calor? —dijo, tratando de salir de su saco de dormir. En la oscuridad, *Bartender* era poco más

que una inmensa sonrisa imbécil. Thomas le rascó las orejas distraídamente y después volvió a su capullo de algodón y poliéster.

El corazón le martilleaba en los oídos.

«Tranquilízate. Todo está bien. Estás seguro». «Seguro». Buena parte de la llamada «enfermedad moderna» podía atribuirse a las diferencias entre el medio moderno y el medio de la Edad de Piedra, a los que el cerebro humano se había adaptado para prosperar. Lo que había sido ventajoso en comunidades muy interdependientes de doscientas almas se había convertido, en el mejor de los casos, en trivial, y en el peor, en un rasgo que amenazaba la especie. Cuando los alimentos grasientos ricos en energía eran escasos, anhelarlos era una señal de adaptación. Cuando el trabajo era imprescindible para la supervivencia, holgazanear era recuperativo. La mayoría de la gente vivía en una especie de Edad de Piedra virtual, construida por los medios, satisfaciendo sus ganas de sexo, chismorreos, violencia, simplicidad y certidumbre, halagos y competición, esas cosas que los humanos en pequeñas comunidades muy interdependientes necesitaban en la gran melé reproductiva llamada «evolución». Vivían en mundos que satisfacían y reflejaban sus debilidades, y que sólo de forma casual captaban la complejidad y la indiferencia de la realidad. Disneylandias. Y como la ignorancia era invisible (Neil repetía que hacer la ignorancia invisible era la idea que Dios tenía de un chiste) creían que lo veían más o menos todo.

No era sorprendente, pues, pensó Thomas, que los seres humanos fueran tan asustadizos, tan arrogantes, tan defensivos. No era sorprendente que Internet, que se suponía que tenía que echar abajo las puertas de las visiones estrechas y parroquianas del mundo se hubiera convertido en un simple supermercado de intolerancias, un lugar en el que cualquier odio o esperanza podían encontrar una falsa explicación. Para el cerebro humano era como vivir en un mundo esquizofrénico, un paraíso de la abundancia en el que en cualquier momento iba a suceder algo muy malo.

En cierto sentido, eso era la cultura popular, una prótesis moderna, enfocada al mercado, del cerebro paleolítico. ¿Cómo no iba a ser seducida una sociedad así por un psicópata? Por Neil.

Merodeando en cada sombra, siguiendo a las mujeres desde la tienda de comida, secuestrando niñas por la ventana de su dormitorio, recogiendo a autostopistas, vigilando prostitutas a través de cristales tintados...

Eso era malo para una aldea de doscientas personas de la Edad de Piedra. Algo muy peligroso.

Haciendo las reglas a medida que avanzaban. Sin que nada importe una mierda ni mirar atrás. Y por supuesto, follando, con «F» mayúscula.

En una Disneylandia de 9.000 millones, pocas cosas podían ser tan atractivas.

Para el profesor Skeat, los psicópatas eran nada menos que jinetes del

Apocalipsis. La cultura contemporánea había asimilado que los acontecimientos naturales carecían de significado, el hecho de que eran indiferentes a los humanos. Unos cuantos idiotas testarudos seguían blandiendo sus puños ante Dios, pero la mayoría se limitaba a encogerse de hombros. La mayoría sabía lo que sucedía, por muy ardientemente que rezara. Lo que hacía a los psicópatas inasimilables, decía Skeat, lo que llevaba a la sociedad a diluirlos bajo una capa tras otra de perlas cinematográficas y textuales, era su carácter de humanos indiferentes a todo lo humano. Eran desastres naturales personificados.

Eran gnosis andantes, conocimiento secreto, una expresión de la nihilista verdad de la existencia. Y ésa, insistía Skeat, era la razón por la que los psicópatas eran los únicos hombres santos, los únicos avatares reales que le quedaban a la humanidad.

Thomas se preguntó qué pensaría ahora el profesor Skeat de Neil. Alumno estrella. Prodigio.

Un profeta del testamento más viejo de todos.

Tantas estrellas...

Le recordaron a Thomas el loco seminario de Neil en la clase de Skeat. En lugar de presentar algo suyo, Neil se vistió de Hombre de Rosa y cantó la «canción de la donación de órganos» de Eric Idle, de la película de Monty Python *El sentido de la vida*. Toda la clase, incluido el viejo Skeat, se había reído a carcajadas. Pero Skeat no iba a permitir que Neil se saliera con su baladronada. Después, le exigió que explicara el significado de la canción.

Neil asintió, sonrió con un aire disoluto y dijo:

—Todos vivimos en un mundo en el que preguntar el sentido de la vida se ha convertido en una broma. Ya no es sólo la respuesta lo que se nos escapa. También hemos perdido la pregunta.

El hijo de puta recibió la nota más alta, por supuesto.

Mirando las estrellas, Thomas recitó silenciosamente la letra: ¿cómo iba a olvidarla después de todos esos ensayos borrachos? Y le pareció sentir que la tierra flotaba debajo de él, girando bajo la luz de un incesante holocausto nuclear... Un sol. Una estrella.

Un gránulo de luz vagando en un vacío infinito.

25 de agosto, 7:23

¡Papá! ¡Papi! ¡Despierta!

—¿Eh?

Era Ripley, gimiendo. Tenía sangre en las palmas de las manos.

—¡Bart está muerto, papá! ¡Alguien ha matado a *Bart*!

Thomas se pasó una mano por la cara, salió trabajosamente de su saco de dormir y se puso en pie, alerta y todavía dormido al mismo tiempo. ¿Qué estaba pasando?

Bart parecía imposiblemente negro, desplomado sobre el césped, gris por el rocío, entre el jardín y la tienda de los niños, tan negro que Thomas no se percató de que la humedad que apelmazaba su pelo era sangre, hasta que se miró las yemas de los dedos. Tenía los ojos castaños como nublados, y abiertos. La lengua flácida sobre la hierba.

Ripley estaba llorando, cogiéndose las mejillas con las manos.

—¡*Bart*! —gritó.

Un terror como no había sentido jamás le atenazó a Thomas la garganta.

—Cariño —dijo con toda la calma que pudo—, ¿dónde está Frankie?

—No lo sé.

Las palabras de su hija lo golpearon como un martillo. Se puso en pie, sintiendo un burbujeo en el estómago y las extremidades tan ligeras como si fueran de espuma de poliestireno. «Es sólo adrenalina», pensó.

Se encaminó hacia la tienda de campaña gritando:

—¡Frankie!

Abrió la puerta de un tirón. Sólo sacos de dormir revueltos en una penumbra naranja.

Corrió a la casa y abrió las puertas del patio gritando:

—¡Frankie!

La casa tenía una quietud como cuando te encuentras una nevada al volver a ella tras un largo viaje.

Corrió al piso de arriba con la esperanza de que Frankie se hubiera arrastrado hasta su cama. Nada.

—¡Frankie! —gritó.

Trató de reírse, de decirse que a veces a Frankie le gustaba esconderse.

—¡Esto no es divertido, hijo!

Corrió escaleras abajo y por la planta baja hasta el sótano.

—¡Frankie! ¡Por el amor de Dios... esto no es divertido!

Buscó en el sótano. Nada.

Cruzó a la carrera la puerta principal, buscó desesperadamente entre los matorrales, gritando:

—¡Frankie!

—¡Papá! —oyó. El corazón se le detuvo.

—¿Dónde estás, hijo? —gruñó.

—¡Papá! —de nuevo, ¡desde el jardín de atrás!

Rodeó la casa corriendo, sonriendo entre lágrimas, aunque lo sabía.

«Pequeño cabrón...».

Saltó la puerta del camino de entrada, dobló la esquina y vio a Ripley todavía junto a la forma inerte de *Bart*. De alguna manera, parecía que había sabido desde el principio que era ella quien le gritaba.

—¡Papá, tengo miedo! —berreó.

Thomas se arrodilló ante ella, trató de abrazarla suavemente, pero sus manos se agitaban con demasiada violencia.

—Shhh, cariño... —siseó.

—¿Dónde está Frankie, papá? ¿Adónde ha ido?

Thomas se puso en pie y se apretó las palmas de las manos contra la frente.

«Esto-no-está-pasando-esto-no-está-pasando...».

—¡FRANKIE! —aulló.

No pudo seguir en pie. Cayó de rodillas.

Oyó a Ripley llorando, sintió que Mia le agitaba los hombros, aunque le costó reconocer su cara.

«Frankie...». Neil tenía a su hijo.

Los días siguientes fueron una neblina de horror. Nada era real. Sam, sentía Tom, estaba escindida entre consolarlo y hacer todo lo posible para encontrar a Frankie. Los de la científica habían invadido su casa de nuevo para hacer lo que Sam llamaba una «búsqueda exhaustiva» en su jardín, peinando la hierba y la tierra en busca de pelos, fibras, escamas de piel, cualquier cosa que pudiera ser «una pista». Thomas sentía náuseas sólo de pensar en esa palabra... Pista. ¿Cómo podía algo tan tonto, un trillado concepto de Hollywood, convertirse en el gancho del que no colgaban el hoy ni el mañana, sino la propia esperanza?

Aquello no podía estar sucediendo.

Pero estaba sucediendo. Thomas observó todo aquello desde la ventana del estudio, caminando arriba y abajo, tirándose del pelo y dándose cabezazos contra la pared. Incluso rezó, algo que ni siquiera había hecho de niño. Por favor, Dios... y toda esa mierda. «Deshaz lo que has hecho, hijo de puta». Observó cómo los técnicos examinaban la hierba agachados, riéndose de bromas que él no oía, frotándose las espaldas cuando se agarrotaban. Y mientras tanto, *Bart* seguía allí, como una mancha de aceite en el corazón de una alfombra de mal gusto. No se llevaron su cuerpo hasta última hora de la tarde. Thomas lloró entonces, lloró por su perro. Se quedó vacío, le horadó hasta tan hondo que creyó que podía dejar de respirar, de no ser por Frankie y la...

Posibilidad.

La palabra no tardó en llegarle. Sin pistas, aparte de rastros superficiales de lo que parecían ser varios pelos de Neil. La confirmación del ADN llegaría al día siguiente. El perro de la familia, determinó algún genio, había resultado muerto a causa de un disparo en la cabeza efectuado de cerca.

Caso cerrado. A cenar y a hacerse una paja.

Sam y Gerard, mientras tanto, habían recorrido el vecindario en busca de posibles testigos. Nadie vio nada. De los tres vehículos «desconocidos» de los que se tuvo noticia —un Toyota negro, una camioneta blanca y un viejo Ford Explorer— dos de ellos, la furgoneta y el Explorer, fueron comprobados. La descripción del Toyota era demasiado genérica para ser de utilidad.

Sam estaba casi llorando cuando llegó a su casa al anochecer.

—Lo siento, profesor —dijo—. Tom...

El FBI soltó inmediatamente a Nora. Sabían que cooperaría. A juzgar por lo que había dicho Sam, ella también era un caso perdido. Pero cooperó por deseo de venganza. Cualquiera que fuese la influencia que Neil tenía sobre ella, no podía compararse con su amor por su hijo. Quería la sangre de Neil, le dijo Sam.

Su tono sugería dubitativamente que él debería hacer lo mismo.

Pero nada era real. Su hijo había desaparecido y nada era real.

Excepto Ripley.

Ripley tenía dificultades para comprender lo que estaba pasando. Echaba de menos a Frankie, supuso Thomas, pero la idea de que había sucedido algo verdaderamente horrible tenía que tomarla prestada constantemente de los adultos. Thomas estaba atormentado porque sabía que el trauma de la niña provenía de las manifestaciones de pena y la estupefacción de su padre. Pero durante los tres primeros días, verla lo llenaba de una desesperación que jamás había conocido. No podía mirarla sin ver a Frankie o la sombra monstruosa de Neil, sin ver su pérdida o su fantasma. Aunque ir a trabajar era impensable, de todos modos la mandaba con Mia unas horas al día.

Ella no se quejaba.

Nora, le dijo Sam, estaba demasiado destrozada para cuidar de sí misma y, por supuesto, de su hija. Se culpaba a sí misma, Thomas lo sabía.

Y quizá así debía ser.

Valiéndose de la investigación como pretexto, Thomas se sorprendió interrogando a Sam sobre los detalles de la declaración de Nora. Como Thomas sospechaba, Nora había iniciado su relación con Neil antes, no después, de su matrimonio. Al parecer había sido algo impulsivo, arrebatado, y lo habían lamentado inmediatamente. Juraron no repetirlo debido a su amor por Thomas.

Thomas lloró en ese momento, y Sam se detuvo y le prometió llevarle una copia de la transcripción, aunque eso pudiera costarle su trabajo. Lo importante era encontrar a Frankie, dijo.

Por alguna razón, leer las palabras de Nora fue más fácil y más difícil. La intimidad de la conversación transcrita parecía al mismo tiempo sorprendente y sin embargo encajaba extrañamente con lo que se espera de una conversación entre desconocidos. ¿Qué podían hacer los desconocidos con esa pequeña y catastrófica sinceridad?

Tras una interrupción de varios años, Nora y Neil habían retomado su relación, más o menos al mismo tiempo en que su matrimonio empezó a irse a pique. Nora lo atribuyó a una coincidencia, pero Thomas sabía que no era así. Los secretos compartidos alentaban la intimidad, mientras que las mentiras la embotaban. El cónyuge engañado no tenía literalmente ninguna oportunidad, aparte de la inercia y el miedo a la ruina económica. Estaba condenado a parecer patético o demasiado severo o insensible, o lo que fuera. La gente siempre justifica sus crímenes.

La relación era, si se podía creer la descripción de Nora, casi patológicamente apasionada. Neil, decía, se convirtió en una adicción, y ella supuso que él sentía lo mismo por ella. Se veían de forma regular, pero sin una pauta, y aunque eran temerarios con los escenarios de sus encuentros sexuales —parques, cines, incluso un

par de servicios de restaurantes— eran extremadamente cuidadosos con Thomas. Pobre Tommy.

Cuando los interrogadores preguntaron a Nora sobre sus sentimientos en ese tiempo, Thomas sintió que su corazón se ralentizaba a lo que parecía un latido por minuto.

INT1: ¿Cómo los describiría?

NORA BIBLE: ¿Mis sentimientos por Tommy? Es un buen hombre. Lo quería.

INT2: Pero si...

NORA BIBLE: ¿Pero si le quería cómo podía... traicionarlo? ¿Qué quiere que diga? ¿Que me pegaba? No lo hacía. ¿Que me psicoanalizaba constantemente y trataba de minar mi autoestima? No. No a menos que discutiéramos, pero ¿quién juega limpio en las peleas? Tommy no podía...

INT2: ¿NO podía qué, señora Bible?

NORA BIBLE: NO podía follarme como lo hacía Neil. ¿Eh? ¿Era eso lo que quería oír?

INT1: ¿Está diciendo que su marido era impotente?

NORA BIBLE: ¿Tommy? No, claro que no... Pero no era... No era Neil.

INT2: Señora Bible, sus respuestas son, bueno...

INT1: Imprecisas.

NORA BIBLE: Miren. Me casé con Tommy porque él me conocía, me conocía de veras. Pero... creo que empecé a tenerle rencor por ello. Para Tommy las debilidades hay que aceptarlas, no tenemos que castigarnos cada vez que la cagamos, sólo perdonarnos... eso, y tratar de adquirir mejores hábitos. Pero con Neil...

INT2: ¿Neil no la conocía?

NORA BIBLE: Oh, sí, Neil me conocía.

INT2: Entonces, ¿qué quiere decir?

NORA BIBLE: Creo que yo solo fui un proyecto para Tommy...

Unas lágrimas cayeron sobre la página de la transcripción al leer aquello. Por supuesto, Nora trataba de encontrar razones para lo que había hecho, eso no lo sorprendía. Confesar era caro, las razones, baratas. Las causas estaban claras: las mujeres, como los hombres, están programadas para la infidelidad. La turbia alquimia de la atracción, del flirteo al cosquilleo, al climax, era simplemente la excusa tonta para la biología de la reproducción. Dadas las enormes dificultades que presentaba la crianza de las crías del *homo sapiens*, las hembras humanas con frecuencia se veían obligadas a establecer una doble vinculación afectiva. Un tipo para pagar las facturas, el otro para hacerla volar.

Nora estaba simplemente representando un guión escrito en el ADN que había sido la causa de millones de años de corazones rotos y ventajas de adaptación, siguiendo inconscientemente un imperativo biológico de hacía una eternidad. No tenía ninguna razón para traicionar su confianza, para romper su corazón. Ninguna.

Al menos eso fue lo que Thomas se dijo al principio.

Se quedó todo el día en la cama, con las páginas de la transcripción esparcidas a su alrededor, antes de darse cuenta de lo que ya sabía.

Nora se follaba a Neil porque era más fuerte.

Había sido un fracaso como marido. Como hombre. Y ahora era también un fracaso como padre.

«Dios mío, Frankie...». Las cosas no podían ponerse más reales.

27 de agosto, 13:09

Thomas parpadeó. Tanto por el sobresalto como por la luz del sol. Cuando sonó el timbre, sus pensamientos saltaron a Sam y la promesa de información.

—Hola, Tommy —dijo Nora, haciendo una mueca y sonriendo bajo sus gafas de sol. Llevaba una falda negra y una blusa color perla, como si fuera a un funeral—. Estaba cerca, así que he decidido pasar para ver si Ripley quería venir a casa pronto.

Thomas quiso darle una bofetada. A ella siempre le había gustado jugar un poco, pero más desde su divorcio. «Ver lo que los niños querían» significaba cambiar unilateralmente los planes para ajustarlos a su programa. «Llevárselos a casa» significaba llevárselos a su verdadera casa. Esa mierda era ya bastante mala en los buenos tiempos. Pero ¿cómo podía hacerle eso ahora?

Thomas le dedicó una mirada feroz.

—¿Dónde está? —dijo Nora, mirando alrededor de Thomas—. ¡Ripley!

—Todavía está en casa de Mia —explicó Thomas—. ¿Quieres que vaya a por ella?

Nora se mordió el labio.

—No, no, está bien. Volveré más tarde... a la hora que habíamos quedado.

Dos lágrimas emergieron de debajo de las gafas negras. Thomas se quedó sin aliento a causa del remordimiento.

«Siempre tan duro con ella».

—No seas tonta —dijo—. En Europa está muriendo gente por culpa de que cojamos tanto el coche. De todos modos, tengo que preparar sus cosas, así que... —Se encogió de hombros—. ¿Por qué no pasas?

«¡Por-favor-por-favor no menciones a nuestro hijo!».

Nora se secó los ojos y después, sin mediar palabra, lo rodeó y entró en la sala de estar.

Se quedó asombrado, en contra de su voluntad, por las diferencias entre ella y Sam. Nora era oscura y Sam luminosa. Nora tenía la ternura de una madre mientras que Sam conservaba la tensión de una universitaria. El hecho que lo inquietó no fue la comparación —ambas eran hermosas a su modo—, sino compararlas.

Nada debía ser normal.

—¿Quieres café?

Ella asintió al tiempo que se quitaba las gafas. Tenía los ojos rojos y el rímel corrido.

—¿Recuerdas cómo me gusta? —preguntó.

—Dos azucarillos, negro subsahariano —dijo con una alegría fingida—. ¿Recuerdas cómo me gusta a mí?

—Un azucarillo, blanco escandinavo —dijo sonriendo, o al menos tratando de hacerlo.

La broma le provocó una punzada en la garganta. Era una de esas bromas reiteradas que las parejas utilizan para sellar las pequeñas grietas de su intimidad. La estupidez lo hacía todo más fácil.

Se quedó en la entrada de la cocina mientras Thomas vertía el agua, inclinada precisamente en el mismo lugar en el que Sam se había inclinado la noche en que le había pedido que lo acompañara a Washington.

«Por el momento, todo va bien —pensó él—. El fingimiento sigue intacto».

—¡Oh! —exclamó Nora—. ¿Dónde está su álbum? Sí, las fotos que le regalamos de cuando *Bart* era un cachorro.

—En el despacho, creo —dijo Thomas—. En una de las estanterías. ¿Crees que es una buena idea?

Nora ya estaba recorriendo la sala de estar.

—No lo sé, Tommy. He pensado que... —Thomas no oyó el resto de lo que dijo por culpa del borboteo de la caletera.

La encontró en el despacho un rato después. Estaba ante su póster de la Tierra, con la Columbia Británica y Alaska, de un azul verdoso, encima de su hombro derecho. Estaba mirando el pequeño álbum de fotos, con los ojos visiblemente abrumados por lo que veían. Lo miró de soslayo y cerró el álbum. Lo dejó sobre el escritorio casi con reverencia.

—¿Nora?

Se apoyó en el póster y se vino abajo, no al suelo, sino en una dirección no descrita por el espacio. Las gafas de sol se le cayeron de la mano.

—Me había olvidado —dijo. Señaló débilmente el álbum—. Me había olvidado de que había fotos de... fotos de...

Empezó a llorar.

Thomas la abrazó sin darse cuenta de que había cruzado la habitación. Ella

tembló y gimió.

—Oh, Tommy —dijo entre jadeos—. Por-favor-por-favor-por-favor...

—Shhh... Lo único que podemos hacer es esperar, cariño. Ser fuertes por Ripley.

—Ripley —dijo con un suspiro, respirando profundamente—. Ripley... —Como si fuera el único mantra, la única oración que le quedara.

Thomas le apartó el pelo empapado de lágrimas de la cara y miró sus angustiados y vulnerables ojos. Parecía tan abierta, tan abandonada y tan expuesta. Tan abandonada.

Se besaron. Lentamente, suavemente, pero hinchados de promesa. Nora sabía a menta.

Sus labios se tornaron desesperados, incluso violentos. Sus manos buscaban en la espalda de Thomas. Se apretó contra él. Thomas le cogió el pecho derecho y sintió el suspiro de Nora en su boca.

Subió su mano izquierda por su falda, entre los muslos, contra el cálido, suave algodón... Ella jadeó. Le bajó la cremallera y empezó a tirar de su polla con manos frías.

Él le bajó las bragas y se apretó contra su foco de calor. Ella le rodeó el muslo con una pierna y de repente, espantosamente, se estaba moviendo dentro de ella. «No», le susurró algo en su interior. Demasiado tarde.

Ella gritó, le mojó la mejilla con labios húmedos. Él apretó más fuerte.

—Agh —gimió ella—. Agh.

Se había olvidado de que ella era así, tierna, rendida, piernas y brazos como garras. Boca insaciable.

—Arriba —jadeó ella.

Él la soltó. Las cosas iban demasiado rápidas. Quería disfrutarla, acariciarla y recordarla. Quería que se corriera como Neil hacía que se corriera.

La cogió en brazos y la llevó por el pasillo hasta las escaleras. Ella lo miraba con los ojos hinchados.

—Te he echado de menos, Tommy —susurró.

Se desvistieron lentamente, con el recuerdo del calor y la dureza todavía presente entre ellos. Después ella se colocó ante él, mayor, pero todavía gloriosa. Cómo podía una mujer así...

Él la empujó hasta la cama. Las lágrimas le brotaban de los ojos.

—Quiero que vuelva mi hijito —murmuró—. Mi niño.

Era la letra de otra canción.

Thomas se la quedó mirando, de nuevo golpeado por el horror. Ella se echó a un lado y se quedó acurrucada junto a él. Él se apretó entre sus piernas, pero no la penetró. La abrazó mientras lloraba. Le peinó el cabello con los dedos.

Se quedaron tendidos en silencio un rato, la piel se volvía resbaladiza por el calor.

Una arruga en la almohada se le clavaba en la mejilla, pero no se movió. El dolor era como un alfiler, un lugar en el que concentrarse, algo que lo mantenía allí, apretado contra el cuerpo tembloroso de su ex mujer.

Frankie era el hijo de ambos, un vínculo que ni toda la amargura del mundo podía romper. El milagro se olvidaba fácilmente, y, cuando se recordaba, con frecuencia parecía absurdo. Un hombre derramando calor en el interior de su mujer, la biología de sangre y barro, y después la vida, otra alma estupefacta alcanzando la superficie de la negrura, una negrura que lo abarca todo.

A pesar de Sam y de la sensación de naciente arrepentimiento, a Thomas le pareció que abrazar así a Nora estaba bien. Como cerrar un círculo.

—Siempre me ha encantado este edredón —dijo ella distraídamente, pasando los dedos por el estampado de flores.

Unos gritos de adolescentes se filtraron por las ventanas. La luz de la tarde tenía un peculiar tono de cobre. El aire era pastoso y olía a culpa.

El estómago de Thomas se convirtió en arena. Las palabras de la declaración de Nora corrían libremente por su mente.

«Él no era Neil...».

Algo salvaje lo sacudió. De repente, inexplicablemente, pareció saber, con la certeza del Antiguo Testamento, que la culpa era de ella. No de él. No del padre que dormía mientras se llevaban a su hijo.

Se sorprendió preguntando:

—¿Por qué, Nora?

Ella se soltó de sus brazos y se volvió hacia él. Tenía la mirada dura, casi cruel por su intensidad.

Pero tenía la voz tranquila, el tono prosaico que utilizaba para recitar la lista de la compra y describir a los compañeros de trabajo.

—Quiero que lo mates, Thomas. Prométeme que lo matarás.

Neil. El destructor de mundos.

Thomas contempló a Nora desde la puerta de entrada. Había metido las cosas de Ripley en su Nissan y después, tras un tímido saludo con la mano, se encaminó hacia casa de Mia para recoger a Ripley. Quería «saludar al viejo marica», había dicho, haciendo que Thomas frunciera el entrecejo. Por alguna razón ella siempre insistía en que podía utilizar ese término porque era una mujer.

Thomas le había pedido que le diera un beso a Ripley de su parte. No se sentía lo suficientemente fuerte para despedirse.

Por costumbre, abrió el buzón al volver y recogió varias facturas y lo que parecía otra grabación basura de un servicio de noticias. ¿Por qué no se morían? Pero la ausencia del logotipo y los colores en la caja le llamó la atención. La abrió y se quedó

helado.

En rotulador azul oscuro, alguien había escrito

PROFESOR BIBLIA

en el plástico transparente. El disco brillaba debajo como un cuchillo.

Thomas retrocedió a través de la puerta con las manos temblorosas.

«No-no-no-no-no-no-no...».

Las imágenes de Frankie inundaron sus ojos de lágrimas.

«Por favor, Dios... ¡Por favor!». Tropezó con una alfombra. Los sobres cayeron al suelo.

«A mi niño no...».

El disco parecía al mismo tiempo ligero e increíblemente pesado. Corrió a la cocina, tiró del cajón de los cubiertos tan fuerte que lo sacó de los ejes. Cuchillos, tenedores, cucharas esparcidas por el suelo, formando dibujos semejantes a esos huesos que lanzan los adivinos para leer el futuro. Thomas cogió un cuchillo de trinchar carne con la mano temblorosa y rompió la cinta de plástico.

«¡Pruebas! ¡Pruebas!», gritó algo en su interior.

Se detuvo. Se pasó una mano por el pelo. Corrió al teléfono.

—Logan —respondió la voz en el otro extremo.

—¡Sam! Me ha mandado un disco. Otro puto disco.

—¿Tom? Tranquilo. ¿De qué estás hablando?

—Joder, joder. ¿Y si es él, Sam? —«No-no-no-no-no»—. ¿Sam? ¿Y si es él?

«Mi niño no, por favor...».

Se quedó mirando esa cosa plateada que refleja la cara angustiada de un desconocido.

—Escúchame bien, Tom. No toques ese disco bajo ninguna circunstancia. ¿Me entiendes? Podrías...

—¿Y si es él, Sam? —susurró Thomas.

Colgó, dejó caer el teléfono en el sofá y caminó trabajosamente por la alfombra de la sala de estar. Quitó la cinta y el plástico que quedaban antes de agacharse ante su reproductor. El teléfono sonaba constantemente, pero por alguna razón resultaba casi inaudible. Una calma sobrenatural lo había poseído.

Arrodillado ante la tele, manipuló el mando a distancia con los dedos entumecidos.

El teléfono dejó de sonar. Respiraba superficialmente. El disco entró chirriando en su gélido útero.

La pantalla cobró vida con un parpadeo.

El sofá estaba duro, como acero inoxidable, como la mesa de un juez.

—¿Tom? —preguntó alguien suavemente.

Sam.

Se apartó las manos de la cara. Sam se arrodilló junto a él con los ojos llenos de lágrimas. Gerard pareció hacerse inmenso a su lado, con una expresión entre la distancia severa y... ¿Cuál era su expresión?

—¿Era él, Tom? —preguntó Sam—. ¿Era Frankie?

Se encogió de hombros, exhaló, sintiendo algo como dos incisiones gemelas en los pulmones. ¿Cuánto más iba a poder soportar? «Tendría que ir a tomarme la presión», pensó inanesmente.

—¿Tom? —Casi un susurro.

—No —gruñó.

«Todavía no». Recordaba a Neil regañándolo durante los exámenes. «Tu memoria no está diseñada para llevar a cabo varias tareas al mismo tiempo, maldito idiota. No está tan avanzada como Windows. Tienes. Que. Hacer. Una. Sola. Cosa. Cada. Vez».

—El telepredicador —explicó—. Jackie Forrest.

«Después vendrá mi hijo». A Sam le corrían las lágrimas por las mejillas. Miró nerviosamente a Gerard, que seguía con el rostro impertérrito. ¿Cuántas reglas había roto Sam, se preguntó Thomas, al acostarse con él? Sin duda menos que enamorándose de él.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sam, que parecía extrañamente indefensa.

Gerard frunció el entrecejo.

—Esperar a Atta —dijo—. ¿Qué, si no?

La agente Atta no tardó en llegar. El calor de agosto pareció entrar con ella. No la luz, sólo el calor.

—Dime que no lo has puesto.

Thomas estaba sentado en el sofá con Sam a su lado. El agente Gerard se puso en pie. Estaba junto a la base de las escaleras, rascándose la nuca.

Thomas se miró las palmas de las manos en lugar de a la agente especial.

—¿Qué habría hecho usted, agente Atta? ¿Qué haría usted?

—Últimamente no para de repetir eso, profesor —respondió Atta—. ¿Dónde está?

—Todavía en el reproductor —dijo Gerard.

—*Zarba* —susurró Atta, arrodillándose ante la base de la gran pantalla. Su cartuchera quedó a la vista, llevaba una pesada pistola metálica. La luz de la pantalla refulgió en sus mejillas sudadas, después la encuadró en un negro luminoso. Las formas parecían flotar, enfocarse y desenfocarse, como cosas batallando bajo sábanas

de satén negro. Se produjo un rápido vislumbre... un saco en la sombra, de cemento o quizá no, pero Thomas estaba seguro de que había visto el nombre de alguna empresa de provisión de granjas.

—Ahí... ¿Lo han visto? ¿El nombre en ese saco?

—Lo comprobaremos —dijo Atta, nada impresionada.

Thomas miró a Sam frunciendo el entrecejo.

—La grabación con Halasz tenía también imágenes fugaces —dijo ella—. Etiquetas, productos que parecían de tiendas no pertenecientes a ninguna cadena. Pero cuando las comprobamos, procedían de todos los rincones del país. El hijo de puta está jugando con nosotros, profesor. Arrojándonos pistas falsas para despistarnos.

Cada vez más formas aparecían y desaparecían en la penumbra. La imagen se sacudía, como si la cámara tanteara las entrañas de un barco hundido en el fondo del mar. Thomas se dio cuenta de que estaba tan ansioso como la primera vez que lo había visto. Por alguna razón, saber que no vería a Frankie empeoraba las cosas.

Como si él...

«Nada de esto es real. Sólo cosas y gente en una cabeza, todo está en mi cabeza...».

El enfoque se estabilizó de repente. Entrecerrando los ojos, Thomas vio lo que parecía una caseta hecha de tela metálica. Una caseta en un sótano lleno de trastos. Un hombre arrastraba los pies en el lúgubre interior, al parecer ajeno al ojo de la cámara. «Aleluya», sisearon los altavoces, entre la estática. La figura se tambaleó hacia atrás y después cayó, como ebria, de rodillas. Ahora estaba llorando. «Aleluya». La luz salpicó la escena, repentina y brillante como una emboscada de carceleros. La figura se volvió hacia la cámara. Thomas se oyó gemir, como lo había hecho cuando se dio cuenta de que no era Frankie...

... sino Jackie Forrest, con las manos tendidas, como si quisiera alejar a unos *paparazzi*. Tenía la cabeza vendada, como Halasz. Unos aparatos plateados le sobresalían de la cabeza, sostenidos por lo que parecían tornillos de ferretería.

—¡Tú! —espetó con indignación—. ¡No puedes hacerme daño! ¡Sé adónde voy! ¡Lo he visto!

—¿QUÉ HAS VISTO?

La pregunta pareció estremecer al predicador. Por un momento, la ira y el terror se debatieron en su expresión.

—¡Estoy movido por la fe! —Se frotó la quijada, sonrió como un maniaco—. La fe es la sustancia de las cosas que se esperan —exclamó con esa temblorosa voz de barítono que tantos sacerdotes reservan para las citas bíblicas—, ¡la prueba de las cosas no vistas!

—¿CREER SIN PRUEBAS ES UNA PRUEBA?

—¡Nunca lo sabrás, hijo de puta! —dijo Jackie—. ¡No hasta que te retuerzas en el fuego del Infierno! ¡Entonces tu agon...!

—¿AGONÍA? ¿TE REFIERES A ALGO ASÍ?

Un escupitajo emergió de la boca de Jackie. Se quedó rígido, como una percha, después cayó al suelo. Heces y orina oscurecieron su ropa. Su grito se vio asfixiado por el vómito.

Jackie quedó flácido.

—Hijo de puta —dijo entre lloros—. Hijo de puta.

—LLÁMALO.

Jackie se enroscó en posición fetal.

—¡Por favor! —dijo.

—LLÁMALO.

—¡Por favor, Dios! —aulló—. ¡Por favor!

Un momento de silencio servil. Después, el predicador saltó, como si alguien le hubiera dado por sorpresa un golpecito en la espalda. Miró a su alrededor de una manera salvaje, después, lentamente, volvió la cara en dirección a la luz de la cámara. Se frotó la nariz con el antebrazo, ajeno a la mierda que tenía en él.

—¿VES?

—¿C-cómo? —preguntaron sus labios temblorosos—. ¿Cómo es posible?

—¿ES DIOS?

Su cara se arrugó y después quedó inexpresiva.

—¡Ssssí! —dijo jadeando—. No puedo ver... pero lo siento... aquí... muy cerca.

—¿CÓMO PUEDES ESTAR SEGURO?

—Esto está más allá de tus estúpidas preguntas... más allá...

La cara del predicador flotaba en la pantalla, sudorosa e hinchada a la luz refulgente. El acero quirúrgico brillaba. La sangre goteaba de los tornillos. Su expresión se volvió quejumbrosa de una manera servil, congraciadora, que a Thomas le resultó difícil contemplar. Quejumbrosa y alegre.

—Lo sabía... ¡Siempre lo he sabido!

Un profundo jadeo tembloroso. Los párpados agitándose. Una voz zozobrando en éxtasis.

—¡Buen Jesús! ¡Alabado-seas-alabado-seas...!

—Mierda —murmuró Gerard, sólo para ser silenciado por el fiero entrecejo de la agente Atta.

—Perdóname... por-favor-por-fav...

—Sigue así —dijo Thomas por encima de la voz del balbuciente sacerdote—. Sigue y sigue hasta que termina el disco.

—No quería... Noooo... Noooo...

El aire se había vuelto de una densidad irrespirable.

—Eso no puede ser real —dijo Gerard al cabo de un momento. Parecía asustado.

—¿Por qué no puede ser real? —preguntó Thomas.

—No puede hacer que alguien vea a Dios.

Thomas se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Ahí está la clave: la experiencia, toda experiencia, es simplemente una cuestión de circuitos neuronales. ¿Por qué no la experiencia religiosa? De hecho, esas experiencias son muy vulgares a ojos de los neurocientíficos, están entre las primeras en ser estimuladas artificialmente.

Gerard no parecía convencido. No, no es que no estuviera convencido, es que no quería estarlo. Había sido capaz de ignorar lo sucedido a Powski y a Halasz, pero eso no. Debía de ser un cristiano renacido, pensó Thomas, orgulloso poseedor de una relación personal con Jesucristo.

Pero si la revelación era una simple cuestión de circuitos...

—Tiene que ser una trampa —dijo Gerard—. ¿Me está diciendo que podría hacerle eso a usted, a mí, a cualquiera?

Thomas asintió. Un tono frenético se había apoderado de la voz del agente.

—Tranquilo, Gerard —dijo Atta—. Nuestra sola preocupación, la única, es cómo podemos utilizar esto para detener a ese hijo de puta lunático. ¿De acuerdo?

Gerard la miró con una desganada incompreensión, la mirada de un hombre conmocionado más allá de la comprensión.

—Pero si todo está en nuestras cabezas, entonces... entonces...

—¿Entonces, qué? —preguntó Atta.

—Entonces tiene razón, ¿no?

Atta se frotó la nuca.

—¿Profesor?

Thomas apartó la mirada.

—Me vendría bien un poco de ayuda, profesor.

—Neil se está limitando a mostrar hechos —dijo Thomas—. Cuando nuestros cerebros se disparan en una dirección determinada, tenemos lo que se llaman «experiencias espirituales». Es tan directo como eso.

—¡Cree que tiene razón! —exclamó Gerard—. Está de acuerdo con...

—No estoy de acuerdo con Neil —le espetó Thomas—. No nos está engañando ni poniéndonos un velo ante los ojos. Nos está mostrando cómo son las cosas. Si usted fuera Halasz no pensaría: «Oh, ese hijo de puta me está obligando a hacer esto». No experimentaría su manipulación como una coacción, como algo externo a lo que no podría resistirse. Usted, usted, sería como Cynthia Powski. Querría hacer esas... esas cosas. ¿No lo ve? Eso es lo que escogería. Felizmente. Libremente, tan libremente como haya escogido cualquier otra cosa a lo largo de su vida. No son punciones

lumbares que alteran su cuerpo mientras está sentado indefenso, paralizado. Sólo usted, porque ha manoseado su cerebro, y su cerebro es todo lo que usted es.

—Y una mierda —dijo Gerard, el rostro pálido y encendido al mismo tiempo—. Eso no es más que mierda.

Thomas negó con la cabeza.

—Todo el mundo cree que es una excepción, ¿no? Incluso después de que le diagnostiquen esquizofrenia o Alzheimer. «Si me concentro lo suficiente —dicen— puedo vencerlo». ¿No lo ve? ¿No ve lo que nos está mostrando? No hay nada semejante al «triumfo del espíritu humano». ¡No hay nada semejante al «espíritu humano». Todos ellos, Gyges, Powski, Halasz, Forrest, se han abierto camino hasta el éxito, un éxito mayor del que cualquiera de nosotros podría esperar razonablemente. Eso requiere valor, ¿no? Eso requiere la voluntad de triunfar, mucha más de la que usted podría tener, agente. Así que, ¿qué le hace pensar que usted es la excepción?

—Mire, profesor —dijo Atta en un tono cortante—. He investigado sobre esto. No es tan indiscutible como usted lo plantea...

—¿Ha investigado, Shelley? Entonces dígame, ¿cuál es el argumento de Neil? Ella le miró cansinamente.

—Que somos fundamentalmente biomecánicos. Que nuestras elecciones son el resultado de procesos físicos sobre los que no tenemos control y que, en consecuencia —se encogió de hombros—, no son verdaderas elecciones.

—Y dígame, ¿cuál es el argumento contrario?

—Bueno... —Atta se detuvo. Parecía airada e insegura al mismo tiempo.

—Es difícil de expresar, ¿sabe? Requiere estudio, formación. Todas esas inútiles redefiniciones de la libertad. Todas esas especulaciones confusas y casi cuánticas del funcionamiento cerebral. Bla, bla, bla. Por un lado, uno tiene una engañosa esperanza y la «redefinición de las categorías tradicionales a la luz del conocimiento científico», cualquier cosa puede ser redefinida; y por el otro lado está la afirmación de Neil que, a pesar de ir en contra de nuestras más queridas intuiciones, es clara, directa y poderosa: la conciencia nos engaña hasta el punto de hacer sospechosos todos nuestros conceptos, sospechosos o estériles. Los que discuten sobre esto pasan mientras la conclusión insoportable permanece. No soy un hombre al que le guste apostar, agente, pero...

Atta había empezado a agitar las manos.

—Está bien, está bien, mire —dijo— tiene que...

—Me ponen enfermo —le espetó Gerard a Thomas.

—Danny... —dijo Atta.

—¿Quiénes, Ger?

—Los listillos, sabihondos, capullos arrogantes con simpatías por los terroristas y sus vecinos homosexuales...

—¿Homosexuales?

—¡Enculadores! ¡Maricones!

—¿Estás hablando en serio?

—¡Esto es lo más serio en este planeta enfermo! Las cosas van a cambiar muy pronto, créame. ¡Las cosas van a arreglarse!

—¡Danny!

—Arreglarse... —dijo Thomas riéndose—. Y déjeme adivinar en qué lado va a acabar usted. —Una carcajada de desdén—. Siento pena por usted, Ger. —Miró de soslayo a Sam, cuya mirada decía: «Déjalo en paz».

—¿Pena? —dijo el agente Gerard con un falsete burlón—. ¿Por mí? Lo que faltaba.

Thomas se encogió de hombros.

—¿Sabe cuántas religiones se han inventado los humanos a lo largo de las eras? Miles... ¡Miles! ¿No le preocupa eso? ¿No le da vergüenza? Piense en ese sentimiento suyo, esa sensación de justa indignación a la que ahora está tratando de agarrarse, que está utilizando para disipar su confusión y su miedo. No me gusta tener que decírselo, amigo, pero es un recurso barato. Todo el mundo lo usa. Todo el mundo cree que el gran Capitán del Cielo lo ha elegido para el equipo ganador, y ¿por qué no? A falta de pruebas, lo único que tenemos es nuestra psicología, nuestras necesidades, para afirmar nuestras creencias. Para sentirnos seguros. Para sentirnos especiales. Puede patalear todo lo que quiera, agitar las manos, rezar y rezar y rezar, pero al final, no es más que otro maldito cristiano-musulmán-hindú-budista-judío, sólo otro humano desventurado y corto de luces gritando: «¡Yo, yo, joder, yo! ¡Yo soy el especial!». Los tres agentes del FBI se lo quedaron mirando.

Gerard no parecía convencido ni airado, sólo... tranquilo.

—¿Y qué le hace diferente a usted?

—Sé que no sé nada.

—Pero cree que Cassidy tiene razón.

Thomas respiró hondo.

—Mire... ¿cómo se discute con la ciencia? Piense en la sensación que tiene cuando uno de sus amigos le dice «dile la verdad». ¿Alguna vez le dice la verdad? Normalmente, no. ¿Por qué? Porque sabe que es como usted, que necesita oír algo que tranquilice su ego, que sólo quiere oír una confirmación de sus halagadores prejuicios. Si podemos hacer lo que queramos, mentimos, fin de la historia. Los humanos son mentirosos. Así que, aparte de que la ciencia nos ha permitido crear un sol a partir de unos pocos gramos de plutonio, la clave es que es la única institución que hemos creado que nos ha dado verdades desagradables. Es el desconocido cruel, el que dice las cosas como son. Así que dígame, Ger, ¿por qué iba a querer discutir contra ella? ¿Cómo puede creer honestamente que su zarza en llamas puede ganar a

las pruebas termonucleares en el atolón de Bikini?

—Lo cree —dijo Gerard—, ¿verdad? Cree que Cassidy tiene razón. Que esto no tiene ningún sentido.

Thomas tragó saliva. La necesidad de mentir era casi abrumadora.

¿Era eso lo que Neil quería? Alguien que cantara el aria de su delirante ópera.

—No sé qué pensar —dijo sin convicción.

Gerard soltó una risotada.

—Entonces ¿por qué deberíamos, nosotros o hasta usted mismo, tomarnos la menor molestia por su hijo?

Silencio.

Las lágrimas llenaron los ojos de Thomas.

«Eso no, por favor...».

—Imbécil —susurró Sam—. Imbécil patético.

—Déjame en paz, Logan.

—Tiene razón, Danny —dijo Atta—. Sabes que tiene razón.

Thomas se sentó en el sillón reclinable, entumecido como no lo había estado nunca. Entumecido hasta la punta de los dedos. Entumecido en el corazón. Hasta sus párpados parecían insustanciales. Sabía que tenía un aspecto derrotado, pero la derrota requería sustancia, y él no la tenía. Había tenido miedo de llorar ante esos desconocidos, pero ya no podía llorar. Era como si se hubiera convertido en una versión condensada de sí mismo, un compendio de todas las crisis y los éxtasis.

Pensó en Nora, en su semen manchando sus muslos.

La mano de Sam se posó indecisamente en su hombro. Quería tranquilizarlo, él lo sabía, pero tenía miedo de lo que pensarán los demás. Sam era frágil, como todos.

Sólo Neil era fuerte.

Sam le dijo algo, se puso a reprender a Gerard, enumerando una serie de meteduras de pata recientes, incluido su interrogatorio a Nora.

—Gerard el Retrasado —terminó, asqueada—. ¿No te llamaban así en Quantico?

—Venga, Sam —dijo Atta—. ¿Danny? Los dos...

—Eres una zorra —gritó Gerard—. ¿No ves lo que está pasando? ¿No sabes lo que significa esto?

«Mi hijo está muerto».

—¡Danny! —ladró la agente Atta. Lo cogió por el codo y se lo llevó al otro extremo de la sala.

Sam extendió el brazo y le apretó la mano a Thomas. Trató de sonreír.

—Creía que nada te hacía perder los nervios, Danny —dijo la agente Atta en voz baja, en tono de terapia—. ¿Qué es eso que dices siempre?

—Que si te cagas en mi plato, me limitaré a apartar la mierda.

Atta se rió, pero sonó forzado.

—Ése es el Danny Gerard que conozco...

Después, con las vagas revelaciones dejadas atrás por la catástrofe, Thomas lo comprendió. Neil. Neil estaba tratando de debilitarlos. Carentes de recursos a causa de la histeria colectiva provocada por el Quiropráctico, imposibilitados para buscar ayuda en el pasado de Neil en la NSA, desconcertados y burlados... Los agentes del FBI estaban fuera de su terreno. Habían estado caminando sobre aguas cenagosas, y ahora que Thomas se ahogaba, ya no podían seguir simulando que veían la costa.

La agente Atta se volvió con un aire resuelto y desdeñoso, al parecer mucho más alentada por sus palabras de aliento que Gerard.

—Mire, profesor...

—Ahórreme el discurso, agente. No soy uno de sus soldados.

Se lo quedó mirando un momento, pensativa, después asintió.

—Sólo una pregunta antes de irme.

Thomas se frotó la nuca.

—Dispare.

—Sabemos que estos secuestros no se deben al azar.

Thomas asintió.

—Está escogiendo símbolos, gente que representa algo.

—Exactamente. Con Gyges sugirió que trataba de minar la noción de personalidad. Con Cynthia Powski, obviamente, su objetivo era el placer, o el sufrimiento, depende de cómo se mire. Con el congresista Halasz atacaba la voluntad y la responsabilidad. Y ahora con el reverendo Forrest, la espiritualidad.

—Humanidad —dijo Thomas—. Cada uno representa una característica fundamental de lo que creemos que significa ser humano. Pero todo esto es ya viejo, agente, ¿por qué volver a ello ahora?

—Porque significa que podríamos ser capaces de anticiparnos a él. Si podemos adivinar que característica o rasgo o lo que sea va a atacar, podríamos crear una lista de potenciales... —Se detuvo, al parecer alterada por la expresión de Thomas.

—¿Qué pasa, profesor?

—Amor —dijo Thomas en voz baja—. Su próximo objetivo es el amor.

Se apretó el pulgar y el índice contra los ojos.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque —le dijo Thomas a la palma de su mano— ya tiene su símbolo.

«Mi hijo».

Esa noche sufrió uno de esos sueños en que uno entra y sale de ellos, algunos raros, otros aterradoros. Todos pesadillas. Se despertaba, sentía que la cabeza y la cara le latían, después volvía a sumirse en una larga discusión con Neil sobre nada en

concreto, nada que tuviera que ver con lo que estaba sucediendo en el mundo real. El capullo se encogía de hombros y sonreía con su sonrisa de qué-voy-a-hacer-contigo. Después la pesadilla empezaba de nuevo. Disparos. Niños pequeños muertos, negándose a portarse bien, siempre negándose...

Después un timbrazo.

Sus pensamientos se tambalearon al volver confusamente a la conciencia. Dio un manotazo al despertador, pero se dio cuenta de que era el teléfono.

Le escocían los ojos, sentía la cara hinchada y como quemada por el sol. A causa de las lágrimas, supuso. Se revolvió en la oscuridad, logró coger el aparato.

—Hola. —Tosió para aclararse la garganta.

—Tom, ¿eres tú? —Alguien. Sam—. ¿Tom?

—Sí, soy yo, Sam. —Se aclaró la garganta—. ¿Qué te pasó an...

—Escucha, Tom, lo han encontrado.

Sin aliento.

—¿A Frankie?

—Lo han encontrado, y está vivo. Los médicos creen que se pondrá bien.

—¿Habéis encontrado a Frankie? —gritó Thomas con la voz resquebrajada.

—Ahora mismo lo están llevando al hospital Saint Luke-Roosevelt.

—¿Al Saint Luke? —Su mente se aceleró. ¿Por qué lo llevaban allí? Después recordó la noticia del periódico de la universidad. Saint Luke acababa de inaugurar una unidad de neurocirugía líder en el mundo.

«No-no-no...». —¡Voy ahora mismo!

Un suspiro audible.

—Escucha, Tom... Creo que será mejor que esperes.

—¿Que espere? ¿Qué coño quieres decir? Has dicho que está bien.

—Por favor, Tom. Confía en mí. Da a los médicos...

—¡Has dicho que estaba bien!

—Se pondrá bien. Te lo juro. No está en peligro. Pero...

—¿Ese hijo de puta le ha hecho algo a mi hijo? ¿Ese cabrón le ha hecho algo?

—Shhhh. Por favor, Tom. Estará...

—¿Qué coño le ha hecho a mi hijo?

—Nadie lo sab...

Thomas tiró el teléfono y bajó corriendo las escaleras.

Conducir el coche, después de eso, parecía poco más que una abstracción enloquecida. Luces, líneas y amenazas.

La ciudad, ese laberinto serpenteante, terco y tenebroso, se reía de un padre más con los nudillos blancos. El aparcamiento. El humeante hormigón. La estúpida y hosca enfermera pidiéndole que se contuviera.

—¡Dígame dónde!

Las puertas del ascensor se abrieron como un telón.

¿Qué era ese ruido?

Sam estaba al fondo del pasillo fluorescente, mirando, volviéndose, disponiéndose a prepararse, a advertir. Gerard mirando el suelo.

—Tom... Tom... Tom...

Apartándola a un lado, apartando las caras profesionales, los zapatos elegantes, las batas blancas.

—Tom... Está bien. Bien. Ha...

Ese ruido...

Venía de una puerta, en un pasillo con ventanas.

—¡Tom, por favor!

Apartó a varios médicos de rostro pálido.

Se frenó de golpe, como si llevara una correa atada al corazón.

Las luces. La cama. Las sábanas almidonadas de suave algodón. Las correas.

Su hijo, sus ojos redondos, como asombrados por un truco de magia, la boca abierta en una «O», el cuerpo crispado, retorciéndose por un fuego invisible.

Frankie.

Sam lo cogió por los hombros.

—No puede parar de gritar, Tom. No puede parar de gritar.

Ese ruido.

El hombre débil se pregunta por qué ha sido escogido. El hombre fuerte lo sabe.

Por supuesto que no hay palabras para este conocimiento. Ni libros.

Me parece lógico.

Gritas cuando te toco. Te ahogas cuando te ahogo. Tratas de cubrirte con tus manos, son demasiado pequeñas. Es raro el poder que tengo sobre ti, te envuelvo como un líquido. Cada una de tus superficies está indefensa, incluso las que están ocultas en tu interior. Y sin embargo sólo puedo golpear las formas de tu materia.

Te revuelvo el estómago, como siempre hago. Paso un dedo por la hendidura de tu espalda. Mi erección es inmediata y duradera.

Cojo las tenazas con los dedos pegajosos. Te parto la columna a la altura de las lumbares. De repente, eres una muñeca de cintura para abajo. Una muñeca que grita y llora.

No sientes cómo te follo.

Te vuelvo a partir la columna, esta vez a la altura del cuello. Con cuidado, con cuidado, tengo que asegurarme de que puedas seguir respirando. Te doy la vuelta, te empapo las manos en tu propia sangre. Las utilizo para dejar huellas en mi cuerpo, parecen morados, pero están donde tú nunca has golpeado.

¿Alguien tiene alguna teoría, por favor?

Me masturbo con tus manos flácidas, con tus palmas resbaladizas.

Veo cómo me ves. Nuestro silencio lo cubre todo. Veo que te das cuenta. Antes has sido opaca, ahora eres una ventana, transparente a mi deseo. Oh, sí, te veo. Quieta como una portada de revista. Inexpresiva como una estrella del porno entre tomas. Tan dulce. Tan dulce. Al fin, sólo dices lo que quieres decir...

Tu sangre no está tan caliente como mi semen.

29 de agosto, 10:15

Nora apretó la mano de Thomas tan fuerte que sintió un hormigueo en los dedos. El despacho estaba pensado para ser reconfortante, para ser lo que un decorador llamaría un «ambiente emocional positivo». Los efectos personales —gorra de béisbol, fotos familiares, chucherías de la tienda de regalos— debían transmitir una sensación de privacidad, enmascarar el hecho de que en esa habitación sólo eran posibles transacciones institucionales. Los muebles —las estanterías de cerezo, la mesa antigua, la alfombra árabe— debían transmitir una sensación de abundancia, porque casi todo el mundo identificaba la riqueza con la competencia. Pero Thomas sabía que no era así. Podía ver los ladrillos al otro lado de las paredes revestidas de estuco del mismo modo en que podía ver más allá de la expresión del doctor Chadapaddai.

Aquella habitación era donde le decían a la gente que se iba a morir.

Después de teclear enigmáticamente en su teclado, el jefe de neurocirugía del hospital Saint Luke-Roosevelt se puso en pie y caminó hacia una serie de paneles que había en la pared. Cobraron vida parpadeando con una reticencia pasada de moda, iluminando los contornos ojerosos de su cara. Una resonancia magnética en tres dimensiones de Frankie se materializó en la pantalla ante él, más parecida a una ilustración de un libro de texto que al alma del pequeño Franklin Bible.

—Si miran esta imagen —dijo el doctor Chadapaddai— verán que le ha sido colocado un dispositivo de alguna clase en ambas amígdalas. —Tenía la constitución y la postura cansada de un camionero, pero iba inmaculadamente aseado y vestido, como un abogado empresarial con una bata de laboratorio.

—¿Dispositivo? —preguntó Thomas.

Unos ojos con largas pestañas lo estudiaron.

—Un dispositivo —repitió el neurólogo. Apretó el mando a distancia y un cuadrado apareció en la pantalla. Amplió la base del cerebro de Frankie reconstruido digitalmente y después hizo rotar la imagen. Algo parecido a un escarabajo ennegrecía la parte posterior de la amígdala, con forma de almendra—. Ha sido colocado en el núcleo central —dijo, sacándose un bolígrafo del bolsillo para señalar alrededor del lugar—. Por lo que sabemos está sostenido con una red de nanotubos que estimulan eléctricamente numerosas vías eferentes... —empezó a decir llevando la punta del bolígrafo a diferentes regiones del cerebro de Frankie— que llevan al hipotálamo lateral, el núcleo parabraquial, etcétera...

—Todas las regiones relacionadas con el miedo —dijo Thomas.

Le sobrevinieron el horror y el asombro en la misma medida, empapándolo en sudor, revolviendo su estómago. Pese a todas las cicatrices que Powski, Halasz y los

otros habían dejado en su psique, ahora eran poco más que abstracciones. Nada podía ser más real que los gráficos color pastel que había en la pantalla. Su hijo, «¡Frankie!», reprogramado por su amigo (¡¡Neil!-qué-coño-qué-coño-qué-coño...) para experimentar un terror tras otro tras otro.

Un alma retocada como un motor... El alma de su hijo programada como la radio de un coche, el volumen a tope, reproduciendo y reproduciendo una desolación tan profunda como cualquier castigo que Dios inflija en el Infierno.

—Tienen que sacárselo —exclamó Nora—. ¡Hay que sacárselo!

La mirada de compasión del doctor Chadapaddai pareció demasiado profesional, y sin duda demasiado ensayada.

—No creo que podamos —dijo—. El sistema circulatorio del cerebro ha sido modificado para apuntar a varios subsistemas neuronales. Mediante unos nanocables tan finos que enhebran capilares...

—Vaya al grano —dijo Thomas.

El neurólogo asintió.

—Por supuesto, tendremos que intentar algo, y les aseguro que estamos estudiándolo y nos estamos preparando para cualquier opción invasiva. Pero, por el momento, señor y señora Bible, la mejor esperanza de su hijo consiste en encontrar a quien le hizo esto.

Neil. Thomas lo veía, sentado delante de él en el sofá, una aparición en el resplandor de la pantalla plana, diciendo: «Sé más del cerebro que cualquiera...». Como ninguno de los dos le dio ninguna información, el doctor Chadapaddai se mordió el labio inferior.

—Ninguno de nosotros ha visto jamás algo así. Nunca.

Thomas sabía de primera mano qué significaba que un campo del conocimiento dominara su vida: la rara sensación de propiedad e inseguridad, como instalarse en una mansión muy grande. Con la información reproduciéndose como bacterias, ningún especialista podía esperar dominar todos los detalles de su propia especialidad. Con todo, a uno le gustaba pensar que al menos tenía un conocimiento aproximado del plano de la casa. Le gustaba pensar que al menos sabía lo que no sabía.

La consternación dejó sin aliento a Thomas y casi lo tiró al suelo. Sólo Neil. Sólo Neil podía deshacer aquello. Sólo Neil podía quitar el horror que había introducido en Frankie.

«¿Tienes un brazo como el de Dios?».

—Pero van a hacer algo —dijo Nora—. ¿Verdad? Alguien puso eso ahí. Ustedes pueden sacarlo.

El neurólogo se apartó un mechón de pelo negro como el carbón de la frente, después bajó la mano con una repentina timidez. Thomas se dio cuenta de que estaba

asustado. Asustado por el FBI y su exigencia de confidencialidad. Asustado por las imágenes que había en la pared tras él. Asustado por el niño pequeño que gritaba en la Unidad de Observación Neurológica. Decía mucho de su profesionalidad que recuperara el equilibrio tan rápidamente.

—Señora Bible, mire. Tiene que entender que por el momento su hijo no corre peligro. Eso significa que tenemos tiempo, y eso significa que no tenemos más opción que ser lo más cautos posibles. Quienqui...

—¡Pero está gritando! —exclamó ella—. ¡Mi hijo está gritando!

—¡Nora, por favor! —dijo Thomas—. No lo entiendes. —Miró de soslayo al médico—. La amígdala sólo controla el reflejo de gritar, sólo el reflejo, cariño.

Nora lo miró con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas.

—¿De modo que no está aterrado?

Thomas negó con la cabeza.

—Es sólo un reflejo incontrolable que lo estimula una y otra vez. Como el hipo. En el interior es el mismo niño que conocemos y queremos, asustado por todo este alboroto, frustrado por su incapacidad para dejar de gritar, pero nada más.

—No... —dijo Nora como si se regañara a sí misma por sus miedos. Bajó la mirada a sus palmas con un aire como de penitente—. No. Neil no haría eso. A nuestro hijo no. —Cuando levantó la mirada, las lágrimas le corrían por las mejillas—. Era tu mejor amigo, Tommy. ¡Tu mejor amigo!

«Y tu amante».

El doctor Chadapaddai le dio un pañuelo de papel y después retrocedió con la cara profesionalmente inexpresiva.

—Ven —le dijo Thomas poniéndose en pie—. Te llevaré a casa.

Nora se secó los ojos, riendo.

—No voy a dejarlo. —Se puso en pie, miró a su alrededor de una manera frenética y estúpida, y empezó a agitar las manos—. Yo... yo...

—Pregúntele a mi asistente —dijo el neurólogo en jefe, abriendo la puerta—. Ella la acompañará al baño, señora Bible.

Thomas se quedó y le dijo a Nora que se reuniría con ella en el pasillo. Uno de los dos tenía que ir a casa y cuidar de Ripley. Tendrían que hacer turnos o algo así...

—Sabe... —empezó el doctor Chadapaddai después de cerrar la puerta tras él.

—Lo sé —lo interrumpió Thomas. Frankie experimentaba cada pizca del terror que expresaban sus gritos. Thomas había creído que su mentira era bienintencionada, que ayudaría a Nora a soportarlo, pero se dio cuenta de que estaba principalmente interesado en gestionar su reacción, de un modo no muy distinto al de Chadapaddai, supuso. Se le ocurrió que aquello era algo que había hecho siempre. Interceptar y reinterpretar...

—Mala idea... —dijo el neurólogo.

—Si eso fuera lo único a lo que tenemos que enfrentarnos, estaría de acuerdo —respondió Thomas, secándose una lágrima—. Ya la ha visto. Saber que Frankie realmente... realmente...

El neurólogo bajó la mirada, avergonzado, y frunció los labios.

—Pero no lo entiende... Tengo que decírselo. De otro modo estaré tratando a su hijo bajo pretextos falsos. No es sólo una cuestión ética, señor Bible, es la ley.

Malditos abogados. Hasta cuando no estaban en la habitación estaban en la habitación, es decir, en todas partes.

—Yo se lo diré —dijo Thomas con brusquedad—. Nora siempre culpa al mensajero.

Cuando el doctor Chadapaddai alzó las cejas, Thomas añadió:

—Ya me odia.

Se pelearon en el pasillo. Fue uno de esos choques de alta intensidad, con el volumen suficiente para que todo el mundo pudiera simular no estar oyendo. Cuando Thomas le dijo que estaba utilizando a Frankie como excusa para sentir pena por sí misma, ella le pegó. De camino a casa, Thomas podría haber jurado que sentía la sangre goteándole por la oreja derecha, pero cada vez que se metía en ella el dedo, salía limpio.

Todo se estaba desmoronando.

El plan era ir a casa de Mia a recoger a Ripley. Era importante, había dicho uno de los médicos, que al menos uno de ellos estuviera con ella, así que Nora y él habían acordado quedarse con Frankie por turnos. La mera idea de que su hijo estuviera solo y abandonado en el hospital lo abrumaba. Era como si alguien le estuviera tirando paladas de arena de playa caliente encima. Una palada tras otra. Una palada tras otra.

«Ripley —se dijo—. Sé fuerte por Ripley».

Pero después de aparcar en el sendero de entrada, se sorprendió andando hacia la puerta de su casa, adentrándose en la penumbra con aire acondicionado de su sala de estar. Se sentó en el sofá, bañado en una angustia que le abarcaba todo el cuerpo, una angustia conectada a sus frágiles ojos. Se le perdió la mirada, se quedó en silencio. La nevera hizo clic en la cocina.

Algo... tenía que hacer algo. Guardar vigilia no era una opción.

Al principio no oyó que llamaban a la puerta, aunque después le pareció que se había sobresaltado con el sonido. Contuvo el aliento al vislumbrar una sombra por la ventana. Se pasó las palmas de las manos por la cara y peinó con los dedos. El médico que había en él se rió pensando en que eso era lo que la gente hacía cuando estaba a punto de derrumbarse: asirse a sí misma.

Abrió la puerta de un tirón, recorriéndole un sudor frío.

Theodoros Gyges se lo quedó mirando. Ahora era una versión más pulcra del

desecho humano que Thomas había conocido hacía unos días. Llevaba la típica indumentaria demasiado estudiada de un rico que trataba de mezclarse con la clase media: una camisa amarilla de manga corta, unos vaqueros demasiado altos en la cadera. Se veía y olía limpio, como un cristiano renacido.

—¿Podría hablar con el profesor Thomas Bible? —dijo educadamente.

Pasó un momento surrealista, silencioso excepto por el bullicio de los pájaros, los niños y el tráfico, un ruido que oía cada vez que abría la puerta en verano.

—Sí —respondió Thomas—. Soy yo, señor Gyges.

Algo como una sonrisa angustiada cruzó la barba de Gyges, parecida a un cepillo de púas.

—Esperaba que volviera —dijo, señalando con la cabeza un Porsche aparcado en la calle bañada por el sol—. Sabía que era usted, pero cuando he visto su cara... —Dudó—. Como sabe, sólo veo desconocidos.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó Thomas.

—He sabido lo de su hijo, profesor Bible. Yo... —El millonario se lamió los labios dubitativamente—. Quería decirle que lo siento.

Thomas parpadeó y se dio cuenta de que despreciaba a ese hombre.

—A decir verdad, no creí que fuera usted un hombre de los que lo sienten, señor Gyges.

Los ojos de Gyges se entrecerraron, valorativos.

—Lo entiendo, profesor Bible. De veras. Acudió a mí en busca de ayuda y yo lo rechacé. —Soltó un suspiro débil, patricio—. Pero...

—Pero ¿qué, señor Gyges?

—Mire. Usted y yo sabemos que esta investigación, este grupo de trabajo, son una mierda. Quieren a su amigo, sin duda, pero quieren todavía más que siga siendo un secreto. Esto no tiene nada que ver con la justicia... —Miró a ambos lados, como si de repente se hubiera dado cuenta de que había alguien escuchando. Se acercó a él—. Es una cuestión de higiene.

Thomas asintió y sintió que el odio lo colmaba.

—¿Qué me sugiere? ¿Que acudamos a los periódicos? —Parte de su pelea con Nora había venido por su idea de acudir a los medios y a la red con su historia, algo que Thomas había rechazado desde el primer momento. Lo único que tenían era el FBI, y él no iba a caer en la convicción engañosa de «saber más que ellos...». La gente siempre creía que sabía más que los demás a pesar de la astronómica improbabilidad de ello.

—¿Cree que no he movido algunos hilos? —dijo Gyges—. Soy un hombre bien relacionado, señor Bible, un hombre con influencia. Lo de tratar a la gente como te gustaría que te trataran funciona, pero necesitará los brazos de Dios para que en este caso suene la campana. Tengo viejos amigos, senadores, que me han dicho que no

vuelva a llamarlos nunca más. Y me han dicho...

Gyges se detuvo, se quedó en silencio con el entrecejo fruncido.

—¿Qué le han dicho? —Un picor se había apoderado de sus mejillas—. ¿Qué quiere decir?

La cara de Gyges, que era tan atractiva como un guante de béisbol con barba, se quedó inexpresiva.

—Nada —dijo.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Gyges se pasó la lengua por los dientes.

—Yo solo fui una apuesta —dijo finalmente—. Pero usted, señor Bible, usted ha jugado una mano en esta partida.

—¿Y?

—Soy un hombre con recursos. Mas de lo que la gente como usted puede creer. Sólo quiero que sepa que para mí sí es una cuestión de justicia. A la mierda la higiene social.

Sacó una tarjeta color marfil del bolsillo del pecho y se la dio a Thomas.

—Todo jugador necesita un banquero, señor Bible. Todo jugador serio.

Gyges se volvió y bajó los escalones. Lamentando su hostilidad, Thomas lo llamó mientras cruzaba el césped.

—¿Cómo está, señor Gyges?

El hombre se volvió y lo miró como si fuera un desconocido.

—Mejor, profesor Bible. —Su sonrisa era grande, e indescifrable—. Estoy tratando de recuperar mi vida.

—¿Corrigiendo cosas?

Un ceño fruncido oscureció la ancha cara de Gyges.

—Usted no es sacerdote.

Sin aliento tras esa conversación, subió a la habitación de los niños y se acurrucó como una pelota en la cama de Frankie. Se abrazó con fuerza a las sábanas, como si sostuviera una piel muerta. Lo olía... su niño, su pequeño cuerpo danzarín, fresco al salir de la ducha, todo preguntas y ocurrencias de películas. Al cerrar los ojos, le parecía flotar en algún raro mundo de amebas, un lugar en el que no había nada más que tacto y dolor.

Tanta oscuridad... ¿hay algo más pequeño que un padre impotente?

Una vez más, rezó o rogó o regateó o como se llamara, ofreció cualquier cosa en el gran Ebay del alma. Y aunque no creía en nada de eso, lo hizo con más convicción que cualquier otra cosa en su vida. «Por favor», dijo con tanta fuerza interior que le pareció que su pecho, su cabeza y sus extremidades se abrirían, se volverían del revés. ¡Cualquier cosa! Por supuesto que conocía las razones. Sabía que algún

antepasado sin nombre había sufrido una mutación, una feliz locura que le permitía extender categorías sociales y psicológicas al mundo, teorizar. Sabía que Thomas Bible era un humano y que los humanos estaban programados para antropomorfizar.

Ver gente en cosas muertas.

«Por favor... Devuélveme a mi hijo».

«Devuélveme».

«A».

«Mi».

«Hijo».

Se quedó un rato tendido sin pensar, inhalando oxígeno, metabolizando. Se removió cuando las imágenes de Cynthia Powski empezaron a poblar sus pensamientos. Con un mohín de placer, los pezones duros contra el lino tenso...

Se sorprendió a sí mismo en el sofá de la sala de estar, viendo las noticias. No había nada tan desolador como mirar la tele por una pura sensación de inanidad. Las pupilas secas, las extremidades nerviosas. La demencia del mundo fija allí, parpadeando con tanta luz y tanta rapidez en las habitaciones en silencio y penumbra. Y la pantalla, ágil e insidiosa como el lenguaje, pero sin ninguna regla que preservara la verdad, acumulando una imagen tras otra, programando y reprogramando un billón de córtices cerebrales.

Incluido el suyo.

De nuevo, el Quiropráctico copaba los titulares, aunque en otras partes estaban muriendo miles de personas. Al parecer, se habían hallado en un vagón de metro varias vértebras empapadas de sangre. En la obligatoria rueda de prensa, un agente del grupo de trabajo describió el hallazgo como un «gran paso». Estaban recopilando los datos biométricos mientras hablaba, dijo, y todos los que iban en ese vagón serían interrogados en cuestión de días.

Thomas sintió ganas de escupir.

Una rápida búsqueda lo llevó a un corte de cuarenta y cinco segundos sobre Peter Halasz. Ahora estaban tratando el caso como un homicidio, dijo el agente federal. Creían que el «telegénico congresista» había sido víctima de un «acto violento casual». Una trola inteligente. Pocas cosas tenían ya tan poco significado como la «violencia casual». Thomas se preguntó si alguien en el FBI apreciaría la ironía.

Después de navegar un rato, se detuvo en la CNN atrapado por unas espeluznantes imágenes del postapocalíptico sur de Moscú. La noticia daba cuenta del furor desatado por una empresa llamada EA Games, que estaba «tecleando» las imágenes para utilizarlas en su último juego de aventuras «en tiempo real». Pronto, por 74,95 dólares podrías perseguir a daguestaníes (o rusos, dependiendo de tus simpatías) por los escombros antes de que la enfermedad provocada por la radiación

se llevara a las últimas víctimas del mundo real. Se preguntó cuál podía ser la diferencia entre eso y las propias noticias.

La siguiente noticia explicaba el último giro en la disputa sobre propiedad intelectual de *Las pelotas de Liculle*, una película porno de gran éxito que utilizaba imágenes generadas por ordenador de Lucy y Ricky^[4] para explorar los misterios de la eyaculación femenina. Como no se encontraba a los creadores del archivo, los demandantes pedían daños y perjuicios a los fabricantes de juguetes sexuales que habían pagado, en cuentas de paraísos fiscales, para hacerse con sus productos.

Algo en eso le hizo reír.

Se detuvo a ver cómo Peter Farmer, el famoso presentador de la MSNBC generado por ordenador, entrevistaba a un senador sobre la reciente aprobación de la Ley de Integración Biométrica, que vincularía todas las cámaras de vigilancia públicas a datos *online* a tiempo real. Sin duda el reciente desastre de Moscú, afirmaba el senador, subrayaba la necesidad de más vigilancia. «Imagine —dijo— que hicieran videojuegos con Nueva York o Washington».

Thomas se quedó sin aliento, atrapado por la interacción de imágenes furiosas y bromas ligeras, haciendo acopio de voluntad para recoger a Ripley. Marines con sus fusiles de asalto al hombro. Formaciones de helicópteros zumbando, recorriendo las colinas iraníes. Botellas de coca cola convirtiéndose en deportistas de élite. Buscó algo sobre Jackie Forrest y encontró una noticia en la cadena local de Nashville. Sí, respondía una portavoz de la policía de Nashville, estaban tratando su caso como un homicidio. Temían que el «popular predicador» hubiera sido víctima de «un acto violento casual».

Thomas casi se rió. ¿Por qué tomarse la molestia de ser creativo o ingenioso cuando no era necesario?

Cuando tenía trece años su madre lo arrastró a la iglesia en varias ocasiones, al parecer abrumada por la necesidad de domesticar a su precoz hijo. Le pareció que podía oler a la gente y los bancos. Ella lo obligaba, pese a su timidez, a cantar los himnos con los demás. El truco, había descubierto Thomas, consistía en confundir la propia voz con el zumbido de fondo, como murmurar al unisono que los neumáticos del coche. Así, nadie podía oírte.

Especialmente, Dios.

Sueños de omóplatos y bisturíes. Se despertó desorientado, asustado.

«¿Frankie?».

—Shhh —dijo una voz cálida—. Soy yo. Todo va bien.

Sam estaba arrodillada junto al sofá, acariciándole el pelo, mirándolo desde arriba como si fuera un estanque. Sonreía con tristeza.

—¿Qu...? —Se aclaró la garganta—. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media, más o menos —respondió Sam—. ¿A qué hora te has quedado dormido?

—No lo sé —gruñó Thomas frotándose la cara. Se volvió sobre su espalda—. Oh —dijo avergonzado—. Todo se ha ido a la mierda. A la mierda.

—¿Por qué?

—Una erección a primera hora de la tarde... ¿Lo ves?

Ella se rió y alargó la mano, se la puso encima de los Dockers.

—Esto está mal —dijo ella.

—Bueno, tú eres la agente del FBI.

—¿Y?

—Ése es tu trabajo, ¿no? Arreglar lo que está mal.

Se desvistieron y ella se sentó a horcajadas sobre él. Hicieron el amor con ternura, como la gente cansada, con la excitación atenuada por la familiaridad, cada movimiento con valor por sí mismo, cada roce carente de timidez, como los exhaustos visitantes de un museo que pasan la mano por el marfil o la diorita, no para acercarse, no para sentir, sino solamente para confirmar.

Sam empezó a murmurar: «Así, así», una y otra vez. «Así, mm», como si él fuera un hijo que no estuviera seguro de cómo llevar a cabo una tarea larga e imponente. Por alguna razón, esto le irritó y lo apasionó al mismo tiempo. Empezó a embestir más fuerte, más rápido, hasta que ella jadeó:

—Agh... no tan fuerte, Tom, por favor...

La cogió por las caderas y, levantándose, barrió todo lo que había sobre la mesilla de café. La alzó del sofá y la tendió sobre ella.

—¡Tom! —gritó.

Pero ahora se la estaba follando, haciéndola gemir y retorcerse con embestidas de hierro. Cuando ella empezó a gritar, él le tapó la boca con una mano y la embistió una y otra vez.

Ella se puso a golpear y morder. Él se apartó. Cogió la mesilla de café y la volcó. Ella cayó al suelo dando vueltas.

«¿Por qué no llevas ropa interior?», preguntó Frankie.

—¡NEIL! —gritó Thomas—. ¡NEIL!

Después cayó sobre las manos y las rodillas, se derrumbó sobre la alfombra, llorando.

«Creo que yo siempre fui sólo un proyecto para Tommy...».

Sam se acurrucó en el sillón reclinable, con la blusa y las bragas puestas. Con los ojos hinchados, contempló el whisky que Thomas le había dado. Se secó las lágrimas con el pulgar.

—Me han follado con odio antes —dijo—, pero esto ha sido horroroso.

Thomas estaba sentado desnudo en el borde del sofá, con los codos sobre las rodillas, la cabeza colgando.

Ella lo miró, enfadada e indecisa al mismo tiempo.

—¿Qué estás haciendo, Tom?

—No lo sé —susurró él.

—¿No lo sabes? —exclamó Sam—. ¿Tú no lo sabes?

—Eso he dicho.

—Pero tú eres el puto profesor de psicología, ¿o no?

Él la miró con ira.

—¿Que me cure a mí mismo? ¿Es eso?

Se acurrucó ante otro temblor.

—Tom...

—Estoy perdiendo la cabeza, Sam. —Se secó los ojos con el dorso de la muñeca—. Estoy perdiendo la puta cabeza.

Sam dejó su vaso y le cogió las manos a Thomas.

—Tom. Tienes que controlar esto. Tienes que distanciarte. Tienes que mirarte como la anécdota de un libro de texto, un caso de estudio o algo parecido.

—¿Tengo que controlar esto? —respondió frotándose la nuca—. Estás de broma.

—¿Qué quieres decir?

Thomas la miró irritado.

—Sabes exactamente lo que quiero decir. Él único modo que tengo de controlar esto es que tú, Atta y ese payaso de Gerard cojáis a Neil.

—Eso no es justo, profesor. Lo sabes.

—¿Ah, sí? Tenéis a centenares buscando al Quiropráctico y sólo un puñado...

—Quiero decir que no es justo hacernos responsables a nosotros. ¿Sabes cuántas horas estamos durmiendo?

Thomas la miró a sus ojos encendidos.

—Entonces, ¿quién es responsable, Sam? ¿Los culos invisibles que Atta siempre parece estar lamiendo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá. La clave es que...

—¿Sabes qué? —exclamó Thomas—. A la mierda. He sido un idiota al escucharos. Mi hijo no es un asunto de Seguridad Nacional. ¡Qué puta broma! Esto no tiene nada que ver con proteger los intereses nacionales en tiempos de crisis, no sois más que un puñado de burócratas tratando de salvar el culo. Debería haber ido a la red con esto la misma mañana en que desapareció. ¡O antes!

—No —dijo Sam—. No deberías haberlo hecho.

—¿Cómo puedes decir eso? —gritó Thomas—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Sabes

perfectamente que esto se habría convertido en noticia en todo el mundo! Sam. Sam. ¿Qué es más importante para ti, Frankie o...?

—No lo entiendes —dijo Sam con una expresión neutra.

—¿No entiendo el qué? ¿Que toda la nación podría estar buscando a Neil ahora mismo en lugar de una banda de pringados segundones? Que Frankie... —Su voz se quebró—. ¿Que Frankie podría estar arriba peleándose con Ripley ahora?

Él la miró con un aire suplicante. «Por favor, sé quien creo que eres».

—No seas ingenuo —dijo ella con una voz curiosamente hueca—. Nada de esto habría sucedido. Todo ha sido analizado. Todo ha sido marcado. Todo, Tom. Nada sobre Neil habría llegado a los medios ni a la red. Nada lo hará. —Dio un sorbo, lo miró airada—. Y tú habrías sido castigado por molestarlos, créeme. Porno infantil en tu ordenador. Metanfetaminas en tu coche. O peor, considerado un ecoterrorista, procesado y condenado en un tribunal a puerta cerrada. Después, pum, desaparecido. Créeme, Tom, conozco a esa gente, he trabajado con los de contrainteligencia.

Thomas se la quedó mirando, estupefacto tanto por su voz como por lo que decía.

—Estás diciendo...

—No, Tom —le interrumpió—. No puedes contrariar a esa gente, al menos al viejo estilo, y menos aún acudiendo a los periódicos. Estamos en el siglo XXI, por el amor de Dios. Sus rastreadores pueden acumular y cotejar un billón de conversaciones por segundo. Y la efectividad de sus herramientas se multiplica por dos cada dieciocho meses, mientras los humanos siguen igual. Mira las noticias. Ahora sólo hay mártires. Es la única forma que queda. Todo lo demás son sólo representaciones de conflictos.

Thomas abrió la boca para responder, después la cerró. ¿Qué estaba diciendo? ¿Que estaba viviendo en un estado policial? Se habían tomado medidas, sin duda, pero no podía ser que...

—Tom, tenemos todo lo que hay y no vas a conseguir nada más. Así que si en serio quieres atrapar a Neil, si en serio quieres salvar a Frankie, tienes que controlar la situación. ¿Nos llamas segundones? Puede. Pero por el momento has sido poco más que un peso muerto para esta investigación. ¿Me oyes? Un peso muerto.

Thomas parpadeó, tan avergonzado por el «segundón» que llevaba dentro como por la acusación de Sam. Hundió la cara entre las manos. Las mujeres, parecía, a veces se desesperaban en su ira, como si les doliera la sospecha de que los hombres necesitaban menos y por eso tenían menos que perder. Pero no siempre. A veces hacían gala de una certidumbre que no se podía distinguir de la sinceridad, la sinceridad absoluta.

Para los hombres, la sinceridad siempre era una cuestión de grado.

La expresión de Sam era inescrutable, su porte cruel, muy distinto de la indecisión y la ambición que la habían caracterizado hasta entonces.

«La he violado», pensó Thomas.

No, algo distinto. Y lo mismo.

—Mira, Tom —dijo ella—. Soy una mujer distante. Estoy constantemente en guerra con el impulso de complacer a todos los hombres por los que siento atracción. ¿Y sabes qué? Normalmente me resulta sencillo. Con la mayoría de los tíos, todo puede reducirse a dame de comer, fóllame o halágam...

—¿Qué tal —se sorprendió Thomas diciendo— si te digo cástate conmigo?

«Estoy perdiendo la cabeza...».

Sam apartó la mirada, parpadeando.

—Ésa es la versión condensada —dijo.

Neil estaba haciendo eso. Neil. Neil. Neil.

—Me estás dando miedo, Tom. Eres tan complicado... No sé qué hacer, no sé qué decir... Joder, ni siquiera sé cuáles son mis motivaciones.

Como por arte de magia, ahora estaba arrodillada ante él, con la mejilla sobre su rodilla desnuda. Tan hermosa...

«Distánciate. Concéntrate y piensa». Tenía razón. Thomas sabía que Sam tenía razón. Había permitido que la autocompasión lo dominara. Había empezado el duelo por su hijo.

El duelo... cuando debería haber estado luchando.

Respiró hondo, se apretó las palmas de las manos contra las rodillas.

—Estoy sufriendo un episodio depresivo grave —dijo, tragando para aclararse la garganta—. Una respuesta común a la pérdida —volvió a tragar— caracterizada por pensamientos mórbidos, abatimiento, sueño irregular...

«Sensación de inutilidad».

Sam negó con la cabeza.

—Una cosa es la pena y otra el dolor. Pero en tu caso... Neil sigue dándote patadas y más patadas, y tú sigues ahí tendido. Es como si sufrieras el síndrome de las maltratadas o algo parecido.

«Peso muerto».

Thomas parpadeó para reprimir más lágrimas.

—Se llama «impotencia condicionada». —dijo.

—¿Cómo?

—Impotencia condicionada —repitió—. La gente atrapada en circunstancias sobre las que no tiene control finalmente se ve condicionada para pensar que es impotente. Incluso cuando las circunstancias cambian. —La miró, sentía en el corazón un vacío como provocado por el asombro. Durante todo ese tiempo había sabido qué estaba mal sin saberlo—. Es un componente crucial de las depresiones.

—Bueno, entonces ya está —dijo Sam—. Las circunstancias han cambiado. ¡Tienes que deshacerte de eso!

Thomas se rió amargamente.

—Pero ésa es la ironía, Sam. La gente da por hecho que la depresión altera el punto de vista de los individuos. Pero no es así.

—¿Qué quieres decir?

—Uno creería que los deprimidos subestiman constantemente el control que tienen sobre los acontecimientos, pero lo cierto es exactamente lo contrario. En las pruebas, son sorprendentemente precisos en sus estimaciones. Son los equilibrados los que están engañados. Constantemente sobrestiman su control sobre los acontecimientos.

Sam le dedicó una sonrisa de asombro.

—¿Es así?

Thomas bajó la mirada.

—Resulta que para ser feliz hay que estar engañado.

¿Podía el mundo estar más jodido?

Ahora estaba llorando, y ella lo miraba. Estaba bien. Era esperable. Estaba la pena que te apretaba y la pena que te soltaba, la pena que abría todas las pequeñas habitaciones ocultas en nuestras almas. Parecía que podía sentir cómo las cosas caían sobre él, poco a poco, el remordimiento, la vergüenza, la ira... Todas esas pequeñas bestias.

Se sentía vacío.

Sam lo contempló. Cuando él la miró, ella pareció brillar como el sol que ilumina las altas cumbres. Él le tendió la mano como un pedigüeno, su cara lo decía todo.

Ella se rió e hizo lo que siempre hacía.

Cedió.

Se despertó por la luz de la televisión, con el cuerpo desnudo de Sam contra el suyo, en el sofá. Imágenes de lo que debía ser la última escena del crimen del Quiropráctico flotaban en la oscuridad. Durante un rato se quedó absolutamente inmóvil, mirando el desfile de imágenes como a veces lo hacen los niños cansados, parpadeando y mirando sin pensar, como atrapado entre canales.

Se acordó de Ripley, se maldijo por idiota, aunque estaba demasiado adormilado, demasiado entumecido para sentir una pena real. Mia lo entendería, incluso con el coche de Sam en la entrada. Una imagen de un pastor alemán con arnés que gruñía a un ecoprotestante francés hizo que le vinieran imágenes de *Bartender*. Se frotó los ojos para no llorar. Pobre *Bart*. ¿Qué iba a decirle a Frankie?

«No pude salvarlo, hijo. Como no te pude salvar a ti. Tu viejo estaba demasiado ocupado follando». La vergüenza lo golpeaba como un martillo contra el pecho. Fría y dura.

«Demasiado ocupado siendo un peso muerto...».

Sollozó en el pelo de Sam.

—No... —susurró.

«Tienes que tomar el control...». Sam gimió y se arqueó contra él.

—A la cama —murmuró.

«Tienes que pensar... Tomar el control».

Ella se incorporó y lo miró con ojos que se negaban a centrarse. Le pasó la palma de la mano por la mejilla.

—¿Vienes?

«¡Control! ¡Control!».

—Sí —dijo jadeando.

Apagó la pantalla y lo ayudó a subir las escaleras con una mano. Pero cuando ella se volvió hacia el dormitorio, él siguió hasta el baño. La luz le hirió los ojos. Abrió el armario de medicamentos y buscó con dedos torpes entre las viejas medicinas recetadas y los remedios improvisados, recordando que Nora había casi vaciado el armario al irse, y preguntándose cómo diablos había logrado llenarlo de nuevo.

Al fin lo encontró. Control.

La etiqueta decía:

BIBLE, THOMAS

Lorazepam 1 mg.

90 TAB APX DR BRUNO, GENE

Tome media tableta cuando necesite animarse tres veces al día.

En una ocasión, cuando las cosas con Nora estaban realmente mal, Ripley lo sorprendió tomando una.

—La pequeña ayuda de papá —le había explicado Nora a su hija, dedicándole a él una mirada de reproche. En ese momento todo se había convertido en un pretexto. Si no estaban disparando, estaban acumulando munición.

Thomas abrió la tapa y dejó caer una pastilla en su sudada palma. Una joya de polvo condensado contra espiras de piel. Se la metió en la boca y la hizo bajar con agua del grifo. Metió la botella detrás de un bote de Deep Ice y cerró la puerta de espejo.

—Vas a tener nervios de puto acero —le prometió a su ojeroso reflejo.

Cómo se reiría Neil.

Hay tantas palabras proféticas en las cosas pequeñas.

Primero oyes cómo muere el perro, aplastado como una lata bajo mi duro, duro talón. Se retuerce como un juguete chino. Vienes corriendo. ¿Dios mío, qué ha sucedido? Te detienes, estupefacta, cuando me ves en la sala de estar, incapaz de

encontrarle el sentido a eso, a mí, el desconocido en tu casa. Tu boca se abre, húmeda y hueca y yo decido llenarla cuando estás muerta. ¿Quién? Quieres llorar, pero ya lo sabes. Ambos nacimos con el conocimiento del yo, como todo el mundo. ¡No!, quieres gritar, pero la verdad no admite que la contradigan.

La verdad no admite que la contradigan.

Digo las palabras, sabedor de que su significado se te escapará hasta tu último estremecimiento postcoital. Sólo cuando tus pupilas pierdan vida verás su carácter definitivo, de buldózer, como una palanca que mueve las cosas...

He irrumpido en ti. Ya no hay refugio.

Nunca lo hubo.

Digo las palabras. «Sólo la carne... lo prometo». Después vienen los golpes. Después viene la sangre.

30 de agosto, 8:55

Parecía la primera vez que dormía en años, incluso décadas. El sol matinal se reflejaba en las sábanas. Al principio se limitó a respirar, parpadeando y contemplando los juegos de la luz en el techo del dormitorio. Supo, por el lío de sábanas frías que había a su lado, que Sam ya se había levantado. Imágenes de un anuncio de Toyota que había visto en algún lugar —uno de los muchos contra la Nueva Ley de Responsabilidad Ambiental— lo acosaron mientras dormitaba. Cuando cerró los ojos, vio una flota de vehículos avanzando sobre una gran glaciación con grietas. «Porque el mañana —decía la voz en *off*— es el destino más importante de todos...». Entonces recordó a Frankie. Cuando apartó las sábanas, estaba temblando.

Se tomó otro lorazepam antes de meterse en la ducha. Cuando se hubo vestido, sintió la calma inducida por el fármaco recorriendo su interior, reduciendo el horror a una vaga incertidumbre, de esas que hacen que uno se compruebe los bolsillos constantemente para ver si lleva las llaves.

Thomas siempre era de los que perdían cosas en sus propios bolsillos y ponía toda la casa patas arriba para encontrarlas. Le costaba recordar.

Sam estaba sentada en la mesa de la cocina leyendo el periódico a la luz color limón de la mañana. Aunque vestida con su mejor indumentaria FBI —falda y chaqueta color carbón—, todavía tenía ese aspecto fresco de recién salida de la ducha. Su cabello se volvía rubio en las puntas a medida que se secaba.

—¿Yyyyy? —preguntó ella con una sonrisa inquieta. Iluminada desde atrás, la página que sostenía proyectaba una sombra gigante e invertida de un 0,9 %.

—Me olvidé de Ripley —gruñó él mientras se encaminaba a la cafetera.

La expresión de Sam confirmó que se refería a su discusión de la tarde anterior. Estaba buscando, supuso Thomas, un destello o algo. Determinación o resolución.

No quería seguir siendo un peso muerto.

—Estoy segura de que a Mia no le importa —dijo mientras él se servía café.

—No es Mia quien me preocupa —respondió él, tratando de eliminar la acusación de su tono—. Lo último que necesita Ripley es que la dejen plantada... —Su garganta pareció sentir un espasmo al decir esa palabra—. Plantada —repitió como un idiota.

El timbre interrumpió su suspiro.

Mia, sin duda.

—Mi medicina —susurró Thomas, dejando su café. Pero oyó que el pomo giraba antes de dar el segundo paso. Mia nunca trataba de abrir la puerta. Nunca. Se detuvo mirando a Sam, alarmado. El crujido de la llave casi era atronador.

—¿Tiene él...? —fue todo lo que Sam pudo decir antes de que la puerta se abriera. Thomas no tenía que preguntarle a quién se refería por «él». La puerta se abrió dando paso a una pálida franja de luz solar, y por un enloquecido instante la sombra que reveló fue el hombre que lo perseguía en todos sus pensamientos desde esa enloquecida mañana de hacía sólo unas semanas.

Neil...

Hasta que se convirtió en Nora, buscando en su bolso al mismo tiempo que entraba en la sala de estar. Soltó un jadeo sorprendido cuando vio a Sam.

—Tommy —dijo, tragando saliva, bajando la mano sobre su esternón. Después de una pausa, añadió—: Agente Logan.

—¿Qué haces aquí, Nora? —preguntó Thomas.

Se produjo un largo, intenso silencio. Aquello era malo, pensó Thomas, quizá incluso catastrófico. Sam podía perder el trabajo.

«Nos va a joder», pensó. Eso era lo que hacía Nora. Incluso cuando su matrimonio iba bien, él solía decir en broma que si Nora fuera una potencia nuclear, el mundo habría sido destruido a principios de los años veinte. Si le daban a su mujer un látigo ella sabría utilizarlo.

Nora se rió nerviosamente.

—Estoy aquí para recoger a Ripley... Para que podamos llevarla a ver a Frankie juntos, como dijimos... —Parpadeó, se llevó un dedo a su ojo izquierdo—. ¿Te acuerdas?

Se acordaba... ahora. Ripley tenía que visitar a su hermano antes de que sus imaginaciones más salvajes se asentaran. Siempre había sido una chica maravillosamente escéptica, incluso antes de su divorcio. Habían pensado que si la llevaban a verlo juntos, podrían amortiguar un tanto el golpe. En ese momento, Thomas no tenía la menor idea de por qué había creído que serviría de algo. Quizá anhelaba la ilusión de que algo se había reparado —mamá y papá juntos— podría compensar la realidad de un hermano desquiciado.

—¿Tommy? —preguntó Nora.

—Lo siento, Nora. Me había olvidado. —Se aclaró la garganta—. Rip está en casa de Mia.

—Ya. —Miró directamente a Sam—. Estabas muy ocupado, supongo.

—No es lo que crees, Nora.

Nora se rió de esa manera cáustica que siempre le hacía cerrar los puños.

—Qué alivio —dijo ella—. Pensaba que habías dejado a Ripley en casa de Mia para poder follarte a la encantadora agente Logan.

Silencio mortal. Thomas miró a Sam y dio gracias a Dios porque ella estuviera mirando el suelo.

—Tú decides qué vas hacer, Nora.

—Ya sé que decido yo —espetó ella—. Y no sé qué hacer primero. Llamar a la agente Atta y decirle que una de sus subordinadas se está follando al padre de una de las víctimas. —Sonrió con una malicia alegre—. O escupirte a la cara.

El remordimiento lo golpeó antes de que abriera la boca.

—Eso es lo que haces siempre. Empeorar las cosas.

Las dudas de Nora le dijeron que había triunfado, que había dado en el blanco, aunque era lo último que quería hacer. Nora tenía su buen puñado de miedos que la minaban. En el matrimonio lo compartías todo, incluso las llaves del armario de las armas.

—Si fuera cierto —dijo Nora en un tono inexpresivo— le habría dicho a ella — miró decididamente a Sam— que la semana pasada tú y yo follamos.

Las dos mujeres se miraron a los ojos. Fuera pasó un camión. El rugido se introdujo por la puerta abierta, un traqueteo de viejos cilindros y ejes, después se alejó.

Todavía sentada, Sam siguió inmóvil, con la expresión inescrutable, salvo por la mirada de concentración. Nora soltó una risotada, como si la incomodara que Sam se negara a contraatacar.

—Nora... —intentó una vez más Thomas.

—¿Hooooola? —gritó una voz masculina desde el porche. ¿Mia?

—¡Mamá! —gritó Ripley. Su falda revoloteaba mientras cruzaba la puerta corriendo. Voló hasta Nora y se enroscó en su cintura—. ¡Mia me ha dejado ver *Alien!* ¿Es cierto que me pusiste Ripley por ella, mamá? ¿Por la protagonista? ¿Sí?

Mia la siguió tras llamar a la puerta ceremonialmente, con unos pantalones cortados y una pequeña camiseta naranja.

—Ooooh —dijo en su mejor tono gay de Alabama—, ¿qué tenemos aquí, una fiesta? —Después se volvió para ver a Thomas y Sam en la cocina—. Oh...

Nora se desmoronó en brazos de su hija. Haciendo una mueca, trató de soltarse del abrazo de Ripley. Un sollozo la estremeció, después otro.

—P-perdona, cariño —dijo entre jadeos mientras se soltaba de los brazos de Ripley—. Mamá no puede... no puede...

Salió corriendo por la puerta.

Thomas se quedó boquiabierto. En alguna parte, parecía, podía sentir el arrepentimiento, como una náusea que le iba de los dedos de las manos a los de los pies. Pero la mayor parte de él permaneció distante, como si fuera parte de un público que hacía de protagonista.

El control era bueno.

—Hola, Sam —dijo Mia, desolado. Saludó con la mano con los nervios de una niña de catorce años.

Sin saludarlo, Sam se puso en pie, se encaminó a la ventana y apartó las cortinas

para ver mejor el exterior. Thomas se dio cuenta de que estaba mirando a Nora. A través de la gasa, vislumbró cómo la sombra de ella desaparecía en la sombra de su Nissan.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó Sam a Thomas.

—Ah, joder —dijo Mia, yendo hacia la puerta abierta. Por alguna razón, a Thomas le faltó resolución para apartar las cortinas de algodón. Contempló la sombra grácil de su vecino cruzando el césped en dirección al coche de Nora. Se produjo un estallido de voces chillonas cuando la forma de Mia llegó al coche. Después el Nissan, con más gas del necesario, arrancó. Su Vecino Número Uno agitó los brazos, exasperado, después se volvió a la casa rascándose la cabeza. Tras un momento de duda, se encaminó hacia la valla y se convirtió en una figura más fantasmal a cada paso que daba.

—Ah, joder —repitió Ripley con una vocecita. Estaba sentada en el felpudo de la entrada, con las piernas echadas a un lado, los ojos abiertos de par en par y vacíos.

—No diré nada —se oyó decir Thomas.

La agente Logan se dio la vuelta, parpadeando, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo puedo ser tan idiota? —murmuró.

De repente, el control no estaba en ninguna parte.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó Ripley, no como una niña, sino como un adulto, con todas las entonaciones cónicas de «pasar».

—Sam... ¿estás bien?

Ella recogió sus cosas rápidamente, con las manos temblorosas. Se esforzó para no mirarlo a los ojos.

Thomas tendió el brazo para poner una palma contra la pared, trató como pudo de parecer tranquilo. De repente, su sala de estar parecía el borde de un acantilado.

—Deberíamos hablar, ¿no crees?

Ella sorbió por la nariz y se paró a buscar un pañuelo en su bolso. Hizo cuanto pudo para sonreír a Ripley mientras se ponía sus zapatos de tacón.

—Sam... por favor...

Se detuvo un instante, con la mirada gacha. El aura de brío artificial se disolvió. Cuando levantó la mirada, dos hilos plateados recorrían sus mejillas. Negó con la cabeza y sonrió de un modo raro, de disculpa, que a Thomas le pareció aterrador.

—Lo siento, profesor —dijo ella—. No puedo hacer esto. —Después estaba erguida, alisándose la chaqueta y la falda con las palmas de las manos—. Nunca he podido —dijo mientras salía por la puerta. Thomas oyó sus tacones golpeando el hormigón.

En lugar de mirar los ojos lastimeros de su padre, Ripley se quedó sentada con indiferencia bajo la oblonga luz del sol, cogiendo pelusa del felpudo.

—¿Qué le pasa a mamá? —volvió a preguntar Ripley, esta vez desde la seguridad que daba el brillo circense de la televisión. Había que reconocerle que había dejado pasar unos cuantos minutos antes de repetir la pregunta, al parecer tan satisfecha como él al ver las imágenes sin sonido de los disturbios.

Tanta vida desde tantos ángulos... Impresiones de un mundo a la deriva.

—Mamá echa de menos a Frankie, cariño —dijo Thomas, un tanto asombrado por poder decir el nombre de su hijo en voz alta. Al parecer, el control había vuelto.

—Pero Frankie sólo está durmiendo en el hospital. Has dicho que todavía no está muerto.

Thomas parpadeó.

Se arrodilló ante su hija.

—¿Y tú, Ripley? ¿Echas de menos a Frankie?

—No —dijo ella encogiéndose de hombros—. Normalmente tardo una semana o así en echar de menos a ese tonto... —Después se deshizo en lágrimas.

Thomas la cogió y la meció en sus brazos, susurrándole tranquilizadoras palabras de amor. Cuando finalmente dejó de llorar, se sentó con ella en el sillón reclinable un rato, sin decir nada. Pronto la tristeza se convirtió en aburrimiento y Ripley empezó a jugar con el pulgar de su padre. Él la hizo reír simulando que era un animal que salía de la palma o se escondía en ella para refugiarse.

—Ven —dijo él al fin, levantándola en el aire mientras se ponía en pie—. ¿Quieres venir a mi despacho y pintar o algo?

—¿Tienes que trabajar? —preguntó ella.

—Sí —dijo—. Tengo que salvar a Frankie.

Al principio le pareció que simplemente se había despertado con la revelación. Pero después se dio cuenta de que se le había ocurrido hablando con Gyges el día anterior, sólo que había estado demasiado desconcertado para hallarle sentido. E incluso entonces, no estaba seguro de si podía considerarse una revelación.

Ripley se agitó en sus brazos como si fuera una cuerda sobre un estanque cuando entraron en el despacho. Corrió ante él para coger lápices y libros, y se tumbó boca abajo, en el suelo. Él se paró en la puerta y miró ausente el gran póster de la Tierra.

A Neil le encantaba. Se quedaba delante de él, de perfil, de modo que Florida colgaba como una obscena polla de duende de su cremallera, y gritaba: «¡Nora!, ¿has estado alguna vez en Disneylandia?». «Demasiadas veces», respondía ella.

Ja, joder, ja. ¿Cuántas veces se habían guiñado el ojo? Neil y Nora... Thomas se preguntó cuánto tiempo había estado reescribiendo su historia. Las vacas volarían antes de que terminara, lo sabía.

—Modo verbal —dijo, sentándose ante el ordenador—. Archivos de clase... Desde... sí, hace cinco años.

Columnas de iconos de ficheros se desplegaron en la pantalla. Thomas se los quedó mirando en busca de sospechosos potenciales.

—¡Diez años! —gritó Ripley con una risilla. Todo en la pantalla parpadeó y fue instantáneamente sustituido. Thomas le frunció el ceño a su hija. Ella jugaba, inocente, sonriendo a una mancha de rojo amapola.

—Pequeña zorra —dijo él entre dientes con una sonrisa. En la pantalla se abrió una ventana: REPETIR BÚSQUEDA—. Desde hace cinco años —dijo Thomas.

Estudió los iconos un momento. Tenía que ser en una de sus clases más grandes, decidió, las que él y sus colegas llamaban en broma «viveros», donde lo más importante era conseguir que los estudiantes de primer año hicieran la especialidad en psicología.

—Abrir Intro 104a de 2010 —dijo.

Apareció una lista de ficheros, cada uno con el nombre de un estudiante. Los recorrió con la mirada.

Nada.

—Abrir Intro 104b de 2011.

De nuevo estudió la lista. Cuando llevaba dos tercios, su corazón se detuvo en:

POWSKI, CYNTHIA 792-11-473

Había sido alumna suya.

Lo que significaba que estaba relacionado con todos ellos, con todas las víctimas de Neil.

En una ocasión había votado a Peter Halasz, en una ocasión había participado en una manifestación contra Theodoros Gyges, y en varias ocasiones había discutido con Nora sobre uno de los libros de Jackie Forrest. Supuso que no se le habían ocurrido esas relaciones por su vaguedad. Parecían azarosas. Sin significado.

Pero esa mañana se había dado cuenta. Quizá ése era el propósito. El propósito de Neil.

Sólo Cynthia Powski parecía indicar lo contrario.

—Mostrar Cynthia Powski.

Una versión juvenil e inocente de su cara se materializó en la pantalla. Aunque inmóvil, pareció inclinarse hacia atrás, con los ojos parpadeando, los labios curvándose...

Hizo retroceder la silla sobre sus ruedas y se puso las manos en la cabeza.

—¿Papá? —preguntó Ripley—. ¿Vendrá Sam esta noche?

A Ripley le gustaba Sam. Adoraba a cualquiera que la tratara como un pequeño adulto.

—No estoy seguro, cariño.

Un recuerdo, tan insustancial como una gasa en el agua, le sobrevino: una Cynthia más joven, que parecía recién salida del Medio Oeste, apoyada contra su escritorio, confesándole su confusión con el término *Gestalt*. Thomas recordó que había hecho una broma —algo inofensivo e inteligente, había pensado entonces— y que después lo había lamentado al instante. ¡Qué asustada pareció ella! Desconcertada y desesperada. Era fácil olvidar lo vulnerable que...

La mano del ratón le temblaba, pero Thomas se desplazó por el archivo, temeroso de descubrir lo que ahora creía que recordaba.

No lo había conseguido. Al parecer por la interrupción de sus notas, había dejado el curso sin borrarse, lo que probablemente significaba que había abandonado Columbia. Sólo una cara joven y ansiosa más en medio del rebaño.

Thomas le había fallado. Parpadeó, viendo cómo lamía una uña pintada de rojo.

¡No le sorprendía que aquella imagen le hubiera dado la lata con tanta e intensa regularidad! La conocía. La conocía sin saberlo.

Pero ¿qué significaba?

Con la excepción de Frankie, Neil había escogido a sus víctimas a partir de una azarosa e involuntaria relación con él. Había saqueado la vida de su mejor amigo en busca de gente cercana a él para alcanzar la fama. Un magnate de los negocios, un político, un telepredicador, una estrella del porno. No podía haber ninguna duda de que quería que esas relaciones no tuvieran significado, que fueran accidentales, como un pañuelo o un guante «olvidados accidentalmente» al visitar a un ex amante. Pero ¿por qué? ¿Era sólo parte de un mensaje más grande? ¿Una cruel ilustración del sinsentido de todas las relaciones?

Thomas se dio cuenta de que no. Había algo tórridamente personal en la naturaleza impersonal de esas relaciones. Algo pensado sólo para él. Estaba seguro de ello.

¿Qué buscaba Neil?

Obviamente quería un público; los secuestros de alto perfil y las dramáticas exhibiciones lo habían dejado claro desde el principio. También quería que Thomas sufriera, Frankie y Nora eran prueba de eso. Pero esa otra gente —Halasz, Gyges, Forrest y Powski— no significaban nada para Thomas. Ser testigo de su dolor lo había horrorizado, sin duda, pero no más de lo que garantizaban sus pequeños papeles en el guión de su vida. Eran todos desconocidos, a fin de cuentas, que no compartían, como diría Neil, «material genético familiar».

Thomas miró de soslayo a Ripley, tendida en el suelo, golpeándose el trasero con los talones, con la cabeza ladeada, concentrada, pintando.

Durante el más breve de los instantes, pareció una desconocida.

Horror. El control titubeó, como pintura arrugándose al calor de un fuego invisible. Se le puso la piel de gallina de temor.

«¿Tienes un brazo como el de Dios —le había preguntado Neil aquella noche—. ¿Lo tienes?». Todo eso, se dio cuenta Thomas, todo lo que había sucedido, estaba dirigido directamente contra él. El FBI, los torpes intentos de publicidad, hasta la rutina del profeta del Apocalipsis Semántico no eran más que mentiras que Neil se había contado a sí mismo, mecanismos compensatorios que debían dar una apariencia racional y ocultar su verdadero motivo.

Odio. Odio psicópata. Neil quería que su mejor amigo sufriera. Nada más. Nada menos.

Thomas comprendió que había como para reír... después de atormentarse con la Discusión, después de albergar la gélida premonición de que Neil podía estar en lo cierto... Desde el principio la respuesta habría podido encontrarse en los apuntes de cualquier estudiante de psicología de primer año, o en cualquier obra literaria. Neil odiaba, y como cualquier hombre que odiaba, no quería nada más que ver destruido el objeto de su odio.

—¿Quién te odia? —preguntó Ripley, mirándolo con curiosidad.

Thomas se sobresaltó. ¿Había hablado en voz alta?

—Nadie, cariño —dijo—. Sólo hablaba para mí mismo.

Ninguno de ellos estaba seguro. Ni Ripley, ni Nora, ni siquiera Mia o Sam. Neil iba a por ellos.

«¿Tienes un brazo como el de Dios?».

«Concéntrate y piensa».

Neil no estaba interpretando a Kurtz ante Marlow, estaba interpretando a Dios ante Job. Estaba obsesionado. Por alguna razón Neil se había obsesionado con su mejor amigo. Había desarrollado, albergado y ocultado una fijación psicópata afectiva.

Thomas se cogió las manos, le temblaban.

El control había regresado. El mundo había recuperado su lugar fuera de la pecera.

Un viejo profesor suyo había sostenido que los psicólogos son los verdaderos pescadores de hombres. Grandes redes de expectativas, dijo, unían a los individuos en comunidades. Y cuando los individuos violaban esas expectativas, el psicólogo era llamado para echar más redes a su alrededor. En eso consistía el *Manual de diagnósticos y estadísticas de enfermedades mentales*, insistía, una forma de atrapar lo inesperado en lo esperable, de eliminar la amenaza de la sorpresa. Las infracciones se convertían en síntomas. Las abominaciones se convertían en evidencias clínicas.

—¡No hay forma de escapar! —gritaba a su clase—. Ese es el verdadero lema de toda la psicología.

No hay forma de escapar.

Por primera vez, Thomas comprendió de veras lo que aquel hombre quería decir. Por primera vez, comprendió de veras a Neil Cassidy. Neil era un acosador, poco más que un tarado en la escala de enfermedades psicológicas. Un simple obseso. Doméstico. Engañado. Muy organizado. Sin duda psicópata.

Había muchas formas de abrir esa nuez. Había un sinnúmero de puntos de vista interpretativos: el socio-cultural, el del aprendizaje, el humanista, el psicodinámico...

«Estúpido —pensó—. Estúpido. ¡Jodido estúpido!». ¿Cómo no se había dado cuenta?

Miró el cuadrado sin polvo en el que había estado su lámpara de escritorio de latón. Casi veía a Neil inclinándose sobre ella al escribir www.apocalipsissemantico.com en el cristal verde. Casi veía la sonrisa que desnudaba a las mujeres, torcida con un placer travieso. Neil gozaba sabiendo las cosas que los demás deberían saber, fueran rasgos de personalidad, profesiones, o mujeres. Nada le divertía más que la ironía. En la universidad, había convertido en un arte embaucar a los ya engañados por sus propias palabras. Thomas también había jugado, pero sólo a regañadientes. Ser testigo de un autoengaño era conocer a alguien mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Y aunque en cierto sentido Thomas había convertido el juego en una profesión, le resultaba mucho más incómodo que reconfortante. Jugar con la ironía era jugar con las vulnerabilidades de los demás. Dado que todo el mundo, incluido Neil, era un yo y a la vez otro, jugar con las vulnerabilidades de los demás significaba jugar también con las propias vulnerabilidades. Y ésa era la cuestión. Neil desplegaba esos juegos, se dio cuenta Thomas, para cultivar una sensación de invulnerabilidad.

El mayor autoengaño de todos.

Thomas había tratado de decírselo en una ocasión, pero era parte de la peculiar ceguera de Neil creer que lo veía todo. Nunca había dejado de jugar, nunca había dejado de sonreír ante la inconsciencia de los demás, ante la verdad oculta allí mismo, donde cualquiera podía verla... en una sonrisa coqueta de una esposa, en el silencio avergonzado de un amigo...

Thomas se estremeció. Se volvió hacia la izquierda, hacia el maltrecho póster de un mundo igualmente arrasado. Un paisaje de agujeros y luz reflejada oscurecía las negras masas terrestres del satélite. Vislumbró una «X» dibujada con rotulador en un extremo en forma de dedo. ¿Cómo?

«Oh, Dios mío...». —¿Ripley?

—¿Sí, papá?

—Recoge tus cosas, cariño.

Thomas apresuró a Ripley por la hierba. Corrieron hasta el porche de la casa de Mia y Thomas llamó fuerte a la puerta mosquitera.

—¡Mia! —gritó.

Ripley estaba asustada.

—¿Qué pasa, papá?

Thomas se puso la americana negra y gris que había cogido. El aire traía un frío seco y pretoñal.

—Cuando entremos, Rip, quiero que vayas a la parte trasera a mirar la tele, ¿de acuerdo?

—Pero si no hacen nada.

—Juega con su Juegosfera. O mira una película. Pide la película que quieras.

Ella alzó la mirada con los ojos entrecerrados, tan adorable que Thomas sintió que el control le flaqueaba un instante.

—¿Cualquier película?

—Cualquier película. Siempre y cuando no...

—Hola, hola —dijo Mia, poco más que una aparición tras la pantalla. Abrió la puerta y Ripley pasó corriendo a su lado.

—¡Pasa, por favor! —le gritó Mia. Se volvió hacia Thomas, perplejo y quizá un poco enfadado.

—Ya sé que no te he avisado, Mia, pero necesito que te la quedes un rato.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

—He sido un idiota. Un jodido idiota.

Mia lo miró con aprensión. Miró al otro lado de la calle.

—Pasa.

Thomas lo siguió como ido hasta la cocina. Los restos de una cena abstemia — una cazuela y dos platos, un cuenco de madera con restos de ensalada— se acumulaban sobre la encimera de cerámica.

—¿Un idiota?

Thomas se sentó en la maltrecha mesa antigua.

—Con Neil. He sido un idiota con Neil.

Mia hizo una mueca.

—Tenía la sensación de que ibas a decir eso. ¿Por qué?

—Todo este tiempo he estado juzgándolo todo por las apariencias. Interpretando las señales como él quería que las interpretara.

Mia se encogió de hombros.

—¿Y? Es un hombre que tiene un mensaje. Un psicópata que quiere proclamar sus ideas.

—No es tan sencillo como eso. La gente da una explicación racional a todo lo que hace. Cuanto más desviada es la conducta, más imaginativa es la explicación racional. Y casi siempre es una trola, como dijo Freud.

Thomas todavía no había conocido a un marxista sin ciertas nociones de

psicoanálisis.

—¿Estás diciendo que lo que Neil dice no es exactamente lo que quiere decir?

—Eso es. La Discusión, la muerte del significado... ¡todo mierda! Nada más que la forma desquiciada y demente de Neil de ocultar sus verdaderos motivos.

—Sus verdaderos motivos...

—¡Sí! ¡Es tan sencillo, Mia! —Thomas se interrumpió, trató de recomponer su compostura, sus pensamientos—. Neil está «discutiendo» para negar su odio. El nihilismo es solamente una excusa, una forma de legitimar que quiere herirme.

—¿Odio? —Mia se pasó una mano por su cabeza casi rapada—. Pero ¿por qué te odia?

—Para reprimir su vergüenza.

—¿Y por qué está avergonzado?

—Porque está enamorado.

—¿Enamorado? ¿De quién?

—De mí.

Mia frunció el entrecejo, con un codo levantado y la mano todavía en la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sé cómo suena. Pero esos tres años que pasamos juntos en Princeton fueron muy intensos. Da miedo, al pensar en ello, la cantidad de niveles en los que conectamos. Yo llegué a quererlo como si fuera un hermano, pero Neil... llegó a quererme más, creo... Como un amante. —Se sorprendió inclinándose hacia adelante, como si quisiera coger a Mia por los hombros—. ¿No lo ves? Ésa es la razón por la que sedujo a Nora. ¡Para vengarse y para demostrarse que no era necesaria ninguna venganza!

Mia lo miró con escepticismo, se pasó la mano por la mejilla cubierta de barba incipiente.

—No sé, Tommy...

—¿Qué quieres decir? —La respiración estridente que acompañó a estas palabras le hizo darse cuenta de lo desesperadamente que necesitaba estar en lo cierto.

—¿Neil? ¿Gay? —Mia negó con la cabeza—. No... nunca recibí una señal suya, y créeme, Bill y yo las buscamos casi siempre.

—Venga, Mia. Vosotros mismos siempre habláis de gente que come carne y pescado.

—Pero eso es lo que quiero decir: nunca hubo ninguna duda de si era hetero o gay, al menos para nosotros. —Mia se interrumpió y se encogió de hombros—. Podría ser una especie de homo súper sigiloso, supongo... —Se detuvo, se quedó mirando a Thomas—. Pero ¿qué tiene esto que ver con dejar a Ripley? ¿Por qué no llamas a Sam y le dices que has descubierto un nuevo motivo?

Thomas tragó saliva, juntó lo que parecía su último aliento.

—Creo que sé dónde está, Mia.

Mia se cogió al antiguo respaldo de una de sus sillas, como si quisiera mantener el equilibrio.

—¿Se lo has dicho a alguien?

Algo en esa pregunta le escoció.

—No, todavía no.

—Joder, Thomas. Joder, joder. Espera un momento. Un momento. Explícame cómo el hecho de que se la pongas dura a Neil se traduce en que sepas dónde está.

Thomas apoyó la frente en su mano derecha. Le contó a Mia que se había dado cuenta de la relación que mantenía con las víctimas de Neil, que había descubierto que Cynthia Powski había sido alumna suya.

—Todos ellos, Mia... Neil no sólo está secuestrando a gente medio famosa, sino que está secuestrando a gente medio famosa que ha tenido contacto accidental conmigo.

—Pero eso no tiene sentido.

—No, a menos que haya ido a por mí desde el principio.

Mia asintió, pero Thomas no supo si fue porque lo entendió o solamente para reconfortarlo. Sus ojos seguían escépticos.

—¿Por qué crees que sabes dónde está?

—Porque después de darme cuenta de esto, pensé en la dirección web que había escrito en la lámpara de mi despacho. Después pensé en mi mapa, la fotografía por satélite de Norteamérica que hay en mi despacho, pensé que a Neil le encantaba. Neil está jugando, pensé, riéndome para mí, bailando en la oscuridad, donde no puedo verlo. ¿No sería muy propio de él revelar el lugar en el que está ante mis narices, ante las narices del FBI? Así que miré el póster y ¿qué vi? Una pequeña «X» junto al Hudson, del mismo color que utilizó para escribir la dirección web. —Lo asaltó el miedo—. Increíble... joder.

—Tengo la piel de gallina. Esto es demasiado raro, Tommy.

Thomas se quedó con la mirada perdida durante un momento.

—Sí —dijo al fin.

Ambos se quedaron sentados en silencio.

—Esto es una locura —exclamó al fin Thomas, palmeándose la camisa y los bolsillos de los pantalones como si buscara las llaves.

—Tengo que llamar a Sam.

Mia lo miró con dureza.

—Espera, Tommy. Piénsalo.

—¿Qué tengo que pensar?

—Necesitas a Neil... para Frankie. Has dicho que Neil es el único que puede curarlo.

Thomas se rascó el pecho. Pensó en lo que Gyges había dicho el día anterior, en la higiene.

—Piénsalo —prosiguió Mia—. Sam es Sam, pero ¿qué hay de los demás? Si están tan deseosos de que no se sepa nada de Neil. ¿Crees que tienen planeado detenerlo?

—Pero tienen que hacerlo —dijo Thomas, parpadeando para retener las lágrimas. «Frankie...».

—¿Tienen que hacerlo?

Se miraron a los ojos.

Thomas apartó la mirada y la llevó a sus manos vacías.

—¿Pues qué coño se supone que debo hacer?

Mia miró frenéticamente por la cocina, como si buscara un utensilio que pudiera solucionar su problema.

—Tienes que hacerlo tú mismo —dijo con decisión, como si el asunto ya hubiera quedado cerrado. Antes de que Thomas pudiera protestar, su vecino se encaminó al otro extremo de la cocina y abrió la puerta del sótano. Sin una palabra, desapareció de la vista.

Thomas lo siguió por los escalones. Oyó que arrastraba cajas, pero no veía más que sombras en la luz amarilla y polvorienta de abajo.

—¡Aquí está! —gritó Mia, apareciendo en la base de la escalera. Tiró algo por el aire enrarecido. Thomas lo cogió a pesar de que tenía las manos como congeladas. Un rollo de cinta aislante.

—¿Qué es esto? ¿Es un arma de destrucción masiva?

—No, para inmovilizarlo. Tendrás que traerlo vivo, ¿no?

—¿Y? ¿Me deslizo tras él a hurtadillas y le ato con cinta? Es un asesino armado y peligroso, Mia, no un puto regalo de Navidad.

¿Estaba de veras pensando en esa locura?

«Frankie...». Gritando y gritando.

—Espera —dijo Mia desapareciendo de nuevo. Esta vez regresó al cabo de un momento. Empezó a subir las escaleras. Thomas retrocedió de espaldas. Su vecino tenía un arma.

—Mia, ¿qué coño...?

—Cógela —dijo Mia, ofreciéndosela. El metal del arma parecía curiosamente triste a la luz de la cocina, como los ojos de un animal muerto—. Cógela, Tommy. Estamos hablando de Frankie. Frankie.

El corazón le martilleaba. Thomas alargó la mano y cogió el revólver. Tenía el tacto del sudor frío, pero pesaba menos de lo que parecía. Era tan ligero que daba vértigo, a pesar de parecer hecho de uranio.

Thomas empezó a estremecerse. ¿Adonde había ido su control?

«Tu bolsillo», dijo una voz.

—Así que yo te doy a mi hija —dijo, tragando saliva— ¿y tú me das cinta aislante y una pistola?

Mia alzó un dedo de reprobación, pero lo bajó.

—Tienes razón —dijo. Sin mediar explicación, volvió a desaparecer en el sótano y casi bajó rodando los últimos escalones.

—¿Mia? —Thomas se había quedado arriba, estupefacto—. ¡Mia!

Un instante después, el hombre nervudo reapareció por los escalones.

—Toma —dijo sin aliento. Formaba un cuenco con las manos y en su interior llevaba balas, como si fueran pistachos—. Toma.

Thomas las cogió y se las metió torpemente en los bolsillos de su americana.

—Así hay que hacer las cosas, supongo.

«¡Tengo una pistola en las manos!». No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Pero lo estaba haciendo. Un peso muerto en movimiento.

Mia lo observó con el rostro pálido y un ademán sorprendentemente severo.

—Ahora dime —dijo—, ¿dónde crees que está Neil exactamente?

Thomas no estaba totalmente seguro, y el lorazepam no estaba facilitando las cosas: hacía que sus ojos parecieran cojinetes. Le resultaba difícil concentrarse en el tráfico circundante. La I-87 se extendía como una infinita pista de aterrizaje ante él.

Había comprobado en dos ocasiones la «X» de Neil en un mapa de carreteras y sí, seguro, estaba al norte de las Catskills, cerca de una aldea llamada, apropiadamente, Climax. En sus días de Princeton, unos amigos íntimos de los abuelos de Neil tenían una gran casa de campo allí que ellos habían visitado tres o cuatro veces con distintas mujeres. Durante un verano entero, frases de borracho como «¿Quieres que te lleve a Climax?» habían sido su herramienta preferida para entrarles a las chicas en los bares. A pesar de los ojos como platos y la indignación, no pocas habían mordido el anzuelo. (La clave, como decía siempre Neil, era hacerlas sentir como si estuvieran al margen de un simpático chiste privado). Thomas había tenido varios climaxes en Climax. La fiesta terminó cuando la abuela de Neil encontró varios condones usados (que, decía la anécdota, había recogido al tomarlos por pieles muertas de serpientes) tras una de las camas. Neil y él se acusaban en broma mutuamente, pero ambos sabían que eran de Neil.

Eso había sido hacía mucho tiempo. Climax estaba justo al lado de la I-87. Thomas había pasado junto a la salida en varias ocasiones durante los años siguientes, y en cada una de ellas se había sentido sacudido por un raro vértigo al pasar ante una carretera que había tomado en el pasado, la sensación de dejar atrás algo que debería ser revisitado. La pregunta era adónde ir una vez que llegara a Climax: sus recuerdos del camino tenían la imprecisión propia de quien sólo había

ido de pasajero. Su única posibilidad era ir recordando sobre la marcha.

Conducir le resultó tranquilizador y desconcertante al mismo tiempo, y se distrajo pensando en esa paradoja. Nunca le había gustado conducir, pero había algo en la autopista, la sensación surrealista de cruzar a toda velocidad ciudades, campos y bosques intactos, anónimos; la sensación de ejercer poder sin estorbos, deslizándose por el borde catastrófico de la vida. En una partida de póquer de hacía años, un bombero voluntario lo había horrorizado con historias de accidentes de coche en carreteras rurales, de miembros estirados como plastilina entre metal retorcido. «En la física de los accidentes de coche —había insistido aquel hombre—, nuestro cuerpo es poco más que una bolsa de goma llena de sangre. Si vas rápido, es como tirar globos de agua». En ese momento, el comentario había dejado a Thomas completamente paranoico. Pero pasaron los años y el tráfico —a pesar de los borrachos, los malos conductores y los adolescentes temerarios— seguía resplandeciendo en ordenadas filas y su paranoia se convirtió en una rara euforia. De alguna forma, conducir por la autopista se había vuelto una forma de escabullirse, o una racha ganadora que no podía terminar.

De manera que no era sorprendente que la carretera se hubiera convertido en el símbolo. En la carretera todo el mundo era libre, poderoso, carecía de miedo. En la carretera, todo el mundo era norteamericano. Lo que le desconcertaba, pensó Thomas, era el destino.

Neil Cassidy.

Su revelación de la mañana había sido una especie de indulto. Antes, Neil parecía algo elemental, más un principio que un ser humano. Cada año, Thomas empezaba sus cursos de primero leyendo en voz alta la *Riada* y señalando que Héctor, el gran héroe de Troya, no moría a manos de Aquiles como la mayoría de gente creía, sino en manos de Aquiles por obra de Atenea, la de los ojos fulgurantes. Para los antiguos, explicaba, no poseías tus palabras y tus acciones, al menos no como los estudiantes de primero creían monopolizar las suyas. Para los antiguos griegos, egipcios, sumerios y demás, uno era más una estación intermedia que un punto de partida, un canal a través del cual los actos de unos actores ocultos podían expresarse. Ésa era la razón por la que consideraban la locura con tanto pavor como irrisión. Algunos locos eran sin duda idiotas, pero algunos eran también profetas. A veces Dios hablaba a través de ellos.

Eso era lo que Neil le había parecido a Thomas: un loco en el sentido antiguo.

Un poseído.

Neil había abrazado la implacable verdad de su existencia, y abrazando esa verdad, había abrazado no sólo la materialidad de la que dependía toda experiencia, sino todos los procesos evolutivos, geofísicos o cosmológicos que imponía esa materialidad. Se convirtió en la expresión de un billón de soles apagándose, la

manifestación de un millón de nacimientos entre lágrimas a lo largo de un millón de años no presenciados. Se convirtió en el conducto de algo completamente carente de propósito, indiferente e incalculablemente vasto.

Antes Neil parecía el término de una línea que se remontaba hasta los límites del universo observable, el mismísimo principio. Un hombre en consonancia con su miríada de circunstancias sin sentido.

Una declaración cruel y horripilante: «no eres de verdad».

¿Y ahora? Ahora simplemente parecía un idiota triste y peligroso.

O eso se dijo Thomas.

La mayoría de las señales —autopista, calle, rótulo de tienda— se disolvían en el caos de la carrera de ratas que era la vida cotidiana. Todo era En Venta o Gire a la Izquierda o Velocidad Máxima 100, todo tenía un dedo que podías seguir. Pero, por alguna razón,

Salida 21 B
Climax
a 3.000 metros

escrito en blanco sobre verde, le pareció a Thomas completamente distinto. No simplemente ambiguo o rebotante de asociaciones, como una antigua parábola, o un dibujo grabado en un orinal, también indefinible a la manera de las cosas inteligentes y cónicas. Si hubiera poseído ojos, Thomas estaba seguro de que le habría hecho un guiño.

Tardó un rato, pero pronto reconoció una tienda junto a la carretera. Encontró la salida poco después, una abertura oscura entre muros de vegetación. Giró lentamente, los neumáticos aplastaron la gravilla. Las sombras se lo tragaron y se abrieron huecos boscosos, umbríos pero secos bajo el cielo de finales del verano. Aunque el suelo era regular, parecía que el Acura corría fuera de control. «Colina magnética», pensó inconscientemente. Como recordaba, el camino giraba a la izquierda y desaparecía gradualmente entre pantallas verdes. Apartó la mirada hacia el dosel de los árboles que se reflejaba en el pulido capó, vio retazos del cielo entre las pinceladas de color verde oscuro. Frenó.

«Tengo que parar. Tengo que sorprenderlo. Tengo que...». Sopesó la pistola con la palma sudada.

«Frankie». Le faltaban fuerzas. ¿O las tenía?

«No. Dios mío, no...».

Apoyó la cabeza en el volante. Se le escaparon uno o dos sollozos.

«Mi hijo. Tengo que recordar a mi hijo». Se secó los mocos y las lágrimas.

Pero ¿y si las cosas salían mal? Imágenes desastrosas se sucedieron en cascada por su mente. Thomas no era estúpido ni débil, pero en todos los años que hacía que conocía a Neil, casi siempre perdía cuando jugaba con él. Perdía al ajedrez, al squash... Y a Nora.

Neil siempre ganaba. Lisa y llanamente.

«¡Pero no en esto!». Él era quien tenía la justicia de su lado, ¿no? Un padre luchando por salvar a su hijo. Un padre luchando...

Abrió la puerta y esperó. El bosque circundante parecía cubierto de musgo, humus y matorrales inmóviles. Los árboles disimulaban las distancias, borraban todo vislumbre de la casa de campo.

Thomas apagó el motor. Cogió el revólver.

«Por favor —susurró—. Por favor...». Todo iría bien. Era un padre luchando por salvar a su hijo.

Lo asaltaron más imágenes de desastres, pero apretó los dientes y sacó los pies del coche. «¡Joder —pensó—. Joder!». Correría entre los árboles e irrumpiría en la casa. ¡Le daría un patadón a la jodida puerta! ¡Se lanzaría de cabeza a la catástrofe! ¿A quién coño le importaba lo que pasase? Al menos se acabaría. ¿Verdad?

«Para mi hijo... no».

Una vida de horror. Una vida sintiendo arcadas entre gritos.

«Frankie». Ese nombre, de alguna manera, se había convertido en una plegaria.

Thomas volvió a meter los pies dentro del coche, alargó el brazo y cerró la puerta.

«¡Qué idiota!».

Dejó la pistola en el asiento del copiloto. Parecía que podía saborear su metal, oler su engrasada amenaza.

«¡Idiota, idiota!».

El mundo era como una gran trilladora sin sentido. Cada segundo, espíritus doblegados, cánceres no advertidos, hijas violadas, mujeres maltratadas, niños asesinados. Cada puto segundo se destrozaban las reglas de la lógica. Cada segundo durante mil años, ¡durante un millón! Hasta sus antepasados homínidos habían llorado, ¿no? Alzaban sus manos impotentes contra la desolación de sus vidas. Hasta los *Australopithecus* lloraban.

¿Qué se había hecho de sus nombres?

«Concéntrate y piensa. Piensa... ¡Razona, por el amor de Dios!».

Con la mano temblorosa, Thomas puso el Acura en marcha atrás. Salió del camino derribando arbustos, lo mismo que si fueran parasoles hechos trizas.

Cada segundo algún padre fallaba a su hijo.

El mundo no era una fábula ni un poema épico, ni siquiera una tragedia cómica.

Era un psicópata.

Un Acura rojo, parado en el lateral de una carretera rural. Dentro, un hombre se inclina sobre un móvil. Se cubre la otra oreja cuando pasa un camión rugiendo.

—Sam... Sí, soy yo.

Baja la mirada a su regazo.

—Estoy parado junto a un sitio llamado Climax.

Mira nerviosamente su parabrisas, sonrío nerviosamente.

—No, no estoy bromeando. Está al norte del estado, después de las Catsk...

Frunce el entrecejo, se rasca la barbilla.

—¿Solo?

Parpadea para retener las lágrimas.

—Sólo estoy siguiendo una pista. Un peso muerto corriendo por un callejón sin salida. —Otro parpadeo—. Tendrías que venir. Me vendría bien tu ayuda.

Se pasa una manga por las mejillas.

—No. Por teléfono no.

Vuelve a bajar la mirada, un antiguo gesto de concentración.

—¿Me estás llamando paranoico? Eso está bien. Mira, podría ser importante. Probablemente no, pero podría serlo. De todos modos, tienes que echarle un vistazo.

Sus ojos pierden la concentración, como si estuviera tomándose el pulso.

—Está sólo a dos horas y media. Al norte por la I-87.

Mira un turismo plateado que pasa como una exhalación.

—Claro, estoy bien. Pero ven, por favor. Ten un poco de fe, por el amor de Dios.

Se rasca un lado de la nariz.

—Sí, al norte por la I-87, toma la salida 21B. Me verás. Estaré esperando en el coche.

Niega con la cabeza, de lado a lado.

—Sí, sí. Mira, tengo que dejarte. Nos vemos en un rato, ¿vale? Ah, y Sam. —Se echa hacia atrás, se ve en el espejo retrovisor—. Te... te quiero.

Se queda inmóvil.

—¿Qué quieres decir?

Se pasa una mano por el pelo.

—No, no... Hablaremos de eso luego. Conduce con cuidado.

30 de agosto, 18:44

Desde el asiento del copiloto del Mustang de Sam, para Thomas el regreso a la casa de campo tenía tintes surrealistas, teatrales. La decreciente luz de la tarde revelaba las complejidades interiores de los árboles. La guerra entre la gravilla y la hierba a lo largo del arcén. El galope de las ruedas sobre el asfalto resquebrajado y abombado. Todo parecía un espectáculo imposible, punzante de tan romo, intenso de tan vulgar. *Cinema verité*. Casi creía que Gerard, que estaba sentado detrás de él, tenía sobre el regazo una bolsa de palomitas.

La mentira que les había contado se le había ocurrido fácilmente, gracias a su control. Gritando por encima de los ruidos de los camiones que pasaban, hasta había logrado disculparse con Sam con los ojos. «Basta de peso muerto —había dicho su mirada—. Basta de Nora». Pero ahora, mientras el mundo estaba al otro lado del parabrisas y los agentes del FBI se acercaban cada vez más a él, las implicaciones de su engaño empezaban a acumularse. «Sólo importa Frankie —se dijo una y otra vez, como una maldición o el ferviente deseo de un niño—. Nada más. Ni Gerard. Ni Sam. Ni yo...». El sol los siguió por el camino del bosque, pero pronto lo derrotó la acumulación de sombras. De repente, la última hora de la tarde dio paso al anochecer. Doblaron un recodo y Thomas vio la casa, casi idéntica a como la recordaba. El porche hondo, el segundo piso con tejado a dos aguas, los fundamentos de piedra. Había luz en las ventanas.

—Hay alguien en casa —dijo Sam aparcando el coche. Miró a Gerard, en el asiento de atrás, y después a Thomas, con escepticismo—. ¿Quién decías que es ese tipo?

Thomas les había contado una trola: que recordaba a un viejo amigo de Neil, alguien llamado Danny Marsh, que ahora vivía a las afueras de Climax. Había sido deliberadamente vago sobre por qué le parecía importante y había insistido en que tenía una rara pero fiable «corazonada». Pero había tratado de darles suficientes detalles triviales (como su apodo ficticio, Perko-Dan) para al menos retrasar sus sospechas.

La idea era llevarlos a la casa.

Allí.

—¿Hoooooola? —canturreó Sam—. ¿Profesor?

Thomas sabía que su relación con Sam, fuera la que fuese, no iba a sobrevivir a ese último engaño. Quizá ya estaba muerta. El control hizo cuanto pudo, pero tuvo que cogerse los pantalones para impedir que las manos le temblaran.

—He mentido —dijo.

—Una vez más —susurró Gerard desde atrás.

Sam frunció el entrecejo y sonrió, como si no quisiera creer lo que acababa de oír. A Thomas nunca le había parecido tan hermosa.

—¿Que has qué?

—He mentido —repitió, con la voz mucho más tranquila de lo que él se sentía—. Tenía que traeros aquí.

—Te lo he dicho —le dijo Gerard a Sam—. Te lo he dicho, joder. Compruébalo todo antes del encuentro, porque este tipo está fuera de madre.

—¿Qué está pasando, Tom? ¿Por qué tenías que traernos aquí?

Señaló la casa con la cabeza.

—Porque Neil está ahí.

Un momento sin palabras.

—¡Joder-joder-joder-joder! —gritó Gerard desde atrás.

—¿Neil está ahí? —le espetó Sam con mordacidad—. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—¡Maldito cabrón! —siguió gritando Gerard, presa del pánico.

Thomas se quedó mirando el salpicadero.

—Marcó este lugar en mi póster, del mismo modo en que escribió la dirección web en la lámpara... Creo que quiere que lo encuentre.

—Entonces, vaya y llame a la puerta —dijo Gerard.

—¿Por qué? —preguntó Sam—. ¿Por qué has hecho esto? —A diferencia de Gerard, seguía hablando con tono profesional, y eso hizo que Thomas se sintiera absurdamente orgulloso. El control lo abandonó lo suficiente para que parpadeara por un repentino escozor en los ojos.

—P-p-por m-m-m-mi hijo —dijo tartamudeando. Miró a Sam—. No confío en los demás. No confío en Atta... Ni en ti, Gerard.

Gerard soltó un bufido.

—Sólo faltaría que...

—¡Cállate, Danny! —le espetó Sam—. Crees que la idea es matar a Cassidy, no detenerlo. ¿Es así?

Thomas asintió y tragó saliva.

—Tú lo has dicho, Sam. Dijiste que conoces a esa gente, ¿te acuerdas? Si llamas a Atta y le dices que tienes al sospechoso acorralado, ¿qué crees que sucederá?

Sam miró a través del parabrisas.

—Mandarán un equipo táctico —dijo sencillamente. Cuando volvió a mirar hacia dentro, tenía los ojos brillantes de indecisión... y de admisión de la culpa. Matarían a Neil.

Lo sabía tan bien como Thomas.

—Si Neil muere —dijo Thomas—, Frankie también. Eres mi única oportunidad,

Sam.

—No podemos hacerlo, Tom —dijo, parpadeando para reprimir una lágrima.

—Joder... —murmuró Gerard con un evidente alivio.

Thomas mantuvo la mirada en Sam. Los ojos de ella parecían estar descubriendo a Thomas por primera vez. Ella era fuerte, eso lo sabía. Suficientemente fuerte para hacer lo correcto, aunque eso significara sacrificar al hombre al que quería. O a su hijo.

—Pero no te lo he pedido —dijo Thomas. Alargó el brazo y le dio al claxon.

Los bosques circundantes parecieron temblar con la reverberación.

—¡Por qué ha hecho eso! —graznó Gerard—. Joder!

Estremecida, Sam se quedó mirando la casa. Los tres contuvieron el aliento.

Thomas vio que una sombra se inclinaba ante una de las ventanas doradas y apartaba las cortinas.

Era él, perfilado contra unos cálidos tonos de interior, mirando la fría penumbra del anochecer. Neil. Parecía algo no del todo humano, como si mirara a través de un portal, respirando una atmósfera diferente, más brillante. Después desapareció. Un rato después, la casa quedó a oscuras.

El miedo lo inundó como un baño caliente.

—Creo que lo haremos a tu manera —dijo Sam. Su sonrisa era triste y fatalista. Sacó su automática y se volvió hacia Gerard—. Iré por la parte de atrás. Cubre el frente. Cuando dé la señal, entramos los dos.

—De modo que vas a permitir que este capullo nos dig...

—¿Entendido?

—Entendido —gruñó Gerard.

Se volvió hacia Thomas, con los ojos brillantes de miedo y excitación.

—Tú te quedas aquí —dijo, y después desapareció por la puerta. Thomas contempló cómo corría entre los árboles con la cabeza gacha. Pisando hojas, cruzó un pequeño claro y después dio un rodeo para flanquear el edificio.

«Nada importa».

—Eres un hijo de puta —le susurró Gerard al tiempo que abría la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Thomas mecánicamente.

El agente se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, honestos. Parecía distinto en la oscuridad, contradictorio, como si la piel de un hombre atractivo hubiera sido extendida sobre algo pastoso y estúpido.

—Porque nos has jodido.

Thomas observó cómo Gerard se desplazaba de lado utilizando el Mustang como cobertura, después corrió hacia la casa. Desapareció en las sombras, en el lugar donde el porche sobresalía, pero no antes de que Thomas vislumbrara el puro pánico en su cara.

Estaban aterrorizados. Eran agentes del FBI y estaban aterrorizados. En su mente vio a Sam tosiendo sangre en sus brazos, la acusación en sus ojos como una luz desvaneciéndose.

«¡Nada importa!». Thomas abrió la puerta y se puso en pie. El aire del anochecer era sorprendentemente frío; cortante, incluso. El olor a carbón se imponía a los efluvios acres de las hojas aplastadas. Durante un rato se limitó a contemplar la casa y sus húmedos alrededores, como si buscara un animal o un agente inmobiliario. Gerard, que había subido al porche y ahora se acercaba sigilosamente a la puerta, siseaba algo. Aunque Thomas no lo oía, su expresión era transparente.

«¿Estás loco?».

Parpadeando, Thomas bajó la mirada a sus zapatos y movió las piernas para desentumecerlas. Después se limitó a caminar.

—No me disparará —le murmuró a Gerard de camino a la entrada—. Es mi mejor amigo.

—Y mi tío favorito —susurró el agente—. ¡Vuelve al puto coche!

—No me disparará.

Thomas se detuvo ante la puerta mosquitera y respiró hondo. Golpeó con los nudillos el desgastado marco de madera.

—¡Neil! —gritó—. ¡Sé que estás ahí! Soy yo... —Tragó saliva con el corazón acelerado—. Soy Tom.

Silencio.

Pegado a la pared, Gerard tenía preparada la automática, a la espera de que la puerta se abriera.

—¡Neil, soy yo! ¡El profesor Biblia! He venido solo. ¡He venido para hablar!

Thomas miró el oscuro interior por la ventana, examinó las sombrías profundidades, hizo todo, excepto apoyar la cabeza contra el cristal.

—Venga ya, Neil, joder. Soy yo.

La luz del porche se encendió y tornó opacos los cristales. Thomas vio que su reflejo en el cristal retrocedía, que su cara flotaba sobre un fondo negro como de acuarela, se inclinó y golpeó el cristal.

«¿Qué estás haciendo?». La puerta interior se abrió hacia la oscuridad y Neil se inclinó para abrir la exterior. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta muy ajustada. Iba descalzo, tenía los dedos de los pies sucios. Por un momento, todo pareció horriblemente normal.

—Eh —se oyó decir Thomas. Su sonrisa parecía natural, auténtica, incluso mientras veía cómo Gerard alzaba el arma entre las sombras. Ajeno a ello, Neil frunció el entrecejo con una actitud que decía «serás idiota».

—¿Profesor Biblia? ¿Cómo c...?

—¡Quieto! —exclamó Gerard en un susurro, colocando el cañón de la pistola en

la sien de Neil.

—¡No! —gritó Thomas porque creía que Gerard iba a disparar.

Gerard lo miró de soslayo. Neil lo aprovechó, le cogió la muñeca y le hizo soltar el arma. Se produjo un crujido y un destello. La contraventana de arriba se partió. Los dos hombres forcejearon. Por un instante, parecieron dos bailarines borrachos, después cayeron en la oscuridad. Thomas oyó gruñidos y golpes, y dio un paso inseguro hacia la puerta. La oscuridad los había convertido en dos animales enzarzados. Garras que rasgaban la madera. Gruñidos. Esfuerzos frenéticos. Baba siseando entre dientes apretados.

Temblando, Thomas entró en la habitación. «Oh, Dios mío, oh, Dios mío».

—¡Enciende las luces! —gritó de repente Gerard—. ¡Por el amor de Dios, enciende las luces! —Parecía frenético, herido.

Thomas tanteó la pared con las manos. Oyó a Sam gritando «¿Danny? ¿Danny?» en la distancia.

Apretó el interruptor. La sala cobró vida.

—¿Profesor? —gruñó Gerard—. ¿Puede dejar de mirar las musarañas y ayudarme?

Asombrado, Thomas se palpó el bolsillo de la americana y sacó el rollo de cinta aislante de Mia. Todavía parpadeaba por las luces del techo. La sala era exactamente como la recordaba: un cuadrado con suelo de madera gastada, sofás de respaldo alto y armarios barnizados en oscuro. Tapetes amarillentos decoraban las pálidas paredes.

La casa de una abuela muerta.

Gerard tenía a Neil boca abajo, con las manos a la espalda, sobre una esterilla de nudos. A su alrededor había zapatos y botas. La sala olía a barro y suelas viejas, a madera hinchada y mantas dejadas a la intemperie. Antes de que supiera qué estaba haciendo, Thomas le había dado una patada a una pesada Timberland y estaba ayudando a Gerard a inmovilizar las muñecas de Neil.

—¡Logan! —gritó el agente con la respiración entrecortada—. ¡Lo tengo, Sam!

—¡De acuerdo! —dijo desde una habitación distante—. ¡Estoy comprobando el resto de la casa! —Thomas notó el entusiasmo en su voz. Incluso alivio. Él no sentía ninguna de las dos cosas.

Gerard estaba levantándolo del suelo. A él. A Neil.

Thomas le dio un puñetazo, duro, como quien aporrea un colchón con furia. Una, dos, tres veces. Se le hizo raro. Era casi como si se viera a sí mismo a distancia. Sólo sus puños eran reales.

—Tranquilo, profesor —dijo Gerard tambaleándose mientras Neil daba bandazos—. Lo necesitamos de una pieza. Usted lo necesita.

Neil levantó la mirada con los ojos vidriosos. Un hilillo de sangre le iba de la nariz a la barbilla.

—Profesor Biblia... —murmuró.

Thomas sintió que su cara se desmoronaba, se frotó los ojos con la manga de su americana. ¡No debía comportarse así! Tenía que ser fuerte, pero en lugar de eso se sentía de nuevo como un niño pequeño, doblado bajo la ira ebria de su padre.

—Frankie —soltó—. Neil... ¿cómo has podido?

Algo se iluminó en los ojos de Neil, su familiar brillo de depredador.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué le pasa a Frankie?

—Casi puedo entender lo de Nora. Pero mi hijo, Neil. ¿Cómo has podido hacerle eso a mi hijo?

—¿Frankie? No... no. Yo no he tocado...

—¡No mientas! Ahora no. Y menos con esto. ¡No mientas, joder!

Su voz retumbó en la habitación.

Neil escupió sangre al suelo de madera.

—Profesor Biblia, escucha. No he tocado a Frankie. ¿Por qué...?

Thomas le pegó otro puñetazo gritando:

—¡Mentiroso!

—¡No es hijo tuyo! —berreó Neil—. ¿Me oyes? ¡Es hijo mío! ¡Mío! ¿Por qué iba a hacerle daño a mi hijo?

Thomas se miró los nudillos, la sangre parecía pintura en el venoso dorso de su mano. Algo —una especie de ola— lo cubrió y se llevó toda la fuerza de sus extremidades. Su corazón le dio un vuelco en el pecho. Retrocedió dando tumbos y se vino abajo contra la pared. Gerard, con mirada de consternación, le estaba gritando algo. De pronto, sangre y tejidos explotaron en un lado de la cabeza del agente y éste se desplomó hacia delante, cayendo entre una lluvia de gotas de color bermellón y empujando a Neil con él al suelo. Cayeron junto a los pies de Thomas, parecían dos luchadores entrelazados, y muertos.

Incapaz de gritar, respirar o pensar, Thomas miró la figura solitaria que quedaba en pie en la sala.

Sam.

Sam metió un pie por debajo del cuerpo de Gerard y lo apartó de Neil.

—Hola, doctor —dijo, poniendo a Neil de rodillas.

—Jessica —respondió Neil, al parecer sin ningún miedo.

Recostado en el revestimiento de pino de la pared, Thomas observó. Una parte de él quería moverse, correr, pero su cuerpo parecía tan pesado como el de Gerard. «Como un peso muerto», pensó, inane.

Sam cogió una silla que había junto a un escritorio y la colocó detrás de Neil. Le puso un dedo bajo la mandíbula, debía ser un punto sensible, porque él gruñó y gritó cuando ella lo alzó y lo sentó. Sam le sonrió a Thomas.

—¿Bien, profesor?

—No, no... —Thomas se interrumpió y frunció el entrecejo. Sentía la boca y la lengua como arcilla—. No entiendo qué está pasando.

—No —dijo Sam—. Lo supongo. La desorientación es una respuesta común al estrés. Especialmente cuando eres débil.

¿Qué estaba haciendo? ¿Era una amenaza Gerard? ¿Un infiltrado?

Thomas contempló cómo Sam ponía los brazos de Neil tras el respaldo de la silla y lo sujetaba a ella con la cinta de Mia. Después le ató los tobillos.

—Siempre he estado orgulloso de ti —le dijo Neil mientras ella lo ataba—. Cuando esas cosas todavía me importaban, siempre te consideré... bueno, mi obra maestra.

Ella contestó con el aire distraído de una madre vistiendo a su hijo.

—Puede que no pienses así dentro de unos minutos.

Neil sonrió.

—Estoy más allá de todo lo que puedas hacerme, Jess.

—¿Sí? —preguntó Sam—. Ya veremos.

Agitó su automática en dirección a Thomas.

—Tu turno, guapo. Levántate y date la vuelta.

—¿Sam? —dijo Thomas. Se apretó la palma de la mano contra la frente—. ¿Qué está pasando? Has matado a Gerard. ¡Has matado a Gerard, joder!

Sam miró de soslayo a Gerard, flácido y gris contra el suelo de madera.

—Le dije al muy capullo que se quedara en Nueva York. Tenía la sensación de que estabas tramando algo. —Apuntó la pistola a la cara de Thomas—. Ahora levántate, date la vuelta y junta las muñecas a la espalda. Si no, esta noche cenas con Jesús.

Thomas se descubrió obedeciendo. No entendía nada.

—No es quien crees que es, profesor Biblia —dijo Neil desde la periferia de su campo visual—. Es de la NSA, un producto del Programa de Neuroplastia Afecto Plano.

Thomas comprendió las palabras, pero al mismo tiempo eran un galimatías.

¿Sam? ¿La NSA?

Ella deslizó algo afilado por la muñeca izquierda de Thomas, tiró de su brazo derecho hacia atrás, pasó lo que quiera que tuviera en la muñeca izquierda por la derecha y le dio un doloroso tirón.

—Es propiedad del gobierno, que es quien la dirige —prosiguió Neil—. Y es una psicópata radioquirúrgica.

La habitación parecía retorcerse alrededor de la cara sonriente de Sam. La voz de Neil parecía venir de rincones cada vez más estrechos.

—Yo mismo llevé a cabo la operación, profesor Biblia. Sin compasión. Sin culpa.

Sin vergüenza. Yo la limpié, amigo mío.

—Sam —se oyó susurrar, pero no sentía saliva en la lengua.

—¿Has oído eso? —canturreó ella junto a su cuello. Thomas olió la crema hidratante que utilizaba cada mañana al salir de la ducha—. Me han retocado. Me han reducido las amígdalas a su esencia depredadora. —Le lamió el lóbulo y susurró—: Imagínate quedarte encerrado e indefenso con el Carnicero de Milwaukee.

La incomprensión se evaporó. Thomas tuvo miedo.

—Hace más o menos una década —prosiguió ella, apretándolo contra la pared— ciertos planificadores en ciertos cuarteles llegaron a la conclusión de que la raza humana estaba atrapada en una pesadilla de la teoría de juegos. La Gran Lucha, lo llamaron. Por recursos, petróleo y todo eso. Por comida ante el colapso medioambiental. Por hallar la estabilidad en medio del fenomenal cambio motivado por la tecnología. Trazaron una hipótesis tras otra, y en todas las proyecciones la mayor carga resultaste ser tú.

Le quitó una pelusa del cuello. Su sonrisa era ansiosa y esperanzada, otro falso vislumbre de la vieja Sam.

—Bueno, no exactamente, pero sí gente como tú. Gente que piensa con el corazón en lugar de con la cabeza. En todas las simulaciones, los únicos negociadores que sobrevivían eran los que actuaban sin sentimientos. La idea era crear una burocracia en la sombra para colocar a los negociadores insensibles en todos los niveles del gobierno y el ejército. Pero ¿dónde encontrarlos? ¿En la madre naturaleza? Por favor. Mira al Quiropráctico. No podíamos tener a hijos de puta como ése dirigiendo el cotarro, ¿verdad?

Por alguna razón, Thomas no tenía dificultades con esas cosas abstractas. Lo veía con la claridad de una película de serie B: los generales, los analistas, la gente del dinero, con sus whiskys, ejerciendo los talentos que Dios les había dado para confundir sus intereses con la ley natural.

—Así que recurrieron a Neil —se oyó decir Thomas.

—Nos llaman «graduados superiores» —explicó—. Gente quirúrgicamente libre de las trabas de vuestros comportamientos de la Edad de Piedra. Gente capaz de llevar a cabo negociaciones difíciles, que no necesita mentirse a sí misma cuando tiene que hacer valer el poder de Estados Unidos para disolver el parlamento israelí o en los derechos de perforación del Orinoco frente a los hambrientos venezolanos. Gente que protege a los suyos, pase lo que pase. Y gracias a nosotros Norteamérica sobrevivirá para rehacerse, créeme.

Alzó el brazo y le golpeó en la cara con la culata de la automática. Thomas cayó al suelo.

Cuando recuperó la conciencia, le estaba atando los tobillos con cinta.

—Normalmente, te pegaría un tiro en la cabeza y si te he visto no me acuerdo —

estaba diciendo—. Pero creo que te debo una por lo de ayer por la tarde.

Thomas sólo podía mirarla horrorizado. Conocer a alguien era saber qué podías esperar de él. La gente era tanto una trayectoria como una cara, una forma o una voz. Y ahí estaba Sam, mostrándose con todos los rasgos de quien era. Debería estar sangrando por el esfuerzo.

—Te estás preguntando cómo es posible —dijo Sam, sonriendo como una marimacho—. Lo reconozco, no creía que lo consiguiera. Tú eras psicólogo. Pensé que me descubrirías a la primera. Pero después de verte en Washington, Mackenzie insistió en que funcionaría. «Sé quién eras antes de unirme al programa —dijo—. Todos los viejos circuitos siguen ahí». Y fíjate, el viejo pervertido tenía razón: fue más... ¡fue más revivir que interpretar! Qué bien que fuera tan idiota...

Thomas parpadeó entre sangre y lágrimas, se quedó mirándola, embotado sin entender nada... la cuidada nariz de modelo, la sonrisa de anuncio, la mejilla curvada, ideal para acariciarla. Era una cara preciosa, pensó. Era una cara preciosa y podía hacer lo que quisiera. Cualquier cosa.

«Va a matarnos». Empezó a revolverse contra las ligaduras que le había puesto y la cinta. «Joder-joder-joder-joder-joder-joder-joder». Tras comprobar que estaba bien sujeto, Sam guiñó un ojo. Levantó y dejó caer sus pies atados con cinta y después se volvió hacia Neil diciendo:

—Y tú también tienes tu lado oscuro, doctor. Estuvo muy feo manipular así la base de datos. Mackenzie casi tiene un infarto. Fuma mucho, ya lo sabes.

Neil escupió sangre y se rió.

Sosteniendo su Glock, Sam dio una palmada y contempló su obra.

—Tanta dominación me pone cachonda —dijo con un suspiro.

Se quitó la americana y empezó a desabotonarse la blusa. Thomas empezó a jadear, como si cada pieza de ropa que desaparecía de su imagen borrosa fuera a dar contra él. Los oídos le zumbaban por lo que iba a suceder.

Thomas sentía cómo le latía la sangre en la cara, las lágrimas se le amontonaban en los ojos. No importaba las veces que parpadeara, no veía más que formas e insinuaciones. Ahora estaba sobre Neil, una mancha de piel blanca sosteniendo el borrón de la pistola.

—¿Qué me dices, doctor? —dijo con picardía—. ¿Te desconectaste muchas cosas?

—Las suficientes.

A juzgar por el movimiento de las extremidades, Thomas creyó que había seguido desnudándose.

—Tu mejor amigo tiene un cerebro a lo Frankenstein —le dijo a Thomas—. Ha estado retocando cosas, ¿verdad? Ya no siente miedo. Ni amor. Claro que sigue sintiendo dolor, es un mecanismo para la supervivencia demasiado importante. Pero

me sorprendería que siguiera preocupándose por el dolor. Mackenzie me advirtió que los procedimientos estándar seguramente no serían efectivos, que tenía que ser creativa. «Prueba los ojos o las pelotas» —dijo—. Algunos reflejos deben seguir intactos.

Thomas sintió cómo sus extremidades tiraban y se retorcían contra la cinta, que parecía apretar más.

«¡Piensa-piensa-piensa-piensa!». Todo era una programación adaptativa, se dijo, la programación fijada por millones de años de evolución, y esa programación estaba moldeada por toda una vida de hacer frente a las circunstancias ambientales y sociales. Estaba fuera de lugar, atrapado en circunstancias que su cerebro no podía procesar. Durante toda su vida, todo el mundo había hecho lo que tenía que hacer. Más o menos.

Excepto Sam. Todo su circuito social le había sido amputado. Como Neil, trabajaba en un submundo aparte, un lugar ni descrito ni gobernado por las reglas que regían la relación cotidiana entre humanos. Y ahora estaba actuando deliberadamente contra todo lo esperable para inducir estrés, confusión, como castigo.

«¡Nada de esto significa nada! No importa».

—¿Sam? —dijo tosiendo y llorando. «Por favor, no...».

—Casi me olvidaba —dijo el borrón pálido—. Tú me quieres, ¿verdad? Oooooh... ¿Es lo que dijiste, verdad? «Te quiero, Sam».

Thomas tragó saliva, cerró los ojos. «¡No importa!».

—Por favor... no...

La voz de Sam pareció tensarse.

—Todas esas veces en que imaginaste a Nora follando... como un cuchillo en el corazón, ¿verdad? Ahora verás cómo es. Vas a ver a tu mejor amigo follando a alguien a quien quieres... Piensa en ello como una terapia.

Suspiros trabajosos. Saliva babeando entre los labios. Thomas abrió los ojos, pero sólo percibía el ardor de la carne, un manojito de sombras vibrando al ritmo de la baba.

—¡Qué puta gozada! —dijo ella—. Todas las energías liberadas, ¡todos los límites rotos! ¿Es muy salvaje? Recuerdo cómo era yo. Es decir, la idea de hacer algo así... ¡habría tenido un infarto!

Neil jadeó en su repentino silencio.

—¡Pero ahora! ¡Qué jodido subidón! ¡Estoy empapada!

Su forma se separó de la sombra de Neil. Estaba de pie.

—Todo sirve —dijo la mancha blanca y rosa—. ¿No lo ves, profesor? Aquí, ahora... todo.

Thomas empezó a agitarse.

—Esto es una estupidez, Jess —dijo Neil—. ¿Qué crees...?

La culata negra se agitó contra el perfil de Neil. Un disparo, tan ruidoso que saltó

un trozo de yeso.

«Dios-mío-dios-mío-dios-mío».

—¿Neil? —se oyó decir Thomas.

—Mira esto —dijo Sam, como si fuera una niña de siete años subida a una bicicleta. Su forma se movió, como nieve que se derramaba, convergiendo con la sombra más oscura de Neil—. Mira profesor. Mira... Ahí voy... es tan bueno. ¿Lo ves, profesor? Imagínate a Nora... ¡Imagínatela!

—Por favor —dijo él.

—¡Qué salvaje! —susurró ella—. Oh, Dios —una carcajada—, voy a correrme. Mírame, profesor. Mírame, aaaaaah.

La sangre que manaba por Thomas se había convertido en un ácido. Sus ojos gritaban, pero no podía apartarlos del juego de luces y sombras que se mecían ante él. Sam gritó, una voz primaria para oídos primarios, después todo quedó en silencio, salvo por el revoloteo de unos párpados angustiados.

—Ha sido increíble —dijo ella entre jadeos—. Joder. ¿Lo has visto? Aún es un animal follando... ¡No me sorprende que Nora nunca tuviera bastante! —Por un momento a Thomas le pareció vislumbrarla, mirando hacia arriba, buscando el techo con los ojos—. Oh, sí, ahí viene otro. ¿Cuántas veces decía tu mujer que se corría? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Qué dices, profesor? ¿Quieres verme descargar otra vez?

—No.

Risas.

—¡Claro que sí! Veo tu erección desde aquí. Los hombres estáis hechos para esto. Sexo y violencia. Fluido y penetración. Horror contra fantasía, ¡y gana la fantasía! Cielos, hasta Gerard tenía una puta erección...

Otro disparo.

Más sangre que no pudo apartar, acumulándose en las cuencas de los ojos. Poco más que un borrón de color excesivo, Sam y Neil empezaron a mecerse de nuevo. La silla crujió.

—Qué salvaje... —oyó que murmuraba ella—. ¡Qué calentón! No me extraña que tantos hombres sean violadores... —Aunque no podía verla, se convirtió en Cynthia Powski lamiéndose el labio inferior—. Pero no es lo mismo, ¿verdad? Si yo fuera un hombre y vosotras tías, sería más, ¿verdad? El morbo sería aún mayor...

Un óvalo apareció entre las brumas, y supo que ella lo estaba mirando con la mirada vacía, letárgica.

—Quizá —dijo ella con un susurro— cuando empiece con los cuchillos...

Eran como sombras tras el velo de una viuda... Respiraciones, un contraste, lo masculino y lo femenino, resollando entre el crujido de la madera.

—A pesar de todo —dijo ella entre jadeos— es increíble... —Su voz estaba drogada de placer, sus palabras se atropellaban entre respiraciones compulsivas—.

Quiero decir... Era... bueno, no una mojigata, pero... sí, como todo el mundo. Cosas así... como el asesinato y follarse, me ponían los pelos de punta. Me sentía tan culpable que no podía pasar junto a un puto vagabundo sin buscar en mi monedero. No... no estaba hecha para este trabajo. Y yo lo quería. Lo deseaba. Ser una agente. Una Lara Croft del mundo real... ¡Quería ser fuerte!

El sonido de la madera quejándose bajo los dos cuerpos en movimiento, el aire soplando entre labios flácidos.

—Recuerdo... fue lo más raro del mundo. Después de la operación... me desperté... y de repente no me importaba. Era como si siempre me hubiera acobardado... toda mi vida acobardándome... encogiéndome como un perro apaleado, y entonces... podía respirar hondo, ¿sabes? Como... esos primeros días de primavera... o esa primera raya de coca. Y me di cuenta: la gente... La gente era mi problema. Me acostaba preocupándome por la gente... iba a trabajar preocupándome por la gente, ¡hasta me preocupaba en la puta ducha!

Pensaba... ¿Por qué he dicho eso? O... ¿por qué esa hija de puta me ha mirado así? O... ¿Y si Tom le dice a Dick... que me follé a Harry? Acobardada. Retorciéndome las manos. Con la respiración entrecortada. Preocupada, preocupada, preocupada... Pero ahora... mmm Ahora todo es... —Líneas pálidas se bamboleaban entre las sombras, y gritó—: ¿Qué puedo decir? —siguió hablando, parecía como si quisiera recuperar su propia baba—. Todo sirve, profesor... todo.

Thomas no podía ver más que dolor, el mordisco de la sangre, su frente cayéndole sobre sus mejillas, los ojos como un mármol aceitoso. Sin embargo, era como si una gran mano apretara su cara hacia atrás y a un lado, su sien contra la pared, lejos del horror que sus oídos podían distinguir claramente. Sam. Sam.

El crujido se interrumpió.

—¿Ya te viene, doctor? —dijo susurrando, con una voz que tenía la ternura de una madre—. ¿Por qué es... todos parecéis tan... tan adorables justo antes?

Un débil sonido, como una palmada, implacable entre el coro de tres humanos respirando.

—Hay una manera... de conseguirlo... ya sabes. Dime... sólo dime... dónde escondiste los datos...

Su voz se había convertido en un hilo tembloroso.

—Sólo... dime...

De nuevo, Thomas estaba parpadeando, tratando de ver a través de la oscura sangre.

—Nunca —gruñó Neil.

Otro disparo. Un raro sonido emergió del pecho de Thomas. ¿Un grito? Inmediatamente, el sonido de una bofetada, fofo, húmedo.

—¿Estás...? —murmuró Sam—, ¿estás seguro?

—¿Creías que... —respondió Neil, la voz como ida—. ¿Creías que follando conmigo lo conseguirías? —lo dijo entre sorbos de baba.

Las cachetadas cesaron. Unos jadeos llenaron el silencio.

—Mackenzie... —dijo Sam casi boqueando como un atleta tras un largo esfuerzo—. Fue idea de Mackenzie. Arriesgaste demasiado follándote a la mujer del profesor... Creía que todos los retoques podrían haber dejado tus funciones ejecutivas vulnerables a los estímulos sexuales... Así que pensé, qué coño... —Se rió al decir eso y el ruido de palmas se reinició, el tempo más furioso—. Pero, mmm, no tenía ni idea de que sería tan delicioso.

Thomas miró pero no vio nada.

—Te has condenado —gruñó Neil—. ¿Te das cuenta? Todos los neurópatas que tienen una conducta sexual violenta se vuelven seriales. Caen en un bucle obsesivo. Cuando empiezan, ya nunca tienen bastante.

—¿Umbral de compensación? —preguntó Sam.

—Exactamente. Una vez sube el volumen, no puede bajar.

—A la mierda...

Un ruido seco de madera procedente de la silla. El suelo volvió a crujir bajo aquellas extrañas formas, blancas para la piel femenina, azul oscuro para la ropa y las sombras, todo con filamentos de luz reflejada.

—Mira... —oyó Thomas que decía Sam en un susurro concentrado—. Voy a... dispararle... cuando se corra... Voy a montarlo... a llevarlo al otro lado...

Thomas se había quedado inmóvil. Parecía que un ligero manto de nieve lo cubriera, una acumulación silenciosa. Muy clara.

«Sam —pensó—. Frankie».

Con los dedos entumecidos a su espalda, se puso a manosear su americana.

—De modo que todo era una farsa —dijo débilmente—. Todo.

—Mira... —gimió Sam—. Dura como el acero... Qué puto subidón... aquí... aquí... ¡ah!

La sangre había dejado de manar, se había convertido en una corteza pegajosa alrededor de sus todavía ardientes ojos. Y al fin Thomas pudo ver, verla arquear su espalda, ver sus espasmos silenciosos, verla arrojándose hacia delante, arrastrar el cañón de su Glock por la mejilla de Neil.

—Dios... —jadeó. Su pecho se hinchaba. Líneas y formas de luz blanca refulgían en su espalda sudorosa—. ¿Qué es esto? ¿El poder? —Echó la cabeza hacia atrás con una larga y floja sonrisa—. Mirad, chicos, vais a morir, a desangraros, ¡y lo único que yo quiero es follar y follar!

—Te lo he dicho, Jess —dijo Neil, sin aliento—. Cuando hayas hecho esto, no habrá vuelta atrás...

Otro disparo, esta vez en la cara gris de Gerard. Se dobló por donde entró la bala,

pero no sangró.

—¿Qué es? —gritó Sam—. ¿Qué lo hace tan... tan...?

Thomas se quedó mirando el borroso y desmadejado horror que tenía ante sí. La piel que amaba. Las extremidades que amaba. Un cuerpo que había reverenciado, frotándose contra el pulso de otro hombre.

—De modo que todo era una farsa —repitió con voz inexpresiva—. Una forma de embaucarme para que te encontrara a Neil.

Había recuperado el control. Ahora sólo había una pregunta.

—Por supuesto que sí —dijo Sam, recostándose contra el pecho de Neil debido a la fatiga postcoital—. ¿Qué? ¿Todavía tenías la esperanza de que te quisiera? ¿Que podrías despertar una pequeña chispa de pasión en mí? —Se rió y bajó la mirada hacia sí misma, como si estuviera sopesando las cosas—. ¿Hablabas en serio?

—Hablabas de Frankie.

Su mirada se volvió evaluadora. Utilizó la camisa de Neil para limpiarse los dedos, del nudillo a la uña, como si fuera una servilleta a la hora de la cena.

—Ah, eso. ¿Inteligente, eh? Tenía que motivarte, profesor. Eras un puto peso muerto. Tenía que darte una motivación rápida ¿Qué quieres que diga? Me gustaría decir que fue cosa mía, pero el protegido del doctor, Mackenzie, fue el que llevó la iniciativa en eso. El viejo perro te caló bien, ¿eh? Por el amor de Dios, ¡los alaridos del niño hacían que hasta a mí se me pusiera la carne de gallina!

Le pareció poder verlo. Una figura de negro, ágil, sin miedo, deslizándose sigilosamente por el modesto escenario del jardín de una casa. Las garras de *Bart* rasgando la madera mientras caminaba tranquilamente hacia el olor familiar. Después levantó la mirada, con la lengua colgando, hacia el estallido silenciado del cañón. Y allí estaba ella, una trampa para los ojos, una criatura diabólica, mirando al padre dormido en el suelo, riéndose de la patética sensación de valentía que él debía de sentir vigilando a sus hijos, a su hijo. Sólo otro ignorante acurrucado en el último círculo de sus posesiones, cosas valoradas una hora antes de sumirse en la neblina de la vergüenza por lo que había ocurrido. Sólo otro padre lleno de fanfarronadas, ciego a los planes que otros habían trazado en su casa.

Parecía poder verla: Sam, arrodillada ante el resplandor naranja de la tienda de los niños.

—¿Mackenzie manipuló a Frankie? —preguntó Neil de manera cortante.

El primer disparo le cruzó limpiamente el cuello. Sam aún pudo darse la vuelta y mirar a Thomas con el asombro reflejado en sus ojos como platos. El revólver de Mia se agitaba en sus manos retorcidas. Alzó su Glock con rigidez. El segundo disparo le dio en el lado izquierdo de la nariz y la derribó sobre Neil, y después al suelo. Cayó como una maleta. Su cuerpo desnudo se convulsionó unos segundos y después se quedó muy quieto.

Thomas se había dado la vuelta para apuntar con sus manos esposadas. Sentía un cosquilleo en la mano derecha, como si hubiera estado apretando una pelota de golf o un clavo.

Thomas jadeó y tosió. Escupió sangre y baba.

—No todo —gruñó—, no todo sirve.

Un agudo coro de ranas se oía a través de las ventanas. El contrapunto era el chirrido de los grillos en la reseca hierba. Dos mosquitos bailaban como pelusa de dientes de león en la luz amarilla.

La pistola golpeó como un martillo la madera del suelo.

Lentamente, con mucho cuidado, Thomas se puso en pie. Después de llegar a saltos a la cocina y liberarse con un cuchillo para la carne, regresó, recogió las pistolas y liberó con cuidado a Neil. Empuñó la Glock de Sam todo el tiempo. Neil lo miró con cara expectante. Ninguno de los dos dijo nada. Respirar era suficientemente elocuente.

Una vez libre, Neil se puso en pie y se frotó las muñecas. Thomas vio que lo miraba a los ojos, aunque no sabía por qué lo estaba haciendo. Desconcertado por el inexpresivo candor de su mirada, bajó los ojos hacia Sam. Despatarrada como una muñeca. Largas manchas de sangre se filtraban por las ranuras del suelo de madera, brillando como sirope de cereza. Su cara estaba empezando a hincharse.

¿Podía ser ella? Parecía imposible. Una vez más, su aspecto no tenía nada que ver con lo que él sabía. Una vez más ella había ido más allá de sus expectativas.

Thomas empezó a agitarse tan violentamente que cayó dando tumbos en una silla acolchada. Se le tensó el rostro, como si lo tuviera sujeto con gomas elásticas. A cada gemido, algo parecía partirse en su interior.

—Yo... yo... —trató de decir entre jadeos.

—Tranquilo, profesor Biblia.

Thomas levantó la mirada, sin comprender.

—¿Frankie? —dijo entre dientes.

—Es mío —respondió Neil.

—Y Rip... Rip...

—¿Ripley? Toda tuya.

Thomas pudo oírlos: «¡Pero papáááááá!».

—Pero, pero... —Se le escapó un lamento agudo. Escupió entre los dientes apretados.

—Todavía eres el padre de Frankie —dijo Neil—. Lo sé.

Thomas levantó la Glock de Sam y apuntó a la imponente y amenazante mancha que era su amigo.

—Suéltala, profesor Biblia. Me necesitas. Me necesitas porque Frankie me

necesita.

—¿Nora? —dijo Thomas, dándole el arma—. ¿Te lo dijo?

Neil pareció impertérrito, terriblemente impertérrito.

—Les hizo pruebas a los niños. Pero dijo que lo sabía desde el principio.

Por alguna razón, esa explicación tranquilizó a Thomas. Se quedó mirando a su mejor amigo, incapaz de reconocerlo, aunque podía dibujar de memoria su cara. ¿Quién era ese hombre, ese monstruo, ese amigo al que conocía mejor que a sí mismo?

—Toda mi vida... —Se detuvo, sintiéndose extrañamente vacío. Demasiado trauma. Las murallas habían sido derribadas. No sentía nada—. Toda mi vida ha sido una mentira.

—Ahora estás empezando a ver —respondió Neil.

La desolación como revelación. ¿Se trataba de eso? Mortificación, no del cuerpo, sino del alma.

—No me odias, ¿verdad?

Neil se lo quedó mirando sin parpadear, sus ojos negríssimos a la luz lóbrega.

—No. Nunca. Ni cuando todavía podía.

—¿Entonces todo esto tiene que ver con la Discusión?

—Todo tiene que ver con la Discusión, profesor Biblia. Todo.

Neil pareció un personaje bíblico en el silencio que siguió, los rasgos afilados, como una estatua. El hombre que había ido más allá de la gente que vivía entumecida hacía un llamamiento a que fuera consciente de ello. Parecía imposible que los crímenes que Thomas había visto pudieran ser obra de su mano. Imposible e inevitable. Neil siempre había hecho eso. Saltarse las reglas apelando a la más estricta moralidad, arrasando con todo como si fueran telarañas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Thomas.

—Ahora vamos a salvar a Frankie.

—Creía que ya nada te importaba. ¿Por qué iba a preocuparte Frankie?

—Porque es mi hijo.

—¿Y eso significa algo para ti?

Neil le dedicó una extraña mirada.

—¿Por qué crees que el sexo proporciona tanto placer? Es el modo en que nos conectamos con el futuro, profesor Biblia. Todo ese calor. Todos esos fluidos. ¿Crees que nuestros genes replican por arte de magia dos mil millones de años de información? El sexo es supervivencia, tío. Qué eres, quién eres, es el producto de un millón de millones de polvos. Somos máquinas de follar.

—¿Qué tiene eso que ver con mi hijo?

Neil se encogió de hombros.

—Me conecté con Frankie cuando dejé embarazada a Nora. Frankie es mi futuro

y yo soy su pasado... ¡mil millones de años de datos! Mi cerebro está programado para cerciorarme de que sobrevive.

Esa frase, «dejar embarazada a Nora», fue como un puñetazo en la barriga.

—¿Eso es una razón? —exclamó Thomas.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? No hay razones, profesor Biblia.

Thomas tuvo ganas de escupir.

—Sólo causas.

Neil sonrió como siempre lo hacía cuando las mujeres le hacían proposiciones: como si se hubiera confirmado una verdad evidente. Se encaminó hacia el escritorio y tendió el brazo para coger la automática de Gerard. Thomas trató de gritar, pero tosió. Alzó la Glock de Sam. Pareció oscilar en su mano.

Neil se detuvo y se volvió hacia su viejo amigo.

—Vas a ayudarme a salvar a mi hijo —dijo Thomas, tenso. La frase sonó como un llanto, un ruego.

Neil parpadeó.

—No. Voy a ayudar a salvar a mi hijo. —Cogió la pistola y se la metió en el cinturón.

Desde Princeton, así evitaba Neil las confrontaciones: simulando que no existían. Se situaba como objeto de la condenación de los demás y actuaba como si la cosa no fuera con él. «La gente es alérgica al conflicto —decía—. Yo sólo les reto a estornudar». Jugaba en su favor con los márgenes del miedo y la vergüenza. Eso era un síntoma de psicopatía, ¿no?

Thomas pensó en Cynthia Powski masturbándose con cristales rotos.

«¿Qué estoy haciendo? No puedo confiar en él? Ni siquiera...».

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo Neil de pronto—. Probablemente ya los tengamos encima.

Thomas negó con la cabeza.

—Nadie más sabe que estás aquí. Los he engañado —dijo, señalando los dos cuerpos en el suelo—. Sabía que no podía confiar en que no te mataran, así que los engañé.

—¿Tú me encontraste?

—Sólo porque tú querías que lo hiciera.

—¿De qué estás hablando?

—Marcaste este lugar en mi póster... Del mismo modo en que pusiste la dirección web en la lámpara.

—¿Póster? ¿Te refieres a esa imagen por satélite de la Tierra?

—Sí. Señalaste Climax con una «X».

Neil negó con la cabeza.

—No fui yo.

—Ya —dijo Thomas, escéptico. Por un segundo pareció que eran solo versiones más viejas de ellos mismos, fascinándose y discrepando al igual que siempre.

—Tú marcaste esa «X». ¿No te acuerdas? En el dormitorio, hace años. Teníamos a esas dos tías... ¿cómo se llamaban? Sandra y Gunny o Jenny o algo...

—Jenny —dijo Thomas.

—¿Te acuerdas? No parabas de repetir que el «mundo es tu coño» o algo así.

Thomas lo miró con una expresión neutra.

—¿Te acuerdas? —repitió Neil.

Sí. Todo era una patraña. Cada centímetro de su vida.

Hasta sus revelaciones.

Durante un rato, lo único que Thomas pudo hacer fue quedarse sentado y apuntar con la pistola. Cuando Neil desapareció en otra habitación, se limitó a seguir sentado y parpadear, apuntando con la pistola al metal y al linóleo que había al otro lado del marco de la puerta, esperando a que Neil regresara. A veces traía sacos, otras, cajas de aluminio; Thomas miraba asombrado cómo lo seguía el cañón, sin sentir la amenaza que eso implicaba, aunque su mente no dejaba de hacer conexiones.

Neil se limitó a recitar instrucciones. Los equipos tácticos no tardarían en llegar, tanto si Jessica —insistía en llamar así a Sam— los había alertado como si no. Más pronto o más tarde, dirigirían un satélite a las coordenadas del GPS de su coche, sólo para ver qué pasaba. Los dos tenían que escabullirse antes de que los encontraran. Del mismo modo en que los hombres habían desarrollado una preferencia por las mujeres jóvenes por su mayor expectativa de reproducción, los equipos tácticos se sentían atraídos por idiotas indecisos por su mayor tardanza en actuar. Era el momento de organizar, de marcar pautas.

Al parecer, Thomas estaba siendo un idiota indeciso.

Un peso muerto.

—¿Qué estás tomando? —preguntó Neil de sopetón.

—Lorazepam —dijo Thomas dócilmente.

Su mejor amigo buscó en uno de los sacos, sacó un frasco de pastillas del color de la cerveza y se lo apretó contra el pecho. Le cayó en el regazo.

—Un neuroléptico —explicó Neil—. Experimental. Considéralo un peptobismol para el cerebro.

—T-tengo... —dijo Thomas—. Tengo que aclararme.

Aún tenía la pistola apuntándolo.

—Exactamente. Tienes que conducir hasta Nueva York y coger a Frankie. Tienes que traerlo aquí cuanto antes.

—¿Esta noche? —preguntó Thomas, casi abrumado por un extraño mareo. Le pesaban las extremidades, le pesaban como a alguien se está ahogando.

«Estrés por incidente crítico. Tengo que... que...». —Escúchame, profesor Biblia. Esa gente es lista, se imaginarán lo que ha pasado enseguida. Ahora mismo, nuestra única ventaja es su desorientación. Pero en lo que hay que pensar es en Frankie. Conoces la teoría. Las neuronas que se conectan entre sí forman circuitos nuevos. Mientras hablamos, el implante de realimentación afectiva de Mackenzie está trazando vías más y más profundas en su cerebro. Tenemos que sacarlo ya.

Y Sam estaba allí, fría y desnuda e inmóvil en el suelo. Reflejos de paredes y muebles brillaban en su sangre. Las vidas, pensó, eran parcelas valladas a los demás. Y Neil estaba echando abajo esas vallas. ¿Quién podía decir dónde pararía?

—Pero estás loco —dijo Thomas.

—Sabes que no es cierto —respondió Neil encogiéndose de hombros—. Sólo lo dices porque tu cordura te resulta insoportable.

«Aprieta el gatillo. Jesús-jesús aprieta el PUTO GATILLO...».

Bajó la pistola.

30 de agosto, 23:39

Se produjo un rugido y él abrió los ojos ante el frío brillo de los faros, un coche se acercaba virando bruscamente, fue demasiado fuerte para ser un choque, el metal explotó, el chasis se partió, los airbags se abrieron, esquirlas de metal volando por los aires, todo agitándose alrededor de un eje enloquecido. Un impacto y un estruendo indecible.

Él estaba húmedo e inmóvil. Empapado.

Algo le pasaba a su mandíbula. No estaba.

Thomas se despertó con el ruido sordo y la vibración de su Acura invadiendo la mediana. Gritó, apretó los frenos, sintió cómo los neumáticos aplastaban hierba y matorrales. Se quedó allí sentado un rato, distraído, llorando, hasta que otro coche que paró en la cuneta —algún buen samaritano para asegurarse de que estaba bien, supuso— le recordó a la policía.

Y a Frankie.

El coche cabeceó y vibró. Las ruedas derraparon sobre la gravilla, al cabo de un momento aceleraba por la autopista, temblando al recordar su sueño.

No significaba nada.

—¡Gracias a Dios! —gritó Mia, corriendo por el césped hacia el círculo amarillo de la luz de la entrada—. Gracias a Dios, joder.

Thomas aparcó.

—Mia... —fue todo lo que pudo decir sacando la cara por la ventanilla. El olor a gasolina de la autopista todavía pendía en el aire.

—Joder, Tommy. Joder-joder-joder-joder. —Su Vecino Número Uno agitó las manos y empezó a llorar—. Creía que estabas muerto. Jesucristo, ¡creía de verdad que estabas muerto!

Thomas asintió y miró inexpresivamente a Mia, a sus ojos frenéticos. El control era bueno, por el momento.

—Necesito... —Algo doloroso redujo su voz al silencio—. Necesito tu ayuda, Mia. No puedo hacer esto solo.

—¡Lo que sea, Tommy! ¡Lo que necesites!

—Tenemos que llevar a Frankie con Neil.

—Neil... —empezó Mia, pero se detuvo, con la expresión asombrada y horrorizada al mismo tiempo. Thomas estudió su cara: el ceño pensativo que

remataba su nariz, la cínica profundidad de sus patas de gallo... todas esas cosas que Theodoros Gyges veía pero no podía reconocer.

La cara de un amigo.

Por alguna razón que ninguno de los dos habría podido explicar, cogieron el viejo Toyota de Bill.

—Es como sentarse en el lavabo —soltó Mia después de ponerse al volante.

El suelo era increíblemente alto —para que los bajos estuvieran más arriba, supuso Thomas—, y ello los obligaba a sentarse con las rodillas muy subidas.

—No me extrañaría que Bill se cague en mí cuando llegue a casa.

Peekskill se veía muy reposado, como esos coches relucientes que pasan ante restaurantes lujosos. Los semáforos se sucedían sobre el capó y el parabrisas, como las piernas de las chicas de un musical, reflejaba una sucesión inacabable de farolas. Mirándose las manos, curiosamente quietas, Thomas le contó a Mia los acontecimientos de la tarde como lo habría hecho un periodista: fiel a los detalles, indiferente a las consecuencias.

—¿Le has pegado un tiro? —gritó Mia en un momento—. Joder, Tommy!

—Pum —dijo Thomas, apuntando con un dedo como si fuera una pistola. Todavía podía verla caer de espaldas sobre una nube de sangre y pelo. Su pistola volando hacia el techo. Sus pechos alzándose libres y bamboleantes. Parecía que ambos lloraban y reían, aunque su cara siguió profesionalmente inexpresiva y concentrada.

—¿Has tomado drogas? —gritó Mia, alzando la voz como si condujera un tanque—. ¡No es divertido, joder! —Siempre se iba a Alabama cuando se ponía frenético. Siempre volvía a sus raíces—. Has matado... oh, ¡Dios mío! ¡La has matado con mi pistola! —Se apretó la palma de la mano contra la frente—. ¡A una agente del FBI!

Thomas se dio cuenta de que sentía dentera a causa de la culpa, pese a las brumas que le provocaba el neuroléptico que había tomado. Mia era un espectador, alguien que había saltado al escenario desde la primera fila de butacas. Sólo la mano firme de Thomas lo sostenía bajo los focos. Sólo la necesidad de Thomas. ¿Y por qué se sentía obligado a ayudarlo? Aquello no era un desastre natural. No habría corresponsales en chubasquero, llevándose la mano a la oreja, ni *teleprompters*, ni cámaras a las que impresionar. Los días de obligaciones mutuas habían terminado hacía mucho. El tejido de la sociedad había encogido hasta el núcleo, hasta ser meras parcelas valladas; el mundo se había convertido en un gran edredón de zonas vacías. Todos los corazones estaban amputados. Todas las ventanas estaban tapadas con un burka. Los vecinos no tenían que preocuparse mientras el césped y el volumen estuvieran bajos.

Thomas estaba utilizando a Mia, lisa y llanamente. Estaba contando con la confusión entre el amor y la lógica evolutiva, el hecho de que el cerebro de Mia

tomaba a Frankie como a alguien perteneciente a la misma comunidad genética. Pero no podía prescindir de su Vecino Número Uno. El Capitán Cassidy le había dado a Thomas una misión en forma de Ballena Blanca y alguien tenía que remar mientras él lanzaba el arpón.

Siguió con su relato: por qué no tenían más opción que secuestrar a su hijo, que Neil le había dado un teléfono codificado, que tenía que llamarlo para saber adónde llevar a Frankie. Respondió las preguntas subsiguientes de Mia con una adusta paciencia, como un médico que descifra los fantasmas de un cáncer en una radiografía.

Cuando Mia le hizo la pregunta, la pregunta de cómo podía confiar en un monstruo, Thomas dijo simplemente:

—Porque Frankie es hijo suyo.

Su Vecino Número Uno no dijo nada durante un largo rato. Los neumáticos traqueteaban, incómodos por no estar en un terreno montañoso o corriendo entre el barro.

Control... Thomas lo sentía, una mano fría y pegajosa que envolvía su sistema límbico. Se dio cuenta de que los hombres no eran héroes. No lo eran.

Sólo momentos de locura los convertían en eso. Manhattan se alzaba, serena en la distancia, surrealista con sus innumerables luces. Los halos de éstas se entremezclaban en el parabrisas, desplazándose lentamente en las curvas de la autopista. En alguna parte, entre las hendiduras del horizonte, un niño pequeño estaba atado a su cama, retorciéndose y gritando.

Thomas se meció en su asiento, se cogió las rodillas.

—¿Y si tiene razón? —preguntó. Era una de esas preguntas que sólo se hacían reales al formularlas en voz alta. Parte de él no quería dejar a Mia a solas con sus pensamientos.

—¿Quién? —respondió Mia—. ¿Neil?

—Creíamos que éramos el centro del universo. Estábamos equivocados. Creíamos que estábamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Estábamos equivocados. Ahora creemos ser el centro de todo significado... Creemos que somos reales.

—Eso es sólo un punto de vista más —dijo Mia—. Otro juego de palabras. Mira a tu alrededor, Tom. Nadie tiene ni puta idea de lo que está pasando. Y Neil menos que nadie. Son sólo demostraciones de poder.

Thomas negó con la cabeza. La tragedia no era que las palabras fueran ambiguas: eso era sólo la forma que tenían los profesores de literatura de alardear ante sí mismos, pensando que el mundo era sólo Shakespeare y más Shakespeare, hecho a medida para sus habilidades. No. La tragedia es que no tenían significado.

Y eso era insoportable.

—Tenemos pistas —dijo, señalando no tanto la ciudad que se iba alzando ante ellos como la idea que la apuntalaba—. Pero no podemos soportar seguirlos.

Mia resopló.

—Eres como Woody Allen pero sin chistes, ¿lo sabías?

Thomas frunció los labios. Estaba agobiando a Mia cuando debía estar tranquilizándolo, era consciente de ello. Pero debido al hechizo creado por el fosforescente narcoléptico de Neil, aquello era natural. Algo implacable lo carcomía, algo que le permitía ver más allá...

No importaba el fin.

—No lo entiendes, Mia. Hemos llegado al límite. Estamos en el borde del precipicio. Lo estamos. Sé lo que sientes, esa sensación de hacer que las cosas sucedan, de ser responsable.

Eso es sólo un producto, algo generado por nuestro cerebro. Simplemente acompaña a tus acciones, tus decisiones. Neil ha acabado con eso. No ha tomado una decisión ni ha deseado que algo suceda en años. Él experimenta decisiones, pero sin la sensación de desearlas. Simplemente, suceden.

—Ya, no me extraña que se haya vuelto majara, la verdad.

—¿Tú crees? ¿Se ha vuelto loco? ¿O se ha vuelto cuerdo en un mundo de locos? Esto no es especulación, Mia. Es un hecho. La voluntad es una ilusión. Es un hecho. No es distinta de los hechos que hacen posible este coche, o hacen posible Nueva York, o las vacunas o las operaciones de nariz o los pantalones de poliéster. ¡Nosotros somos la ilusión! Así de loco se ha vuelto el mundo. Y Neil es el primer hombre que ve más allá, que ve su camino...

—Mira, Tommy —lo interrumpió Mia. Su mirada iba de él a la autopista—. Has pasado por muchas cosas, así que voy a decirte esto amablemente, ¿de acuerdo? Cierra. La. Puta. Boca.

Thomas volvió a mirar la ciudad, que se alzaba, negra y oro, en el horizonte.

—¿Has oído eso, Tommy? ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—¿Sabes ese presentador virtual de las noticias de la MSNBC? —continuó Thomas—. Peter Farmer, al que dieron forma utilizando las respuestas de la gente a imágenes cerebrales para darle una voz más agradable, una apariencia más atractiva, y...

—Cierra la puta boca —canturreó Mia—. Cierra la puta boca...

—No. Mira, Mia, joder. Sólo escucha. Nuestra sociedad es básicamente una versión gigante de Farmer: un inmenso mecanismo de respuesta al halago, una máquina diseñada para satisfacer nuestros deseos espirituales, sociales, materiales. Nuestros deseos, no nuestras necesidades. Así que vamos por ahí metiendo nuestras pollas en una boca tras otra, y cuando alguien se presenta queriendo hablar y no chupar, le decimos: «Disculpa, amigo, pero estoy aquí para que me la mamen».

¿Cómo pueden competir los hechos? Creemos que podemos creer lo que nos dé la gana, que la razón y la evidencia son simplemente secciones distintas de los grandes almacenes, que no tenemos que responder a los que se rascan la cabeza, no digamos ya al mundo. Y como no podemos ver lo que no sabemos, creemos que lo tenemos todo más o menos arreglado. No importa que dentro de tres mil años les parezcamos a nuestros descendientes tan ridículos como nos lo parecen nuestros ancestros a...

Thomas se detuvo, acallado por el rugido del Toyota al cruzar las bandas sonoras de la autopista.

Mia volvió a meter el todoterreno en el centro del carril.

—No es que no me parezca interesante, Tommy. Joder, estoy de acuerdo contigo, palabra por puta palabra. Es que ahora mismo me la suda. —Puso el intermitente, disminuyó la velocidad en la salida—. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos, vecino. Y esta ilusión no quiere ver su duro y atlético culo en la cárcel. —Una rápida mirada—. ¿Estamos de acuerdo?

Thomas parpadeó, sorprendido por las lágrimas calientes que le caían por las mejillas.

—De acuerdo —dijo, mirando la carretera. La basura acumulada en los agujeros del hormigón. Las incesantes manchas de gasolina, borrosas por el humo de los coches a toda velocidad. La salida pareció despojarlo de algo esencial, como cuando le quitas la piel a algo.

Ese ruido. Haría cualquier cosa por detener ese ruido. Aunque significara conducir por encima de bandas sonoras el resto de tu vida.

«No más gritos, Frankie».

«Papá te lo promete».

Cuando se acercaron al hospital Thomas casi esperó que Mia le dijera que se bajara y se largara calle abajo. No lo hizo, siguió conduciendo hacia aquel mundo blanco, la pecera tras las puertas de cristal, y Thomas sintió que el suelo temblaba.

«Ya vamos, hijo... Los dos».

—Madre mía —murmuró Mia cuando se detuvieron a la sombra gótica del hospital.

—¿Listo? —dijo Thomas mordiéndose el labio.

—Tan a punto como unos buenos espaguetis —respondió Mia.

La recepción estaba prácticamente abandonada. Thomas casi no sintió aprensión al acercarse al detector de metales y al guarda jurado, aburrido y falto de sueño. Mia cruzó el arco de seguridad rápidamente, apenas miró un segundo al hombre de pecho corpulento, que parecía más interesado en la pequeña mochila que llevaba Thomas. Éste la pasó por el arco detector, la dejó en la mano tendida del guarda y cruzó. El guarda ya la había abierto cuando el detector de metales pitó de un modo discreto

pero insistente.

Thomas sintió que el corazón se le paraba.

—Otra vez —dijo el guarda jurado sin ni siquiera mirarlo. Revolvió la ropa de Frankie con una gran mano negra. Thomas dio dos pasos atrás, después volvió a cruzar el arco. Sintió más que oyó un segundo pitido.

Todavía sin mirarlo, el guarda se limitó a murmurar:

—Extienda los brazos.

Y empezó a agitar su detector de mano por los contornos de su cuerpo. A Thomas le pareció que lo estaban apaleando, aunque el hombre no lo tocaba en ningún momento. El detector perfiló la «X» de su cuerpo, empezando por el brazo derecho y descendiendo hasta su tobillo derecho. El guarda jurado siguió después su perfil izquierdo. El detector soltó un pitido nervioso al pasar por el bolsillo izquierdo de su americana.

Al fin hubo contacto visual entre ellos, aunque el guarda parecía mucho más aburrido que preocupado.

—El bolsillo, señor —dijo—. ¿Lleva algo en el bolsillo?

Sin aliento e inmóvil, Thomas dijo:

—No que yo sepa...

El guarda introdujo sus gruesos dedos y sacó lo que Thomas había tomado por un pañuelo y después reconoció como las bragas de algodón de Sam.

El guarda jurado sonrió y frunció el entrecejo.

—Serás canalla —dijo Mia con la voz cansina.

Entonces una bala cayó del interior de las bragas al suelo de baldosas produciendo un perfecto tintineo de diapasón.

El guarda hizo una mueca, alzó unos ojos acerados...

El pie de Mia le alcanzó en la mandíbula. El guarda jurado dio un traspié, sin comprender, la segunda patada lo cogió totalmente desprevenido y le hizo caer. Sus llaves tintinearón. Después todo quedó en silencio.

Thomas se quedó mirando boquiabierto a su vecino, que meneó la cabeza.

—Un pequeño aviso —dijo Mia, arrodillándose junto al guarda inconsciente—. Si eres un hombre, aprendes a pegar patadas antes que a vestirte. —Tendió la mano y chasqueó los dedos con impaciencia.

—¿Qué? —preguntó Thomas, a duras penas capaz de respirar.

—La cinta aislante —dijo Mia—. ¿Recuerdas?

Desconcertado, Thomas se palmeó el vacío bolsillo derecho y miró a su vecino con impotencia. Se la había olvidado en la casa de campo. Maldiciendo, Mia cogió las bragas y las blandió como si quisiera dejar claras sus prioridades.

—Los bóxers son demasiado grandes, no caben en los bolsillos —dijo—. Venga. Tenemos que esconder a este bruto. Si alguien está viendo lo que esas cámaras graban

—señaló con la cabeza un punto abstracto situado en lo alto, detrás de Thomas— puede que ya estemos jodidos.

Metieron al guarda en un lavabo apartado.

—No es como en las películas —dijo Thomas, poniéndose en pie junto al cuerpo inconsciente—. Tiene que verlo un médico en seguida. Podría estar realmente...

—No sé tú —dijo su vecino—, pero yo he venido a por Frankie.

Thomas no pudo más que asentir. El control lo estaba abandonando.

Pasaron junto a dos enfermeras del turno de noche que parecían demasiado absortas en sus cotilleos para percatarse de su presencia. El aire en el ascensor era caliente como la fiebre. Se quedaron mirando como idiotas el anuncio de Air France en la pantalla. Thomas se sorprendió mirando los reclamos sexuales que todos los anunciantes utilizaban para llamar la atención. La falda de una viajera de *business* se levantaba un milisegundo. Al fondo, el escote de dos mochileras adolescentes guardando su equipaje en los compartimentos. Todo ello rubricado con una sonrisa familiar.

Como un idiota, Thomas se sorprendió pensando: «Vuela por el cielo y a follar...».

Las puertas del ascensor se abrieron con un traqueteo.

Thomas dedicó una sonrisa cansada a la enfermera de guardia de la unidad de observación neurológica, una mujer llamada Skye, si no recordaba mal, que alguna vez había sido guapa. Se inclinó sobre el mostrador para ver qué podía ver ella por las pantallas. No oyó ni vio a Mia, lo que era una buena cosa.

—Profesor Bible —dijo, con la voz sedosa de la compasión.

Sabía que estaba divorciado, y ahora que las mujeres profesionales eran muchas más que los hombres —la Gran Inversión del Papel de los Géneros, lo llamaban los contertulios— los tipos como Thomas, que habían estudiado en la universidad en lugar de vagabundear en una bruma de droga y videojuegos, eran una mercancía infrecuente.

Thomas interpretó su papel. El padre exhausto, apenado, desesperado por consuelo y apoyo femeninos. Que flirteaba porque no tenía nada más, ninguna otra chispa que le calentara sus manos gruesas y sin anillo...

Un monitor alertó de que Frankie había sido desconectado. La enfermera levantó la mirada con una alarma casi cómica.

—¿Es ese Frankie? —preguntó él con fingido horror.

—Debe de haberse acabado el efecto de la sedación.

Thomas escogió ese momento para colocar la mochila sobre el mármol, ante ella.

—¡No se mueva! —ladró.

Obviamente ella se quedó inmóvil, por instinto.

—¿Sabe lo que son los detectores de movimiento diseccionados, verdad, Skye?

¡No asienta! Sólo parpadee si me entiende.

Dos lágrimas le cayeron al hacerlo, manchando sus mejillas de rímel.

—Bueno, uno de ellos la está apuntando... y está conectado a una bomba que hay en esta mochila. Cualquier movimiento o ruido la disparará. Incluidos los labios. ¿Lo entiende?

De nuevo las lágrimas acompañaron su parpadeo. Se agitaba como una centrifugadora humana, lo suficiente para activar las células fotoeléctricas de una docena de puertas de centro comercial. La náusea recorrió a Thomas. Por la vergüenza, supuso, aunque las pastillas de Neil habían embotado todas sus emociones.

Dio un paso alejándose del mostrador, lentamente, como si estuviera asustado por su diabólico artificio. Vio a Mia corriendo por el pasillo con Frankie. Cogió en brazos a su hijo inconsciente.

Apretó con fuerza al niño. Lo besó en la mejilla. Sollozó contra su cabeza rapada. «Mientras lo abrace... Mientras no lo deje ir...».

Vistieron a Frankie con un desespero patoso. Thomas agradeció en silencio haber recordado llevar las zapatillas de velcro. Consiguieron salir de una manera bastante discreta, sin llamar la atención. Todas las enfermeras con las que se toparon sonreían al ver a Frankie durmiendo en sus brazos. Un hombre, un conserje, susurró: «Un día largo, ¿eh?». Una atractiva doctora dijo: «Qué mono». Hasta se rió y le limpió a Thomas un poco de saliva que llevaba en el hombro. «Qué bien duerme». Thomas agradeció de nuevo haber previsto llevar consigo la gorra de Frankie de los Jersey Devils. Con la cabeza afeitada y vendada, la doctora habría notado que algo pasaba.

Era raro, caminar tranquilamente y sonreír cuando su corazón estaba a punto de salirse del pecho. Thomas sentía un cosquilleo en la piel, como si las catastróficas posibilidades que lo rodeaban lo hubieran dejado en carne viva. Pero en el momento en que llegaron a la recepción vacía, Thomas sintió algo parecido a la alegría criminal.

«Veinte pasos —pensó, mirando las puertas y el hormigón tras ellas— y somos libres...».

«Quince pasos y somos libres...». Bajaron trotando las escaleras.

«Diez pasos...». Cruzaron el detector de metales, pasaron por el torniquete.

«¡Lo hemos logrado, Frankie! ¡Esto va a funcionar!». Salieron corriendo a la cálida noche y se quedaron inmóviles. Lo único que oían era el zumbido de la ciudad.

Las luces del coche de policía parecían pestañear al girar, pero era sólo un efecto visual.

—¡Perdón, perdón! —gritó Mia, corriendo hacia la acera. El agente, que estaba mirando el interior del Toyota con una linterna, se volvió alarmado.

Thomas no pudo más que abrazar con fuerza a su hijo. El control se había evaporado. Besó su cálido cuello, gimoteó contra su pequeño hombro. Oía la voz insistente de Mia, después, de repente, parpadeó contra la linterna.

—Eso no está bien —oyó que le decía Mia al agente—. Nada bien.

—Lo siento —dijo el agente—. Vayan con cuidado.

Después Mia estaba a su lado, cogiendo a Frankie de entre sus brazos.

—Venga. Está bien, Tom. Arriba.

De alguna forma, Thomas acabó tras el volante mientras Mia trataba de asegurar a Frankie en el asiento de atrás. Limpiándose la nariz con la manga de su americana, Thomas aceleró lentamente. Se sentía como una araña alejándose de una tumba. «Por favor...». El primer coche de policía los alcanzó antes de que llegaran a la cuarta manzana. El sonido de la sirena le cortó la respiración a Thomas de golpe.

—Mal-mal-mal-mal-mal —susurró Mia.

Thomas giró lentamente, incapaz de procesar lo que estaba pasando.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Mia.

—He puesto el intermitente.

—Eso ya lo sé. ¿Tienes miedo de que los perdamos o algo?

Thomas aceleró por una calle lateral. Después giró a la derecha. De nuevo puso el intermitente.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Tienes miedo de que te pongan una multa?

—¡No puedo evitarlo! —gritó Thomas—. Es un hábito. Condicionamiento.

Giró a la izquierda derrapando, esta vez sin poner el intermitente.

—¡Más rápido! —gritó Mia—. ¡Más rápido!

Thomas le dio al intermitente y giró a la derecha.

—¡Joder! —aulló Mia—. Tommy, te quiero como vecino, pero te juro que te voy a hacer otro culo como no aceleres. ¡Ya!

—¡No puedo evitarlo! Soy un poco neurótico cuando se trata de conducir.

—¿Un poco? ¡Estás huyendo de la policía como un ciudadano ejemplar!

—Soy un pedazo de neurótico.

—¡Pero si eres psicólogo!

—¿Y qué? ¿Crees que fui a la universidad para descubrir por qué estaban chiflados los demás?

—¡Métete en ese callejón! ¡En ese callejón!

Al menos no puso el intermitente. El callejón era estrecho, demasiado para abrir las puertas. Thomas arañó el muro de la izquierda y gritó cuando el retrovisor del Toyota se rompió. La salida del callejón se acercaba.

—¡Frena! —gritó Mia—. ¡Frena el puto coche!

Thomas pisó el pedal a fondo. El coche de policía dio un frenazo detrás de ellos.

—Ahora, sigue adelante hasta que podamos abrir las puertas —dijo Mia—. Sigue. Thomas obedeció. Cuando pudieron abrir las puertas, Mia salió.

—Sal del puto coche —gritó—. ¡Cambiemos de asientos! ¡Corre!

Thomas saltó del asiento del conductor y miró a los policías que estaban tras ellos. Parecían asombrados bajo el halo de luz de una farola. Corriendo, se cruzó con Mia ante los faros, rodeó el capó, cogió la puerta y sintió que ésta se alejaba de su mano. Oyó el crujido y los chirridos de unos neumáticos, después cayó al suelo. Los policías habían decidido no esperar y habían embestido el cuatro por cuatro. Mia giró el Toyota a la derecha. Thomas se puso en pie justo a tiempo para ser derribado sobre el capó del coche patrulla.

«Frankie», gritó algo en su interior.

Rodó sobre el capó cuando el coche frenó. Se preparó para caer al suelo como un gato. Pero entonces se produjo un impacto, el crujido de un cristal rompiéndose, y los faros del coche fueron sustituidos por el perfil del Toyota.

—¡Sube! ¡Sube! —gritaba Mia—. ¡Sube, joder!

Después se halló en el asiento del copiloto. Le temblaba todo el cuerpo, el mundo entero pasaba en un destello por el parabrisas. Otro coche patrulla derrapó en el cruce que tenían ante sí, bloqueándolo. Mia embistió con el todoterreno.

—¡Noooooooo! —gritó Thomas.

El impacto lo arrojó contra el salpicadero, pero el golpe que recibió le pareció leve. El Toyota se tambaleó y después siguió calle adelante, estable como una pelota de cuero.

—¡Frankie! —gritó Thomas, casi lanzándose a la parte trasera. Frankie se había escurrido de los cinturones y caído al suelo tras el asiento de Mia. Seguía inconsciente, pero parecía ileso. Thomas lo sentó e hizo lo que pudo para volver a ponerle el cinturón. Miró por la luna trasera y vio luces refulgentes en la oscuridad, calles estrechas como cañones.

—Joder —estaba diciendo Mia—. ¡Nos están poniendo los semáforos en verde!

—¿Qué?

—Ahora todos los semáforos de Manhattan están dirigidos por inteligencia artificial. Para mejorar los tiempos de respuesta se ponen rojos para el tráfico que interfiere y en verde para los vehículos de emergencias. Y en situaciones como la nuestra...

—Pero eso es bueno, ¿verdad? Significa que no le haremos daño a nadie.

—Pero también significa que estamos jodidos. Mientras nos sigan abriendo los semáforos sabrán exactamente dónde estamos y adónde vamos.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Ves una maleta de piel ahí detrás? Es la maleta de Bill.

—¿Sí, por qué?

—Ábrela.

Thomas buscó detrás de su asiento y cogió la maleta. La abrió.

—¿Está ahí su tele?

Thomas sacó la pantalla, parecía una vieja Palm Pilot.

—¿Una tele? —preguntó.

—Regalo de cumpleaños —dijo Mia—. No preguntes. Enciéndela.

Vio una toma de Manhattan desde un helicóptero que se alternaba con la escasa luz natural y los blancos y grises del radar infrarrojo. «*En resumen —estaba diciendo una vocecita—... estamos siguiendo un modelo viejo, un Toyota cuatro por cuatro negro por...*».

—¿Cómo lo sabías?

—Otra mala vibración —dijo Mia con amargura—. Pero está bien. Nos da información.

—¡Están colocando algo delante de nosotros! —gritó Thomas—. Algo para pincharnos las ruedas.

—Como siempre decía mi padre —gritó Mia—: «Hijo mío, no puedes correr más que la maldita radio». —Sin mediar aviso, giró bruscamente a la derecha y Thomas casi rodó sobre su regazo—. «A menos que tengas una tú...». La ciudad era un túnel zumbante, un enjambre cilíndrico de luz y franjas negras.

—¡Mia! ¿Qué coño estás haciendo?

—¿Esto va en serio? —gritó Mia—. ¿Vamos en serio?

—Mi hijo... ¿De qué estás hablando?

—Vamos en serio, ¿verdad?

—Sí... ¡sí! Pero ¿qué estamos...?

—Mira, tengo tanto miedo que me salen burbujas por el culo, pero si esto va en serio, si de veras tenemos que hacer esto para salvar a Frankie, entonces vamos a tener que correr algunos riesgos.

—¿Correr algunos riesgos? ¿Cómo diablos llamas a esto?

—Un juego de niños —susurró Mia girando de nuevo bruscamente a la derecha.

«*Oh, madre mía*», gorjeó una vocecita.

—¿Qué te parece esto, Dolores?

—*Bueno, Jim, parece que la situación se ha vuelto más desesperada. Es como si hubieran percibido la trampa que la policía les había puesto. Tengo que decirte, sin embargo, que el hecho de que vayan en un cuatro por cuatro me pone mucho más nerviosa.*

—¿Por qué?

—Por el elevado centro de... ¿Jim? ¿Tienes esa vista de pájaro? ¿Qué están haciendo?

—No estoy seguro, Dolores. Parece que estén...

Estática interrumpida por voces al fondo.

—¿Jim? ¿Jim? Para los que se incorporan ahora mismo, el helicóptero de Fox 5 está cubriendo una terrible persecución policial por el Upper West Side. Las fuentes dicen que los dos hombres del vehículo han secuestrado, repito, secuestrado, a un niño ingresado en el...

—¿Dolores? ¿Dolores?

—Sí, Jim, te oímos.

—Acabo de preguntarle a Johnny Pharo, nuestro experto piloto de helicópteros, y está de acuerdo en que sí, es cierto, el vehículo ha entrado en la boca del metro de la calle 207.

—¿Por qué lo han hecho, Jim?

—No estoy seguro, Dolores... quizá para aprovechar su tracción en las cuatro ruedas.

—Los veo, Jim. Madre mía, ¿van por las vías?

—Sí, Dolores, parece que van por las vías. Johnny cree que...

—Pon a Johnny un momento si puedes, Jim. Johnny Pharo, para los que no estén familiarizados con el equipo aéreo de Fox 5, es un piloto experto y un veterano condecorado de Irak...

—Oh, Dios... ¿puedes verlo, Dolores?

—Sí, Jim. ¿Qué ha pasado? ¿Los has perdido?

—No, Dolores. ¡Nos han perdido ellos a nosotros! Parece, damas y caballeros, que han entrado en el metro. Repito, el Toyota cuatro por cuatro negro que está siendo perseguido por los mejores hombres de Nueva York, ha entrado en el metro.

Descendieron la Décima Avenida tan rápido que el Toyota empezó a estremecerse. Después Mia giró a la derecha por una calle, después a la izquierda, llevándose por delante la puerta de un aparcamiento al aire libre. Thomas gritó mientras corrían como una bala entre los coches aparcados y derribaban lo que parecía una enorme valla metálica. Ésta cedió como tejido podrido, aunque por un instante el metal se combó y golpeteó el capó y el parabrisas. Se produjo un momento de gravedad cero, el horizonte de Harlem se hundió y quedó fuera de su visión, después un golpe ensordecedor y un impacto contra gravilla y arbustos, entre ristras de plantas industriales, vías traqueteantes, vagones de metro color plata. Mia volvió a girar a la izquierda, hacia unas fauces negras abiertas en una pared de carbonilla...

El todoterreno brincó como un potro salvaje. Ante ellos una hilera de luces se alejaba como perlas lanzadas a un abismo. ¡Estaban en el metro! Cada vez que

cruzaban a toda velocidad una pared vibraba el cristal y el mundo gritaba.

—¡Mia-Mia-Mia-Mia-Mia! —gritó Thomas.

—Cállate-cállate-cállate-cállate —exclamó—. ¡Estoy tratando de pensar!

De repente, cruzaron una estación. Se abrió como un milagro de baldosas blancas. Thomas vislumbró un puñado de caras asombradas, boquiabiertas bajo la luz gris.

—¿Lo has visto? —exclamó Mia.

—¿El qué?

—¡La puta estación! ¿Qué estación era?

—No...

—¡Mierda! —Mia empezó a saltar en su asiento, dando puñetazos y palmadas al volante—. ¡Estamos jodidos! —gritó—. Lágrimas de frustración brillaron en sus ojos—. Estamos jodidos de verdad.

Entonces Thomas lo recordó.

—Para —dijo.

—¿Qué?

—¡Para el puto coche! ¡Para!

El Toyota se deslizó hacia un lado. El metal se aplastó. Se detuvieron de golpe.

—Tenemos una ruta de escape —dijo Thomas, volviéndose para quitarle el cinturón a su hijo—. Démonos prisa.

Fue pura suerte. Dejaron tras de sí el Toyota, convertido en una ruina, en una bomba que hacía tictac, con los faros aplastados contra el inmenso muro del túnel. Se encorvaron para cruzar las vías cubiertas de hollín, después siguieron por una serie de túneles de servicio cerrados hasta una puerta milagrosamente abierta. La siguiente estación. Tratando de no parpadear contra la fría luz, caminaron tranquilamente bajo las cámaras de seguridad junto a los demás viajeros que salían.

Emergieron en la impresionante superficie, Nueva York, y caminaron con resolución urbana.

Sin aliento, se refugiaron en un callejón, cerca de lo que parecía un bar cerrado. Las sirenas parecían morder el aire en todas direcciones. Mia sostenía a Frankie contra el pecho, meciéndole y frotándole la espalda. Contempló a Thomas con aprensión. Como él, ahora los veía —quienquiera que fueran— en su imaginación. Estaban llevando a cabo búsquedas biométricas valiéndose de distintos métodos, reproduciendo imágenes de todas las cámaras de tráfico que rodeaban la salida del metro... que sabían que habían cogido gracias al sistema de seguridad por inteligencia artificial instalado en los metros tres años antes.

Medidas contra el terrorismo. El mundo estaba preso, como una mariposa atravesada por una aguja.

Thomas sacó una tarjeta color marfil de su bolsillo interior y llamó al número

impreso en ella con el móvil que Neil le había dado.

—Señor Gyges —dijo, estremecido al oír su propia voz distorsionada en el auricular—. Soy yo, Tho...

—¡No diga ni una palabra! —le espetó el millonario—. Sus redes pueden reconocer los nombres, hasta contenidos rudimentarios, con la misma facilidad que las voces. Y trate de mantener la calma. Pueden detectar patrones vocales de estrés. Estarán rastreándolo todo. Todo.

—N-no lo entiendo.

—Creo que sí lo entiende. De lo contrario no estaría utilizando un modulador.

—Mire... señor Gyges, lo que dijo...

—No quiero que me lo diga. Ahora no.

Sus pensamientos se aceleraron. «Di algo-di algo...».

—¿Entonces qué hace despierto? ¿Por qué está viendo las noticias?

Silencio.

—Mire... señor Gyges, no sé dónde está, pero muy pronto, yo...

—Dígame dónde está —dijo la voz ronca del millonario—. Le mandaré un coche. Thomas le indicó el cruce más cercano y una descripción del bar con las ventanas tapiadas con tablonés.

—Por favor —añadió Thomas—. Dese prisa.

Pero la línea ya se había quedado en silencio.

Se acurrucó en la oscuridad, asombrado de que la ausencia de luz fuera ahora un consuelo. Después sollozó, pensando en lo que Sam había dicho no hacía ni tres días.

«Ya sólo quedan mártires...».

—Shhhh... —le dijo Mia a Frankie—. Shhhh, colega.

La mirada que le dedicó a Thomas era desorbitada y asustada. Sabía que nada sería igual después de eso, se percató Thomas. Sabía lo que estaba en juego.

—¿Confías en ese gilipollas?

—Sí —dijo Thomas al cabo de un momento—. En cierto sentido, ha perdido más que yo.

Oyeron el rugido de un seis cilindros a baja velocidad. Un coche patrulla pasó refulgiendo ante la boca del callejón, levantando tras de sí basura como si fuera hojarasca.

—Tengo una corazonada —dijo Thomas sin convicción.

El coche llegó varios minutos después. Era un BMW con los cristales tintados. Se detuvo en la entrada del callejón. El conductor era hindú y vestía muy elegante. Salió del coche sin apagar el motor y echó a andar.

—Yo conduzco —dijo Mia alzando a Frankie para que lo cogiera.

—No —dijo Thomas—. Cuando salgamos de la ciudad, te bajas.

—¿Estás brome...?

—No puedo permitirme asustar a Neil. Lo sabes. Mia asintió, se subió a Frankie al hombro y se encaminaron hacia el coche.

Neil tenía razón. Tardaron un tiempo en hacer cálculos y organizarse. Pero podían hacerlo siempre que no dudaran. Utilizaron la televisión de Bill para guiarse a través del cordón policial antes de que éste se cerrara del todo. Después la tiraron por seguridad. ¿Quién sabía lo que eran capaces de hacer los federales?

Quizá fuera el sistema de insonorización del BMW o su cansancio tras el subidón de adrenalina, pero una engañosa sensación de normalidad se apoderó de ellos mientras salían de la ciudad. El cielo se iluminaba al este. Los trabajadores de primera hora empezaban a poblar las calles. De repente, el mundo parecía ordenado, incluso servil.

Thomas se sorprendió pensando en café a pesar de que sabía que el auténtico horror, probablemente, acababa de empezar.

—Espero que elijan una bonita —murmuró Mia, mirando el oscuro Hudson.

—¿Bonita qué? —preguntó Thomas.

—Foto. Tarde o temprano empezarán a sacar fotos mías y de mis viejos tiempos. Thomas se quedó mirando a su Vecino Número Uno.

Mia soltó una risotada.

—¿Qué crees? Que el *Post* de la mañana dirá: «PSICÓLOGO Y VECINO SECUESTRAN A HIJO CON DAÑOS CEREBRALES». Dirá: «PSICÓLOGO Y TRAVESTÍ», créeme.

—No había pensado en eso.

—Me juego mi presupuesto para braguitas rosas. ¿Y los psicólogos? Todo el mundo sabe que no se puede confiar en ellos. No se puede confiar en nadie que conozca las reglas. Cuando las conoces, puedes manipularlas. Y los travestís... Bueno, para empezar están jodidos. Ni siquiera saben vestirse bien, no digamos ya apuntar al agujero correcto.

Thomas se quedó mirando el tramo de carretera iluminado por los faros, las líneas de los carriles a ambos lados, pensando en esa palabra, «correcto». Los humanos eran máquinas de juzgar, programados para conservar las creencias y las actitudes necesarias para mantener a flote las comunidades de la Edad de Piedra. Condenan tan rápidamente, tan regularmente, porque en el pasado fue imprescindible para la supervivencia. Ahora, era poco más que un psicodrama, otra serie de reflejos mal adaptados. La gente como Mia no era caricaturizada y ridiculizada por no amar lo correcto, sino porque había que caricaturizar y ridiculizar a alguien.

—Podría ser algo bueno —dijo Thomas después de una pausa.

—¿De qué estás hablando?

—No el ridículo. Me refiero a la publicidad. Si nos entregamos, no creo que todo esto llegue a los tribunales. —Thomas respiró hondo, parecía que por primera vez en semanas—. Habrá amenazas, seguro. Pero hay muchas posibilidades de que podamos salir indemnes de esto. —Sonrió, apartando la mirada de la carretera—. Gracias a tu peculiar elección de indumentaria.

Mia no parecía convencido.

—Tú no tienes familia en Alabama —dijo.

El sol había salido ya por completo cuando dejó a Mia en una estación de servicio Exxon junto a Tarrytown. Todo, los monótonos y brillantes surtidores, el pavimento lleno de chicles, tenía el aire de las cosas que están calentando motores para la agitación de la vida diurna. Pasaban coches a toda velocidad, rugiendo como si avanzaran entre engrudo.

—Cuídate, Tommy —dijo Mia, metiendo la cabeza por la ventanilla. Miró a Frankie, desplomado en el asiento de atrás—. Esto también va por ti.

—Lo haré. —Thomas tragó saliva para sofocar un pinchazo en la garganta—. Recuerda, trata de pasar desapercibido un día o dos. Aléjate de las cámaras, de cualquier cosa conectada. Después, entrégate.

Un asentimiento pensativo, incluso reacio.

—Cuidado con ese cabrón. Recuerda que el Neil que conociste está muerto.

Thomas se lo quedó mirando. Se sorprendió, implorándole con los ojos.

—Dime que esto va a funcionar...

Mia se estremeció. Por un momento logró sonreír consoladoramente, pero su expresión dudó y puso cara de desconcierto. Parecía que ya no tenía nada que ofrecer.

—Y yo qué coño se, Tommy...

Un asentimiento mecánico, sin aliento.

Mia apartó las manos de la puerta y retrocedió.

—Esto es una locura —dijo con los ojos llenos de lágrimas. Se pasó una mano por el pelo. Aunque estaba erguido e inmóvil, parecía estar cayendo—. Una locura.

Thomas subió el cristal de la ventanilla y vio cómo los vidrios tintados se tragaban a su Vecino Número Uno. Puso primera y arrancó. No se dio cuenta de que Frankie había abierto los ojos hasta que se puso a gritar.

31 de agosto, 8:26

Lo que distingue la suerte de la gracia divina es la sinceridad de la oración previa, o al menos eso le había dicho su abuela. Sus rezos eran sinceros, incluso tosía entre sollozos.

De lo que no estaba seguro era del que debía estar escuchándolo.

El reluciente BMW negro dejaba atrás un coche tras otro, deslizándose entre los mastodónticos tráilers. Hermosas estudiantes, cotorreando y riéndose por los móviles. Punks resentidos con los labios agujereados, mirando y burlándose de las líneas de la ingeniería alemana. Viejas con la mirada religiosamente fija al frente, con las manos a las 10 y las 2 del volante. Madres impecables. Golfistas marchitos. Ejecutivos agresivos. Todos ellos impulsados por motores silenciosos, recorriendo las cuerdas flojas de vidas completamente desconectadas.

Todos ellos ajenos al sarcófago con ruedas y revestido de cuero que silbaba entre ellos, silenciando un grito tras otro de Frankie.

La carretera era poco más que un susurro; el campo, un temblor; el mundo, un pequeño brillo en el parabrisas. Thomas Bible extendió el brazo para acariciar a su hijo. Las pequeñas extremidades del niño se encogieron ante su mano adulta.

—Eres mío, lo sabes...

Estaba gritando, la boca abierta en una mueca de chimpancé.

—Me han utilizado como un cebo para el tío Cass. ¿Te acuerdas de Sam, cariño? ¿La amiga de papá?

Tos, convulsiones.

—Sam iba a sacrificarme. —Tragó saliva con dificultad—. Cuando parecía que yo iba a morir en el altar, te sacrificó también a ti.

Manos pequeñas, defensivas, rasgando los asientos de cuero.

—Eres mío, lo sabes... No importa lo que diga el tío Cass.

Ojos en blanco en un horror bovino. Gritos.

—El sacrificio... —dijo Thomas llorando—. El sacrificio es lo que te convierte en padre.

Llamó a Neil cuando tenía que hacerlo. Siempre hacía lo que tenía que hacer. Según Nora, era una de las razones por las que lo había dejado. Era demasiado parte de una maquinaria, la puta maquinaria.

La carretera era una abstracción en la periferia de su campo visual. Anotó las señas de la nueva dirección en una servilleta de Taco Bell. Un lugar en Connecticut.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —le preguntó a la voz distorsionada.

—Es cuestión de suposiciones, profesor Biblia —dijo Neil—. El truco es decidir por cuáles vale la pena morir.

Thomas colgó, miró a su hijo, que no dejaba de gritar. Volvió a mirar la carretera con su brillo estival, miró la tierra prometida que pasaba junto a él, un borrón de asfalto y ladrillo. Como siempre, el horizonte mantenía las distancias inmóviles, mientras lo que estaba cerca pronto se introducía en el embudo que tenía tras él.

El control se había ido hacia mucho. Lo único que tenía era una sollozante letanía.

—Frankie, shhh, por favor, shhh, Frankie, por favor.

Palabras vacías. Palabras patéticas. Palabras que sólo podían resollar y arrastrarse ante el grito terrible de su hijo, ante la oración más antigua de todas. Su primera gran generación.

Todo. Todo era una cadena generativa. Las montañas. Los mares. Hasta las estrellas. Nada escuchaba. Nada. Los cráneos de un millón de corderos golpeados por las mandíbulas de un millón de leones. Mil millones de gritos humanos, y nadie los oía. No eran más que un destello en el abismo. Incluso menos...

Aquello no tenía ninguna consecuencia. Nadie retiraba la hoja de aquel cuchillo infinito.

Sólo los niños morían, comprendió entonces Thomas. Pequeños. Indefensos. Sin comprender.

Todo el mundo era un niño al fin y al cabo.

Parecía casi normal. Un viejo amigo, en el norte del estado, saludando desde el porche. Una brisa estival soplando entre los árboles. Un niño que tenía que ser cogido en brazos del asiento trasero.

Cualquiera que fuese la voz de Frankie, la había perdido con sus gritos hacía mucho. Ahora sólo jadeaba y se retorció como un adicto moribundo. Sólo sus ojos de niño en blanco y su mueca de anciano hablaban del horror que le recorría el alma.

No podía ser su hijo.

No podía ser.

Thomas subió los escalones de cemento, alzó la mirada hacia la fachada blanca, colonial, y entrecerró los ojos ante el sol cegador. Parpadeó ante Neil, con la mente más allá de la esperanza o el odio.

Sonrisa boba. Ojos doloridos.

Neil abrió la puerta para que pudiera introducir a Frankie en la penumbra. Thomas sintió una mano reconfortante en el hombro al pasar. Y un pequeño pinchazo en la nuca. Se volvió, demasiado cansado para alarmarse, y no digamos ya sorprenderse. Se quedó mirando al monstruo que era su mejor amigo. Sus rodillas se

deshicieron como si fuesen de cera. Frankie se deslizó de sus brazos. Todo empezó a girar, como motas de polvo bailando alrededor de una inmensa escoba existencial.

—Ah, profesor Biblia —dijo la sombra—. Deberías saberlo a estas alturas. No importa cuál sea la regla...

El mundo se vino abajo como una acuarela desleída.

—Yo me las salto.

—El sistema nervioso central del *Homo sapiens* —estaba diciendo Neil (Thomas no recordaba cuándo había empezado)— no es como el corazón o el estómago. No es un órgano diferenciado con funciones específicas. Buena parte de la estructura de nuestros cerebros está determinada por otros cerebros. En cierto sentido, sólo hay un cerebro, profesor Biblia, extendido por el rostro del planeta, reprogramándose sin cesar para convertirse en una llave que abra el universo. Un sistema nervioso central con ocho mil millones de sinapsis.

Thomas estaba sujeto a un aparato, casi erguido. Algo le sostenía la cabeza inmóvil, completamente inmóvil. No podía moverse lo más mínimo de tan bien sujeto como estaba. Era como si le hubieran atornillado o soldado la cabeza a aquella estructura. Alzando la mirada, vio una especie de borde metálico sobre su frente, pero nada más. La habitación que tenía ante sí era sobria y espaciosa: paredes de ladrillo, muros pintados de blanco, un techo sin fin con brillantes fluorescentes. Por los ángulos que lo rodeaban, supo que estaba en el centro de la habitación, pero no podía ver nada a su espalda. En la esquina que quedaba a su derecha había cajas apiladas, junto a una carretilla de gruesas ruedas. Dos mesas ocupaban el espacio inmediatamente delante de él, llenas de pantallas, teclados y varios artilugios que no reconoció. Con sandalias y pantalones cortos, Neil se había vuelto para inclinarse sobre una caja abierta. En su interior de compartimentos de espuma oscura, brillaban unos tubos.

Neil se encaminó hacia él sosteniendo una jeringa en una mano enfundada en látex.

—Y ahora mismo, amigo mío, tú y yo somos las únicas sinapsis que importan. —Neil se echó hacia delante y Thomas sintió un pinchazo en la yugular. Neil le frotó el lugar donde le había pinchado con un algodón. Hizo una mueca—. Es para acelerar tu recuperación de la anestesia.

—Frankie —gruñó Thomas. Parecía el único idioma que conocía.

La cara atractiva de Neil se ensombreció.

—Ha habido un pequeño cambio de planes, profesor Biblia.

—¡Frankie! —gritó Thomas. Empezó a escupir y a tirar contra el aparato que lo inmovilizaba.

La mirada de Neil lo silenció. Era algo sin extremidades o apéndices prensiles,

algo como perteneciente al alma de una serpiente, tan inalcanzable como un comandante nazi sonriendo o un frenético hutu con un machete.

—No hay de qué preocuparse.

—¿Preocuparse? —gritó Thomas al tiempo que las lágrimas le llenaban los ojos—. Qué coño...

Neil se volvió hacia un teclado que había en la mesa más cercana y se puso a teclear. Thomas oyó el zumbido de algo arriba, como una impresora poniéndose en marcha.

—¡Hijo de puta! —gritó Thomas—. ¡Cabrón! ¡Te mataré! ¡Te mat...!

Pero se detuvo, primero confundido, después dándose cuenta. Neil tenía razón. No había de qué preocuparse. Respiró hondo y sonrió. ¿Cómo podía ser tan idiota?

—¿Mejor? —preguntó Neil.

—Sí —dijo Thomas, sonriendo—. Mucho mejor. ¿Qué has hecho?

—No mucho. ¿Ya no estás preocupado por Frankie?

—Que le den. Se pondrá bien.

Neil negó con la cabeza.

—No, profesor Biblia, me temo que no.

—¿No?

—No. En realidad, está muerto.

Thomas se rió.

—¿En serio?

—En serio. Sólo hay un procedimiento que puede deshacer un bucle de afecto, al menos para la diabólica manera en que Mackenzie los hace.

—¿Cuál?

—Una bala en la cabeza.

Thomas soltó una risotada. Intelectualmente, sabía que no debería parecerle gracioso, pero lo era... Y que lo fuera parecía lo más natural del mundo.

—Siempre has estado loco.

Frankie. Pobre. Iba a echar de menos a ese pequeño cabrón...

—Así que todo esto —preguntó Neil con curiosidad—. ¿Te parece normal?

Thomas trató de encogerse de hombros.

—Bueno, supongo que a alguien de fuera le parecería extraño, pero es muy normal cuando lo piensas.

—¿Y eso?

Thomas le dedicó una sonrisa que decía: «¿Eres estúpido?». —Hace tiempo que somos amigos. Siempre nos hacemos bromas. Aunque supongo que somos un poco viejos para esto.

Neil se rascó tras la oreja con un lápiz.

—Pero en algún momento sabes lo que está sucediendo, ¿verdad? Sabes que

estoy estimulando los circuitos neuronales responsables de que sientas normalidad y bienestar.

Thomas frunció el entrecejo, feliz y perplejo.

—¿Qué puedo decir? Siempre has sido complejo.

Neil negó con la cabeza, divertido, como siempre que su cinismo se veía confirmado.

—Esto —dijo, blandiendo un dedo de te-lo-decía—. Esto es la parte que me hizo darme cuenta, que me hizo verlo.

—No te entiendo, Neil.

—Las confabulaciones. Piensa en ello, profesor Biblia, acabo de pegarle un tiro en la cabeza a tu hijo y tú crees de veras que todo está bien...

—Venga —lo interrumpió Thomas, tratando de negar con la cabeza—. Ya estás sobreanalizando de nuevo. Lo sé, lo sé, escuchen al psicólogo neurótico hablando y sobreanalizando, pero a veces las cosas son simples. A veces tienes que...

—Yo creía lo mismo con los primeros terroristas que manipulé —prosiguió Neil—. ¿Sabes que me pasé dos días discutiendo con uno, tratando de explicarle lo mala que era su situación? ¡Dos putos días! Era como si el tipo sólo tuviera dos botones: barajar y repetir. ¿Sabías que el cerebro tiene un módulo entero dedicado a la producción de racionalizaciones verbales?

—Sí, sí —dijo Thomas, dándose cuenta de lo mucho que echaba de menos charlar de todo eso con Neil—. Sí, Mackenzie contó algo de eso.

Una mirada evaluadora.

—Confía en mí, si quieres hacerte una idea de hasta qué punto la conciencia, la vida, es solamente una respuesta mecánica, trata de enfrentarte directamente con un módulo de racionalización. Podría pasarme el resto de la vida discutiendo contigo, y tú encontrarías una razón tras otra de por qué disparar a Frankie en la cabeza es la cosa más normal y juiciosa del mundo.

¿De qué estaba hablando? La vida estaba llena de contingencias —exigencias— sobre las que nadie tenía control. Hasta la mayor locura del mundo podía parecer razonable en determinadas circunstancias.

—Mira —dijo Thomas—, comprendo lo que parece. Pero Neil, precisamente tú eres quien mejor sabe que siempre hay más de lo que parece a primera vista. —Mientras decía esto, Thomas se dio cuenta de que era en balde. Neil lo estaba mirando con sus ojos interiores, la mirada que siempre tenía cuando estaba ocupado, pensando en qué decir después y no en escuchar—. ¡Siempre hay más! Neil. ¡Neil! Es lo único que digo: mira en las profundidades.

Neil esperó con una educación fingida, como si quisiera asegurarse de que era seguro seguir.

—¿Te puedes creer que fue durante una cena con mis padres cuando todo encajó?

—dijo—. Ya conoces a mi padre, siempre clamando sobre una cosa u otra, sin dejarte abrir la boca y sin reconocer jamás que podría estar equivocado. Estaba sentado allí, mamá había preparado pavo, y de pronto me di cuenta de que su módulo de racionalización estaba funcionando a toda marcha, que la única diferencia entre él y mis sujetos era que él había sido programado accidentalmente. Me di cuenta de que sólo era otra máquina. Y mamá también, repitiendo todo el rato que no había untado el pavo con suficiente mantequilla. Estaba allí sentado viendo cómo repetían sus rutinas de comportamiento. ¿Puedes imaginarlo, ver a tu madre como una máquina?

Thomas soltó una risotada.

—Venga ya, Neil. ¡Escucha lo que dices! Tu madre no es una máquina. ¡Está demasiado loca!

Pero Neil no estaba escuchando.

—Había llegado al umbral, supongo, después de trabajar para la NSA. Hacía tiempo que me sucedía: me daba cuenta de ciertos comportamientos y pensaba: su núcleo caudado se está poniendo en marcha, dando información al córtex prefrontal, etcétera. Pero después de esa cena, empecé a comprender a todos los demás en esos términos...

Su mirada parecía vuelta hacia adentro.

—Y entonces releí tu libro.

Thomas soltó una risotada, pero la ausencia del movimiento de la cabeza y de la mano que debían acompañarla la hicieron sonar rara.

—¿Estás tocando fondo, eh?

La sonrisa de Neil era escéptica y sincera. Se volvió hacia la mesa y cogió un libro destrozado de un montón de papeles. Thomas vio *A través del corazón oscuro* repujado en oro en su negro lomo de tela. Neil lo abrió por una de las muchas notas adhesivas naranjas que salían como lenguas de las páginas cerradas. Sosteniéndolo ante sí en lo alto como un predicador, leyó:

—«Si sabemos algo, es esto: las regiones del cerebro implicadas en la consciencia sólo pueden acceder a una fracción minúscula de la información poseída por el cerebro como todo. La experiencia consciente no es solamente producto del cerebro, es producto de un cerebro que sólo puede ver una pequeña parte de sí mismo».

Levantó la mirada con las cejas alzadas.

—¿Ya no estás de acuerdo con eso?

Otro fracasado intento de encogerse de hombros.

—Los hechos son hechos. Mira, Neil...

Pero siguió leyendo:

—«La magia del mago depende de que el público siga ignorando sus manipulaciones. En cuanto lo miramos de cerca, la magia desaparece. La conciencia no es distinta. Ignorando las manipulaciones que la hacen posible, la experiencia sólo

dispone de lo que sólo podemos llamar «ilusiones». La conciencia es siempre «ahora» porque los correlatos neuronales de la conciencia, aunque muy duchos en procesar el tiempo, no pueden procesar el tiempo de su procesamiento. La conciencia es siempre unitaria porque los correlatos neuronales de la conciencia, aunque muy duchos en diferenciar rasgos del entorno, no puede diferenciar sus propios procesos. Una y otra vez, los rasgos fundamentales de la experiencia sólo tienen sentido cuando los interpretamos como el resultado de varias incapacidades...». Neil cerró el libro y recitó el resto de memoria.

—«Y ésta es la razón por la que la conciencia desaparece cuando nos atrevemos a mirar de cerca el cerebro. Somos poco más que trucos de manos andantes, parlantes». A esto siguió un momento de silencio, llenado por el zumbido de algún ventilador encajado en la maquinaria que había sobre la cabeza de Thomas. El olor de ozono y goma quemada empapaba el aire.

—Mmm —dijo Thomas al fin—, ¿cómo puedo conseguir una cerveza? —Los juegos eran juegos, sin duda, pero tenía muchísima sed.

—Eso —dijo Neil, refiriéndose al pasaje— fue lo que lo puso todo en marcha. Era fácil ver a la gente como lo que era... incluso a papá y mamá. Pero ¿cómo podía hacer lo mismo conmigo? Mírate, tratando de engatusar al hombre que ha matado a tu hijo para que te dé una cerveza y ¡creyendo que eso es lo más natural del mundo! En última instancia, yo no soy distinto. Soy un mecanismo igual que tú, al igual que muchos de los procesos de respuesta sobre los que no tengo control. Y antes era tan susceptible a ser engañado, estaba tan seguro de que sabía la verdad, que si estuviera enchufado como lo estás tú, las cosas serían distintas, alguna chispa o algún residuo de espíritu se encendería y me permitiría trascender mi neurología...

Neil alzó el libro, le dio un golpe y éste se tambaleó en su mano.

—No podía ser. Y sin embargo, ahí estaba...

Thomas se lo quedó mirando, escéptico, mientras se maravillaba de lo bien que le sentaba estar de nuevo discutiendo con Neil.

—Pero ¿puedo hablar ahora? —dijo sonriendo—. ¿Estás listo a ceder la tribuna de oradores?

Neil le dedicó uno de sus célebres ceños con los ojos entrecerrados.

—Sin duda.

Thomas sintió un repentino picor en la nariz que le recordó sus ataduras. Pero conocía el modo de proceder de Neil, sus bromas: si lo ignorabas, se ablandaría por puro aburrimiento. Ésa era la razón por la que pedir una cerveza había sido un error.

—Dices que toda esta locura, los secuestros y las mutilaciones y los vídeos, ¿tienen que ver con mi libro?

—La Discusión es tuya, profesor Biblia. Tú siempre fuiste mejor en teoría.

—Y tú eres un hombre práctico, ¿verdad?

Neil se encogió de hombros.

—Prefiero trabajar con mis manos.

Thomas se rió, el movimiento le sacudió el cráneo.

—Pues respóndeme a esto: ¿cómo podías estar interesado en mi Discusión, en mis argumentos, si crees que las razones son ilusorias?

Neil hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Lo sabes hacer mejor. Las razones pueden ser engaños, el resultado de un cerebro atascado con la retahíla de su propia solución de problemas, pero siguen siendo funcionales, como esperarías, dado que son producto de algo real. Mientras tú y yo discutimos, experimentando este mundo de significado y justificaciones, nuestros cerebros sólo están produciendo y respondiendo a varios estímulos y respuestas auditivos, reprogramándose a sí mismos en respuesta al otro y al entorno. Ahí está la verdadera acción. El proyector, y no la pantalla. Ésa es la razón por la que se nos abre un abismo interpretativo cada vez que tratamos de utilizar razones para ir más allá de las razones, aunque nos parezca simple desmantelar la maquinaria que lo hace posible. Ésa es la razón por la que la filosofía es mera charlatanería, mientras que la ciencia ha transformado el mundo.

Thomas bufó. De no estar inmovilizado, habría tendido las manos en señal de rendición, pero en lugar de eso sólo dijo:

—Ya. —Neil se había limitado a parafrasear un fragmento de *A través del cerebro oscuro*—. ¿De qué página es eso?

—Trescientos ochenta y dos.

—¿Te lo sabes de memoria?

Inexplicablemente, Neil frunció el entrecejo, se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño mando a distancia negro. Clic.

De repente todo era desesperación y agonía, como si agujas incandescentes se clavaran en los innumerables poros de Thomas. Algo maulló, gritó, se revolvió contra cadenas de hierro. En alguna parte, algo defecó.

Clic. Volvía a ser feliz.

Neil sonrió.

—Trata de no cambiar de tema —dijo.

Entre una neblina de bienestar, Thomas sentía su cuerpo temblando, como si tuviera los huesos congelados.

—Claro... ¿dónde estábamos?

—Estaba explicando que el cerebro no está equipado para verse a sí mismo, que carece del poder de procesarse, de suficiente pedigrí evolutivo, de modo que aunque es notablemente competente al modelar su entorno externo, lo máximo que puede hacer es garabatear parodias de sí mismo.

—Sí —dijo Thomas—. Te refieres a la mente.

—Exactamente. La más extraordinaria parodia.

—Pero no parece así.

—Por supuesto que no. La mente tiene que parecer profunda, amplia y despierta sólo porque «profunda», «amplia» y «despierta» forman parte de esa parodia. No podemos salirnos de nuestras mentes y pasear a su alrededor, como sí podemos hacer con el cerebro.

—Razón por la cual —gritó Thomas con lo que sólo se podría describir como ebrio buen humor— ¡nunca convencerás a nadie de que no estás rematadamente loco!

—¿Quién ha hablado de convencer a nadie?

—Entonces, ¿por qué hacer todo esto?

—¿Por qué? —dijo Neil. Una vez más, se puso a hojear el libro de Thomas—: «Nuestro cerebro —leyó— es capaz de seguir la pista de sus futuros comportamientos de respuesta, pero es totalmente ciego al profundo proceso que los motiva. En lugar de hacer cosas por este o aquel mecanismo de procesar entradas, lo hacemos «por razones», es decir, por respuestas deseadas. La causalidad se convierte en consciencia. Resultados y consecuencias, objetivos, se convierten en el motor de nuestras acciones porque los correlatos neuronales de la consciencia no tienen acceso a los verdaderos mecanismos neurofisiológicos que hay por debajo». Cerró las páginas como si aplastara una mosca. Thomas se encogió.

—¿Propósitos? —dijo Neil—. ¿Finalidades? Esas cosas son fantasmas, profesor Biblia, alucinaciones programadas. Sólo parecen reales porque montamos el caballo de espaldas.

Thomas soltó una risotada, divertida, pero nada impresionada.

—Así que ¿cuál es tu argumento ilusorio? ¿Qué cree la parodia llamada Neil que está haciendo?

Esas palabras parecieron coger por sorpresa a Neil. Durante un segundo, se quedó mirando a Thomas con una intensidad casi lunática.

—Neil —repitió, como si ese nombre fuera una absurda expresión china—. Esa parodia ya no existe.

Thomas habría negado con la cabeza de haber podido.

—Entonces, ¿qué existe?

—He desconectado ciertos circuitos que inhiben acciones —dijo Neil con lo que parecía cierta renuencia—. Lo que vosotros, los psicólogos, llamáis ansiedad, miedo, toda esa mierda. Ahora no son más que recuerdos para mí. Pero también he cerrado algunos de los circuitos más engañosos. Sé, por ejemplo, que no deseo absolutamente nada. Ya no me engaño al pensar que «yo» hago algo.

Thomas no pudo más que quedarse mirando a su amigo, asombrado. ¿De dónde sacaba los cojones para hacer esas cosas?

—He ido al fondo —prosiguió Neil—. Al fondo.

Pausa.

—Al otro lado de la parodia —dijo Thomas. Las palabras le provocaron un cosquilleo en la lengua.

Neil asintió como si lo hiciera ante algo inevitable que sólo él pudiera ver.

—Sólo en parte. Todavía experimento cosas, a fin de cuentas. Pero es una experiencia radicalmente distinta, mucho más sensible a la verdad fragmentaria de nuestras almas. Sin voluntad, finalidad, yo, bien o mal.

Thomas frunció el entrecejo y silbó. Parte de él comprendía las monstruosas implicaciones de lo que Neil estaba diciendo, pero parecía poco más que una abstracción divertida, como niños con palos simulando que son armas. La mayor parte de él se maravillaba. ¿Cómo sería caminar sin yo ni conciencia, con planes indistinguibles de las compulsiones, un accidente más en el naufragio sin sentido que era el mundo? ¿Cómo sería actuar no como algo tan enclenque y desvalido como una persona, sino como un vehículo sin yo, un conducto para todo lo que le había antecedido?

—Acojonante, Neil. Acojonante.

La sonrisa de Neil era auténtica y contagiosa, un cerebro en comunión con otro por medio de la antigua coreografía de gestos faciales. Mirándolo, Thomas pensó en los años transcurridos, en las arrugas alrededor de sus ojos y sus hoyuelos, las esmeradas pinceladas de su cabello entrecano. Y a Thomas le pareció que siempre supo que ese momento llegaría, desde su primer encuentro en la residencia de estudiantes. Desde la primera sonrisa astuta y apreciativa.

¡Cómo se alegraba de verlo!

—Soy el primer neuronauta del mundo, profesor Biblia. Y tú vas a unirme a mí.

Neil se inclinó sobre el tablero y miró la pantalla.

—Aunque me gustaría dejarte en un lugar feliz, algunas cosas hay que hacerlas a la manera tradicional. —Una mirada afable—. Especialmente si quieres que duren.

Clic-clic-tap-tap...

El humor pletórico de Thomas se fue desvaneciendo. Después llegó el sueño, lentamente, raro, como una extremidad interior falta de oxígeno que estuviera volviendo a la vida. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué sucedía? Los recuerdos de hacía un instante parecían de repente imposibles, como un injerto de un capítulo más inocente de su vida. Pero eran reales: los pensamientos, los sentimientos, todo era perfectamente real. Las palabras...

«¡Frankie! ¿Frankie? No-no-por-favor-cariño...».

—¡Neil! —gritó.

—Shhh —dijo su viejo compañero de habitación—. Es totalmente natural que tu cerebro esté muy alerta. Lo único que tiene son sus recursos evolutivos, y Dios sabe

que los estresantes ambientales han sido muchos...

—¡No! —gritó Thomas.

—Ahora mismo está recorriendo tus circuitos de hace un millón de años, produciendo varias respuestas de comportamiento infalibles. Dolor. Pánico. Joder, no fue diseñado para reconocerse a sí mismo como lo que es, ¿cómo iba a reconocer su propio potencial? Para él, esto no es más que una pelea de la Edad de Piedra.

—¡Dime que no has matado a mi hijo!

Neil frunció el entrecejo amistosamente.

—Ahí está. Un perfecto ejemplo de esos recursos en acción. El cerebro genera respuestas vinculantes, o «preocupación paterna», porque esas respuestas aseguraban en el pasado la reproducción de su material genético. Sólo somos apestosas fotocopiadoras, profesor Biblia. Sólo que nosotros utilizamos semen y amor en lugar de tinta y papel.

—¿Dónde está? ¡Dime dónde está! ¡Neil! ¡Neil!

Neil se encogió de hombros, esbozó una sonrisa perezosa.

—Son sólo hechos, profesor Biblia. Si quieres ponerte en evidencia luchando contra ellos, adelante.

Aunque estaba sujeto de frente, aunque no podía ver nada más allá de su limitado campo visual, mentalmente vio a Frankie tendido en el suelo del sótano, con los ojos oscuros, la lengua seca, la cabeza gris contra un charco bermellón. Como Gerard. Como Sam.

—¡Dios, Neil! ¡Dios mío! ¿Qué has hecho?

Neil volvió a mirar su pantalla.

—La lucha de tu cerebro, o el sistema de huida, funciona a tope. Ahora está probando las restricciones, percatándose de la futilidad de las respuestas físicas. Ahora el córtex frontal está procesando las alternativas hipotéticas, haciendo cuanto puede para inhibir y enfrentarse a las señales que recibe de sus parientes límbicos más primitivos. Ahora está empezando a darse cuenta de que las respuestas de comportamiento lingüísticas son sus...

Thomas jadeó, presa del pánico. Tenía que pensar... ¡pensar! Tenía que haber alguna forma... ¡alguna forma de convencerlo!

—Neil —dijo Thomas, tratando de contener el terror de su voz—. Párate a pensar un poco, amigo. Pregúntate qué estás haciendo.

—Ya te lo he dicho, profesor Biblia. Estoy preparado para el viaje, como tú. La única diferencia es que yo sé adónde lleva.

—¡Neil! ¡Se trata de mi familia! ¡Mi familia! ¡Estamos hablando de Frankie!

Pero el loco se había vuelto hacia el esquema brillante de la pantalla del ordenador.

—Ahora, si apago los circuitos lingüísticos, tu cerebro debería regresar a sus más

básicas e infalibles respuestas...

Clic-tap-tap...

De repente hablar no importaba. Gritando, Thomas se lanzó contra las sujeciones una y otra vez. Resolló y escupió entre dientes.

—Respuestas físicas de lucha —dijo Neil.

Era como querer arrancar el suelo. Como luchar contra los propios huesos. Pero las sujeciones carecían de soldaduras, como si hubieran sido fusionadas con el implacable marco del mundo que lo rodeaba, como si él estuviera fundido con la tierra.

Neil siguió parlotando.

—Ahora está registrando la futilidad de sus esfuerzos, empezando a formar lo que los psicólogos llamáis «generalizaciones negativas».

Un rugido inarticulado. Estaba atrapado, ¡atrapado! No había esperanzas. ¡Frankie! ¡Frankie! Por el amor de Dios, ¿Qué iba a hacer?

La desolación se lo tragó entero. Se dio por vencido. Se limitó a colgar allí, como ropa grapada a la pared, sollozando.

«Frankie está muerto». Su hijo, sonriente, limpio y seguro. El horrible acento de las películas. Su obsesión con todo lo «súper». El pelo del perro en sus pequeñas camisetas. Las tiritas sobre la alfombra delante de la tele. Los ojos asombrados. Los pedos sobre la almohada de Ripley. Las palabras «Te quiero, papá», unidas a un millón de expresiones diferentes, mil acontecimientos distintos. «Te quiero, papá», garabateado con un torpe lápiz, dicho en un millón de gemidos provocados por una rodilla pelada. La única cosa segura...

Ya no estaba.

—Y aquí lo tenemos —dijo Neil, con la cara iluminada por la sección cerebral que aparecía en la pantalla—. La huella neuronal de la indefensión aprendida.

A través de un borrón rugiente, acuoso, Thomas vio que el monstruo se volvía y sonreía.

—Precioso —dijo con la voz de su amigo—. De manual.

«Mi hijo».

Durante un rato Thomas se limitó a respirar, forzado en su absoluta inmovilidad. Todo parecía distorsionado, como visto a través de una mirilla. Neil ojeando notas manuscritas, rascándose el rabillo del ojo con el bolígrafo. El cerebro luminoso en las pantallas de ordenador, girando lentamente entre ventanas de texto. Los fluorescentes, arrojando halos sobre las grietas oscuras entre las vigas del techo.

Lo apresó gradualmente una especie de claustrofobia. Era más que el simple hecho de su parálisis, más que la asfixia por la falta de esperanza y movimiento. Neil lo había fijado a una sola perspectiva, miope, y por alguna razón, hacía que el anillo

de nada que rodeaba su campo visual fuera palpable. Normalmente sólo tenía que girar la cabeza y esa nada cobraba vida, lo que era periférico ocupaba el centro, y el mundo se conocía así mejor. Pero ahora era como si llevara el vacío sobre los hombros, un gran disco negro, como el yugo de un esclavo, asfixiándolo con insinuaciones e implicaciones.

¿De qué clase de horrores lo había rodeado Neil?

Así era como sucedía, en la realidad y no en las películas, comprendió Thomas.

Los padres fracasaban.

Los monstruos ganaban.

Casi sin curiosidad, vio cómo esa idea teñía el gráfico de su cerebro en el ordenador con varios colores, del crema al morado.

Cuando finalmente habló, pareció hacerlo en coma.

—¿Qué es eso? —dijo con la voz áspera. La tos que siguió hizo traquetear los tornillos que sujetaban su cráneo—. ¿Me has clavado en una especie de estimulador magnético transcranial? —Aquellos aparatos habían sido usados desde los años noventa, y utilizaban los campos magnéticos para alterar la actividad neuronal en varios puntos del cerebro. En los centros de investigación neurocientífica, eran el pan de cada día.

—No, no —dijo Neil sin apartar la mirada de sus pantallas. Sus dedos se movieron sobre el teclado—. Los estimuladores magnéticos no pueden llegar ni mucho menos al fondo.

—¿Qué es esto?

Neil se volvió sin mirarlo, caminó y se puso a toquetear algo que quedaba fuera de su campo visual. Thomas se tensó, sintió que sus ojos se giraban como los de un caballo.

—Es un dispositivo especial de la Agencia de Seguridad Nacional —dijo Neil, como un dentista hablando a un paciente preocupado— llamado Marionette. Lo adaptamos a partir de los dispositivos estereotácticos neuroradioquirúrgicos, sí, los que se utilizan para superponer rayos de partículas para quemar tumores. Descubrimos una forma de alterar la sangre para poder ejercitar un control metabólico en varios puntos del cerebro... —Thomas oyó el tintineo de una pequeña llave inglesa—. La llamamos María.

—No me suena —dijo Thomas, con más odio que humor.

La risa de Neil le provocó un cosquilleo debajo de su oreja izquierda.

—Oh, pronto lo hará —dijo, irguiéndose y agachándose por debajo de su campo visual. Thomas volvió los ojos para tratar de seguirlo, pero estaba en su campo ciego. Las siguientes palabras de Neil parecieron surgir de ninguna parte:

—Confía en mí.

Thomas lo oyó removiendo lo que parecía una caja de herramientas a su espalda.

De repente reapareció y lo miró de camino de su ordenador.

—Tengo varios salvapantallas —dijo Neil, sentándose—. ¿Quieres verlos?

—¿Salvapantallas?

Sonriendo a la pantalla, Neil tecleó algo. La luz brilló sobre la curva de sus dientes.

—Así los llamamos. Son los programas que actúan sobre el circuito neuronal responsable de la consciencia. —Se volvió hacia Thomas. Su silla silbó—. Es la última frontera del arte, en realidad. El lienzo más fundamental de todos.

—¿Lienzo? —dijo Thomas débilmente.

«Recuerda... recuerda que ha asesinado a tu hijo...».

—La existencia —dijo Neil—. La existencia en sí misma.

Se volvió hacia su pantalla y su teclado.

—¿Recuerdas que en Princeton siempre debatíamos sobre la búsqueda de inteligencia extraterrestre? ¿Por qué, después de décadas buscando en el cielo, no habíamos sido capaces de encontrar una versión extraterrestre de *I Love Lucy*? Después de esto, queda claro por qué.

—No lo enti... ¡ahhhhhh!

Su entrepierna explotó de placer, fue como una marea, y abrasadora. Jadeó, se quedó mirando a Neil con pánico, cubierto de baba. Los orgasmos lo recorrieron en oleadas secuenciales, apretando su ano como un puño, estremeciéndose en los fundamentos de su cuerpo, llenándole de dicha. Era como si algo divino y eléctrico se lanzara alrededor de su polla.

—Éste es mi favorito —dijo Neil, riéndose—. Descarga ya, para que la sinfonía que sigue se despliegue en una soñolienta bruma postcoital...

De repente el placer desapareció. El silencio crujió. Jadeó. Aunque su cráneo seguía clavado en Marionette, se sintió flotando y fuera de su cuerpo, como si se hubiera convertido en una bandera ondeando con una brisa húmeda. Trató de asirse. Trató de agarrarse. Pero se había vuelto inmaterial.

—Por supuesto —estaba diciendo Neil—, la obligatoria oscilación de la experiencia de estar fuera del cuerpo seguida de una lenta ausencia en tu campo visual...

Parte de la escena empezó a... implosionar delante de él, como si su campo visual fuera de goma y estuviera siendo absorbido por un gran vacío del otro lado. Las ausencias se esparcían en líneas irregulares, y en un momento aplastaron la cabeza de Neil entre la mandíbula y el pelo. Y todo parecía tan real como si fuera real...

—Disculpa el monólogo descriptivo —estaba diciendo Neil mientras primero su torso y después su pierna desaparecían—, pero la siguiente secuencia requiere que alguien hable...

—... porque —dijo Thomas— tiene que ver con los circuitos neuronales que

distinguen el origen de las voces. —¿Qué estaba haciendo Neil? ¿Sincronizar sus putos labios?—. Imagino que ahora —añadió Thomas— te estás preguntando por qué tu boca dice mis palabras. Lo que asusta más a la gente es que parece de verdad que estén hablando ellos, que parece que están diciendo lo que en realidad está diciendo otro.

Los labios de Neil dejaron de moverse y Thomas dedujo que había detenido su estúpida broma... ¿por qué molestarse, cuando le había degradado de otras formas mucho más profundas? Pero Thomas se sorprendió añadiendo:

—Deberías prepararte para la próxima secuencia, es muy intensa —Neil pareció repetir idénticas palabras.

Entonces todo parecía ser una caída libre, un vértigo enloquecido... La habitación se desplomó, dio bandazos y cayó, aunque siguiera inmóvil como el sol.

—Lo llamo El Puenting de Dante —dijo Neil, mirando a Thomas y la pantalla alternativamente.

Algo le serró el pecho mientras otra cosa asaltaba su pene con rayos. La ira se apoderó de él, pero después fue inundado por el amor, por la tierna melancolía de despertar ante un amante con la última luz del día. Lloró, y aulló de furia y alegría. Nunca había amado tanto. Nunca había odiado tanto. Nunca había deseado tanto, como si un abismo se hubiera abierto en su interior, un infinito abismo agarrándolo, de repente lleno de divinidad, con una unidad resonante y llorosa, asediado por un dolor ansioso que crecía como manchas de sangre, que se ennegrecía en un temor vibrante, con garras como capilares, pelando el músculo desde el interior de la piel, mientras el mundo ante él se agitaba arriba y abajo como alas entre dimensiones, arrastrando al mundo que estaba a la derecha, al mundo que estaba en la izquierda.

—Esta secuencia —oyó que decía Neil— se carga la construcción del espacio extrapersonal. Es muy impresionante.

El lugar se derrumbó y resurgió. Los espacios huecos desaparecieron y dieron paso a cuerpos sólidos. El movimiento se desmoronó en instantes tartamudos, como si los latidos de su corazón se hubieran convertido en la luz estroboscópica del ser. Reconocía todo lo que le rodeaba —el hombre, la mesa, la silla— pero no veía nada, sólo movimientos, carentes de sustancia, zumbando en los rincones como una maquinaria cuántica.

Y sintió dolor con ira reptil, con ternura mamífera... Esperanza deseo esperanza oración. Recuerdos, latiendo como glándulas, desvaneciéndose, desvaneciéndose... Se había olvidado de cómo se respiraba.

Después nada.

Ningún sentimiento. Ninguna sensación. Sólo temblor, un tambaleo más negro que el negro.

La muerte.

Estalló entre aristas latentes que lo golpeaban y aulló miedo-joder-amor-joder-odio-joder-horror-alegría-celos-odio. Caninos al desnudo. Un millón de mujeres y un millón de violaciones. Garra-matar-tu-puto-coño-conejo-coño-mataré-mataré-mataré. Agresión. Agresión.

Después una cabeza dando vueltas. El sonido de Neil riéndose. El crujido de su silla.

—No creo en los finales felices —dijo.

Thomas gritó, incapaz de pensar, de ver...

—¿Te ha dado María un buen viaje?

Resentimiento, miedo e indignación.

—Gilipollas —dijo Thomas entre jadeos—. Hijo de puta. —Parpadeó para apartar las lágrimas de sus ojos, se preguntó por qué su boca parecía tan desconectada de su voz—. De alguna forma —logró decir—, de alguna forma, te mataré, maldito hijo de puta.

Otra vez... Neil había sincronizado sus labios otra vez.

Hueco y pesado, como resucitado de un ahogamiento.

—A los finales así los llamamos «borrones». —dijo Neil—. Pequeños recordatorios de que María solamente hace lo que ya hace el cerebro, sólo que sin toda la rigidez ambiental. Como el sentimiento de verse obligado es más un producto de tu cerebro que de cualquier otra cosa, sólo te sientes obligado cuando María lo acaricia. Mackenzie inventó estos algoritmos de «inversión de la voluntad», te los enseñaría si no estuvieras inmóvil. Dan miedo. Crees que deseas mover el brazo derecho y en lugar de eso tu brazo izquierdo empieza a agitarse. Toda clase de engaños a la mente así. Uno de sus salvapantallas tiene incluso una pequeña secuencia de omnipotencia. No importa qué mires, estás convencido de que deseas que suceda. Aunque sean nubes desplazándose por el horizonte. Es todo un viaje, créeme.

Neil se rió, miró apreciativamente los aparatos en buena medida invisibles, que sujetaban a Thomas.

—Comprenderás por qué la llamábamos María, la Madre de Dios.

Thomas trató de hablar, pero no pudo.

—Pero algunas cosas son intocables, como predijiste en *A través del cerebro oscuro*. Las experiencias son siempre unitarias, y siempre actuales, como sería de esperar, dado que son derivados de aquello de lo que el cerebro carece.

Thomas volvió a tratar de hablar, pero sólo pudo toser.

Neil sonrió.

—Nada de lo que preocuparse. Es consecuencia de un pequeño neurotransmisor. Puede que te sientas colocado un par de días, pero nada más.

—Ah... —dijo pastosamente Thomas—. Ajjjj... —Respiró hondo, se estremeció y volvió a intentarlo—. Ajjj... abominación.

—Sí —dijo Neil con voz cansina—. Es el futuro.

Con el cuerpo temblando, sin huesos e inmóvil. Neil murmuraba una canción sin melodía, balanceando la silla entre ordenadores.

«Venga, profesor Biblia. Serénate... Concéntrate y... piensa...».

«Piensa claro».

Frankie estaba muerto. Por mucho que le atenazara el pecho esa idea, Thomas sabía que tenía que alejarla de él, concentrarse en él ahora. Neil estaba loco. Como una puta cabra. Eso significaba que sus prioridades eran sólo suyas, que sus procesos de pensamiento tenían una lógica enajenada. Si quería sobrevivir, Thomas sabía que tendría que imaginar cómo era esa lógica. Todo el mundo era predecible, al fin y al cabo. Hasta los locos seguían reglas.

—Tú... —empezó, pero se interrumpió por un ataque de tos.

Sentía los tornillos de María sosteniéndole el cráneo. Se aclaró la garganta, parpadeó para reprimir las lágrimas.

«Frankie...». El pequeño rey, declarando su amor con la boca llena de copos de cereal.

«Tengo poderes, papá... súper poderes. Si hubiera un camión que fuera a atropellarte, yo te salvaría, papi. ¡Le daría un puñetazo al camión y bum!». Thomas se quedó mirando la espalda de Neil.

—¿Qué ganas con esto, Neil? ¿Qué gana tu cerebro?

Neil hizo girar su silla.

—Estás suponiendo que el mundo puede dividirse entre ganadores y perdedores.

—Un juego sin ganadores ni perdedores es puro teatro —dijo Thomas en un tono carente de todo espíritu—. Lo sabes.

—¿Juego? —dijo Neil con una risotada—. Tío, no hay nadie llevando el marcador.

Thomas se inclinó sobre los tornillos que lo inmovilizaban.

—Todos lo hacemos, Neil. Yo lo hago.

La cara de su mejor amigo se quedó blanca a causa de algo parecido a la pena.

—Es lo que he dicho. Nadie.

En ese momento, Thomas sufrió una especie de apagón de energía en el corazón. Se sintió como un muerto que respiraba.

«Ha asesinado a mi hijo... Su hijo...».

—Tú —prosiguió Neil, con la voz calma de una sinceridad implacable—. Tú eres la ilusión. Piensa en ello, profesor Biblia. Quieres creer que te estoy haciendo esto a ti, cuando en realidad estoy haciendo cosas contigo. La única razón por la que puedo

jugar con tus pensamientos y experiencias como si fueran una marioneta es porque eso es lo que tú eres. Sólo estoy deslizando mi mano sobre los nudillos del mundo.

Neil se había dado la vuelta para introducir otra críptica serie de órdenes en el teclado.

—Quieres pensar —estaba diciendo— que soy una especie de invasor, que normalmente tú ocupas la sala de control. Pero sabes que no es así. La sala de control está vacía, siempre lo ha estado. Como está fuera del horizonte de información de tu sistema tálamo-cortical, no existe para tu consciencia, razón por la que tu sistema tálamo-cortical se cree un agente inamovible, el origen activo de todas tus acciones.

Y ésas le parecieron las palabras más desoladoras de todas. La Hipótesis del Cerebro Ciego, su argumento en *A través del cerebro oscuro*, no sólo parafraseado, sino puesto en práctica. Neil lo había convertido en la demostración de su escandalosa afirmación. Todo eso, todo, desde el significado hasta el yo o la moralidad, eran artefactos ilusorios de un cerebro engañado por su incapacidad para verse a sí mismo como cerebro. Incluso esos pensamientos... ¡Incluso ese mismo momento!

No era nada más que un fragmento de algo vasto y terriblemente complejo... algo muerto. Un fragmento que no podía más que verse a sí mismo como un todo. Una ruina que se veía a sí misma como un pequeño dios.

«No-no-no-no-no-no-no». No podía tener razón. No. No. ¡No en eso!

—¿Por qué estás haciendo esto? ¡Neil! ¡Neil! Soy yo, joder. ¡Tommy! ¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Qué te he hecho?

Un torno le rodeó la garganta. Algo animal sollozó y se apagó en su pecho.

—Shhhh —dijo Neil—. Tranquilo, profesor Biblia. Venga. Mírame. Nada de llorar. Mírame.

Thomas alzó sus ojos llorosos.

—Esto no es un castigo. Esto no es la expresión de un odio patológico o un deseo sexual reprimido. Esto es amor, Thomas. Verdadero amor que sabe que es una ilusión. Puedo conectarme al bajo campo si quieres verlo. Este cerebro te quiere, y ésa es la razón por la que se ha metido en todo esto. Creo que cree que tu cerebro es su hermano, su único hermano. Creo que está tratando de liberar tu cerebro.

—Pero Frankieeee —gimió Thomas en un murmullo grave.

«Frankie...».

—Venga —dijo Neil—. Ha llegado el momento de que entiendas por qué te mandé a por Frankie.

Un momento de odio que detuvo el corazón.

Neil desapareció tras él.

—Necesitaba tiempo —dijo desde la negrura—. Llegaste aquí antes de que lo

tuviera todo preparado. —Se produjo un crujido, la liberación de un mecanismo que hizo vibrar todo el aparato. Se produjo un chirrido y Thomas vio que la habitación giraba alrededor de su eje. Neil lo giró treinta grados a la derecha...

... para que pudiera verla tendida inconsciente en un banco vertical como el suyo.
Nora.

Thomas empezó a temblar incontrolablemente.

—No... —dijo Thomas, pero lo que oyó fue poco más que un gorjeo inarticulado.

Iba con su perfecta indumentaria de devoradora: un pequeño top de seda y unos pantalones cortos blancos de cadera muy baja que hacían furor entre las universitarias. Como él, estaba sujeta a lo que parecía una mesa mortuoria de acero inoxidable alzada sobre una base giratoria. Un aparato parecido a un lavabo cabeza abajo con paneles de circuitos en la superficie colgaba sobre su cabeza, ocultando parte de su cuero cabelludo. Una caja sostenida con tornillos envolvía la parte inferior y sostenía su cráneo. Pequeñas luces brillaban como ojos de gárgola.

Otra Marionette.

—Está bien —dijo Neil, abriendo los ojos de Nora y comprobando la dilatación de su pupila con una pequeña linterna.

—Has dicho... —logró exclamar Thomas—. ¡Has dicho que esto no era un castigo!

Neil frunció el entrecejo.

—Ya te lo he dicho antes. Nuestros cerebros son sociales. Se programan en respuesta a los cerebros que les rodean. ¿Por qué crees que el divorcio o el duelo son tan desorientadores, tan dolorosos? Nuestros cerebros forman redes. ¿Qué crees que nos pasó en Princeton? ¿Por qué crees que me costó tanto tiempo ver mi camino entre las ilusiones? Fuiste tú, profesor Biblia. Mi amor por ti. A pesar de todo mi trabajo, a pesar del profesor Skeat y de tu libro, a pesar de todo, mi cerebro no podía aceptar que mi amor por ti no tenía ningún sentido, al menos durante mucho tiempo. Las características evolutivas que regulan la lealtad y la solidaridad, los vínculos cooperativos que permitieron a nuestros ancestros de la Edad de Piedra sobrevivir eran demasiado fuertes.

—¿Qué coño dices? —gritó Thomas—. ¿Qué coño tiene eso que ver con todo esto?

—Bueno, es la razón por la que me empecé a acostar con ella. Sabía que por muy fuertes que fueran esas características evolutivas, las que rigen el sexo lo eran aún más. Lo único que mi cerebro necesitaba era una excusa. La seduje sabiendo que, después, las características que gobiernan la generación de explicaciones racionales asumirían el mando. Puse a varios módulos de mi cerebro contra otros. Sus tendencias programadas hacia la explicación de la infidelidad y la justificación contra

su tendencia programada hacia la lealtad... No hubo mucha pelea, la verdad.

Los pensamientos de Thomas corrían. «Algo. Algo. Tengo que pensar en algo...». Neil sonrió como hacía siempre cuando se sorprendía en falso.

—Naturalmente, no era «yo» quien hacía eso. No se trataba de eso. De hecho, mi cerebro se venció a sí mismo.

—Y mi cerebro también puede hacerlo, Neil. ¡Neil! Toda esta cháchara complicada no es necesaria. Suéltala, cierra este teatro y tú y yo arreglaremos esto.

—Buen intento —respondió Neil con una risotada—. Tienes que ser desconectado, profesor Biblia. Los demás —Powski, Halasz, Forrest y Gyges— tenían que poner tu cerebro a procesar de nuevo la Discusión, a volver a conocerte del modo más urgente e íntimo con la fuerza de tu propia lógica. Tenía que dejarte... infundiar... como un puto té.

—No —murmuró Thomas, pensando en la galería de obscenidades que había contemplado, todas las discusiones que había mantenido sobre la Discusión. Neil sabía que haría eso, que, como casi todo el mundo, sería seducido por el sonido de su propia voz—. ¡Nunca!

Neil arrugó la nariz, como si estuviera ante una mala broma.

—Venga, profesor Biblia. Mientras hablamos estoy siguiendo tus procesos corticales. Y ya lo sabes, la resonancia magnética no engaña, amigo mío.

Si hubiera podido dejar caer la cabeza, Thomas lo habría hecho. Hasta la postura de derrota se le negaba.

Neil sonrió con una piedad canina.

—Tu cerebro tiene que procesar la pérdida real de su red, tiene que verla estallar. Sólo entonces será capaz de aceptar, de ver a través de la parodia que la mente toma por sí misma. —Entrecerró los ojos como si estuviera apenado—. Estás demasiado unido a tu familia imaginaria.

¿Familia? La idea casi le arrancó el vómito de su estómago.

«Destripador...».

—Fue fácil atraer a Nora aquí —prosiguió el loco—. Dejé un viejo teléfono móvil en su cajón de cachivaches hace un par de semanas, algo que sabía que los federales pasarían por alto. La llamé. Como ves, acariciaba la idea de seducirme... por Frankie, supongo. Era parte del plan desde el principio... —Dijo esto último con un aire preocupado. Algo en la pantalla de su izquierda le había llamado la atención—. Cada renacimiento requiere un bautizo, profesor Biblia.

Algo raro sucedió entonces, algo que él, un profesor de psicología, debería haber sabido reconocer, pero no lo hizo. Un extraño optimismo lo llenó todo, convirtió en caramelo todos los filos cortantes. De repente parecía que observaba un mundo de goma, un lugar como de falsa espuma.

Aquella no era la mujer que había derramado lágrimas de alegría en su boda. Aquél no era su viejo compañero de habitación. Nada de eso había sucedido en realidad... Era imposible. No había carreteras entre ese lugar y donde él vivía.

Neil había vuelto a su ordenador.

—Estamos sufriendo una fuga disociativa, ¿no crees? —gritó por encima de su hombro—. Tienes suerte de que no girara tu camilla hacia el otro lado.

¿De qué estaba hablando?

Entonces Nora dijo:

—¿Tommy?

Nora estaba llorando.

Thomas sufrió una conocida y vieja oleada de instintos protectores. En una ocasión, antes de que nacieran sus hijos, habían ido a la feria borrachos. Al final de uno de los viajes en una atracción, ella había saltado la valla en lugar de hacer cola con él y los demás en la salida: por un instante se había tambaleado en el límite borroso de una de las atracciones, un insecto a la sombra de martillos, y Thomas había sentido su peligro con más inmediatez de lo que jamás había sentido el suyo propio. Literalmente, se encogió de alivio cuando ella se apartó del peligro.

Pero era imposible que ella retrocediera esta vez. Y él sólo podía refugiarse en una bruma de pánico que no lo abandonaría.

Nora estaba muerta. Tan muerta como él.

—Shhh —dijo entre dientes—. Se nos ocurrirá algo.

—No... no. Hay algo que tienes que saber. Algo que tengo que decirte. —Su voz se resquebrajó en lágrimas—. Te quiero, Tommy. ¡Te quiero tanto! ¿Cómo podrás perdonarme?

Thomas cerró los ojos con fuerza, trató de expulsarla de aquella pesadilla.

—Te está controlando.

—¿Quién? ¿Qué quieres decir? Soy yo quien dice esto, Tommy. Yo.

Thomas sintió que su cara se derrumbaba. Por el rabillo del ojo, vio nuevas luces parpadeando en el esquema de su cerebro en la pantalla de Neil.

—Me dijiste que no me querías. Me dijiste que nunca me quisiste.

—No... No pude...

—Sólo está jugando contigo, Nora. Manipulándote.

—¡No! Tienes que escucharme un momento. ¿De acuerdo, Tommy? Esto es algo que tengo que decirte. ¡Tengo que hacerlo, por favor, Tommy! Te quiero. No sé por qué ni cómo, pero ahora me doy cuenta. Lo siento. Oh, Tommy, ¡te quiero tanto que siento que el corazón me va a explotar!

—Nora, escúchame atentamente, cari...

—¿Por qué haces esto? ¡Siempre! Es como un reflejo mecánico o algo parecido.

Cada vez que empezamos a explorar nuestros sentimientos, es como si tú... te encogieras. Como si fueras alérgico a ello. —La sonrisa de Nora era defensiva y a la vez beatífica, como si fuera una madre tratando de compartir la gloria de Jesús con un hijo ateo—. Thomas John Bible —gritó en un tono de «maldito seas»—. ¡Te estoy diciendo que te quiero! Lo único que tienes que hacer es escuchar.

—Pero ¿de dónde procede ese sentimiento, Nora? Estás enchufada a una máquina, por el amor...

—Basta, Tommy, ¡basta! ¿A quién le importa de dónde procede? ¡De verdad! Si te encontraras un boleto de lotería premiado en el bolsillo, ¿qué harías? ¿Preocuparte por de dónde ha salido o cobrarlo? De verdad, Tommy. ¡Es tan simple como eso!

Un frío agujero de conciencia. Te pasas toda la vida con una persona, compartiendo el mismo interior, demasiado inmerso en las complejidades de la relación para comprenderla claramente. Era como si una especie de incapacidad fuera la verdadera medida de pertenecer a otra persona, una incapacidad para ver al otro definido en el fondo del resto de acontecimientos, una incapacidad que encontraba su culminación en el yo. Todos los humanos eran de los otros en ese sentido.

Pero la mujer que le hablaba desde el otro extremo de la sala... no era su mujer, no era el enorme conjunto de esperanzas y ansiedades que poblaba sus recuerdos. Apenas era humana.

Era una muñeca. Una máquina enchufada a una máquina.

—Nora. Por favor. Esto es una locura.

—¡Todas las cosas importantes lo son, Tommy! Tú lo sabes mejor que nadie.

Miró al monstruo, su amigo, que había girado la silla para contemplar su conversación.

—Neil. Detén esto. ¡Neil!

—¿Vas a echarme eso en cara? —gritó Nora—. ¿A él?

Thomas se detuvo, luchó con una confusión que era al mismo tiempo un reconocimiento. No era solo una muñeca. Era una muñeca rota.

—Está aquí, Nora.

Una especie de desesperación concentrada se había apoderado de su expresión.

—Mira, sé que la he cagado, Tommy. Sé que no... que no te merezco. Por favor. Por favor, tienes que perdonarme. No soy... esa... esa persona. ¡No era yo! Era una versión solitaria, jodida e insegura de mí.

—Nora...

—No puede verme —dijo Neil—. Le he cerrado los circuitos del hemisferio izquierdo implicados en la construcción del espacio extrapersonal. Eso significa que no puede ver nada a su derecha. Ni siquiera puede ver que no ve. Desde donde estoy, no existo para su cerebro, ni como una ausencia.

—¿Neil? —dijo Nora, con la pasión encrespada por la alarma—. ¿Dónde estás?

—¿Tengo que decirte lo que ya sabes? —prosiguió Neil, mirando a Nora pero obviamente hablándole a Thomas—. Todo lo que pasa en el cerebro de alguien que realmente ama, está sucediendo en su cerebro. Cada transferencia neuroquímica. Cada tormenta de descargas sinápticas.

Sonrió como si ella fuera unpreciado animal de zoológico. Se volvió hacia Thomas con los ojos brillantes de arrogancia y júbilo, como siempre hacía cuando señalaba un punto incontrovertible.

—Verdadero amor, profesor Biblia. Te está ofreciendo verdadero amor.

—¿Neil? —dijo Nora—. ¿Dónde estás? Yo...

—No hay nada verdadero en esto —espetó Thomas—. Nada. La estás controlando. La estás obligando a amar.

Su amigo se encogió de hombros.

—¿Y? ¿Qué diferencia hay? Si no fuera yo quien creara el equilibrio en su cerebro, que la lleva a manifestar un comportamiento de vínculo, ¿qué sería sino otra colección accidental de estímulos? Una rosa en la puerta. Un largo beso. Palabras sentidas. Una sonrisa. ¿Qué importa si el mundo tira de sus cuerdas directamente o tira de ellas a través de mí?

—Estoy confundida —murmuró Nora—. Yo...

—Importa —dijo Thomas.

—¿Tú crees? —Neil se alzó de la silla y caminó hacia Nora. Se detuvo justo a su derecha. Nada en los ojos o en la expresión de Nora registró su presencia—. Son un millón las circunstancias que producirían esta respuesta en particular en este cerebro en particular... Amor. Esto —tendió las manos hacia la sala— es sólo una más. Igual de natural. Igualmente carente de sentido.

—¿Neil? Estás cerca. ¡Te oigo! ¿Dónde estás?

—¿Natural? —preguntó Thomas con una salvaje incredulidad—. ¿Qué tiene esto de natural?

Risas.

—Nuestros cerebros son máquinas manipuladoras, profesor Biblia, resultado de millones de años de adaptación evolutiva a su ambiente, su mundo. Que se manipule a sí mismo es lo más natural del mundo. ¡Piensa! Después de buscar y buscar durante cientos de millones de años, finalmente ha llegado al fondo del saco. No me culpes a mí si está vacío.

—Yo no... —gritó Nora, con el tono misteriosamente semejante al que utilizaba para interrumpir sus discusiones en los viejos tiempos—. No sé qué está pasando. Pero siento estas cosas, Tommy. Nadie me está obligando. Sin duda, no Neil.

—Nora...

—Ah, cariño —dijo Neil—. Parece que...

—¡Pero lo siento! Es lo más seguro que jamás he... —Su rostro estaba sujeto

bajo un amenazador circuito, líneas de sangre emergían de los tornillos que fijaban su cráneo, y sin embargo su expresión era de una llorosa añoranza, como si fuera una diva adolescente emocionándose exageradamente para la cámara. Lo absurdo de todo eso levantó una oleada de náusea en el estómago de Thomas—. ¿Por qué he tardado tanto en darme cuenta? Amo. ¡Amo!

Experiencia, estaba diciendo. Pura, profunda. ¿Qué podía ser más cierto que eso? ¿Qué podía ser más cierto que los sentimientos que respaldan nuestra misma existencia.

—*Amor omnia vincit* —dijo Neil—. ¿Es así, Nora? ¿Es ésa tu teoría? ¿Que el amor todo lo puede?

—¡Déjala fuera de esto, Neil!

Estaba justo delante de ella, pero un poco a su derecha, lo justo para que no lo viera.

—Supongo que crees que creas significado, ¿verdad? —Regresó a su mesa de trabajo y se inclinó sobre uno de los ordenadores portátiles de pantalla rojiza—. Dime —dijo mientras sus dedos corrían por el teclado—, ¿qué «tú» es ése, Nora? —Se volvió para esbozar una sonrisa victoriosa que ella no podía ver—. ¿Éste?

Clic.

Algo cambió. Se hizo un agujero...

—Así es —estaba diciendo Neil—. Así es cuando se cierra el yo.

No, «agujero» no era la palabra correcta. Implicaba una sustracción de algo, cuando ese algo era lo que ya no existía.

—Dime, cariño, ¿cómo puedes crear significado cuando no eres más que otra respuesta? Como la sensación de crear. Como la sensación de amor. ¿Cómo puede la «sensación de ser tú» sostener nada cuando puede apagarse dándole a un interruptor? ¿Eh?

Neil hablaba, pero nadie escuchaba. Estaba sólo en aquel espacio, una diversidad de cosas y sucesos, articulados en el tiempo, que no pertenecían a nadie.

—Te gusta pensar que tienes todas esas experiencias, que eres la autora de todas tus acciones, pero lo triste, querida, es que te limitas a acompañarlas.

Y estaba esa voz, zumbando con una familiaridad tan profunda que aterrorizaba.

—No —dijo—. No.

Neil se rió.

—¿Raro, eh, profesor Biblia? Finalmente oír tu voz tal como es. Un desconocido hablando por tus labios. —Se puso en pie, y desde el interior de aquel espacio pareció mirar el espacio mismo, su contorno—. No sabes durante cuánto tiempo he deseado esto... durante cuánto tiempo he deseado... una oportunidad para hablar contigo. Con tu verdadero tú.

Y en ese tejido paralelo de existencias, se produjo un escozor que era también un

saber, un comprender que no le hablaba al profesor Biblia, ni a la parodia, sino al cerebro que había debajo y más allá. Y éste lo oyó.

Neil volvió a su mesa de trabajo, con una especie de letargo en sus movimientos.
Clic.

Entonces Thomas lo miró, tambaleándose con algo más profundo que la consternación.

—Estoy confundida. —Nora sollozaba—. No entiendo lo que está pasando. Lo único que sé es que te quiero, Tommy. ¡Es lo único que sé!

Neil habló antes de que el centro del habla de Thomas generara ninguna palabra.

—Y tú sabes lo que sientes, ¿eh, Nora?

—¡Te lo he dicho! —gritó—. Es el sentimiento más profundo, más abrumador...
—Se quedó en silencio. Sus ojos revolotearon. Tragó saliva y emitió un largo, quejumbroso suspiro—. Agh —jadeó—. ¿Me estás haciendo algo, verdad? ¿Me estás tocando? ¿Me estáááááááás...

—¿Lo ves, verdad? —dijo Neil, mirando a Thomas—. Mira lo que es.

«No. Sí». Dijo algo.

—Mmmmmm —murmuró Nora en un tono que se clavaba por su familiaridad—.
Oh Dioooooos...

Thomas sintió que su voz se quebraba.

—No es distinta de nosotros.

—Exactamente —dijo Neil, sonriendo—. Nada en nosotros es real. Incapaz de verse a sí mismo, nuestro cerebro nos engaña constantemente. Pero en este momento, el cerebro de Nora está un peldaño más bajo en la cadena de las causas.

Parpadeó y añadió:

—Como tú.

Neil la hizo llorar. Neil la hizo gritar, y lo hizo de tal modo que a Thomas le pareció divertido, sublimemente divertido. Cuanto más desgarrado, cuanto más torturado era su grito, más desternillante resultaba.

Después, Neil se rió de la vergüenza de Thomas, y le mostró cada centímetro de esa monstruosa emoción.

Esta vez fue Nora quien se rió.

Neil le hizo olvidar a Nora los minutos, incluso los segundos, de modo que con cada respiración decía:

—¿Dónde estoy?

—¿Dónde estoy?

—¿Dónde estoy?

—¿Dónde estoy?

Entre cada juego Thomas trataba de tranquilizarla. A ese mecanismo espasmódico que había sido su mujer. Trató de susurrarle palabras reconfortantes que no poseían

ningún significado a sus propios oídos, un mero tintineo.

Pero ella sólo podía repetir entre sollozos «Ripley» una y otra vez.

—Frankie...

Neil la hizo correrse, después transformó la firma que era su voz en un algoritmo que hizo que se corriera Tom. Se quedó entre ellos y se rió mientras gritaban una y otra vez, llevados a un orgasmo tras otro por el sonido del clímax del otro.

Y Thomas no quería que se detuviera.

Entonces Neil hizo lo mismo con el dolor, de modo que los gritos estremecidos de Nora hacían que Thomas se revolviere y aullara, una y otra vez. Un dolor más allá del llanto. Un dolor más allá del socorro y del indulto.

Un dolor que sólo los ángeles caídos podían conocer.

Y algo empezó a comprender.

Algo... no él.

El no era más que una respuesta, una especie de sistema de altavoces holográfico que generaba experiencia como sonido. Había vivido la fuerza abstracta de la Discusión durante demasiados años como para no verlo, para no asumirlo. Pero eso...

Un nimbo blanco rodeaba todos los puntos de iluminación. El dolor murmurando entre dientes mellados de tanto rechinar. La ira encrespándose. Un bombardeo de amor y horror. Un deseo que lo estremecía. La luz trémula de la esperanza y la belleza. Y el dolor, un dolor invalidante.

Y todo eso provenía de los dedos de su mejor amigo.

No era más que un momento, se dio cuenta algo más profundo que él. Nada más que un fragmento, engañado por la ceguera para considerarse un todo. Notas sueltas de un instrumento.

Música ajena a la partitura.

Todavía estaba gritando cuando Theodoros Gyges apareció en el extremo de su campo visual.

Imposible. Pero allí estaba, la barba áspera ascendiendo por mejillas cubiertas de acné, los ojos de oso demasiado agudos para una cara tan vulgar, allí, colgando en el extremo de su campo visual, inmóvil, observando con la fascinación inexpresiva de un turista que hubiera entrado por la puerta de SÓLO EMPLEADOS de Disneylandia.

Thomas no le dedicó ni un pensamiento.

No tenía ningún pensamiento que dedicarle.

El millonario entró en el emborronado círculo de su agonía. Thomas no le prestó importancia cuando levantó la palanca. No se alegró cuando Neil alzó la mirada de sus monitores demasiado tarde. No se sobresaltó al oír un ruido sordo como el de una sandía.

No le dio gracias a Dios.

La palanca cayó una y otra vez. Las pantallas y el equipo danzaban entre chispas. Entonces el dolor desapareció.

Nora se retorció, sus ojos se volvieron hacia el interior de su cabeza. Neil estaba tendido en el suelo de hormigón con la cara doblada hacia Thomas, su cuerpo como el de una muñeca rota. Pareció parpadear y mover la boca. Thomas supo que tenía el cuello roto.

El hombre corpulento se acercó a Thomas y lo miró a la cara. Thomas trató de decir «Soy yo», pero había gritado tanto que su voz se había convertido en sangre.

Con gruesos pulgares, Gyges desenroscó los tornillos que le sostenían la cabeza. El dolor de liberar el hueso pareció casi una broma. Thomas dejó que su barbilla colgara contra su pecho mientras el hombre le soltaba del resto de sujeciones.

—Soy yo —dijo al fin broncamente—. Soy yo, señor Gyges... Thomas Bible.

El millonario asintió.

—¿Y ése es él? —dijo, señalando con la cabeza a Neil, tendido en el suelo.

—Es él... Neil Cassidy.

El millonario sostuvo a Thomas por el hombro cuando dio un paso adelante. De todos modos, cayó de rodillas.

—Me siguió.

—El GPS de mi coche —dijo Gyges.

A Thomas le pareció que lo había sabido desde el principio. Que había esperado. Todo tenía coordenadas en esos días, hasta las carreteras que no aparecían en ningún mapa. Todo podía encontrarse.

—Coja a su familia —dijo el hombre—. Y váyase.

—No, no...

—¡Váyase! —ladró Gyges—. No quiere oír... ver...

Le dio la espalda a Thomas y sacó un largo cuchillo de una vaina que llevaba en la pantorrilla izquierda. Se arrodilló y puso la rodilla derecha en la parte baja de la espalda de Neil. Utilizó el cuchillo para rascarse la barba. Thomas vio sangre seca en su filo.

No sintió ninguna sorpresa. Carecía de los neurotransmisores.

—La espina dorsal es la puerta, la conexión... —dijo Gyges contemplando la tarea que tenía ante sí. Se volvió hacia Thomas, con sus ojos porcinos redondeados por una especie de asombro—. Se corta y se preserva el alma, a buen recaudo,

guardada en una caja... ¿No lo ve? —dijo Gyges, mirándolo fijamente como un viejo caudillo guerrero—. Sólo me folio la carne.

Thomas se alejó del loco, sabedor de que no había razón, ni conexión...

El era sólo ruido. Una respuesta sin sentido más.

—¡Sólo me folio la carne!

Thomas miró la cara de Neil, vio el cerebro tras ella llamándolo con sus músculos faciales, asiéndose a primitivos indicios visuales. Lo vio mirando, observando entre ojos como cerraduras, vibrando de angustia e información, como movido por una sola cuerda.

Una sola cuerda que forzó en los labios de Neil una sonrisa triste, que formó en su cara una mueca patética.

«Profesor Biblia», pareció decir.

«Por favor...».

—Lo que yo hago —jadeó Gyges con una intensidad coital—. Lo saben... pero no lo sienten.

Imperturbable, Thomas se volvió para liberar a su ex mujer. En un extremo de su campo visual, vio a Gyges encorvado sobre la espalda de Neil. Pero no se atrevió a mirar. El millonario se había convertido en un montón de sangre y sombras que aserraba. Un monstruoso horror de periódico sensacionalista... murmuraba mientras trabajaba...

—Mírate.

«Deshuesado como un ternero...

»Como una reina del baile con poca autoestima.

»Te llenaré como a una taza...

»Como algo sagrado.

La falsa premisa de la Discusión de Neil.

Después de liberarla, Thomas sostuvo la cara de Nora contra su pecho para que no lo viera.

—Mírate...

El Quiropráctico no admitía testigos.

Se cogieron de la mano mientras subían las escaleras del sótano. Una serie de imágenes incoloras asaltaban a Thomas cada vez que parpadeaba. Vio a Cynthia Powski, con la tapa del cráneo abierta como el telón de un teatro. Vio el diorama del Museo de Historia Natural que tanto le había impresionado de niño: un *Australopitecus* macho y una hembra caminando por una gran llanura de ceniza volcánica. Recordó haberle preguntado a su padre qué les había pasado, si se habían ido al cielo.

—¿Ves que tengan alas? —le espetó su padre.

«Mi hijo...», pensó Thomas cuando llegaron a los últimos escalones.

«Mi hijo y mi hija están muertos».

Todo estaba oscuro arriba. El rostro de Nora, amoratado y ensangrentado por los tornillos de María, parecía flotar en la negrura. Cuando encendieron las luces, no pudieron ver mucho. Telarañas en los rincones. Suelos de madera que parecían crujir bajo el peso de su mirada. No había muebles. Ni cuadros. Ni las obligatorias antigüedades. Thomas se arrodilló y cogió una pequeña tarjeta blanca del suelo, estudió al agente inmobiliario allí dibujado, sonriendo en la foto.

«¡BIENVENIDOS A CASA!», gritaban las palabras impresas en oro.

Dejó que la tarjeta cayera revoloteando de entre sus dedos. Después se preguntó dónde habría ocultado los cadáveres Neil.

Nora empezó a probar las puertas, con cautela, como si percibiera fuego al otro lado de los paneles de madera. Thomas la siguió, más por instinto de imitación que por acuerdo.

Encontraron a los niños tirados como maletas sobre el suelo de un dormitorio desnudo. Ambos tenían las cabezas cubiertas, Ripley con gasa manchada con pequeñas motas de sangre, Frankie con las vendas del hospital. Sintiendo el revoloteo de sus pulsos, Thomas quiso llorar, pero había un inmenso hueco allí donde deberían haber estado su alegría y su angustia. Contempló a su hijo inconsciente en sus brazos, meciéndolo como hacía Nora con Ripley.

Ambos estaban sedados.

Los llevaron al coche de Nora, que Neil había aparcado detrás. Thomas estaba demasiado entumecido para pensar en que ella había llevado a su hija al amante monstruo por propia voluntad.

Del mismo modo en que él había llevado a su hijo a su monstruoso amigo.

Nora se sentó en la parte trasera con los dos niños, llorando en voz baja. Parecía falso. Thomas condujo, hechizado por las apariciones que barrían sus percepciones.

Los faros iluminaron una pequeña carretera, una superficie de gravilla bordeada por helechos y árboles retorcidos. Se adentraron en la oscuridad. Todo se lo tragaba la oscuridad que había más allá y detrás de ellos.

—Gyges es el Quiropráctico —susurró Thomas a la imagen de Nora en el espejo retrovisor—. Neil lo creó... Una distracción, una forma de reducir los recursos dedicados a encontrarlo a él.

Aunque las explicaciones no importaban.

—¿Cómo? —gimió Nora.

Todo serían sombras después de eso, simulaciones. Ningún miedo, ningún dolor, ninguna alegría, ningún amor serían tan profundos, tan verdaderos, como los que les había mostrado María. Neil se había ido y el mundo estaba de nuevo tras los controles. Sólo la familiaridad de las cosas que Thomas pensaba y sentía les hacía

distintos. Él era la diferencia, lo que significaba que no era nada en absoluto.

Como ese mismo momento.

—¿Mamá? —susurró la vocecita de una niña.

Thomas oyó que Nora cogía aire ruidosamente.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero —dijo ella con aspereza.

—Sí —dijo Ripley—, te quiero, te quiero de verdad...

Las palabras eran las correctas, pero el mundo que les daba significado era totalmente incorrecto. Pronto, pensó Thomas, se despertaría también su hijo.

Entonces empezarán los gritos.

—Te quieeeeeee... —canturreó su hija con una voz sonriente y de ojos llorosos.

—Shhhh —dijo Thomas—. A dormir, cariño.

La experiencia se sucedía como una película, dudas en lugar de colores, esperanzas en lugar de realidades, decisiones en lugar de la ilusión de movimiento, a la espera del interruptor que encenderá la bombilla, para que el celuloide se quemara formando anillos negros, para que todo pueda desvanecerse en el marco oculto de las cosas, dejando solo silbidos y una luz blanca en una pantalla blanca.

—Te quiero tanto que me duele, mamá.

Epílogo del autor

Como este libro se basa en una compleja mezcla de hechos y ficción, me ha parecido que debía tratar de clarificar, al menos en términos generales, qué es qué. En muchos sentidos, los escritores son la fuente menos fiable que existe, no sólo por la amplitud del terreno que cubren, sino porque pasan muchísimo tiempo a solas con sus opiniones. Y enamorarse de ellas es inevitable.

De la miriada de detalles relacionados con la psicología y la ciencia cognitiva que aparecen en este libro, la mayoría son hechos o extrapolaciones cercanas a los hechos. Algunos, sin embargo, son lo que podría llamarse «hechos del futuro», resultados que no han sido obtenidos, pero que podrían serlo en el futuro, a partir de una interpretación pesimista de las tendencias existentes. El material relacionado con el libre albedrío es un ejemplo básico. Por lo que yo sé, los investigadores todavía no han determinado que haya unas elecciones rudimentarias antes de que se tenga conciencia de tomarlas. Los conocidos hallazgos de Benjamin Libet, creo, son demasiado ambiguos para decidirse en una dirección o la otra. Por la misma razón, parece muy probable que el libre albedrío, sin duda del modo en que es concebido generalmente, va a ser muy, muy cuestionado. Para los interesados, este libro es un repaso accesible a las tendencias recientes en investigación de la consciencia, y recomiendo con entusiasmo el excelente libro de Susan Blackmore *A Very Short Introduction to Consciousness*.

Naturalmente, no existe nada semejante a *Marionette*, pero dado que es sólo una versión más potente de la Estimulación Magnética Transcraneal, una tecnología que ya ha alcanzado la madurez, tiendo a pensar que la cuestión no es si llegaremos a ver algo así, sino cuándo lo haremos. Por supuesto, todos los vislumbres de lo que Thomas experimenta debido a *Marionette* son pura especulación, pero completamente posibles en principio, que es todo lo que requiere la Discusión.

Lo mismo podría decirse acerca del *novum* central de la novela, la resonancia magnética de bajo campo. Ésta lleva siendo investigada durante algún tiempo; la cuestión es saber cuánto durará esa investigación, especialmente por lo que respecta a escanear los cerebros de individuos mientras éstos realizan sus actividades. Querría decir que será mucho tiempo, pero los recursos que se están concentrando en el horizonte son más que formidables. Los expertos en marketing están dando el paso fatídico de formarnos como animales (por medio del condicionamiento asociativo) a tratarnos como mecanismos. Hay muchísimo dinero que ganar.

Por lo que respecta al matrimonio de la tecnología y el cerebro, ha llegado el día, y las posibilidades terapéuticas son simple y llanamente asombrosas. Formas de depresión, ceguera y sordera que parecían incurables hace sólo unos años parecen destinadas a convertirse en enfermedades del pasado. Pero como quería que

Neurópata fuera un *thriller*, un *thriller* que pretende ser tan inquietante intelectualmente como visceralmente, me centré principalmente en las implicaciones más terroríficas de nuestro futuro «posthumano».

En consecuencia, el libro sin duda parecerá lleno de alarmismo y tecnofobia a los que ven una cornucopia de posibilidades en lo «posthumano». Por mi parte, creo que tenemos enormes razones para estar algo más que un poco paranoicos. Hacerle algunas trampas al funcionamiento cerebral para aliviar el sufrimiento parece algo evidentemente bueno. Pero lo que está en juego cambia drásticamente cuando empezamos a manipular la maquinaria de la conciencia. ¿Qué pasa cuando la propia experiencia se vuelve tan flexible como la pintura? ¿Qué sucede cuando la única cinta métrica que poseemos se vuelve tan elástica como una goma? Alterar nuestra neurofisiología implica alterar la estructura de nuestra experiencia, los fundamentos compartidos de nuestra humanidad, por no mencionar las herramientas requeridas para decidir más alteraciones. Hay buenas razones para creer que la automodificación en un nivel tan fundamental nos llevará hacia distintas formas de locura. Por lo demás, no podemos imaginar cómo sería el mundo sin ese marco de referencia común. Y si resulta que cosas como el significado, la finalidad y la moralidad son una especie de ilusión, entonces no hay razones para esperar que ninguna de ellas sobreviva en el futuro posthumano por venir. Los optimistas posthumanos suelen basar sus argumentos en los elementos esenciales de la experiencia que ellos tratan de decretar obsoletos. Dan por hecho que algún «centro humanista» se mantendrá cuando sus argumentos implican precisamente lo contrario. Literalmente, están defendiendo lo que no pueden conceptualizar, lo que en cierto sentido significa que no están defendiendo nada de nada. Cuando se trata de lo posthumano, no tenemos ninguna razón para no mostrarnos más que profundamente dubitativos. Y las dudas profundas acerca de los asuntos esenciales justifica una atención excesiva.

O como a mí me gusta llamarlo, paranoia.

En los últimos años se han publicado numerosas obras populares escritas por filósofos que trataban de atajar las implicaciones nihilistas de la neurociencia contemporánea. Alguno, como Daniel Dennett, por ejemplo, no discutiría tanto la ciencia de *Neurópata* como su interpretación. No es que la libertad o la moral no existan, diría él, es que no son lo que creemos que son. En lugar de retorcernos las manos preocupados, lo que deberíamos hacer es reinterpretar nuestros viejos conceptos a la luz de las nuevas evidencias científicas. De modo que algo como «libertad», por ejemplo, pueda ser redefinido como «mayor versatilidad del comportamiento».

A mi modo de ver, esto equivale a reconfortar a los que lloran en el funeral de la abuela Mildred diciéndoles que llamen Mildred a sus animales de compañía. No sé en su caso, pero mi experiencia de la libertad no es la experiencia de una «mayor

versatilidad del comportamiento» o como quiera redefinirse científicamente el término «libertad». Parece realmente que me enfrento a elecciones, y que en cualquier momento podría hacer otra cosa. El problema no es que nuestros conceptos hayan caducado, sino que nuestras experiencias son totalmente engañosas. Pero aunque fuera un tema de terminología, ¿por qué molestarse con la vieja nomenclatura? ¿Por qué, dejando de lado el deseo tendencioso de entrar en lo conceptual y al mismo tiempo salirse con la suya, no decir: «Bueno, no eres LIBRE, es cierto, pero sin duda eres VERSÁTIL»?

Naturalmente, sin embargo, la dificultad real es que a pesar de su apelación a la normalidad, las «reconciliaciones» de nuestra comprensión popular e intuitiva de la naturaleza humana con descubrimientos recientes en la ciencia da por hecho que en realidad sabemos qué significan esos descubrimientos, cuando es dolorosamente evidente que no es así. Lo único que tenemos son tendencias, que parecen apuntar a una continua socavación de aparentes verdades de la experiencia, y el conocimiento de que no somos lo que creíamos que éramos. No tenemos ninguna razón para creer que la ciencia nos ofrecerá algo remotamente reconocible, ni mucho menos, como sostiene Owen Flanagan en *The Problem of the Soul*, que «preserve mucho de lo que significa ser una persona». El hecho de que podamos inventar esta clase de consuelos no debería sorprendernos: estamos programados para encontrar explicaciones racionales, a fin de cuentas.

Personalmente, dada nuestra tan humana capacidad para sacar convicciones de la más abyecta ambigüedad, creo que los filósofos deberían tratar de ser tábanos, no apólogos. Si llevas tus argumentos más allá de la evidencia de la comprobación empírica, estás condenado a llegar a las conclusiones que quieras, especialmente si eres tan brillante como Dennett o Flanagan.

La Hipótesis del Cerebro Ciego que le doy a Thomas es en realidad una creación mía de hace varios años, cuando todavía trataba de doctorarme en filosofía. Es poco más que un presentimiento de que la estructura básica de la experiencia consciente sería mucho mejor comprendida haciendo referencia a aquello de lo que el cerebro carece más que a aquello que tiene. Dado que esto es uno de los «hechos futuros» más cruciales y conflictivos presentados en el libro, pensé que podría merecer una explicación.

Cojamos uno de los ejemplos preferidos de Thomas: el Ahora. Es la lente a través de la que experimentamos el tiempo, y sin embargo, de alguna forma, está fuera del tiempo. Cada Ahora es, de una manera misteriosa, diferente y lo mismo, una paradoja a la que han dado vueltas los intelectos ya desde tiempos de Aristóteles. Con la Hipótesis del Cerebro Ciego, sin embargo, el Ahora podría ser considerado una versión temporal de nuestro campo visual, cuyos límites se «agotan». No recibimos información visual más allá del alcance de nuestras retinas, así que no vemos nada

más allá de ese punto, nada en absoluto, ni siquiera la ausencia de ver. Vemos, en otras palabras, contra un marco ciego e indiferenciado, que es la razón por la que los extremos de nuestro campo visual... se acaban. Raramente lo registramos debido a los otros sistemas que vinculan nuestros vislumbres con el mundo entero. Pero por lo que respecta a la vista, nuestro campo visual depende de lo que no ve.

Lo mismo podría decirse de nuestro «campo temporal», lo que William James llamó célebremente «el momento preciso». En el mismo sentido en que no podemos ver los límites de la vista, dice esta idea, no podemos *temporizar* los límites del tiempo, así que experimentamos el antes y el después contra un marco de ausencia del tiempo. Esto sería lo que generaría la ilusión de antes y después, el extraño agolpamiento de paso y futuro en el Ahora. El tiempo pasa en la conciencia, pero en un sentido extraño no puede pasar para la conciencia. El grueso del cerebro, después de todo, yace fuera del horizonte de información del sistema tálamo-cortical, funcionando en una invisibilidad sin tiempo.

Por razones estructurales y de desarrollo demasiado numerosas para explicarlas aquí, el cerebro sólo puede «verse a sí mismo» de una manera miope. Según la Hipótesis del Cerebro Ciego, esto no sólo determina lo que es consciente y lo que es inconsciente, sino la estructura misma de la conciencia. El Ahora no es un rasgo pequeño de la experiencia vivida. Ello también significa que para muchos rasgos de la conciencia, no tiene más sentido buscar «correlatos neuronales» del que tiene buscar «circuitos de disminución visual» para explicar los extraños límites de nuestro campo visual.

De acuerdo con la Hipótesis del cerebro Ciego, los sistemas conscientes como los humanos deberían tener unas dificultades excepcionales para comprenderse a sí mismos, como así es el caso. Dado que el cerebro sólo vislumbra parte de sus propios procesos, pequeños fragmentos que sólo puede ver como agujeros, deberíamos esperar no sólo que los hallazgos de la neurociencia nos desconcierten, sino insistir en que esos pedazos son en verdad agujeros, y que, como tales, requieren algún mecanismo en el cerebro que los explique. Si la Hipótesis del Cerebro Ciego se demostrara correcta, buena parte de la ciencia cognitiva sería como perseguir lo inaprensible, una búsqueda de los «circuitos de nuestros efectos ópticos».

El resultado parece ser que la conciencia es totalmente ilusoria, no un aquí y allá, razón por la que me hallo en la extraña posición de desear que mi teoría sea equivocada. Ahora sabemos que muchas cosas que damos por sentadas en términos de experiencia no son lo que parecen, o sólo lo son lo suficiente para formular todas las preguntas difíciles que cubre este libro. Pero si la conciencia es fundamental y estructuralmente engañosa, la razón por la que tenemos tantas dificultades tratando de comprenderla podría ser que no tenemos forma de saber qué estamos tratando de comprender. Y quizá nunca lo haremos.

Personalmente, no soy eliminativista ni nihilista. Creo de veras que lo que experimentamos debería vencer a lo que sabemos. Pero como Thomas, no sé cómo discutir esto sinceramente, no digamos ya convincentemente. Nosotros, como especie, tenemos extraordinarias dificultades con las afirmaciones que no nos gustan, y normalmente nos armamos de todo el poder de los prejuicios y la ignorancia para confirmar nuestras intuiciones anteriores. (Por supuesto, «su corazón» le dirá lo contrario, razón por la que le pido que suspenda el juicio e investigue esto por su cuenta. Recomiendo encarecidamente la lectura de *Self-Insight*, de David Dunning o el espléndido *A Mind of its Own* de Cordelia Fine, que creo que deberían ser enseñados en los institutos de todo el mundo). Los humanos son máquinas de creer, crédulos hasta lo risible, sean sacerdotes, filósofos o trabajadores de una línea de montaje. Cuando uno llega a aceptar este hecho, resulta muy difícil dar crédito a algo en el mundo de afirmaciones en competición, y muy fácil comprender por qué, a pesar de los miles de años, tan pocos de nuestros innumerables desacuerdos teóricos encuentran una resolución cerrada... fuera de la ciencia, por supuesto.

Eso no significa decir que la ciencia lo es todo, sólo que si cree, como yo, que no todas las afirmaciones son iguales, y es consciente de lo tendentes a engañarnos a nosotros mismos que somos, entonces la ciencia, que está estructurada institucional y procedimentalmente para luchar contra (y no para aprovecharse de) nuestras carencias como creyentes, rápidamente empieza a parecer el único ejercicio fiable a mano. Y como el libro sugiere, a la ciencia no le importa lo más mínimo lo que nosotros queramos que sea verdad. En cierto sentido, ésa es la clave de su poder.

El mundo de *Neurópata* es un mundo en el que esas «verdades no deseadas» han llegado a su momento crítico, social y espiritualmente. Es un mundo en el que el ritmo del cambio social motivado por la tecnología ha superado la capacidad de la sociedad para hacerle frente, en el que la caja negra del alma ha sido desnudada ante el apetito de irresistibles fuerzas institucionales. Y podría ser perfectamente nuestro mundo.

Sea como sea, el conocimiento y la experiencia han llegado a una encrucijada, y las cosas no pintan muy bien para la experiencia. Lo que solían ser preocupaciones abstractas de filósofos se ha cubierto de piel y cabello. Neil, me temo, está vivo y goza de buena salud. Aunque sea en forma de embrión.

Deberíamos estar preparados.

AGRADECIMIENTOS

Este libro nació de una apuesta con mi mujer, Sharron, cuya perspicacia y cariñoso escepticismo han moldeado la historia en cada giro. Si un libro tan oscuro como éste puede tener padrinos, serían mi hermano, Bryan Bakker, que sostenía la cuerda mientras yo descendía por el pozo; mi agente, Chris Lotts, que a pesar de la Discusión insistía en preguntar «Pero ¿por qué?» a cada maldito giro, y Gary Wassner, que me enseñó, entre muchas otras cosas, que los padres complicados eran los mejores padres de todos.

Entre los que han sido cruciales para mejorar el libro están Jon Wood de Orion Books, Barbara Berson de Penguin Canadá, Roger Eichorn, Frank Cameron, Chris O'Brien y Chris Viger, de la Universidad de Ontario Occidental, que tuvo la amabilidad de permitirme asistir a su seminario para graduados en la primavera de 2006.

Entre los innumerables amigos y conocidos que han dejado su huella, debo mencionar a Karl Schroeder, Rick O'Brien, Lisa Rusal, Brian Ribeiro de la Universidad de Tennessee, Nandita Biswas de la Universidad de Ontario Occidental, Nick Smith de la Universidad de New Hampshire, Danielle Gagne de la Universidad de Alfred, y los terriblemente eruditos miembros de mi grupo de lectura, especialmente Whitney Hoth, que prefiere la literatura del siglo XIX por alguna razón, aunque nadie sabe si esa razón es buena o mala...

Gracias a todos.

Notas

[1] Compañía que desarrolla y diseña equipos de comunicación por fibra óptica. (*N. del t.*) <<

[2] Jb. 40, 9. (*N. del t.*) <<

[3] Jeffrey Lionel Dahmer, más conocido como el Carnicero de Milwaukee, fue un asesino en serie que acabó con la vida de diecisiete hombres entre 1978 y 1991. (*N. del t.*) <<

[4] Primera telecomedia de situación americana. Se emitió entre 1951 y 1957 y cosechó un gran éxito. (*N. del t.*) <<